EL UNIVERSO QUE INVENTAMOS



TALENTO CALIGRAMA

EL ESPACIO ENTRE NOSOTROS
NUNCA ESTUVO VACÍO

Katta Tocóra

El universo
que inventamos

El espacio entre nosotros nunca estuvo vacío

Katta Tocóra

El universo que inventamos
El espacio entre nosotros nunca estuvo vacío

Primera edición: 2025

ISBN: 9791387602437
ISBN eBook: 9791387602871

© del texto:
Katta Tocóra

© del diseño de esta edición:
Caligrama, 2025
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A ti, que buscas en cada palabra un rayo de esperanza.
A ti, que sueñas con un amor como el de los libros.
A ti, que sabes que el amor puede ser un caos hermoso.
Que esta historia de amor te recuerde que,
en algún lugar del cosmos, la tuya ya está escrita.
Cree, sueña y lee como si el amor estuviera a la vuelta de cada página.
Recuerda que tú puedes inventar tu propio universo.

A mi amiga Kari, que ha llorado bajo la lluvia del amor y aún se atreve a esperar la siguiente tormenta.
Tu arcoíris saldrá, porque en tu corazón hay más poesía que en cualquier historia que yo pueda escribir.

Prólogo

♥ ପ(๑•ᴗ•๑)ଓ ♥

La luna pendía alta en el cielo, bañando el océano con una luz plateada que parecía deslizarse sobre las olas. De pie en la arena, con los pies descalzos enterrados en el frío grano, Alexander dejaba que la brisa nocturna jugara con su cabello mientras el murmullo del mar llenaba el silencio entre él y su madre, Raquel.

Eran casi las veintitrés horas del once de abril, su cumpleaños. Diecinueve velas se habían apagado esa tarde en una tarta que nadie más que él probó, porque a su madre no le gustaba el dulce, su hermana, Hannah, estaba en clases de teatro y su padre ni siquiera llegó a tiempo para cantarle. Pero allí se encontraban ahora, frente al mar, como cada año.

—¿Ya sabes qué pedirle a tu estrella? —preguntó Raquel, abrazándose a sí misma para protegerse de la brisa nocturna.

Alexander le sonrió al cielo. Entre miles de puntos brillantes, una estrella azul parecía guiñarle, como si fuera solo para él. A lo largo de los años, esa estrella había cumplido cada uno de sus deseos. El primero fue una bicicleta azul cuando tenía ocho años. Luego vino un gato, luego una guitarra y un piano. Pero esta vez, su corazón anhelaba algo diferente. Algo que ni siquiera podía explicar del todo.

—Sí, lo sé —murmuró, estirando la mano para tomar la de su madre.

Ya tenía listo su anhelo. Quería encontrar a alguien que pudiera comprenderlo, alguien que lo ayudara a enfrentar sus miedos y llenar los vacíos que llevaba en su alma como cicatrices

invisibles. Cerró los ojos y, en silencio, formuló su deseo: «Quiero encontrar a mi alma gemela. Quiero que ella me encuentre a mí».

Raquel lo miró de reojo, con una expresión que él no pudo ver, mezcla de ternura y tristeza. Cuando abrió los ojos y exhaló, su madre le revolvió el cabello con cariño.

—Eres un soñador, Alex. Nunca dejes de serlo.

Más tarde, esa misma noche, Alexander se quedó dormido con una sonrisa y soñó con un rostro que no podía reconocer, con una risa que parecía venir de otro lugar, con el brillo de unos ojos que no podría olvidar, aunque nunca los había visto. Mientras él descansaba, el equilibrio de su mundo comenzó a tambalearse.

En el cuarto principal, Raquel hablaba en voz baja, mientras metía la última de sus pertenencias en una maleta. Alejandro, su marido, sentado en la cama, tenía una expresión sombría, con los codos apoyados en las rodillas.

—No puedo seguir así —dijo ella, con su voz quebrándose, evitando la mirada de su esposo.

Alejandro levantó la cabeza, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Esto es por él?

Raquel asintió, tragando el nudo en su garganta.

—Sí. Lo siento, Alejandro. Me voy esta noche.

A la mañana siguiente, Alexander despertó con una extraña pesadez en el pecho. Su madre no había ido a buscarlo para llevar juntos a su hermana Hannah a la academia. Bajó las escaleras, esperando que ella estuviera preparando panqueques, como hacía cada año después de su cumpleaños. Pero un silencio extraño reinaba en la casa. Subió a toda prisa las escaleras y se detuvo frente a la puerta del cuarto de sus padres. La abrió. Su padre hablaba por teléfono, de pie junto a la ventana. Tanto orden le daba un aire inusual a la habitación, como si hubiera sido despojada de vida.

—Sí, se fue —dijo Alejandro, apretando el puente de su nariz—. Me traicionó. Ama a otro hombre.

Las palabras parecieron congelar el aire en los pulmones de Alexander.

—¿Qué? —preguntó en un susurro apenas audible.

Alejandro lo miró, sus ojos se desorbitaron. Antes de que pudiera decir algo, Alexander cruzó la habitación hacia el armario. Las puertas se deslizaron, revelando los estantes vacíos, sin la ropa de su madre. Corrió hacia la cama, buscando desesperadamente su almohada favorita, una que él mismo le había regalado hacía años, cuando era un niño que solo quería que ella durmiera cómodamente. No estaba.

—Ella no... —murmuró, incapaz de procesarlo.

Alejandro suspiró, volviendo su atención a su hijo.

—Lo siento, Alex. Esto no es algo que pueda explicarse fácilmente.

Alexander salió corriendo de la habitación, sin mirar atrás. Intentó llamar a su madre por teléfono, pero ella no le contestó. El día transcurrió como una niebla, cada segundo arrastrando más dolor que el anterior. Al caer la noche, Alexander regresó a la playa. Solo esta vez y el silencio que tanto había amado ahora se sentía como un peso aplastante. Buscó su estrella en el cielo. La encontró, brillante y constante, como si nada hubiera cambiado.

—Así que esto es todo lo que haces, ¿eh? —dijo, con una risa amarga—. Concederme sueños y arrebatarme otros.

Sus manos temblaron y sus ojos comenzaron a arder con lágrimas que se negó a dejar caer.

—¿Sabes qué? No más deseos. No más sueños.

Se dejó caer de rodillas en la arena, mientras el frío del océano lo envolvía.

—No te necesito. Ni a ti ni a nadie.

El viento cambió de dirección, arrastrando consigo una ráfaga que levantó un puñado de arena frente a él. Casi parecía que algo

susurraba en la brisa, pero Alexander no escuchó. Sin embargo, no podía ignorar la punzada de duda en su corazón. Años después, sentado junto a una joven que le hacía reír de una manera que no creía posible, Alexander se preguntaría si aquella noche había sido una broma cósmica o el primer paso hacia el universo que estaban destinados a inventar juntos. El destino no olvida. Solo espera el momento adecuado para entrelazar los hilos.

Capítulo 1

El invierno tiene ojos azules

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Hay dos formas de arruinarte la vida: pensando mucho en el pasado o soñando demasiado con el futuro. Yo, por supuesto, elegí la segunda. Si no, ¿cómo explico que estoy a punto de perder mi inscripción porque me quedé soñando con alguien que ni siquiera existe? El problema de soñar demasiado es que, tarde o temprano, te estrellas contra la realidad. Y, en mi caso, contra el suelo encerado del instituto. Porque, claro, en lugar de estar concentrada en no matarme en el pasillo, mi mente sigue atrapada en él, el chico de mis sueños. Si tan solo me concentrara en mi vida real, ahora no estaría corriendo como una loca, dejando un rastro de agua tras de mí mientras intento no caer de bruces sobre el suelo. Cada paso resbaloso es un recordatorio de mi brillante toma de decisiones. Bravo, Abril, si hubiera premios por desastre del año, ya tendrías un estante lleno. Llevo un cubrebocas quirúrgico porque un resfriado decidió acompañarme esta semana, y el aire helado de invierno no ha ayudado en nada a mi congestión. Me falta el aire y mi respiración empaña el interior de la tela, pero no tengo tiempo para quejarme.

En el pasillo vacío, salvo por el eco de mis pisadas, una chica camina a paso tranquilo, ajena al caos que soy, pero yo, fiel a mi misión de llegar, la esquivo justo al girar la esquina. Apenas la rozo,

pero su expresión confundida se queda grabada en mi mente un instante más. ¡Toma eso, destino! Decimoquinto obstáculo superado. Pero, claro, el destino tenía que vengarse. Mi triunfo dura lo que tardo en llegar a la puerta de la oficina. Cerrada. Mi entusiasmo se desinfla como un globo pinchado. Golpeo el vidrio con las palmas mojadas, dejando huellas de agua que probablemente pasarán a la historia como «la obra más patética de la humanidad». Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, el decimosexto obstáculo aparece tras la puerta como si hubiera invocado a un ser celestial. Unos ojos azules como un océano de invierno se clavan en mí desde el otro lado. Y yo me congelo. Su mirada es intensa, de esas que parecen desarmarte pieza por pieza. Es como si pudiera leer mi alma y de paso mis pensamientos más íntimos: «¡Qué guapo es!, Abril, te ves como un desastre húmedo, ¿qué haces aquí?».

Sorteé charcos, salté escaleras, corrí entre semáforos en rojo y hasta esquivé una señora con paraguas en plena batalla contra el viento, pero ¿cómo se supera una mirada como esa? Ese hombre, con un gabán negro que parece hecho a medida y un gorro de lana blanco que debería verse ridículo, pero en él luce perfecto, se acerca con pasos medidos y abre la puerta con una calma que me hace sentir aún más caótica. Mis manos siguen pegadas al vidrio como si fueran una escultura viviente de la vergüenza.

—¿Señorita? ¿La puedo ayudar? —pregunta con una voz grave y ronca que se desliza como un susurro. Lleva un cubrebocas negro que oculta la mitad de su rostro, pero sus ojos no necesitan refuerzos: ya tienen un poder hipnótico propio. Solo me reconforta el hecho de que no soy la única víctima del invierno.

Intento responder, pero mi boca parece haberse desconectado de mi cerebro. Genial. Ahora, además de estar empapada, parezco muda.

—Eh... sí. Vine a... —Mi mirada se dispara al reloj en la pared y mi corazón se hunde: diez minutos tarde—. ¡Matricularme! —Mi voz

sale muy nasal y esbozo una sonrisa demasiado amplia mientras saco mi carpeta empapada de debajo de mi chaqueta.

Él se aclara la garganta y asiente, tranquilo, como si mi caos no fuera algo poco común.

—Bien. Necesito sus documentos. —Su voz se aclara un poco y hay algo en su tono que despierta un eco en mi memoria. ¿Lo he oído antes?

—Sí, aquí están. —Levanto la carpeta como si fuera un trofeo mojado, con una sonrisa tonta, que, por suerte, él no puede ver.

Con un gesto elegante, me da paso hacia adentro.

—Siga. —Se vuelve hacia el escritorio, aparta la silla con un movimiento fluido y señala con la mano—. Siéntese.

Me siento con cuidado, intentando no hacer más ruido del necesario. Dejo la carpeta sobre la mesa, pero un charco de agua comienza a extenderse, dibujando un mapa de mi torpeza. Genial. Ahora también soy un desastre acuático.

—Lo siento mucho. —Arranco la carpeta del escritorio, abrazándola contra mi pecho en un intento por minimizar el desastre.

—No pasa nada. —Su respuesta es suave y creo que sonríe bajo su cubrebocas, porque las esquinas de sus ojos se arrugan de una forma adorable.

Intento abrir la carpeta para sacar mis papeles, pero, como era de esperar, los documentos se deslizan de mis manos y vuelan como una tormenta de confeti. Me lanzo al suelo, y el calor de la vergüenza me sube hasta las orejas.

¡Por favor, tierra, haz tu magia y trágame ahora!

Él se agacha también y nuestras manos chocan. El contacto es breve pero intenso, como una chispa que recorre mi brazo y se instala en mi pecho. ¿Lo sentí yo sola? Levanto la vista y sus ojos azules me están mirando, serenos, pero con algo más. Algo que no puedo identificar.

—Tranquila, pasa todo el tiempo —dice con una voz suave que parece diseñada para calmar tormentas internas.

Recoge los papeles con cuidado, como si estuviera acostumbrado a salvar desastres ajenos. Me levanto, aceptando los documentos que ha recogido, perfectamente organizados, y una parte de mí quiere cavar un hoyo y enterrarse. Pero otra parte sigue demasiado ocupada memorizando esos ojos.

—Gracias —mi voz suena más baja de lo que esperaba. Me siento, dejando los papeles sobre la mesa.

Él los revisa con una concentración que me da tiempo para estudiarlo. Hay algo en él, en esa mezcla de calma y misterio, que me resulta familiar. Pero no logro ubicarlo. Trato de dejar de mirarlo (sin éxito). Me pregunto si es posible morir de nervios y encanto a la vez. ¿Lo he visto antes?

—Todo está en orden —sus palabras me sacan de mis pensamientos. Se inclina para tomar un formulario y me lo ofrece—. Solo necesita llenar esto.

—Claro. —Me froto las manos contra mi ropa mojada en un vano intento de secarlas. La hoja, tan seca y perfecta, parece una burla a mi carpeta empapada.

Él saca un pañuelo de su bolsillo y me lo ofrece.

—Tome, use esto.

Miro la pequeña prenda como si fuera un tesoro invaluable.

—Gracias. —Lo acepto, cuidando que nuestras manos no se rocen y tratando de no mirarlo demasiado para evitar otro colapso interno. Me seco las manos con el suave pañuelo y se lo devuelvo.

Él lo guarda en su bolsillo y yo agarro la pluma. Intento concentrarme, pero su mirada fija en mí, es como un faro cálido que me derrite por dentro.

Lleno el formulario con más esfuerzo del necesario. Se lo entrego y nuestras manos vuelven a rozarse. El calor del contacto es tan fugaz como persistente.

—Bienvenida al instituto, señorita Abril Harrison— dice, inclinando la cabeza mientras guarda los documentos.

Me levanto y camino hacia la puerta, pero, cuando mi mano toca la manija, sus dedos rozan los míos. Un escalofrío recorre mi espalda. ¡Por favor, universo, dame un respiro! Su piel es tan cálida, que mi instinto me hace cerrar la mano en un puño. ¿O soy yo la que está helada?

—Disculpe —dice, retrocediendo un paso.

Levanto la vista y lo encuentro mirándome otra vez, con esa intensidad que hace que el tiempo parezca detenerse. Sus ojos son un torbellino, un universo azul que amenaza con arrastrarme si sigo mirándolos demasiado tiempo.

—Gracias —murmuro, saliendo al pasillo con el corazón desbocado.

El sol me recibe con un abrazo cálido. El aire, que hasta hace unos minutos me parecía frío y gélido, ahora se siente suave, como una caricia; por primera vez en toda la mañana, puedo respirar. Pero algo en mí ha cambiado. Algo que no estaba antes. Ese algo pequeño y vibrante late justo en el centro de mi pecho; cálido, brillante y completamente fuera de control. Mi ropa húmeda se pega a mi piel, pero no me importa. Alzo la vista al cielo, dejando que los rayos de sol me acaricien la cara. El cielo azul es más brillante, como esos ojos que ahora no puedo sacar de mi mente. Y las nubes, blancas y esponjosas, tienen la forma perfecta de un gorro de lana. El invierno soltó su abrazo gélido y la primavera emergió con su caricia suave, perfumando el aire de nuevas promesas. Golpeo la puerta de la casa de Rachel con los nudillos y, cuando se abre, me recibe mi mejor amiga con cara de «me estoy hundiendo en mi depresión». Tiene los ojos hinchados, el cabello desordenado y una expresión que mezcla resignación con dramatismo digno de un Óscar.

—Sigue —dice, apartándose para dejarme pasar.

Cruzo el umbral, y mi mirada se dirige al acuario en la esquina del salón. Blue, su pez betta azul eléctrico, se mueve con la elegancia de un bailarín en miniatura. Rachel lo cuida como si fuera su hijo, y el acuario, con sus piedras brillantes y su plantita de plástico, parece más cuidado que el resto de la casa. Incluso en su caos emocional, Blue siempre tiene su agua cristalina y su comida a tiempo.

—¿Blue ya desayunó? —pregunto, intentando aligerar el ambiente.

Rachel asiente y me sigue, con su pijama que dice «Procrastinadora profesional» con letras desgastadas. Al menos luce más presentable que yo: mi ropa ya casi se secó, pero luce tan arrugada que parezco un acordeón olvidado en una esquina.

—Por supuesto, él siempre come, aunque yo me sienta como basura.

Aunque intenta sonar casual, hay algo en su tono que me preocupa. Me quito el cubrebocas, dejándome caer en el sofá tan mullido que casi me traga.

—No me digas que sigues pensando en eso.

Rachel suspira mientras se acomoda junto a mí. Sus manos tamborilean sobre sus rodillas, un gesto nervioso que solo tiene cuando algo realmente la afecta.

—Es que... —su voz se quiebra un poco— Christopher siempre me ayuda con Blue cuando me siento así. Me dice que nadie debería pasar por sus días grises sola, ni siquiera un pez.

La vulnerabilidad en sus palabras me desarma. Puedo verla a través de su fachada de drama y bromas sarcásticas.

—¿Cuándo se supone que volveré a verlo? —me pregunta, con ojos de cachorro abandonado.

Le sujeto los hombros con suavidad, buscando sus ojos hinchados.

—Rach, recuerda lo que siempre dice: «No importa dónde esté, siempre puedes contar conmigo».

Ella echa la cabeza hacia atrás y suelta un chillido que parece una mezcla entre llanto y berrinche.

—¡No quiero que se vaya, Abril! —solloza, aferrándose a mi brazo como si yo pudiera evitar que Christopher se subiera al tren, al avión o a lo que sea que lo lleve lejos.

La miro fijamente a los ojos. Es difícil tomarla en serio cuando lleva calcetas con unicornios.

—Lo sé, yo tampoco quiero eso, pero debemos tener paciencia, Rach. Al fin y al cabo, ese es su sueño y, si lo amas, debes dejarlo ir.

Se limpia una lágrima.

—Pero ¿por qué ahora? —protesta—. Justo cuando empezaba a dar indicios de que le gusto después de quince años.

Le acaricio el cabello con la paciencia de una madre sobreprotectora. Este lío la acompaña desde la primaria, pero con más intensidad ahora que Christopher está a punto de irse.

—Chris no es idiota y tarde o temprano dejará ver sus sentimientos. Además, que se aleje por un tiempo puede ser beneficioso para ti. Así te extrañará y se dará cuenta más rápido de que se está enamorando de ti.

Rachel me lanza una mirada esperanzada, pero también escéptica.

—¿Y si conoce a alguien más?

—¿A quién? ¡Por favor, Rachel, es Christopher! Él es el que una vez rechazó a una chica porque le gustaba demasiado el reguetón. No se va a olvidar de ti así de fácil.

Mi comentario la hace sonreír un poco, pero sigue tamborileando los dedos en sus rodillas. Ella asiente, pero su mirada sigue perdida. El timbre interrumpe el momento. Rachel se levanta de un salto y corre hacia la puerta. Al otro lado aparece él con una mochila al hombro y una chaqueta que parece demasiado gruesa para el calor que empezó a hacer.

—¡Chris! —exclama Rachel, con la voz temblorosa. Y en un movimiento que me sorprende, se lanza a abrazarlo, escondiendo la cara en su pecho.

Christopher parece un poco sorprendido al principio, pero luego le corresponde el abrazo, rodeándola con los brazos y cerrando los ojos. La sostiene como si fuera lo único que importara en el mundo. Es una imagen que se me queda grabada y mis ojos se humedecen. Esto es más difícil para los dos de lo que pensaba.

—Rach, voy a volver —dice Chris, con una voz suave, pero firme, como si quisiera convencerla a ella y a sí mismo al mismo tiempo—. Esto no es un adiós definitivo, ¿vale?

Rachel asiente contra su pecho, pero no dice nada.

—Blue va a extrañarte también —susurra ella, con su voz teñida de un hilo de tristeza.

Christopher sonríe, bajando la vista hacia ella.

—Blue es fuerte, como tú. Además, prometo volver antes de que tenga tiempo de olvidarme.

Yo los observo desde un rincón. Creo que estoy invadiendo un momento privado. ¿Tal vez debería irme?

—Te vamos a extrañar, Chris —intervengo, intentando aligerar el ambiente. Christopher se gira hacia mí con una sonrisa triste.

—Yo también las voy a extrañar. ¡Cuídense y no hagan locuras sin mí!

Rachel suelta una risa ahogada, y yo sonrío. Es un momento dulce y agrio al mismo tiempo, pero algo me dice que este no es el final de su historia, tan solo una pequeña pausa.

...

Los días después de la partida de Christopher no son fáciles para Rachel. Paso más tiempo en su casa que en la mía, ayudándola con cosas pequeñas, como limpiar el acuario de Blue, algo que Christopher siempre hacía con ella. Acurrucadas en el sofá de su sala, viendo un maratón de películas, Rachel me mira con una expresión que no reconozco al principio.

—A veces pienso que Blue me entiende —dice, acariciando el vidrio del acuario—. Incluso cuando todo se siente como un desastre, él nada como si el mundo fuera perfecto.

—Bueno, Blue tiene una ventaja —sonrío—. Vive en su propio mundo, pero tú tienes personas que te quieren. A mí, por ejemplo.

Rachel me mira y, por primera vez en semanas, sonríe.

—Gracias por quedarte, amiga.

Le devuelvo la sonrisa y aprieto su mano. Aunque no puedo llenar el vacío que Christopher ha dejado, al menos puedo ser un puente hasta que él regrese y hacer sus días un poco más llevaderos. El invierno en su corazón cede poco a poco, y aunque la estación sigue siendo fría, parece que una primavera tímida comienza a florecer en su vida. Blue sigue nadando con la misma energía de siempre, y Rachel comienza a encontrar la suya también. Dos semanas después, decido que Rachel necesita algo más que películas y autocompasión. Así que la arrastro al centro comercial con la excusa de buscarle «algo bonito». Aunque no le dije que ese «algo bonito» sería una «pijama disfraz» ridícula.

—Abril, no entiendo por qué estamos en esta tienda —dice Rachel, cruzando los brazos mientras yo reviso un perchero lleno de «pijamas disfraces» fuera de temporada.

—Porque necesitas reírte —respondo, levantando una de plátano gigante. La sostengo frente a ella—. ¿Qué opinas? ¿Plátano o *hot dog*?

Ella pone los ojos en blanco, pero sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Esto es una tontería.

—Exacto. Ahora, ponte esto. —Le lanzo una pijama de unicornio con alas miniatura y un cuerno brillante.

—¡Ni loca me pongo esto! —exclama, pero diez minutos después estamos en los probadores, yo con una pijama de vaca y Rachel con el unicornio más colorido que he visto en mi vida.

—No sé qué es peor —murmura, mirando su reflejo mientras ajusta las alas en los hombros.

—Definitivamente tú. Yo estoy lista para ordeñar el sueño. —Doy un giro dramático frente al espejo, casi chocando con un carrito de compras.

A mi amiga se le escapa una risa, primero como un pequeño jadeo, luego como una carcajada que llena todo el probador. Es tan contagiosa que no puedo evitar unirme. Terminamos rodando de la risa en el suelo de la tienda.

—Esto es ridículo —dice entre carcajadas, secándose las lágrimas.

—Claro que sí. Por eso es perfecto.

De regreso a su casa, Rachel insiste en llevarse el disfraz puesto, y no puedo negarme. La gente nos mira raro mientras caminamos por la calle, yo como la reina de la granja y ella agitando sus alas de unicornio con saltos de caballito, pero nos da igual. Nos reímos tanto que apenas podemos respirar. Vuelvo a mi casa y me desplomo en mi cama, todavía riendo. La cara de la cajera que nos atendió, lucía agria cuando llegamos y al irnos, no podía ocultar la sonrisa; parece que también le alegramos el rato. Mis músculos duelen, pero mi corazón se siente liviano. Rachel vuelve a ser Rachel, aunque sea por un rato, y eso es todo lo que importa.

Me pregunto si Christopher piensa en nosotras, si nos imagina como ese dúo caótico que siempre hemos sido. Lo siento, amigo, pero no pude cumplir la promesa de no hacer locuras sin ti. Rachel lo necesitaba. Cierro los ojos, abrazando la almohada, mientras una sonrisa se dibuja en mis labios. La primavera en Rachel parece florecer y, con ella, algo en mí también comienza a despertar.

...

La lluvia torrencial golpea el tejado como un murmullo constante, hipnótico. Duermo profundamente, perdida en un sueño tranquilo,

hasta que el leve sonido de la manija de la puerta me arranca del ensueño. Mis ojos se abren con lentitud, pero algo en la oscuridad me alerta. Un relámpago ilumina la habitación y su silueta masculina, acercándose con una calma contenida. Su rostro permanece oculto entre las sombras, pero no me queda duda: es él de nuevo. Lo reconozco como si mi cuerpo estuviera afinado a su presencia. Me quedo inmóvil, con el corazón latiendo a un ritmo desbocado, mientras se acerca. Hay algo en su andar, en la manera en que llena el espacio con esa mezcla de gallardía y misterio, que me desarma por completo. Se sienta en el borde de la cama, y su cercanía envuelve el aire. Una mano cálida se posa suavemente en mi mejilla, enviando un torrente de sensaciones a través de mi piel. Su olor, tan único, tan suyo, me rodea y susurro:

—Te extrañé.

Él no responde. En cambio, sus ojos, aunque no puedo verlos, parecen devorarme con una intensidad que trasciende las palabras. Retrocedo dándole espacio para acomodarse junto a mí. Mi corazón se acelera cuando dejo salir un ruego que lleva demasiado tiempo guardado:

—Bésame.

Un leve «shh» escapa de sus labios mientras su dedo índice se posa suavemente sobre mi boca. No es un rechazo; es una promesa, una pausa cargada de significado. Sus dedos viajan desde mi cabello, deslizándose con cuidado por mi barbilla y siguen un sendero lento y deliberado por mi cuello hasta detenerse en mi hombro. Su tacto es cálido, ligeramente áspero, una combinación de ternura y fuerza que me desarma. Un escalofrío recorre mi piel y mis labios dejan escapar un suspiro involuntario. Me abandono completamente al momento. Inclino la cabeza, ofreciéndole mi cuello. Su aliento roza mi piel con una delicadeza que me hace temblar. Mis manos, incapaces de permanecer quietas, ascienden

por sus antebrazos, acariciando cada músculo, cada fibra de su cuerpo, hasta enredarse alrededor de su cuello.

La ansiedad por sentirlo más cerca, por cruzar esa línea invisible, me consume. Dejo que mis labios busquen los suyos, cerrando los ojos para saborear el instante en toda su plenitud. Su boca me encuentra con la misma necesidad contenida, pero esta vez no hay prisa, no hay urgencia. Nos tomamos nuestro tiempo, como si cada segundo pudiera durar una eternidad. Mi cuerpo cede, deslizándose sobre la cama, y él me sigue; su peso es un refugio, un ancla en medio de la tormenta. Entrelazados, nuestros corazones laten al unísono y nuestras respiraciones se funden en un ritmo armonioso. La lluvia ha cambiado; ya no golpea con furia, ahora es un suave compás, una melodía que acompaña este instante perfecto. Intento descifrar sus rasgos en la penumbra. Pero la oscuridad no cede y su rostro sigue siendo un misterio, un enigma que me atrapa tanto como su toque. Como un eco de la confusión que late en mi pecho, dejo escapar la pregunta que sé que no tendrá respuesta:

—¿Quién eres?

Su silencio me envuelve, pero esta vez no duele. Porque, aunque no obtengo las palabras que busco, no necesito respuestas. Solo a él.

Capítulo 2

Entre libros y miradas

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El despertador suena, estridente y cruel. Mi mano lo golpea con precisión de ninja somnoliento, y el hombre de mis sueños desaparece, desintegrándose. ¡Despertador maldito! ¿Qué te hice para merecer esto? La luz del sol me achicharra la cara, una señal divina de que no puedo quedarme en la cama. Aunque, honestamente, preferiría volver al mundo donde un hombre perfecto me trata como si yo fuera la perfección. Pero no, la realidad me da otra bofetada: estoy enamorada de una ilusión. ¡Patético!

Con los ojos aún pegados, estiro el brazo, buscando el celular para revisar mi correo. El primer mensaje me da la bienvenida a la madurez; es del director del instituto de psicología donde me inscribí hace un mes: «Bienvenidos... estudiantes... excelencia académica... excelentes profesores... prestigio nacional...». Un discurso tan cálido como un abrazo de cactus. El sueño comienza a reclamarme otra vez, pero el cuadro con mi horario lo disipa. Un escalofrío baja por mi espalda.

—¡Mierda! —grito, asustando al gato del vecino que siempre ronda mi ventana.

Es mi primer día de clases y ya voy tarde. El reloj despertador agoniza en el suelo, abierto por la mitad con las pilas desparramadas como si le hubieran pasado un camión por encima. ¡Genial! Corro a

la ducha, despojándome de ropa mientras intento no tropezar con los restos del despertador. El agua fría me recibe como una bofetada de pingüino. Espero con ansias que se caliente, contemplando mi reflejo en la mampara empañada. Mi vida es un caos y, sin embargo, aquí estoy, ¡dándolo todo!

Salgo hecha un relámpago, envuelta en vapor como si fuera una aparición fantasmal. En el armario, busco ropa interior, pero parece que la prisa siempre conspira contra la dignidad: termino con un sostén rojo pasión y bragas azul cielo. Si alguien descubre este combo, me retiro de la vida social. Me visto a toda velocidad, luchando con los botones de la jardinera beige. ¡Cómo odio la ropa con botones en días de apuro! Me calzo los tenis blancos y echo un vistazo rápido al espejo. ¿Maquillarme? ¡Ni loca! El otro día, maquillándome frente al espejo, noté una mancha y comencé a limpiarla con una toalla húmeda. Al final, terminé limpiando toda la casa. Para mi sorpresa, salí con la mitad del rostro maquillado y solo me di cuenta cuando regresé a casa. ¡Premio a la más despistada! Me basta con desenredar mi cabello con los dedos y meter un labial rosa en el bolsillo.

Con cada paso hacia la puerta, siento que olvido algo importante. ¿Mis llaves? ¿Mi cartera? ¡Ah, sí, mi cerebro! Respiro hondo y me lanzo al mundo exterior. El sol brilla con una intensidad sospechosa para un día de invierno, y eso me arranca una sonrisa. Al menos no me mojaré una tercera vez hoy, o eso espero. Hace un mes tuve que correr al instituto bajo la lluvia y terminé empapada como un perro callejero; hoy no estoy dispuesta a repetir el *show*. No sé por qué me emociona entrar a ese instituto. De repente, me apasionó la psicología, cuando siempre quise ser cantante. Supongo que es porque me gusta ayudar a las personas emocionalmente. Además, me duele ver cómo los protagonistas de novelas y películas arruinan sus relaciones con peleas absurdas.

Mi reloj marca las siete en punto. ¿Mi clase? ¡Ya empezó! Me espera un gran debut como «la chica que siempre llega tarde». Resignada, empiezo a caminar hacia el instituto, quince cuadras de distancia y cero motivación. Podría tomar un autobús, pero a estas horas están llenos de zombis malhumorados que podrían morder si les pisas el pie. Y taxis... ni hablar. Ya me veo protagonizando un thriller con un taxista psicópata. Me pongo los auriculares de mi fiel MP3, que tiene más años que Amparo Grisales, y dejo que la música pop me rescate de la realidad. Tarareo, ignorando las miradas de la gente. Mi lista de reproducción es un festival de canciones románticas que colecciono. El amor es mi tema favorito, aunque nunca lo haya experimentado de verdad.

Mi «historial amoroso» da risa. En kínder me agarré de la mano con un niño que me cambió por una caja de galletas, y desde hace más de tres años tengo encuentros eróticos esporádicos con el amor de mis sueños. Nuestro romance ha sido más ficticio que las películas de superhéroes. ¿Qué puedo decir? Me encantan los hombres misteriosos, aunque él viva exclusivamente en mi cabeza. Camino al ritmo de la música, cantando con ganas, como una estrella pop incomprendida. Mi mamá siempre dice que heredé el talento musical de mi papá. Agradezco eso, pero no mucho más. La música es mi refugio, y mi chico fantasma, mi razón para soñar despierta. ¿Es normal estar enamorada de un hombre que no existe?

Una nueva etapa me espera y, aunque mi despertador intentó sabotearme, aquí estoy, lista para enfrentar el día, o al menos intentarlo. La fachada del instituto aparece frente a mí, imponente y solemne, como si estuviera a punto de entrar en Hogwarts, pero sin magia ni búhos ni un Hagrid que me dé la bienvenida. Algunos estudiantes corren desesperados para llegar a tiempo. Yo, en cambio, camino con la calma de quien ya está tarde y lo ha aceptado como filosofía de vida. ¿Para qué correr si ya estoy aquí?

Tomo una respiración profunda antes de cruzar las enormes puertas que siguen abiertas, como diciendo: «Pasa, pero no prometemos que sobrevivas». Es lunes, pero no un lunes cualquiera. Algo me dice que este día será especial. O mi intuición está encendida, o es mi estómago vacío mandándome señales. Para mi fortuna, todos los estudiantes se reúnen en el patio delantero. ¡Qué alivio! Nada peor que entrar en un aula donde todos te miran como si fueras la culpable de la inflación, y que el maestro te ponga en su lista negra por impuntual. Pero, claro, no podía faltar el desfile de clichés estudiantiles: los grupitos riendo, las parejas practicando escenas de telenovela con besos casi peligrosos para la salud pública, y los solitarios enfrascados en sus celulares o libros. Estos últimos siempre me inspiran respeto, aunque sospecho que algunos solo sostienen los libros para parecer interesantes. ¡Ahí está mi mejor amiga, Rachel!, en su pose habitual de «reina del drama», recostada contra un muro, con los brazos cruzados y el ceño fruncido como si alguien hubiera asesinado a su pez. Su expresión se suaviza cuando me ve, pero solo por un segundo. Mientras se acerca, ya puedo escuchar mentalmente el sermón que está preparando.

—¡Maldita impuntual! —Me lanza una mirada que podría derretir acero—. Creí que no vendrías y ya me veía pasando cuatro años de tortura sola.

—¡Oye! Calma, no quiero morir hoy. —Intento parecer inocente, pero ella no cae tan fácil.

—Pues ve pensando en qué color de peluca quieres, porque estaba considerando hacerme una con tu hermosa cabellera. —Sonríe elevando una ceja.

Suelto una carcajada y, antes de que Rachel me transforme en decoración capilar, la abrazo con fuerza. Su ceño se relaja un poco, aunque sigue fulminándome con los ojos.

—No deberías reclamarme tanto —le digo, frunciendo el ceño—. ¡Si quieres reclamar, búscame al chico de mis sueños, el que me hizo romper el despertador, y le dices unas cuantas cosas en mi nombre!

Rachel pone los ojos en blanco, pero una sonrisa traicionera se dibuja en su rostro.

—Típico de ti. Y luego ¿qué? ¿Le pides matrimonio?

—Estoy considerando invitarlo a desayunar primero. —Ambas reímos, dirigiéndonos a la cafetería.

Aquí, mi apetito toma el control. Ordeno un sándwich que parece sacado de un cómic por su tamaño descomunal, pero desaparece tan rápido que el cocinero me mira agrandando los ojos. Rachel solo sacude la cabeza, acostumbrada a mis ataques de hambre. De vuelta al patio, resulta que todos han desaparecido. Corremos a buscar nuestras aulas. Rachel no estudiará la misma rama de psicología que yo; sin embargo, compartiremos algunas clases. Mi mejor amiga encuentra la suya pronto, pero yo no tengo tanta suerte. Deambulo por pasillos interminables y ajusto mi cabello en un reflejo improvisado, antes de tocar la puerta de mi clase. No hay respuesta. Giro la manija con la esperanza de que no esté cerrada con llave y entro, intentando no llamar la atención. Espóiler: fracaso rotundamente.

Varias miradas se giran hacia mí, en especial las de los chicos más atractivos del lugar, que parecen haber activado un radar en mi dirección. Me inspiró en Shakira y me hago la *ciega sordomuda*, caminando hacia un asiento junto a la ventana con la gracia de un flamenco en un campo minado. Sus ojos siguen clavados en mí, pero los ignoro deliberadamente. No soy un trofeo, muchachos, ni el último paquete de galletas en descuento. El profesor de sociología habla y me esfuerzo por concentrarme. Sin embargo, los susurros y preguntas de los chicos sobre temas completamente irrelevantes me sacan de quicio. Uno incluso me pregunta si sé la capital de Letonia. ¿Qué sigue? ¿Un examen sorpresa de Geografía? La clase se vuelve

interesante cuando el maestro nos obliga a presentarnos frente a los demás, enseñándonos que hablar de uno mismo no es tan difícil como parece. ¡Y tanto que me ha costado!

Por suerte, la clase termina y me dirijo a mi segunda aula, el 407. Pero la historia se repite: más miradas, más incomodidad. Chicos, por favor, tengo un gimnasio para presumir mi trasero; no necesito que me lo recuerden aquí. Les voy a estrellar la mesa en la cabeza para que se enteren de que no solo entreno el culo. ¡Como si no hubiera más chicas en clase! Una figura divina entra al aula, salvándome de ser expulsada y encarcelada por intento de asesinato: Eva, la maestra sustituta; una mujer alta, rubia y con un físico tan perfecto que parece que la esculpieron los dioses griegos. Los chicos, como si estuvieran bajo un hechizo, desvían toda su atención hacia ella. Suspiro. ¡Libertad!, aunque, ¿qué tiene ella que no tenga yo? Ah, claro, experiencia laboral, cero problemas con despertadores rotos y un par de melones de infarto. Eva nos informa que estaremos solos un rato mientras el profesor de neurociencia resuelve asuntos administrativos con el director. Aprovecho la pausa para escabullirme hacia la puerta. No sé qué me espera después, pero si el día sigue así, creo que necesitaré algo más fuerte que café para sobrevivir.

Caminando por el pasillo, exploro un poco. Las instalaciones son amplias y elegantes, aunque mi cerebro disperso sigue procesando cómo llegué hasta aquí. Entre el sueño roto, el desayuno fugaz y el caos general de la mañana, esto se siente como un videojuego: estoy en el nivel uno y ya me perdí. Un hombre aparece frente a mí. ¿Pero qué es esto? ¿Un catálogo de modelos? Alto, rubio, de ojos verdes y con una contextura atlética que dejaría babeando a cualquiera. De unos treinta y cinco años, más o menos, y un porte tan seguro que me olvido de respirar. ¡Qué guapo! Nuestros ojos se cruzan y, para mi sorpresa, su mirada se vuelve severa. Me analiza de pies a cabeza, como un escáner en modo «juzgar». ¡Oye, no soy

una tostadora defectuosa, deja de inspeccionarme! Abre la boca para hablar y lo que sale de ella me hace desear que se hubiera quedado callado:

—Señorita, su estilo es muy bonito, pero procure no usar ropa corta en el instituto, no queremos que los alumnos se desconcentren.

¿Qué le pasa? ¿Es profesor o jefe de la policía moral? Me quedo boquiabierta, con mil respuestas mordaces atoradas en mi garganta, pero, antes de que pueda decir algo, él ya se ha dado la vuelta y desaparece con un aire de superioridad. ¿Así que ahora soy responsable del déficit de atención ajena? ¡Por favor!

—¡Gracias por el consejo, señor estilo 1950! —susurro para mí misma, poniendo los ojos en blanco.

Sigo mi camino, refunfuñando mentalmente. Después de todo, ¿quién se cree que es? ¿El presidente de la junta de ropa apropiada? Pero mi malhumor se desvanece al llegar a un pasillo oscuro a la derecha, con unas escaleras al fondo y una puerta de madera que parece sacada de un cuento gótico. Un escalofrío me recorre la espalda. Esto tiene vibras de *Barba Azul*, el terrorífico cuento de los hermanos Grimm. Y, como toda chica sensata que ha visto demasiadas películas de terror, decido que... ¡voy a entrar! La puerta cede con un leve crujido, revelando el interior de lo que parece una biblioteca de ensueño. ¡Por Dios, pero qué belleza! Los techos altos, los estantes infinitos y el aroma a libros viejos mezclado con barniz me golpean como una bofetada de felicidad.

—¿Estoy en el país de las maravillas? —susurro. Soy diminuta en este paraíso de papel y palabras.

Todo es tan majestuoso que incluso mi altura de un metro y medio parece empequeñecida aún más. Bueno, todo me parece gigantesco porque técnicamente vivo en el país de los gigantes. Recorro los estantes con ojos brillantes, como si estuviera en una juguetería,

pero no tengo idea de por dónde empezar. Una bibliotecaria amable me rescata, guiándome con paciencia hasta la sección que necesito.

Un libro en particular capta mi atención. Su portada antigua y gastada parece susurrarme secretos. Me instalo en una mesa individual, con un sillón tan cómodo que sospecho que podría quedarse pegado a mi trasero si no tengo cuidado. Desde mi asiento, tengo una vista directa de la puerta al fondo de la biblioteca, un recordatorio de que eventualmente tendré que salir para mi próxima clase. Pero, por ahora, estoy en mi burbuja.

Llevo unos diez minutos inmersa en la lectura hasta que el eco de unas botas bajando las escaleras resuena con firmeza, rompiendo mi concentración. Levanto la mirada y por poco me caigo del sillón. ¡Madre santa! ¿Esto es una broma del destino? Un ser que parece salido de las manos de Dios, perfecto en cada detalle, se aproxima. Su mirada azul se clava en la mía, y el mundo alrededor se disuelve. ¿Dónde vi esos ojos antes? ¡Voy a desmayarme! Cada paso que da hacia mí revela su andar seguro, su silueta esbelta y esos rasgos familiares que creía reservados a mis sueños más íntimos. Mis sentidos se confunden entre la incredulidad y la admiración.

Su piel clara y sus facciones delicadas pero varoniles me hipnotizan. Sus ojos azules, profundos como un océano al atardecer, me miran como si pudieran leer cada pensamiento que intento ocultar. Sus labios, perfectamente dibujados y serios, contienen una promesa silenciosa. Es como contemplar el cielo y el mar encontrándose en un abrazo eterno. Su cabello castaño con reflejos dorados brilla bajo la luz suave de la biblioteca, y su atuendo lo envuelve con un aura de misterio: una chaqueta de cuero negra abierta sobre una camiseta blanca que resalta la línea de su pecho, *jeans* oscuros ajustados y zapatos a juego. No entiendo mucho de moda masculina, pero él parece hecho para redefinirla. ¡Qué estilazo! Parece un ángel caído que descendió del cielo para llevarme consigo por haber sido mala. Podría seguirlo hasta el fin del mundo

sin pensarlo dos veces, convertirme en su esclava y no pedir nada a cambio. Ni siquiera tiene que pedírmelo.

Cada paso que da es una declaración silenciosa de poder, de confianza, y mi cuerpo reacciona instantáneamente. Como si el suelo bajo mis pies hubiera desaparecido, mis rodillas tiemblan bajo la mesa, luchando por no ceder ante la intensidad de su presencia. ¡Me voy a caer! No aparta la mirada de mí y cada vez que nuestros ojos se encuentran, una corriente invisible recorre mi cuerpo, un fuego que crece con cada segundo que pasa. ¡Madre santa!





Se acerca más y no puedo evitar seguirle el paso con la mirada, absorbiendo cada detalle de su rostro, cada facción perfecta; una obra de arte hecha carne. Pero él también me estudia con la misma intensidad y, cuando su mirada se posa en mis labios, mi respiración se detiene. «¡Maldita sea, Abril! ¡¡Controla tu mandíbula!!». Con esfuerzo, desvío la vista hacia el libro, pretendiendo leer, pero su fragancia me envuelve. Un aroma tan familiar, tan perfecto, que mi cuerpo reacciona de forma incontrolable. Mis manos tiemblan al sostener el libro, como si fuera lo único que me queda para mantenerme en pie. ¡Me va a dar algo!

—Buenos días. —Su voz profunda y aterciopelada acaricia mis oídos de manera tan suave, tan perfecta, que mi corazón da un vuelco. ¡Esa voz! Es como un *déjà vu*. Mi alma se estremece, como si un hechizo se hubiera desatado.

¿Qué respondo? ¡Ay, Dios!

—B-buenos días —logro decir, intentando que mi voz no traicione mis nervios, pero es inútil.

Reúno las fuerzas necesarias para mirarlo, y el magnetismo de sus ojos me atrapa. Son tan intensos; me encierra en su mirada y no tengo salida. ¡Estoy jodida! Su rostro, ahora más cerca, se vuelve aún más hermoso. Me veo reflejada en el azul profundo de sus iris, como si fuera una parte de él, un suspiro compartido entre ambos.

—Disculpe, no conozco mucho el instituto. —Su tono es grave, pero lleno de calidez—. Acabo de llegar. ¿Puede indicarme dónde está el aula 407?

¿El qué? Su voz me eriza la piel. Cada palabra que pronuncia parece hacer eco en mi interior, como una melodía inalcanzable. Me mira con seriedad, esperando una respuesta, y mis pensamientos se dispersan en el aire. ¡Se me fueron las palabras! Parece el rey de este lugar y yo, su súbdita muda, incapaz de articular nada coherente.

—Me temo que no podré ayudarte, lo siento —respondo, recuperando la compostura a duras penas—. Soy nueva aquí, hoy es mi primer día y no conozco bien las instalaciones. Pero puedes preguntarle a la bibliotecaria. Ella no tardará en regresar.

¿Qué acabo de decir? Mi voz suena atropellada, como si intentara correr una carrera contra el tiempo. Sonrío y, de nuevo, bajo la mirada hacia el libro, incapaz de sostener el peso de su mirada. ¡No puedo parpadear!

—De acuerdo, gracias. —Asiente con la cabeza antes de girarse.

Una curva sutil aparece en sus labios, una sonrisa fugaz que ilumina su rostro y me deja sin aliento. Mi rostro se enciende con el calor de mi rubor. ¡Qué sofocante! Ruego a Dios que no se me note, pero esa sonrisa ha desatado un enjambre de mariposas en mi estómago. ¡Dios! ¿Qué estoy sintiendo? Mientras se aleja, no puedo evitar la sensación de que el momento que compartimos acaba de dejar una huella imborrable en mi alma. ¿Es posible que lo que siento sea real?

Su espalda se pierde poco a poco en el horizonte de la biblioteca, y exhalo el aire que llevaba retenido en mis pulmones, como si el simple hecho de su presencia hubiera dejado el mundo entero en pausa. Coloco una mano temblorosa sobre mi pecho, intentando calmar el desbocado latir de mi corazón, pero me asusta lo violento que se ha vuelto. ¡Se me va a salir! Es como si mi cuerpo, mi alma, todo en mí estuviera reclamando su cercanía, su toque, su ser.

No puedo apartar la mirada de él. Le sigo y no puedo dejar de hacerlo. Recuesta sus antebrazos en el escritorio de la bibliotecaria, esperando, y mi mundo se detiene. Es tan increíblemente atractivo, tan hermoso que no sé si mi corazón va a resistir tanto ardor. Cada célula de mi cuerpo responde a su presencia y cada partícula de mi ser estalla en una mezcla de caos y fascinación.

El tiempo se desvanece cuando sus ojos se vuelven hacia mí, esos ojos azules que parecen leer mi alma con una intensidad que me

desarma por dentro. ¡Me derrito! El resto del mundo sigue moviéndose, pero yo me quedo atrapada en este instante, mirándolo como si fuera lo único que importa. Dejo el libro a un lado, sin importarme nada más que la forma en que sus ojos me atraviesan. ¿Cómo se detiene el tiempo? Si lo que estoy pensando es real, necesito buscar ayuda inmediata, porque lo que siento me está volviendo loca, más de lo que ya soy. Aunque, si esta es la locura, bienvenida sea. La bibliotecaria regresa después de unos minutos, y le dedica una sonrisa amable al hombre magnífico recostado en el escritorio, igual que la que me dio a mí. Pero cuando él le responde, algo cambia en su rostro.

—Buenos días, ¿te puedo ayudar en algo? —le pregunta ella, con una voz suave y cortés.

—Buenos días. Sí, por favor. —Él se endereza y gira su mirada hacia mí. El mundo se reduce a él y a mí, como si no existiera nada más—. Acabo de llegar al instituto y necesito encontrar el aula 407. ¿Podría indicarme dónde queda, por favor?

La forma en que habla, suave pero firme, me eriza la piel. Y el contacto de su mirada es tan intenso que mis pensamientos se desordenan. ¡No sé qué hacer con todo lo que siento!

—Sí, claro. —La bibliotecaria le responde con una sonrisa, aunque él permanece serio—. Sube las escaleras, por el pasillo a mano izquierda, al fondo. En la puerta verás el letrero.

—Gracias, qué amable. —Su voz es como un susurro que acaricia mis sentidos.

Pero antes de irse vuelve a mirarme y sus ojos se clavan en los míos durante un par de segundos que parecen eternos. ¡Me muero! ¿Qué fue eso? Mi corazón late tan rápido. Creo que me voy a desmayar. ¿Quién es él? Froto mis manos húmedas por el sudor contra mis muslos. ¡Qué temblor!

Espero unos minutos, con el alma todavía vibrando en su mirada, hasta que mi ritmo cardíaco se calma un poco. Pero no logro

sacudirme la sensación de lo que acaba de pasar, aún sigo suspendida en un sueño del que no quiero despertar. ¿Me metí alguna droga? ¡No puede ser él! Mi mente lucha por procesar lo que mi corazón ya sabe: es mi chico fantasma, el hombre que ha aparecido en mis sueños una y otra vez, el que siempre me deja con el alma agitada y el pecho encendido. Estuvo aquí, tan real como el aire que me cuesta respirar.

Cada vez que aquel chico me visita en mis noches solitarias, siempre es muy oscuro, y nunca logro ver su rostro o lo olvido al despertar. Pero su olor es tan real que se me hace difícil creer que no sea él. ¡Maldita sea! ¡Es él! ¿Suceden cosas así? ¿Mi imaginación me está jugando una mala pasada? No... esto es demasiado real. No puede ser. Si es cierto, tendré que empezar a creer en cosas que nunca imaginé. ¿Duendes? ¿Hadas? ¿Unicornios? ¡Un mundo de fantasía! Anoche soñé con él y su imagen sigue fresca en mi mente. Tan cercano, tan palpable. Quizá por eso es como si fuera él, el mismo que me visita cuando duermo, el mismo que me acaricia como un ángel, como un ser de otro mundo. ¡Uno muy guapo!

Es tan intenso que, cuando despierto, estoy agitada, sudando, buscando algo de consuelo. Pero él nunca está. ¿O acaso nunca se fue? ¿Será que esta vez, en algún rincón de mi corazón, este sueño ha dejado de ser solo un sueño? Con el corazón aún latiendo a mil por hora, regreso al escritorio de la bibliotecaria. Necesito confirmar que no estoy alucinando. Ella come una manzana como si el mundo fuera un lugar de absoluta paz. Mientras tanto, yo me desmorono por dentro.

—¡Hola de nuevo! —Me recuesto en su escritorio con una confianza fingida que se desmorona tan rápido como mi dignidad.

Ella me lanza una mirada amable, dejando su mordida de manzana a un lado.

—Hola, ¿cómo te fue con la lectura? —pregunta, como si realmente me creyera capaz de haber absorbido algo después del

huracán que pasó hace un rato.

—Bien, sí, fue... interesante. —Intento sonreír, pero creo que me salió una mueca.

La chica ladea la cabeza, viendo a través de mí. No tengo opción. Voy a tener que preguntar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —dice, con un brillo curioso en los ojos, inclinándose hacia adelante.

—¿Viste al chico que vino hace cinco minutos? —Mi susurro no es tan discreto como pensaba; en este silencio, probablemente, hasta los libros me escucharon.

La bibliotecaria suelta una risita y levanta una ceja, disfrutando de mi incomodidad.

—¡Claro que lo vi! No estoy tan ciega, cariño.

¡Fantástico! Ahora, además de nerviosa, estoy colorada como un tomate.

—¿Por qué lo preguntas? —añade.

—B-bueno —tartamudeo, rascándome el cuello como si me hubiera picado un enjambre de abejas—. Tal vez no hice bien la pregunta. Quería decir... ¿Qué te preguntó él?

Ella se inclina aún más, ajustándose las gafas como si fuera Sherlock Holmes y yo su principal sospechosa.

—Quería saber dónde quedaba un aula —dice, sin apartar los ojos de mí—. ¿Por qué?

—Por nada, nada en absoluto. Solo me pareció que ya lo había visto antes. —Miento (¿o no?), mirando cualquier cosa menos a ella. Mis mejillas rojas podrían iluminar la biblioteca en caso de apagón.

Ella sonríe y ladea la cabeza, divirtiéndose con mi sufrimiento.

—Ah, claro, seguramente sí. Quizá vive por la zona.

—Es probable —murmuro, mientras todo mi cerebro se convierte en papilla. Señalo la manzana en un intento desesperado por huir—. Muchas gracias. Buen provecho.

—Con gusto. Suerte en las clases —sonríe ampliamente.

Me retiro como alma que lleva el diablo, devolviendo el libro sin recordar una sola palabra de lo que leí. Salgo de la biblioteca y camino directo al baño. Necesito un refugio, un lugar donde pueda reunir los pedazos de mi dignidad y recomponerme. Entro al baño y cierro la puerta haciendo vibrar los labios. El espejo me devuelve un reflejo que no es tan catastrófico como esperaba, pero aun así me lavo las manos con agua fría, buscando algo de claridad.

—Él es real —susurro al espejo. Necesito convencerme.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Tengo que contarle esto a Rachel. Ella sabrá qué hacer. Salgo disparada hacia su aula, pero, tras la puerta cerrada, el maestro ya empezó la clase. ¡Maldita suerte! Me resigno y me encamino hacia la mía, todavía con el corazón latiendo rápido. Mi celular vibra. Es Christopher.

—¡Chris! ¡Qué alegría escucharte! —exclamo, olvidando todo el caos.

Hablamos un rato y él menciona algo que me deja atónita y feliz:

—Por cierto, dile a Rach que la extraño más que nunca.

¡¡Aaaaaaaaaaaaaaah!! ¿Qué? ¿Acabo de oír bien? ¿Acaso Christopher está dejando a un lado la vergüenza que le provocan sus sentimientos por ella? Mi amiga ha sido demasiado cobarde para confesárselo, porque no cree que él sienta lo mismo. Pero yo sí. ¡Esto es un escándalo! Guardo el teléfono con una sonrisa y me apresuro hacia mi aula, lista para enfrentar lo que venga. Pero me encuentro con algo que hace que toda mi confianza se desmorone. El letrero en la puerta dice: «AULA 407». ¡No puede ser! Mi corazón se detiene mientras mi cerebro procesa lo obvio. Mis mejillas arden y una sombra se cierne detrás de mí. Antes de que pueda moverme, una voz masculina profunda y terriblemente familiar retumba cerca de mi oído:

—¿Va a entrar, señorita?

¡Él! Mis rodillas tiemblan y mi corazón se detiene. Si fuera un dibujo animado, ahora mismo estaría desmayada en el suelo con pajaritos revoloteando alrededor de mi cabeza.

Capítulo 3

Guía rápida para hacer el ridículo

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Me doy la vuelta despacio, rogando que mi dignidad no esté tan arrugada como mi moral, y me encuentro con sus ojos; esos ojos azules tan cerca de los míos que puedo contarle las pestañas. Su expresión es neutra, pero su intensidad me desarma. Detrás de él, el director me observa con una seriedad tan solemne que parece estar evaluando si soy apta para seguir en esta institución.

—Sí, disculpen —balbuceo como una *amateur* en la vida.

Me doy la vuelta de nuevo con la intención de desaparecer de esta dimensión y... ¡Bam! Mi frente aterriza directamente contra la puerta. El golpe resuena como si hubiera llamado con la cabeza en vez de con los nudillos. ¡Que me lleve la tierra, que me cargue el apocalipsis, que venga un ovni y me abduzca ahora mismo!

Cierro los ojos, reprimiendo las ganas de lanzar una retahíla de groserías, pero el dolor es tan real como mi vergüenza. Me toco la frente disimuladamente; el calor de la hinchazón empieza a formarse. Sin mirar atrás, tomo aire y abro la puerta, intentando conservar la poca dignidad que me queda.

El silencio reina en el aula, pero al menos el maestro no parece haberse percatado de mi entrada. Sin embargo, ese alivio dura exactamente dos segundos, porque el nuevo alumno, él, entra justo

detrás de mí, seguido por el director. ¡Perfecto! ¡A llenar mi día de emociones, gracias, universo!

Aprovecho el momento de distracción para moverme a toda prisa hacia mi asiento y me dejo caer en mi lugar. El maestro saluda a los recién llegados; levanto la vista y mi corazón se tambalea: ¡es el mismo maestro guapo que me topé en el pasillo! Ese que se atrevió a criticar mi ropa como si fuera el guardián de la decencia pública. ¡Esto ya parece una novela de mala suerte escrita por un enemigo oculto!

Intento disimular mi sorpresa y mantener la compostura, pero él, mi chico fantasma, cruza el salón y se sienta en la fila de al lado, en un pupitre vacío. ¡Ay, madre mía, dame fuerza porque esto ya es mucho para mi corazoncito! Mi alivio por la ausencia de Cristóbal Colón y su cuadrilla dura poco. Saco mi espejo para evaluar el daño y me encuentro con una mancha roja en el centro de la frente. ¡Changos! Me quedó un *souvenir* del golpe.

Hundo la mano en mi mochila, buscando mi cosmetiquera y saco mi base en polvo. Mujer precavida vale por dos, aunque a este paso necesitaré un kit de emergencia para sobrevivir al día. Mientras intento cubrir la mancha, el peso de una mirada fija en mí, me obliga a levantar la vista. Sus ojos me observan con interés. ¡Ay, madre santa! ¿Por qué me miras ahora, justo cuando estoy parchando mi rostro como si fuera una pared con humedad? Le dedico una sonrisa tímida, pero él aparta la mirada. ¿Qué bicho le picó? ¡Esto es una montaña rusa emocional y yo ya estoy mareada!

El director, ajeno a mi crisis interna, se disculpa con el maestro por la interrupción y abandona el aula, dejando a todos en su lugar. Saco mi cuaderno para disimular y comienzo a decorar la portada con plumones de colores, el clásico método de escapismo estudiantil. Sin embargo, mi atención sigue en él, en ese hombre misterioso que se ha instalado tan cerca de mí que su presencia es como un imán.

Desde mi posición, lo escudriño de reojo. Es alto, tiene un perfil perfectamente cincelado y su cabello parece sacado de un anuncio de champú. Cada vez que mueve la cabeza para tomar notas, una onda de su cabello brilla bajo la luz del salón como si tuviera su propia iluminación dramática.

¡Qué vistas! En primera fila de una película romántica y ni siquiera pagué entrada. Pero él no vuelve a mirarme. Ni una vez. ¿Cómo puede ignorarme después de todo lo que pasamos juntos? Bueno, técnicamente, solo compartimos un par de miradas y algunas palabras, pero ¡fueron miradas intensas! Y eso cuenta. ¿Pensará que soy una maleducada porque no le ayudé a encontrar el aula? ¿Se habrá reído por dentro cuando me golpeé contra la puerta? ¡Ay, no! ¿Y si ahora cree que soy una especie de payasa andante? Bajo la cabeza y suspiro, incapaz de concentrarme en otra cosa que no sea ese par de ojos que siguen rondando en mi mente. Tal vez debería olvidarlo. Tal vez solo fue un momento fugaz, un cruce de caminos sin destino. Pero lo miro de nuevo y... No puedo. ¡Porque mirar es gratis y soñar no cuesta nada!

El maestro comienza a hablar y todo el salón queda en un silencio sepulcral. Las chicas, absortas en él, me hacen sentir como si estuviera en una biblioteca abandonada. ¡Y no las culpo! Entre su porte y su voz grave, podría vender seguros de vida a inmortales. Sin embargo, yo tengo la atención dividida. Mi chico fantasma existiendo justo en la fila de al lado y no puedo apartar los ojos de él. Su postura relajada, su concentración absoluta en las palabras del maestro y cómo mueve el bolígrafo entre sus dedos como si fuera un pianista ensayando en el aire. ¡Qué juicioso!

Me esfuerzo por encontrarle algún defecto. Tal vez tenga un tic nervioso o un lunar raro en la nariz. Pero no. Ni *piercings* ni tatuajes a simple vista. Su perfil es tan perfecto que parece diseñado por un *software* 3D de última generación. ¡Me lo como! Esto no es normal.

Nadie puede ser tan... tan... ¿cómo decirlo? ¿Irresistiblemente humano? Mi cerebro divaga.

—¿De verdad estoy loca?

El aire se congela. ¿Por qué pensé en voz alta? Un par de ojos verdes se clavan en los míos. ¡Qué vergüenza! El maestro, con una ceja arqueada, detiene su explicación.

—Señorita Abril, ¿quiere aportar algo a la clase?

El aula entera me enfoca. Yo me observo a mí misma desde fuera. Mi alma abandonó mi cuerpo por pura vergüenza.

—Lo siento —balbuceo; el calor trepa por mis mejillas—, estaba reflexionando en voz alta.

El maestro no parece convencido.

—Interesante reflexión, Abril. Pero no estamos discutiendo los problemas psicológicos.

Se desatan risitas contenidas a mi alrededor. Si pudiera convertirme en una cucaracha y escabullirme bajo las mesas, lo haría sin dudar.

—No era sobre la clase —mi voz tiembla—. Es que tengo un asunto que no me puedo sacar de la mente desde hace media hora.

¿Por qué dije eso? ¡Maldición! Mi mirada se cruza con la de mi chico fantasma, que intenta disimuladamente echar un vistazo por encima del hombro. ¡Que me trague la tierra!

—Espero que no vuelva a pasar —dice el maestro, entrecerrando los ojos antes de seguir con su explicación.

El aula vuelve a la normalidad, pero ahora soy el blanco de todas las miradas y cuchicheos. Incluso el payaso del salón, parece estar disfrutando mi caída en desgracia.

—Señor Allen —el maestro se dirige al recién llegado—, ¿podrías enseñarnos los fundamentos de la empatía?

Mi chico fantasma se pone de pie con una confianza que me deja boquiabierta y camina hacia el frente con la tranquilidad de alguien que ya domina el tema.

—La empatía —comienza con voz firme—, es mucho más que ponerse en el lugar del otro. Es una forma de conexión humana que ha sido explorada desde el siglo XXI en la literatura, el cine y la psicología.

El salón queda en silencio. Su manera de hablar es hipnótica y yo me cuelgo de cada palabra.

—Un empático tiene una sensibilidad especial. No solo hacia las emociones de los demás, sino también hacia estímulos externos como la luz, los sonidos o los aromas. Es alguien que siente todo de manera más profunda.

Cada palabra que dice resuena en mi interior como si me estuviera describiendo a mí misma.

—La empatía —continúa, mirando directamente hacia mí— fomenta la ayuda mutua, el amor y la preocupación por los demás. Es la capacidad de comprender y experimentar lo que siente otra persona de una forma tan visceral que puede ser abrumadora.

¡Santo cielo, habla de mí! ¿Está tratando de decirme algo? ¿Es una indirecta? ¿O solo estoy delirando? Termina su explicación con una última frase que me deja sin aliento:

—En resumen, ser empático es comprender a los demás con el corazón y la mente.

El maestro lo aplaude ligeramente.

—Excelente exposición. Tu primer diez.

El aula también aplaude, pero yo sigo en otro mundo. Me lanzó un mensaje directo, como si quisiera que supiera algo importante. Pero ¿qué? ¿Acaso piensa que no fui empática cuando no lo ayudé en la biblioteca? ¿O está intentando mostrar que le intereso? Mientras él regresa a su asiento, nuestros ojos se encuentran de nuevo. Me mira y juraría que esboza una pequeña sonrisa. ¡Me va a dar algo! Aprovecho para memorizar cada paso que da. Camina con esa mezcla perfecta de seguridad y humildad. ¿Acaso un director de *casting* lo trajo aquí solo para torturarme?

—Señorita Abril —dice el maestro, devolviéndome al presente—, ya que estuvo tan atenta a lo que dijo su compañero Alexander, ¿quisiera dar una opinión?

¿Alexander? ¡Pero qué nombre más hermoso! De hecho, es mi nombre masculino favorito. Es fuerte, elegante, sencillo... ¿Será una señal del universo?

—No, estoy bien, gracias. —Sonrío y el maestro tuerce los ojos.

Sigue hablando, pero sus palabras flotan en el aire como una voz en off de documental.

—Para concluir, los empáticos viven guiados por su intuición. Aunque esto es positivo, también tiene su lado negativo...

¿Lado negativo? ¿Qué podría ser negativo?

—... he observado que muchas personas empáticas sufren trastornos mentales.

¿Trastornos mentales? Mi atención se dispara como un cohete.

—Aunque no son peligrosos para otros, para ellos puede ser difícil de manejar. A menudo prefieren cargar con el peso de los problemas de los demás para evitar su sufrimiento.

¡Auxilio! ¿Me acaba de diagnosticar sin consultarme? Mis ojos se agrandan.

—La empatía es una reacción instintiva que lleva a una persona a involucrarse emocionalmente en las situaciones de otros, sin mediación de la razón.

¡Eso suena a mí! ¡Exactamente a mí! De repente, todas mis peculiaridades tienen nombre. ¿Por qué lloro cuando veo videos de animales rescatados y me quiero traer a todos los perros y gatos callejeros a mi casa? ¿Por qué le hice un funeral y enterré en un ataúd improvisado a esa planta de mi patio que no sobrevivió al invierno? Todo tiene sentido. ¡Estoy completamente loca!

—Espero que hayan entendido la definición de este valor —finaliza el maestro— porque la empatía es fundamental para el ser humano.

Pero devastadora para mí. Me llevo una mano a la frente. ¿Tendré que asistir a terapia? ¿A grupos de apoyo para «Empáticos en Crisis»? Miro de reojo a Alex y mis tripas se retuercen como si estuviera haciendo yoga por primera vez. ¡No puedo dejar que piense que soy antipática! Seguro que ahora cree que soy insensible o, peor, una rara que habla sola en clase. Quiero explicarle lo que pasó, pero ¿cómo se explica algo así sin sonar más loca? «Hola, Alex, perdón por ignorarte en la biblioteca. Mi cerebro entró en modo de pantalla azul porque me pareciste perfecto. ¿Quieres ser mi amigo?». ¡No puedo!

La clase transcurre lentamente, como una tortura medieval. El profesor cierra su carpeta, diciendo que la clase ha terminado, y siento como si alguien hubiera soltado una cuerda invisible alrededor de mi cuello. ¡Por fin, receso! Necesito salir de aquí antes de que mi cabeza explote.

Recojo mis cosas con torpeza, como si las manos me pesaran. Necesito encontrar a Rachel. Ella es la única persona que podría ayudarme a procesar esto. Bueno, o a desmayarse cuando le cuente que Sexy Ghost, como ella lo llama, es real y está aquí.

Capítulo 4

Sexy Ghost en carne y hueso

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El silencio reina en el aula tras la estampida general. El maestro se va también, y las chicas que quedan comienzan a mirar a Alexander como si fuera el último trozo de pastel en una fiesta de cumpleaños. No las culpo.

Él eclipsa incluso al maestro de neurociencia, ese que hace que las alumnas casi se tiren de los pupitres con solo levantar una ceja. Pero Alex... Alex juega en otra liga.

Dos de ellas deciden pasar a la acción, colocándose estratégicamente en la puerta. Se tocan el cabello, sueltan risitas tontas y lanzan miradas furtivas. Una incluso deja caer un bolígrafo como si fuera una actriz. Pero Alex, como todo un caballero inalcanzable, ni las ve.

—Con permiso —es lo único que dice y atraviesa la puerta con un andar digno de un desfile de moda, como si el dramatismo de su salida estuviera coreografiado para que todas lo admiráramos un poco más.

Ellas se quedan congeladas. Sus caras de decepción son tan evidentes que no puedo evitar soltar una risita discreta. ¡Tomen eso, lagartas!

Es el hombre más perfecto que he conocido y yo, ¿qué hago? ¡Nada! Podría haberme acercado mientras estábamos a solas, pero,

claro, mi paranoia insiste en recordarme que seguro me habría corregido por no haber aprendido nada en clase. No puedo seguir así. ¡Me voy a volver loca!

Tomo mi morral y salgo, buscando desesperadamente a Rachel entre la multitud. Necesito su presencia antes de que cometa una locura, como correr tras él gritando: «¡Alex, te amo, aunque aún no sepa tu color favorito!».

En el pasillo, mi mente se acelera. ¿Cómo voy a contarle todo? Quizá necesite usar diagramas o dibujos para que entienda la magnitud de este acontecimiento. Pero, antes de llegar a su aula, me detengo en seco.

—¡No! —me digo en voz baja—. No le puedo contar todo de golpe. Primero voy a fingir que estoy tranquila y luego...

Una presencia detrás de mí me eriza la piel y acelera mi pulso.

—¿Se le cayó esto? —dice una voz grave y familiar.

Me doy la vuelta y Alexander me mira, sosteniendo mi bolígrafo. El que seguramente dejé caer mientras huía de mi propio desastre emocional.

—Ah..., gracias —balbuceo. Mi cerebro entra de nuevo en modo de pantalla azul.

Antes de que pueda decir algo más, él se da la vuelta y se va, dejándome con el bolígrafo en la mano y el corazón en la garganta. ¡Tengo que hablar con Rachel ya!

Aparece al fondo, como un ángel en medio de un apocalipsis estudiantil. Me dirijo hacia ella con tanta urgencia que la gente a mi alrededor debe pensar que estoy huyendo de algo o de alguien.

—¡Rachel! —grito y ella alza las cejas al notar mi cara de «estoy al borde de un colapso emocional».

Primero camina despacio, evaluándome con sus ojos de inspectora privada, pero, cuando ve mi expresión, acelera el paso.

—¿Qué te pasa? —pregunta, justo antes de que me lance sobre ella como si fuera mi salvavidas.

—¡Qué alivio verte! —La abrazo.

—Abril, me estás asustando. ¿Quién te persigue? ¿Un toro, una lagarta, el maestro guapo?

—Peor. Me persiguen mis pensamientos.

Ella suspira. Rachel sabe que mis problemas no son los más típicos.

—¿Los chicos de tu clase? —Levanta una ceja, intentando contener una sonrisa burlona.

—Sí, pero ese no es el problema principal. —La tomo del brazo y la arrastro por el pasillo.

—¿A dónde me llevas? —protesta.

—A un lugar tranquilo. Necesito espacio para procesar esto.

—¿Esto qué? —pregunta, tratando de seguir mi paso entre empujones y mochilas que se interponen en nuestro camino—. Abril, en serio, estás más rara que de costumbre. Tus ojos brillan como si hubieras visto a Henry Cavill en pelota.

—Espero que nadie más lo haya notado. —Me limpio la frente. Estoy al borde de un ataque de nervios.

—¿Seguro que no comiste almendras? Ya sabes cómo te pones con tus alergias...

—¡No comí almendras!

—¿Lloraste?

—No... todavía.

—Eso me preocupa aún más.

Caminamos durante lo que parecen diez eternos minutos, subiendo y bajando escaleras, recorriendo pasillos que probablemente conduzcan al fin del mundo. Este instituto es tan grande que estoy segura de que algún día encontraré una puerta secreta al inframundo.

Llegamos a un rincón desierto, cerca de unas escaleras que nadie parece usar. La puerta de metal llama mi atención; las demás puertas son de madera. Es como si hubiéramos encontrado el

refugio de las almas perdidas. Hay estantes con libros y parece ser un despacho abandonado. Telarañas cubren todo, indicando que nadie ha estado aquí en mucho tiempo.

—¡Este lugar es perfecto! —exclama Rachel, observando alrededor con los ojos bien abiertos y una sonrisa.

—Sí, es ideal. —Hago una mueca al quitar una telaraña que me impedía el paso—. Solo necesitamos retocarlo un poco y nadie nos molestará aquí.

Seguimos explorando hasta encontrar un escondite en un rincón. Un estante de libros alto, empotrado en la pared, llama mi atención. En uno de sus costados, integrada con disimulo, hay una puerta estrecha y secreta que ocupa menos de la mitad del mueble. ¡Maravilloso! Descubro el mecanismo de apertura y me deslizo por la entrada estrecha. Aunque parece extraño, solo hay algunas herramientas y utensilios de limpieza. La luz es escasa y el espacio es mínimo, apenas suficiente para una persona.

Reúno lo necesario para empezar nuestra tarea y regreso con Rachel. Comenzamos a limpiar, quitando las telarañas, sacudiendo el polvo y limpiando el suelo lo mejor posible. En un rincón, junto a una mesa y frente al escondite misterioso, hay un sofá cama en perfectas condiciones, cubierto con una manta blanca sorprendentemente limpia.

—Parece que alguien lo usó recientemente. —Abro los ojos, torciendo la boca.

—Espero que no haya sido para lo que estoy pensando. —Rachel arruga la nariz. Nos miramos y reímos.

Después de quien sabe cuántos minutos de trabajo, el sitio queda impecable y podemos descansar un rato en el sofá. Comienzo a relatarle mi increíble sueño de anoche a Rachel, la única persona en el planeta que no me juzga por hablar de «mi chico imaginario». Ella escucha embelesada, como si estuviera viendo el final de una telenovela.

—¿Volviste a preguntarle su nombre? —me interrumpe con la seriedad de una detective.

—Sí, pero el maldito despertador arruinó el momento. —Hago un puchero.

—Ash. Qué tragedia. —Rachel se cruza de brazos, mirándome fijamente—. Ahora sí, escúpelo. ¿Qué demonios te pasa? ¿Ganaste la lotería? ¿Te pidieron matrimonio en el salón? ¿O viste un fantasma?

Sus palabras hacen que me ría a pesar de mí misma.

—Lo tercero —admito.

—¿Qué? —Rachel frunce el ceño, ladeando la cabeza.

—Vi a Sexy Ghost.

Sus ojos se abren como platos.

—¡¿Qué?! —Pega un brinco que casi tumba el sofá y termina acuclillada frente a mí.



Asiento con una sonrisa nerviosa.

—Así como lo oyes, Rach. —Le aprieto las manos, porque siento que se va a desmayar—. Es real y, no solo eso, está aquí. Y, Rachel, creo que me estoy volviendo loca.

—¿Dónde? —Pone una mano en su boca, con los ojos tan grandes que parece un personaje de anime.

—Aquí, en el instituto. Lo vi hace un rato en la biblioteca, mientras leía.

Rachel se deja caer al suelo con dramatismo digno de una obra de Shakespeare.

—¡No puede ser!

—¡Lo sé! Casi me muero de un ataque al corazón.

Le tiendo la mano para levantarla y, cuando se sienta de nuevo, suelta un jadeo como si acabara de correr un maratón.

—¡Madre santa! Esto es de otro mundo.

—No puedo creer que sea real —murmuro, mirando al vacío.

Rachel me agarra por los hombros y me sacude.

—¡Necesitas que te despierte de esta alucinación!

—¡Eso intento, pero sigue siendo real!

Mi amiga empieza a dar saltitos, moviendo las manos como si fueran alas de colibrí.

—¡Es lo más increíble que he escuchado en toda mi vida! ¡Y le está sucediendo a mi mejor amiga!

Nos tomamos de las manos y comenzamos a saltar como dos niñas de primaria.

—Bueno, ya, calmémonos. —Me siento.

—No todos los días una encuentra un fantasma sexi. ¿Y qué piensas hacer? ¿Invitarlo a desayunar?

—¡No te burles! ¡Esto es serio!

—No me burlo, Abril. Esto no es una oportunidad cualquiera. Si Sexy Ghost está aquí, tienes que actuar.

La miro, considerando sus palabras. Tal vez tenga razón. Tal vez sea hora de hacer algo, o de volverme aún más loca.

—Sí, pero antes quiero estar segura de que no estoy loca.

—Lo estás, pero eso no importa. Necesito verlo. —Junta las manos.

—Pronto lo conocerás —le prometo.

Rachel, incapaz de contenerse, suelta:

—¡Espero que sea tan guapo como dices! Aunque, si no lo es, igual me reiré porque siempre exageras.

—Gracias por tu apoyo moral. —Ruedo los ojos.

—Es en serio. Si es real, ¡esto es una señal del universo! Aunque, ¿cómo puedes estar tan segura de que es el mismo de tus sueños?

—Por su fragancia. —Cierro los ojos y respiro profundamente. Puedo oler ese aroma delicioso ahora mismo.

Rachel me mira arqueando una ceja.

—¿De verdad reconoces su fragancia? ¿Qué es? ¿Chanel No. 5 para hombres mágicos?

—Es complicado. Es como una mezcla de bosque, misterio y frescura.

Rachel se ríe y me da un golpecito en el brazo.

—Pero ¿y si no es el mismo? ¿Y si es solo un chico cualquiera?

—Entonces me convertiré en la loca que lo acecha hasta descubrirlo.

Nos reímos hasta que el estómago nos duele y Rachel vuelve a sentarse en el sofá.

—¿Sabes qué sería increíble? Averiguar si sus habilidades en la cama coinciden con lo que sueñas.

Casi me caigo de la risa.

—¡Rach, cállate! ¡Ni siquiera sé si le gusto!

—Por eso digo que investigues. ¡Por la ciencia!

—Eres incorregible. —Niego con la cabeza y cambio de tema—: Ah, por cierto, Christopher llamó.

Sus ojos se iluminan como faros.

—¿Qué te dijo? ¿Vuelve pronto?

—Si todo sale bien, volverá dentro de tres meses, pero eso no es todo. —Levanto las cejas repetidas veces—. Dijo que te extraña mucho y quiere verte pronto.

—¡Oh, virgen santa! —Rachel me abraza, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Este día es perfecto para ambas! ¡Merece una celebración!

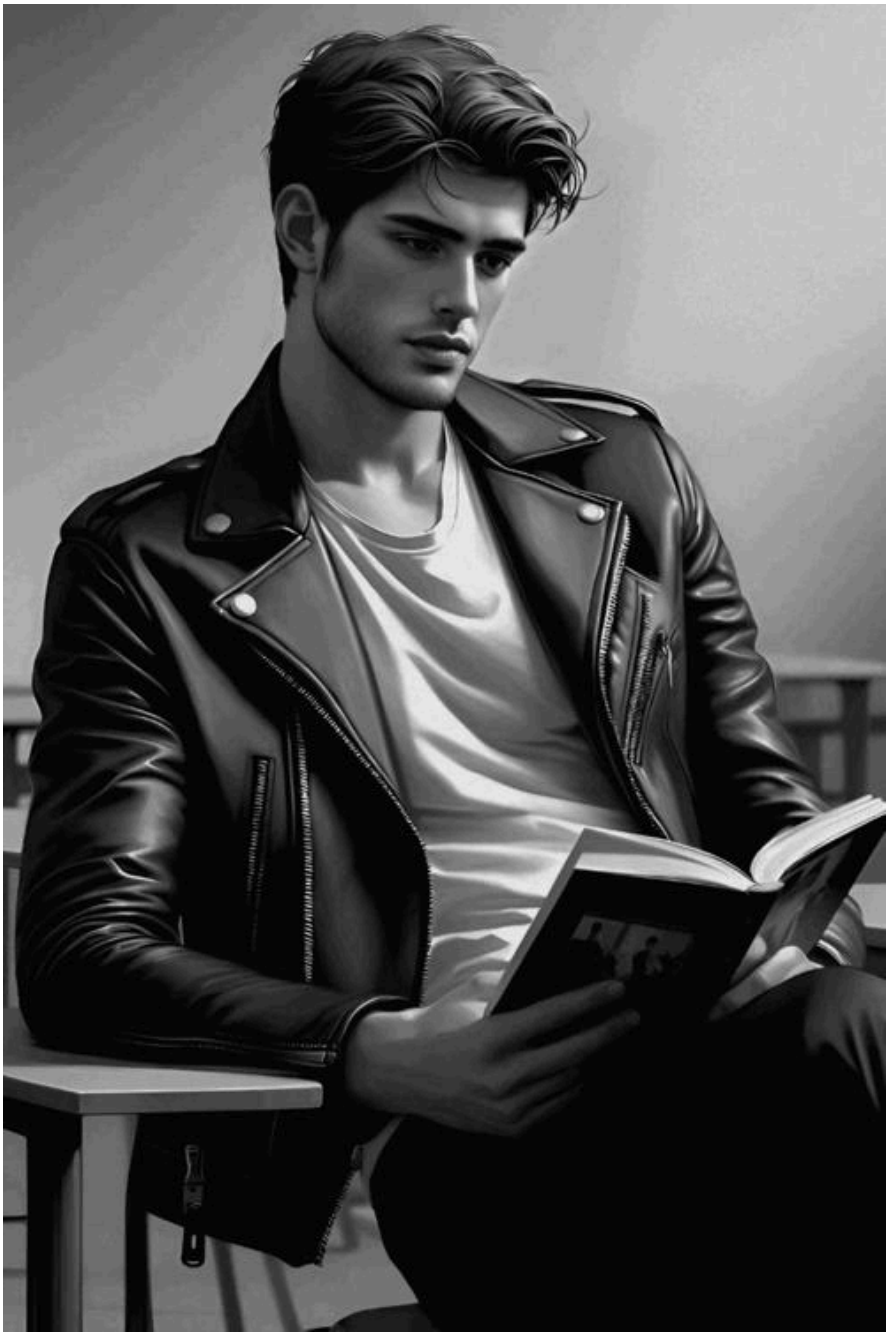
—Te prometo que lo celebraremos esta noche. —Le guiño un ojo.

Después de mucho reír, me despido de Rachel para ir a mi última clase del día. Camino por el pasillo hasta el aula, abro la puerta y mi corazón da un salto tan grande que parece haber un trampolín en mi pecho.

Alexander lee un libro en soledad, sentado en su pupitre. Cierro la puerta, apoyándome contra ella

—¡Madre santa! ¿Qué hago? —Mis mejillas se calientan como un horno.

Me asomo de nuevo y ahí sigue, sin moverse, como si fuera una estatua griega. Lleno mis pulmones, dispuesta a entrar. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Tropezarme y caerme encima de él? Ah, claro. Eso suena exactamente a algo que yo haría.



Capítulo 5

La suerte de ser torpe

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Mi corazón late como si estuviera tocando una batería en un concierto de *rock*. ¿Por qué está él aquí? ¿Por qué solo? Intento recuperar la compostura. Pero, claro, las mariposas en mi estómago deciden hacer un carnaval en vez de ayudarme. «Tranquila, Abril. Es solo un chico. Un chico increíblemente perfecto, que además ya protagonizó todos tus sueños húmedos. Nada del otro mundo». Me vuelvo a asomar con la cautela de una espía de película barata. Sigue ahí, inclinado sobre el libro, ajeno a mi crisis existencial. ¿Por qué es tan hermoso incluso cuando lee? Hasta el movimiento de pasar la página parece sacado de un museo de arte.

—¡Aquí voy! —susurro para animarme, pero un chico pasa detrás de mí y responde:

—¿A dónde?

Me giro como un resorte.

—¡A ninguna parte! —espeto, dándole una sonrisa nerviosa mientras él me mira raro y sigue su camino.

Doy un paso al frente y cruzo el umbral. Me siento como una gladiadora entrando en la arena. «Tú puedes, Abril. Solo di algo casual. Algo como: "¡Hola! ¿Qué lees?". Nada complicado. No tartamudees. No tropieces. ¡Por el amor de Dios!, no te pongas a hablar de empatía como si fueras la maestra suplente». Me acerco

despacio, intentando que mis pasos pasen desapercibidos. Pero, claro, mis botas deciden traicionarme, resonando en el piso con cada paso. Alexander levanta la mirada y yo me congelo.

—Hola —su voz es baja, tranquila, como si estuviera acostumbrado a mantener la calma mientras el resto del mundo colapsa, haciendo que olvide cómo se respira.

—H-Hola. —Mi cerebro se niega a cooperar y mi respuesta sale entrecortada. Me aclaro la garganta, esperando que no note el temblor en mi voz. ¡Maldita sea!

Alexander cierra el libro que tiene en las manos y lo coloca con calma sobre el pupitre.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Su tono es cortés, pero hay una pizca de curiosidad en sus ojos.

¿Algo? Sí, claro: necesito tu número de teléfono, tu biografía completa, tu perfume para inhalarlo y recordarte por siempre...

—Eh... sí, claro. Bueno, no, realmente. —¿Qué acabo de decir? Aprieto los labios y trato de recomponerme—. Quiero decir, estaba viendo qué leías.

Él alza ligeramente el libro para mostrarme la portada. *La empatía y el cerebro humano.*

—Ah, interesante —asiento como si entendiera perfectamente de qué va el libro, cuando en realidad mi conocimiento sobre empatía se limita a lo que él explicó en clase.

Alexander ladea un poco la cabeza.

—¿Le interesa la neurociencia? —Hay una pequeña sonrisa en sus labios, como si supiera la respuesta antes de preguntarlo.

«Piensa rápido, Abril». Mi cerebro lanza una moneda al aire: sí o no.

—Eh... sí. —Las palabras salen demasiado rápidas y trato de arreglarlo con un gesto de las manos—. Bueno, en realidad, no mucho. O sea, sí me interesa, pero no sé tanto.

Sus ojos entrecerrados me dicen que no me cree del todo, pero parece divertirse con mi respuesta.

—¿En serio? —Cruza los brazos—. ¿Qué es lo que más le interesa?

Oh, Dios. Mi mente está vacía.

—Sí. Amo, eh... el cerebro, los nervios, las emociones —lo digo como si fuera una científica experta, pero por dentro quiero desaparecer.

Alexander parpadea y se recuesta un poco en su silla, con una sonrisa que no puedo descifrar y que me hace querer salir corriendo y quedarme al mismo tiempo. Mi explicación fue un desastre monumental.

—¿Los nervios? —replica, alzando una ceja—. Parece que le apasionan.

Dios, dame una bofetada.

—Bueno, me refería a cómo el cerebro y los nervios conectan. Ya sabes, entre ellos, y con las emociones. —Me rasco el cuello como si eso fuera a calmar el calor en mi cara. ¿Qué estoy diciendo?

—Entonces debería leer este libro. Es muy bueno. —Señala el libro que aún tiene sobre la mesa.

—Sí. Seguro. Claro. Lo anotaré en mi lista de... de libros pendientes. —Me oigo tan insegura que quiero golpearme.

Él asiente y el silencio que sigue es tan incómodo que mi cerebro podría explotar. Tengo que decir algo ya, lo que sea.

—¿Sabías que los empáticos suelen ser más sensibles a los olores? —suelto sin pensar.

—¿De verdad? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Sí. Por eso reconozco tu perfume. —La frase sale antes de que mi cerebro lo registre. Quiero desaparecer en un agujero negro. ¡Noooo! ¡¿Por qué dije eso?!

Él arquea una ceja y la comisura de su boca se curva en una sonrisa ligera.

—¿Y qué le parece?

—Eh, muy... agradable —mi respuesta suena más débil de lo que esperaba, pero parece suficiente para él.

—Gracias. —Sus ojos azules brillan con diversión y puedo jurar que está disfrutando mi incomodidad.

Me siento en el pupitre frente al suyo, me armo de valor y extiendo mi mano hacia él, tratando de parecer más segura de lo que me siento.

—Por cierto, soy Abril Harrison.

Él levanta los ojos hacia mí y la realidad parece congelarse. Toma mi mano con firmeza, pero no demasiado.

—Alexander Allen.

Su voz es grave, suave y deliciosa, como si estuviera acariciándome con palabras. ¿Está permitido que una voz sea ilegalmente atractiva? El contacto de su mano es cálido y me transmite una corriente que no esperaba.

«Oh-dios-mío-estoy-tocando-su-mano».

Me aclaro la garganta, intentando recuperar la dignidad que me abandonó en cuanto lo miré.

—Lamento lo de antes, olvidé el número del aula.

Alexander suelta mi mano con una lentitud calculada, como si supiera que me está dejando la marca de su toque grabada en el alma. Algo en su mirada cambia. Ya no parece solo curioso; hay algo más, pero no logro descifrarlo.

—No debería preocuparse —su tono es suave, como si tratara de tranquilizarme.

Levanta la mirada de nuevo, tratando de leerme como un libro abierto. Mi corazón decide latir con fuerza, pero trato de ignorarlo. ¡Qué calor! ¿Quién subió la calefacción?

—Bueno, si necesitas algo, estoy aquí. —Le lanzo una sonrisa torpe —. Si está al alcance de mis manos o, bueno, si no se me olvida.

Retrocedo, lista para escapar antes de que diga algo más y me levanto, pero un tirón suave en mi muñeca me detiene.

—¿La he visto en alguna parte?

Mi estómago decide que es hora de practicar saltos mortales.

—No lo creo. —Intento parecer casual, pero mi voz tiembla un poco.

—No estoy seguro —dice, frunciendo el ceño—. Pero hay algo familiar.

Trago saliva y mi mente grita «reacciona».

—Nos vimos en la biblioteca, hace un rato. —Es lo único que puedo improvisar.

Él niega con la cabeza, como si le hubiera dicho que me vio en la luna.

—No me refiero a hoy —su voz se suaviza, pero sus ojos se vuelven más inquisitivos—. Hablo de antes.

Mi corazón se detiene un segundo. ¿Qué significa esto? ¿También sueña conmigo? Me tienta decir algo estúpidamente ridículo, como «Soy la chica de tus sueños húmedos», pero, por suerte, todavía tengo algo de autocontrol.

—No lo sé. —Me encojo de hombros, tratando de sonar casual, aunque todo mi sistema interno se prendió en llamas—. Supongo que tú mismo deberías saberlo.

Y hago lo impensable: le guiño un ojo. Le. Guiño. Un. Ojo.

Me giro, soltando su muñeca como si me quemara, y camino hacia mi asiento rezando porque el universo se trague la tierra y me lleve con ella. Pero no. El destino decide regalarme un momento extra de tortura.

El fuego de su mirada se clava en mi espalda. No resisto y volteo. Él me mira por encima del hombro, con el ceño fruncido y una expresión de «¿qué diablos acaba de pasar?». Ni yo sé, Alexander. Ni yo sé.

El ruido de los compañeros entrando en el aula me salva. Es la excusa perfecta para desviar la mirada y recomponerme. Por dentro, sin embargo, el eco del contacto con Alexander sigue ardiendo como

un maldito horno encendido, y esa arruga en su frente me deja intrigada. ¿Qué piensa? ¿Acaso se preguntará cómo fui capaz de guiñarle un ojo? Porque yo todavía no lo supero.

Entre la multitud de estudiantes entra Cristóbal Colón, alias el donjuán del aula. El tipo tiene esa sonrisa que parece diseñada en un laboratorio para convencer chicas de que vale la pena perder el tiempo. Se acerca a mi mesa con pasos que parecen ensayados frente a un espejo.

—Hola, mucho gusto, soy Cristóbal.

¡Madre mía! ¡Adiviné su nombre! Quizá mi verdadera vocación es la clarividencia, no estar aquí.

—Hola —respondo con una sonrisa tan forzada que mis dientes podrían romperse.

Cristóbal no pierde el ritmo; hace bailar los dedos sobre mi mesa como quien toca un piano imaginario.

—No estuve en la clase anterior, así que —me lanza una mirada que claramente practica en su baño— ¿puedes ponerme al corriente?

¡Momento perfecto para una huida estratégica!

—¡Por supuesto! —respondo, exagerando el entusiasmo como si hubiera ganado la lotería—. Mucho gusto, soy Abril.

Extiendo mi mano para un apretón formal, como si estuviéramos cerrando un trato de negocios. Por el rabillo del ojo, noto la mirada curiosa de Alexander. ¿Está molesto? Ojalá. Quizá así me presta más atención.

—La clase fue sobre empatía —le explico con voz angelical—. Él puede ponerte al tanto.

Señalo a Alexander, que parece no entender qué diablos está pasando. Cristóbal agacha la mirada, la sonrisa desaparece de su cara más rápido de lo que tardo en pestañear. ¡Victoria! No hay nada más satisfactorio que deshacerse de un pretendiente no deseado de

manera creativa. Cristóbal regresa a su pupitre, mascullando algo que no alcanzo a escuchar. El maestro entra y, con él, el tedio.

La clase es interminable, un desfile de palabras monótonas que mi cerebro no tiene intención de procesar. Pero ¿quién necesita prestar atención cuando tienes a Alexander al alcance de la vista? Mi distracción favorita. Mientras intento parecer que tomo apuntes, comienzo una lista mental de sus cualidades: perfil de modelo griego, manos que parecen diseñadas para sostener mundos (o tal vez, mi cuello), espalda. Solo eso: su espalda.

La voz del maestro anunciando el final de la clase rompe mi ensoñación. Soy la primera en salir, como si el aula estuviera en llamas. Necesito respirar, reflexionar o, al menos, dejar de mirarlo como si fuera un helado en pleno verano. El calor del patio me recibe con un golpe directo al ánimo. Mientras espero a Rachel bajo la sombra de un árbol, mi mente sigue repasando cada momento de la clase: sus miradas, sus manos, ese ceño fruncido. Estoy hecha un desastre, un desastre emocionalmente obsesionado. Y él aparece, bajando las escaleras.

No sé qué tienen sus pasos, pero parecen sincronizados con el latido frenético de mi corazón. Cada movimiento suyo es una obra de arte y juro que el sol decidió cooperar, iluminándolo como si fuera el centro de una obra maestra creada por el propio universo. Nuestras miradas se encuentran. Error fatal: cerebro sobrecalentado. Mi corazón late tan fuerte. ¿Lo escucharán hasta en la oficina del director? Pero aquí estoy, atrapada en su mirada, incapaz de apartar los ojos de él. Tal vez, solo tal vez, él también me estaba buscando. Pero rompe el hechizo. Aparta la mirada con esa misma calma que lo envuelve siempre y sigue su camino, dejando mi alma hecha un desastre emocional bajo este árbol.

Me quedo con una sensación extraña: vacía porque se ha ido, viva porque lo vi. Y llega el pensamiento que me desarma: es él. Mi chico de los sueños. Los recuerdos llegan como una avalancha: sus

caricias, sus besos, esa ternura que tiene el poder de derretirme. Cierro los ojos, intentando mantener esas imágenes grabadas en mi mente, como si pudiera guardarlas en un archivo especial llamado: «Para cuando esté sola». Lo más irónico es que muy pocas veces he tenido el valor de preguntarle su nombre en esos sueños. La última vez que lo intenté, él puso un dedo en mis labios y me desperté justo antes de escucharlo. ¿Qué clase de maldición es esa? Ahora, simplemente me conformo con decirle que lo extraño o que me gusta verlo, pero cada vez es más difícil resistir el impulso de exigir respuestas.

El problema es que ahora sé quién es en la vida real y no tengo idea de cómo manejarlo. ¿Le digo algo? Me lanzo con un «Oye, ¿sabes que me visitas en mis sueños desde hace años?». Suena como algo que diría un lunático. Así que mejor trato de parecer normal, aunque lo único que quiero es correr tras él y pedirle que me devuelva algo de cordura. Pero no lo hago. Porque, bueno, soy Abril Harrison y la dignidad (aunque sea ficticia) todavía tiene prioridad en mi lista. De camino a casa, permanezco en un silencio tan denso que ni siquiera Rachel, con su increíble don para sonsacarme información, logra atravesarlo.

—¿Qué te pasa? —pregunta por tercera vez, agitando la mano frente a mi cara como si fuera un test de reflejos.

—Nada.

—¡Claro! Y yo soy la reina Isabel.

Se rinde con un suspiro, pero me dedica una mirada que dice: «No escaparás tan fácilmente». Sin embargo, ella es la mejor amiga del mundo; sabe cuándo dejarme procesar las cosas y cuándo hablarme hasta el cansancio. Por suerte, este es un «día de procesar».

—La vida está llena de misterios, Abril —me dice, tratando de animarme con su sabiduría improvisada—. Tú tranquila. Todos tenemos días difíciles.

Sonrío débilmente. Me gusta cómo siempre encuentra formas de devolverme un poco de paz. Me despide con un abrazo frente a su casa, y yo sigo mi camino con los auriculares puestos, esperando que Taylor Swift calme mi caos mental. Dos cuadras después, me encuentro con una escena digna de una novela policiaca: cinta amarilla, curiosos y una patrulla estacionada. ¿Qué pasó ahora? Me acerco como quien no quiere la cosa, tratando de echar un vistazo sin parecer demasiado morbosa. Un motociclista tirado en la calle, se agarra la pierna como si fuera a desmontársela para inspeccionarla. Su moto yace más allá, junto a un poste inclinado y cables que chisporrotean débilmente. ¡Qué imprudente es la gente! Ni siquiera tengo que ver el accidente completo para saber que este tipo estaba tratando de jugar a *Rápidos y furiosos* en una calle cualquiera. Niego con la cabeza y me doy la vuelta para tomar otro camino. Primer error: doblar por un callejón. Un callejón oscuro. De esos que, si estuvieras viendo una película de terror, te harían gritarle a la pantalla: «¡No vayas por ahí, idiota!». Apenas me adentro, el frío me hiela la nuca y aparece esa incomodidad en el estómago.

Tres hombres reunidos al final susurran entre ellos como si estuvieran tramando algo. Espero que sea el menú de la cena y no cómo fastidiarme el día. Pero, por supuesto, lo primero que hacen al verme es girar hacia mí como si acabaran de ver una presa fácil. ¡Genial! ¡Yo también quería emociones fuertes hoy! Mi plan es pasar rápido, como una brisa, y fingir que no existo. Pero no. Uno de ellos me bloquea el paso antes de que pueda dar dos pasos más. Los otros dos me rodean y el hedor a yerba barata llena el aire. ¡Ay, Diosito, dame un milagro! O, al menos, un espray de pimienta.

—¿Qué tenemos aquí? —dice el que se acerca demasiado rápido.

¿Un boleto de lotería perdido? ¿Un espíritu a punto de salir de mi cuerpo? ¿¡Qué quieres, señor!? Mi corazón se desboca cuando una mano se posa en mi cintura. Mi cerebro entra en modo «pánico

total». Mi única táctica ahora es intentar no desmayarme para evitar caer al suelo como una presa fácil.

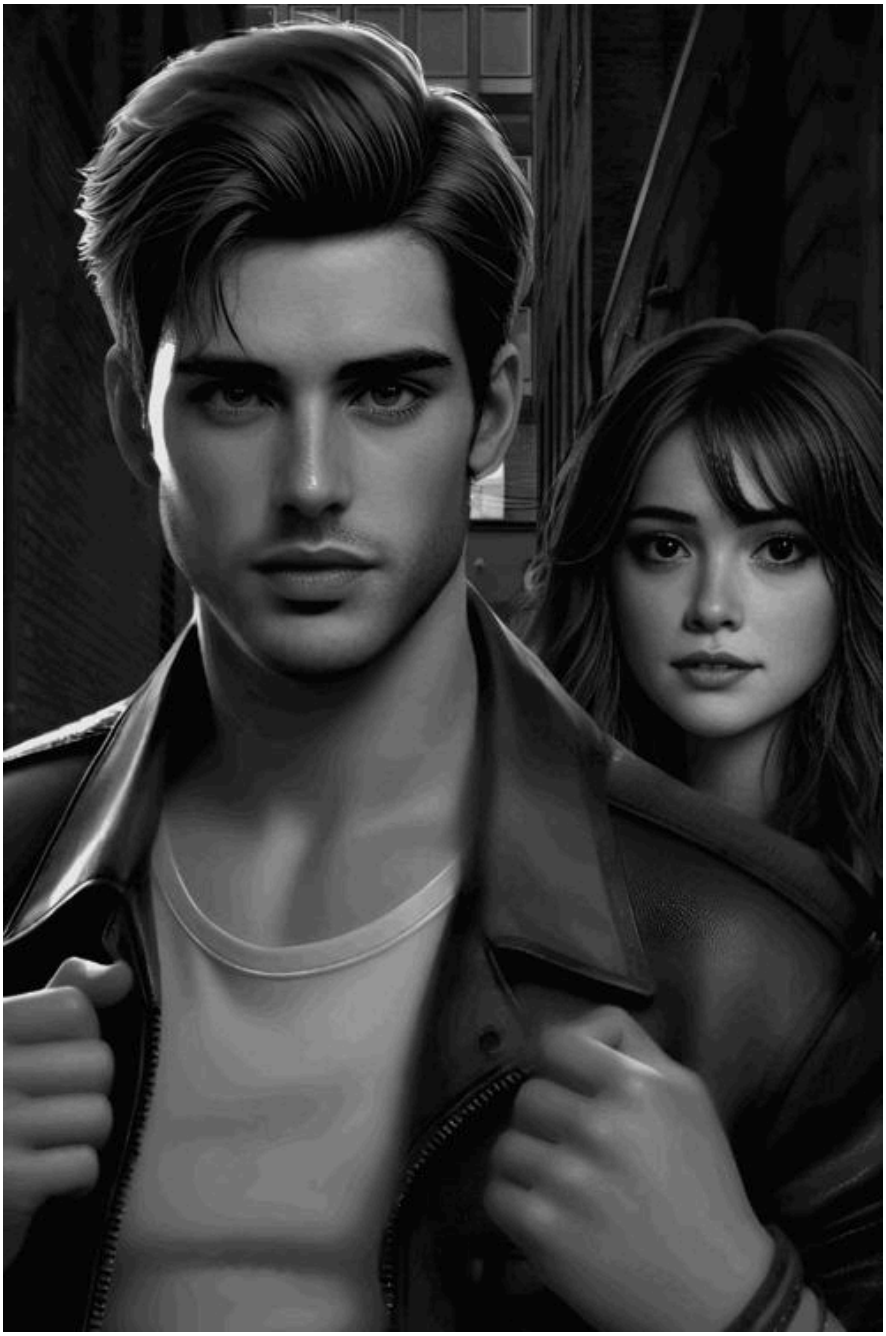
—Mmm, hueles bien. —El hombre acerca su rostro demasiado a mi cabello. ¡Qué romántico! ¡Alguien saque un violín y una orden de restricción!

Pero un crujido seco rompe el aire, seguido de un grito de dolor que me hace saltar como un gato mojado. Giro la cabeza y Alexander se cierne sobre uno de los hombres tirado en el suelo, retorciéndose como una lombriz. Por su parte, no parece perturbado. Sus ojos arden como hielo azul y su postura irradia una amenaza que no necesita palabras.

—¿Quién... quién demonios eres tú? —balbucea uno de los hombres que queda de pie.

—La peor decisión que tomaron hoy —responde Alexander. Su voz suena tan grave y firme que casi espero que las paredes del callejón reverberen.

No sé si estoy más asustada que los hombres, pero, si fuera ellos, empezaría a rogar a Dios por mi vida.



Capítulo 6

Las coincidencias no existen..., pero él sí

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Me llevo la mano al pecho, intentando inútilmente calmar mi corazón, que parece dispuesto a declararse en huelga después de tanto ajetreo. Levanto la mirada hacia Alexander y me encuentro con esos ojos que, por alguna razón, tienen el poder de borrar cualquier temor. Quiero decirle algo increíblemente profundo, como un «gracias» o incluso un «eres mi héroe», pero todo lo que consigo hacer es un sonido gutural que espero no haya interpretado como un rugido de tripas. ¡Perfecto! ¡Digna de un momento romántico! Él arquea una ceja, probablemente preguntándose si estoy bien. Pero, antes de que pueda decidir, los dos hombres restantes intentan rodearlo, pensando que pueden vencerlo con la ventaja del número. Gran error. Alexander esquiva el primer intento con la elegancia de una película de artes marciales en cámara lenta. En un movimiento fluido, los empuja, haciéndolos chocar entre sí. Uno termina en el suelo con un gruñido y el otro, más valiente de lo que su situación permite, intenta acercarse.

Alexander ni siquiera parpadea. Su puño vuela y el sujeto se estampa contra el pavimento, soltando una maldición ahogada. ¡Y yo aquí sin palomitas! El tercero decide que la vida es demasiado corta

para seguir peleando y arrastra a su amigo por el brazo, huyendo con la dignidad que perdí esta mañana. El primero, todavía tambaleándose como si acabara de bajar de un carrusel, los sigue a trompicones.

—¡Cobardes! —grito, aunque mi voz suena más valiente en mi cabeza que en la realidad.

Alexander me lanza una mirada por encima del hombro. El callejón se queda en tanto silencio que el eco de mis propios latidos podría romperlo en cualquier momento. Él me observa y mi intento de parecer fuerte y tranquila se desmorona como un castillo de naipes.

—¿Está bien? —pregunta, su tono mezcla preocupación y una suavidad que me desconcierta.

Intento responder, pero lo único que hago es asentir.

—¿Le hicieron daño? —insiste, dando un paso hacia mí, acercándose demasiado. Su perfume me rodea y mi cerebro decide tomarse un descanso justo cuando más lo necesito.

—No, no fue nada —balbuceo, aunque mi voz no suena nada convincente.

Sus ojos recorren mi rostro con detenimiento, como si estuviera buscando señales invisibles, y su mano se eleva, rozando mi barbilla con la punta de sus dedos.

—Parecía asustada —su voz es baja, tranquila, pero cada palabra me deja sin aire.

—Lo estaba —admito en un susurro. Mi pecho se tensa y no estoy segura de si es por lo que pasó hace un momento. ¿Cómo se supone que respire cuando lo tengo tan cerca?

Alexander asiente y creo que va a apartarse. Pero, en lugar de eso, coloca una mano firme en mi cintura y me atrae hacia él.

—Ya pasó. Estoy aquí —murmura y el leve roce de su pulgar en mi espalda convierte mis pensamientos en un caos.

Me quedo inmóvil, como si algo me anclara al suelo. ¿Segura de que no fui yo quien se cayó de la moto en esa calle y ahora alucina por un golpe en la cabeza?

—Abril —repite, esperando que diga algo.

Alzo la vista hacia él y asiento, aunque no sé qué estoy confirmando.

—Gracias.

Sus labios se curvan ligeramente, como si intentara ocultar una sonrisa. Retira la mano de mi cintura, pero no rompe el contacto visual. Hay algo en su mirada que me hace sentir como si estuviera tratando de entenderme.

—Debería ser más cuidadosa —su tono ahora lleva una pizca de reproche.

—No fue mi culpa. —Cruzo los brazos—. Hubo un accidente en la calle principal.

Él me estudia antes de asentir.

—Aun así, evite los callejones oscuros, ¿de acuerdo?

—Claro —mi respuesta sale más suave de lo que esperaba, como si estuviera aceptando una orden.

Alexander da un paso atrás, pero el destello de preocupación en sus ojos no desaparece. Me atrevo a sonreír y añado:

—Aunque no me importaría tomar este camino todos los días si eso significa que tú vas a aparecer como mi salvador personal.

¿¡Qué acabo de decir!? La frase sale antes de que pueda detenerla y quiero morderme la lengua. Alexander se queda en silencio, con una expresión que no logro descifrar. Pero algo cambia. Sus ojos brillan ligeramente y creo que está a punto de reír.

—¿Salvador personal? —repite, alzando una ceja.

—Olvídalo —balbuceo, agitando una mano en el aire—. Lo dije sin pensar.

Él no responde, pero la diversión en sus ojos persiste mientras señala hacia el final del callejón.

—Vamos, la acompaño a casa.

No puedo decir que no. ¿Quién soy yo para contradecir a mi misterioso salvador? La adrenalina aún corre por mis venas y su presencia es lo único que evita que mis piernas tiemblen. Caminamos en silencio, aunque mi mente no deja de cuestionarse todo. ¿Cómo sabía dónde estaba? ¿Por qué siento que esto no es una coincidencia? Le sigo, todavía con el calor de su mano en mi cintura, aunque hace rato que se apartó. El camino es silencioso, pero, en lugar de incómodo, tiene algo extraño: me siento segura. Es como si su presencia llenara todos los vacíos y apagara cualquier temor. Llegamos a mi puerta y el silencio empieza a hacerse incómodo. No quiero que se marche, así que rompo el momento:

—¿Cómo es que estabas tan cerca? —mi voz intenta sonar casual, pero hay una nota de curiosidad que no puedo ocultar.

Alexander se detiene, mirando hacia la calle como si estuviera evaluando su respuesta.

—Hay un lugar por aquí que suelo visitar.

—Ya veo. Coincidencias de la vida. —Sonrío, tratando de aligerar el ambiente, pero el rubor en mis mejillas me delata.

Alexander gira hacia mí, cruzando los brazos, con su mirada fija en la mía.

—No creo en coincidencias. Y, siendo sincero, no me gusta haberla encontrado en un lugar como ese —su tono es bajo, casi un susurro, pero hay algo en sus palabras que me hace sentir protegida, aunque también vulnerable.

Bajo la mirada, jugando con el borde de mi chaqueta.

—Tampoco quería estar ahí —mi voz es apenas un murmullo.

El recuerdo de lo que ocurrió hace que un escalofrío me recorra. Trato de disimularlo, pero Alexander lo nota. Da un paso más cerca, lo suficiente como para que su presencia me envuelva.

Levanta mi barbilla con un movimiento suave, obligándome a mirarlo a los ojos.

—No permitiré que algo así vuelva a pasar.

Hay una determinación en su mirada que me deja sin palabras.

No sé qué decir, así que solo asiento. El aire entre nosotros se llena de algo que no puedo nombrar y, si digo algo, podría romperse. Alexander da un paso atrás, su mano se resbala hasta dejar de tocarme. Parece que va a decir algo más, pero, en su lugar, se da la vuelta.

—Cuídese, Abril.

Cada paso suyo suena más fuerte en mi cabeza que en la acera. Una parte de mí quiere llamarlo, detenerlo, pero las palabras no salen. Me quedo quieta con el corazón en un nudo, deseando que vuelva a girarse y diga algo que me dé una excusa para detenerlo, pero no lo hace. Con una sonrisa tonta en mi rostro, entro a casa. No sacaré de mi cabeza esos ojos intensos de un ángel guardián que, aunque algo gruñón, parece decidido a protegerme de todo, incluso de mí misma. Ya lo extraño.

En casa no hay luz, como lo esperaba. Podría haber sido romántico si no estuviera sola, pero, bueno, con un MP3 y velas, uno hace lo que puede para no parecer una escena deprimente. Me recuesto en el sofá, coloco los auriculares y dejo que *Crush* de Avril Lavigne haga su magia.

> *It's just the way you are* (Es solo tu forma de ser)
> *The way that you walk* (La forma en que caminas)
> *The way that you talk* (La forma en que hablas)
> *The way that you read me, baby* (La forma en que me lees, bebé)
> *And honey, don't hide that look in your eyes* (Y, cariño, no escondas esa mirada en tus ojos)
> *Darlin', it drives me crazy* (cariño, me vuelves loca)

No voy a mentir: mientras la canto en susurros, imagino a Alexander apareciendo en mi sala, mirándome con esos ojos intensos y diciendo algo como «Abril, vine a asegurarme de que

estés bien». Claro que sí, Abril. Totalmente lógico. Seguro que él también se pasa la noche imaginándote como un desastre romántico envuelta en una manta y con la cara manchada de vino. Para despejar mi cabeza de pensamientos vergonzosos, me pongo a ordenar la casa. Entre pilas de ropa, revistas que no leo y un florero sospechosamente vacío, pierdo la noción del tiempo. A las seis de la tarde ya no puedo más y tengo hambre, así que improviso algo que apenas califica como cena y llamo a Rachel.

Ella no tarda en llegar, porque para algo están las mejores amigas: para salvarte de la soledad y recordarte que probablemente hiciste algo muy tonto durante el día. Encendemos unas velas, no porque queramos recrear un ritual mágico, sino porque la compañía eléctrica ha decidido que vivir en penumbras es algo bohemio. Mientras destapo una botella de vino, Rachel me observa con una ceja levantada. Siempre sabe cuándo traigo un drama bajo la manga. Nos servimos un par de copas y nos sentamos en el sillón. Le lanzo una mirada significativa, de esas que gritan «tengo una historia que contarte, pero prepárate porque puede que me juzgues un poquito».

—Rach, tengo que contarte algo.

Ella deja la copa en la mesa y se acomoda, cruzando las piernas como si estuviera a punto de ver su serie favorita.

—Entonces empieza ya. —La intensidad de su mirada podría asustar a cualquiera, pero yo ya estoy acostumbrada.

Respiro hondo y suelto todo de golpe: el accidente en la calle principal, el atajo por el callejón oscuro, los tipos sospechosos y la aparición triunfal de Alexander, el ninja-ángel-guardián-atractivo-que-salva-vidas. Rachel me escucha con los ojos tan abiertos que temo que se le sequen. Pero cuando termino, su primera reacción no es la que esperaba.

—¡Demonios! —exclama, casi escupiendo su vino—. Pero, primero, ¿por qué diablos tomaste ese callejón lleno de delincuentes? ¿Estás

loca o qué?

Su ceño fruncido me perfora el alma.

—Fue la primera opción que vi. —Me encojo de hombros como una niña regañada.

—Claro, porque cuando ves un callejón oscuro con pinta de película de terror, lo primero que piensas es: «¡Oh, qué genial, voy a ver qué tal!» —suelta, haciendo un gesto dramático con las manos.

—Ya lo sé, lo sé. No fue mi mejor decisión. —Hago un puchero que espero la ablande, pero ella no cae tan fácil.

—¿Y si ese hombre maravilloso no hubiera llegado? —continúa, clavándome una mirada acusadora.

Me cruzo de brazos, derrotada.

—Bueno, llegó, ¿no?

—Abril —suspira y me mira con una mezcla de desesperación y ternura—, ¿has considerado que Alexander podría ser un ángel?

La forma en que lo dice, con los ojos tan abiertos y la voz cargada de misticismo, me arranca una carcajada.

—¿Un ángel? —repito, mientras trato de no ahogarme con mi vino —. Más bien un demonio.

—Un demonio guapo, entonces. —Se cruza de brazos, dándome una mirada de «sabes que tengo razón».

—Bueno, si me va a arrastrar al infierno, que al menos lo haga sin camisa. —Me muerdo el labio, fingiendo un suspiro soñador.

Rachel se echa a reír tan fuerte que casi derrama su copa.

—Mira, sea lo que sea —me señala con un dedo—, no puede ser una coincidencia. Si no es un demonio o un extraterrestre, entonces es tu ángel de la guarda.

¿Por qué siempre termina metiéndome en teorías conspirativas? Pero lo peor es que... no suena tan descabellado. Reflexionamos un rato sobre sus teorías mientras el vino fluye y la conversación deriva hacia Christopher, su amor platónico que parece ser más ciego que un topo con gafas de sol.

—Te lo juro, Abril, cada vez que me sonríe, siento que me derrito. —Sus ojos brillan mientras habla de él.

—Rachel, cariño, eres tan obvia que solo falta que te pongas una camiseta que diga «cásate conmigo».

—¡Si pudiera, lo haría! —exclama, alzando su copa en señal de brindis.

Terminamos la botella entre risas y confesiones tontas. Rachel se va y, después de asegurarme de que llegue sana y salva, me quedo sola en la oscuridad. Apago las velas y me recuesto en la cama, con la esperanza de que esta noche, en mis sueños, Alexander vuelva a aparecer. Y si tiene que ser como un ángel, un demonio o incluso un ninja, que al menos traiga esa sonrisa que me vuelve loca.

Capítulo 7

Turno de leer, turno de sentir

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El canto de un gallo me despierta. ¿Qué gallo? No tengo idea. Quizás alguien lo compró para asegurarse de que toda la cuadra odie las mañanas tanto como él. En el reloj faltan treinta minutos para que suene la alarma.

—¡Fantástico! —exclamo al techo. ¿Y ahora qué hago con mi vida durante treinta minutos?

Decido levantarme, porque dormir de nuevo sería una traición a mi ritual matutino. Me arrastro hasta el baño con la gracia de un zombi mal dormido y me detengo frente al espejo. No soñé con Alexander. Otra vez. El hueco en el estómago me mata y a este paso me quedaré sin uñas. ¡¿Por qué no puedo soñar con él?! Tengo tanto que decirle... Bueno, al Alexander de mis sueños, porque el de la realidad probablemente me miraría como si hubiera perdido la cabeza. Pero ¿acaso eso importa?

—¡Claro que importa! —le grito al espejo, que no responde.

El Alexander de mis sueños tiene que saber lo que siento. Quiero confesarle que, aunque en esta realidad apenas lo conozco, en mis sueños soy de él y él es mío. Suena ridículo, incluso para mí, pero es mi verdad. Quizás, al menos en el mundo de los sueños, se dé cuenta de lo importante que es para mí. Después de una ducha relajante, me pongo el vestido rosa pastel que guardé para

«ocasiones especiales». Agrego una chaqueta blanca, sandalias color crema y un moño a juego en el cabello. Cuando termino de maquillarme con el labial rosa pálido que Rachel me regaló, me miro al espejo y sonrío.

—A ver si hoy se fija en mí.

Dejo a Rachel en su aula y corro a la mía. Ya llegaron todos, excepto Alexander. Me acomodo y organizo mis cosas, tratando de controlar los nervios que inevitablemente aparecen cada vez que pienso en él. Ahí viene. Alexander cruza el umbral con esa expresión seria que lo hace parecer el héroe de una película de acción. ¿Por qué camina como si fuera dueño del universo? Sus ojos se encuentran con los míos. Le sonrío, pero él desvía la mirada y mi sonrisa se desploma.

Mis compañeras lo observan con tanto interés que casi espero que alguien saque una cámara y le pida posar. Pero él no parece notarlas. Durante las clases, no intercambiamos ni una palabra, ni siquiera una sonrisa. ¡Una sonrisa no le costaría nada! Pero no, el hombre parece haber jurado voto de indiferencia. Salgo de la última clase a toda prisa, con la moral hecha pedazos. La biblioteca es mi refugio. Samanta, la bibliotecaria, me recibe con una sonrisa que me hace pensar que debería ser contratada como terapeuta.

—Abril, llegó un libro nuevo esta mañana. Te encantará.

—Genial. —Le devuelvo la sonrisa.

Me indica dónde encontrar el libro y allá voy, decidida a sumergirme en una historia que me haga olvidar mi humillante día. Pero, claro, el destino tiene otros planes. No lo alcanzo. Me estiro tanto que mi brazo se podría dislocar, apoyándome torpemente en el estante.

—Vamos, ven aquí —murmuro entre dientes. Pero una mano aparece de la nada y toma el libro con una facilidad insultante.

Me giro y casi me trago mi propio grito.

—¡¿Qué haces aquí?! —Sueno más acusadora de lo que pretendía.

Alexander sostiene el libro con una expresión casual, como si aparecer detrás de alguien al borde de un colapso nervioso fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué hago aquí? —repite, arqueando una ceja que parece hecha para probar mi paciencia—. ¿Acaso no puedo venir a la biblioteca?

—Sí... bueno, claro... —respondo, tartamudeando como si no supiera cómo funciona el idioma—. Olvídalo.

Mis mejillas arden mientras él me estudia con esa mirada que parece leer demasiado en mis gestos.

—¿Necesita que le alcance algún libro? —pregunta con una sonrisa apenas perceptible, pero sus ojos delatan su diversión.

Intento ignorar la sensación de que estoy siendo ridiculizada.

—De hecho, iba a leer el que tienes en las manos.

Se lo señalo, esperando que su caballerosidad salga al rescate. Pero, en lugar de eso, mira la portada, se encoge de hombros y comienza a alejarse con el libro bajo el brazo.

—¡Oye, espera! —Me cruzo de brazos—. ¿No vas a devolverme mi libro?

Alexander se detiene y gira despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Esa sonrisa, esa maldita sonrisa que debería estar ilegalizada, aparece de nuevo.

—¿Su libro?

—Sí, mi libro.

—¿No son propiedad del instituto?

—¿Acaso vas a responderme siempre con preguntas? —le espeto.

—Ha aprendido rápido, señorita.

¡Maldito sea y bendito al mismo tiempo!

—¡Alexander! —mi voz lleva más desesperación de lo que me gustaría.

—Yo lo tomé primero. —Se cruza de brazos, como si estuviera proclamando su derecho divino sobre el libro.

—Pero yo lo vi antes. —Alzo la barbilla, intentando parecer digna, aunque por dentro quiero gritar.

—Bueno, uno puede ver muchas cosas —sonríe, inclinando ligeramente la cabeza—, pero yo lo agarré primero.

—¡Solo porque eres más alto!

—Esa es una ventaja, sí.

—Pero yo llegué antes e iba a tomarlo.

—No lo sabía.

—Pero ahora ya lo sabes.

—Pero ahora yo lo tengo.

—Pero yo quiero leerlo.

—Pues yo también.

—¡Por el amor de Dios, Alexander! —Exhalo, intentando mantener la calma—. ¿Podrías, por favor, devolverme el libro?

Él exhala una risa, como si todo esto fuera un juego, y señala una mesa apartada.

—Entonces sígame.

Lo sigo, refunfuñando en voz baja, hasta un sillón para dos, ubicado en un rincón tranquilo de la biblioteca. Alexander se sienta y me mira con expectación, señalando el espacio a su lado.

—Siéntese, señorita.

—¿Qué estás planeando?

Lo miro con los ojos entrecerrados, intentando adivinar qué pasa por su mente, pero su expresión permanece inescrutable.

—Nada malo. —Sonríe con calma y el brillo en sus ojos me dice que disfruta demasiado de esta situación—. Siéntese —repite, esta vez más serio.

Me dejo caer en el asiento, manteniendo algo de distancia, pero el calor de su proximidad hace que me tense. Mis mejillas vuelven a arder mientras él abre el libro. Su cercanía me pone tan nerviosa que tengo que mantener las manos quietas sobre mi regazo, por miedo a hacer algo estúpido, como tocarlo accidentalmente.

—Lea. —Me extiende el libro con un gesto casual, aunque su mirada no lo es.

—¿Qué?

—Lea —repite, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Quieres que te lea el libro? —pregunto, inclinando la cabeza.

—No exactamente. —Una ligera sonrisa cruza sus labios y me cuesta recordar cómo se respira—. Ambos queremos leerlo, así que nos turnaremos.

—¿Turnarnos? —repito, todavía procesando lo que acaba de decir.

Alexander asiente, relajándose en el sillón como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Por hoy, lea el primer capítulo. Yo leo el segundo.

—¿Y luego?

—Luego continuamos otro día.

La manera en que lo dice me hace preguntarme si está hablando del libro o de algo más. Trato de mantener la compostura, aunque su mirada amable empieza a desarmarme.

—Está bien. —Suspiro, tomando el libro con cuidado, pero lo abro al revés y lo peor es que no me doy cuenta, pero él sí.

—Así será difícil. —Su tono es tranquilo, pero hay una chispa de diversión en sus ojos.

Antes de que pueda corregirme, él inclina el cuerpo hacia mí, coge el libro y lo gira con una suavidad que me deja sin palabras. Su dedo roza el borde de la portada antes de devolvérmelo.

—Ahora sí.

Mi mente se ocupa demasiado registrando su proximidad y la facilidad con la que me desarma.

—Solo estaba admirando la marca de agua —digo, buscando desesperadamente una excusa.

Alexander pasa el dedo por el dibujo que señala.

—Es un corazón.

Mi garganta se seca. Su tono no cambia, pero su gesto tiene algo... ¿intencional? Me obligo a no mirarlo, fijando los ojos en el libro como si mi vida dependiera de ello. Sin embargo, mi concentración dura poco.

—¿Sabes qué? —suspiro—, puedes quedártelo. Ya lo leeré otro día.

Le dejo el libro sobre las piernas con más torpeza de la que planeaba y me pongo de pie.

—¿Tan rápido? —Alexander no hace ningún movimiento para detenerme, pero su voz tiene un matiz de decepción que me hace dudar.

—Tengo cosas que hacer —miento, agarrando mi bolso y dando un paso hacia atrás.

—¿Y el primer capítulo? —pregunta, inclinando la cabeza como si realmente esperara una respuesta.

Me detengo por un segundo, lo suficiente para que nuestras miradas se crucen una última vez.

—Disfrútalo. Pero, la próxima vez, el segundo es mío.

Alexander sonríe, no de manera burlona, sino cálida, como si esa frase hubiera cumplido con su objetivo. Salgo de la biblioteca, sintiendo su mirada en mi espalda. Paso junto a Samanta y ella me llama:

—¿Qué tal el libro?

Me detengo, la miro y respondo:

—Orgulloso, engreído..., pero intrigante.

Le guiño un ojo y, sin darle más explicaciones, salgo de la biblioteca con el corazón acelerado y una sensación inusual. Tal vez no fue una derrota después de todo. ¡Bendito hombre!

Llego a casa, preparo un almuerzo rápido y me cambio para ir a la heladería. Necesito despejarme; el trabajo es mi refugio. En el local, el cielo gris y la amenaza de lluvia espantan a los clientes. Aprovecho la calma para pintar mis uñas. No quiero admitirlo, pero mientras deslizo la brocha del esmalte, mi mente sigue en Alexander.

¿Le gustará este color? ¿Notará siquiera que me las pinto? Abril, ¿estás bien de la cabeza? Los relámpagos iluminan el cielo y comienza un aguacero torrencial. Justo cuando decido cerrar y marcharme, una sombra aparece tras el cristal. No sé si gritar, esconderme o prenderle fuego a mi vida entera.

Alexander. Y, por supuesto, no viene solo. Una chica rubia lo acompaña. Tan hermosa que parece que los rayos de sol se detuvieron para iluminarla solo a ella, aunque afuera esté diluviando. ¡Un día de estos me va a dar un infarto! Mi corazón toma clases de zumba, pero mi cerebro no se pone de pie para aplaudirle. Trato de parecer indiferente cuando entran, aunque por dentro mi alma se arruga como papel mojado.

—Buenas tardes, Abril —dice él, apenas mirándome, mientras sacude la lluvia de su chaqueta.

Y ya está. Esa es toda la atención que me dedica. ¡Me da un saludo y vuelve a ignorarme! ¿Acaso no soy visible? ¿Me convertí en un fantasma mientras pintaba mis uñas?

Ella, la rubia, es pura energía y palabras. Habla con él como si no pudiera respirar sin comentarle cada detalle de su existencia. Yo, por mi parte, deseo que un rayo caiga cerca, no lo suficiente para herir, pero sí para recordarle que aquí hay otra persona presente, maldita sea. La mujer se acerca al mostrador:

—Hola, ¿nos puedes dar dos helados, por favor?

Helados. ¿En medio de una tormenta? ¿De verdad? ¿Qué sigue? ¿Un picnic en un volcán?

—Eh... claro. ¿De qué sabores? —respondo, aunque mi lengua parece haberse puesto de huelga.

—Para mí, de fresa. Y Alex, de coco, ¿verdad? —Se gira hacia él, como si necesitara validar su existencia a cada segundo.

Él asiente con una indiferencia que me hace querer lanzarle una bola de helado a la cara. Preparo los helados de mala gana, más

preocupada por mantener mi dignidad que por la calidad del servicio. Cuando estoy a punto de llevarlos, ella regresa.



—No te preocupes, yo se lo llevo.

Me quedo con los brazos cruzados, observándola mientras juega a ser la mujer perfecta. Pero, para mi sorpresa, no se sienta junto a él. En lugar de eso, se acomoda cerca de mí, saboreando su helado con la calma de quien sabe que ganó la guerra.

—No entiendo cómo una chica tan bella trabaja en una heladería.

¿Perdón? ¿Me está hablando a mí o a un reflejo en el vidrio? Levanto la vista de mi libro falso, preparada para cualquier cosa menos para que me llame «bella».

—Eh... gracias. Me gustan los helados —respondo, intentando sonar casual mientras la incomodidad crece en mi pecho.

Ella sonríe, como si acabara de encontrar a su nueva mejor amiga, y comienza a elogiar mi cabello, mi sonrisa y hasta el esmalte de mis uñas.

—Deberías ser modelo o actriz —dice.

—¿Por qué lo crees? —Frunzo el ceño. No sé a qué viene su comentario.

—Tienes todos los atributos físicos para lograrlo —afirma, paseando su mirada por mi cuerpo.

—Gracias, pero no creo que la apariencia física sea suficiente para eso. —Paso la página de mi libro.

—No es suficiente, pero sí necesaria, al menos, para modelar. —Se relame los labios y chupa el helado.

¡Por favor, sáquenme de aquí!

—No me gusta modelar ni actuar —aclaro—. No es para mí.

—Bueno, si tú lo dices. —Se encoge de hombros—. Lo primero es querer y el talento se desarrollará.

—Yo pienso que todas las personas nacen con uno o varios dones, pero ese no es el mío. —Vuelvo a pasar la página, sin haber ojeado la anterior.

Y que no es mi don. ¡Estoy actuando!

—¿Cuál es el tuyo? —me pregunta.

—La música.

—¡Vaya! ¡Qué lindo! —sonríe—. Algún día serás famosa si sigues ese camino.

—No lo sé, ahora no estoy enfocada en eso.

Alexander sigue absorto en su helado, como si nuestra conversación no existiera. La rubia sigue mi mirada.

—¿Y tú? —intento distraerla—. ¿Cuál es tu don?

—Soy actriz, casi me gradúo.

—¡Felicidades! —Estiro los labios y vuelvo a mi falsa lectura.

Para mi suerte, ella no dice nada más y empiezo a concentrarme en el libro. Alexander se levanta con toda la calma del mundo y sus pasos resuenan como un metrónomo en mi cabeza. Me tiende un billete para pagar y sus dedos rozan los míos.

—Gracias —su voz es tranquila, pero sus ojos se clavan en los míos y algo en su mirada cambia. ¿O es solo mi imaginación?

Antes de que pueda articular alguna respuesta decente, saca un libro de su morral. El libro. El de la biblioteca.

—Aquí tiene, ya puede leer el primer capítulo.

Mis ojos se abren como platos y por poco dejo caer el billete.

—¿Qué? Pero... ¿no está prohibido sacar libros del instituto?

Alexander se encoge de hombros con una calma tan frustrante como intrigante.

—Sí.

—¿Y aun así lo sacaste?

—¿Va a aceptarlo o no? —pregunta, ladeando ligeramente la cabeza con esa sonrisa que me hace pensar que lo disfruta más de lo que debería.

—¡Alexander! —mi tono está a medio camino entre la incredulidad y el exasperado.

—Abril —él pronuncia mi nombre como si fuera una broma privada, como si estuviera jugando un juego en el que solo él conoce las reglas.

¡Este hombre es un peligro para mi salud mental! Miro el libro, luego a él y cedo. Lo tomo con cuidado, como si fuera una trampa.

—Gracias..., creo.

Alexander no responde, pero la esquina de su boca se curva en algo que no llega a ser una sonrisa. Sin más, se gira y se dirige hacia la salida, acompañado por la chica rubia que se cuelga de su brazo. La lluvia golpea el vidrio de la heladería, pero ya no importa. Me quedo con el libro entre las manos y el peso de lo que acaba de pasar. Sonrío, aunque no sé exactamente por qué. Un capítulo. Él dijo que era mi turno. Mañana será el suyo.

Capítulo 8

El eco de un sueño perdido

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

A lo lejos, Alexander se quita la chaqueta y se la pone a la chica sobre los hombros; la acerca a él mientras ella le rodea la cintura y mi sonrisa se desvanece. ¡Y colorín colorado! ¿El cuento ha terminado? No había considerado que un hombre tan atractivo pudiera estar soltero. ¡Obvio, Abril! Los tipos así no van por la vida libres y esperando a que tú les ofrezcas un helado de coco. Suelto un suspiro y me dirijo al gimnasio para tratar de alejar mi derrota levantando pesas como si fueran las culpables de mi mal día. Casi lo consigo. Llego a casa y llamo a Rachel. Me siento en el sofá, abrazando un cojín como si pudiera consolarme, mientras espero a mi amiga todoterreno. Necesito hablar con alguien antes de explotar. Ella llega antes de lo esperado, radiante y despreocupada, como si el universo no estuviera conspirando en mi contra.

—¿Qué cara es esa? —me pregunta mientras se quita el abrigo.

Le cuento todo. Desde el aguacero hasta la rubia pegajosa, pasando por mi humillante ataque de tartamudez en la heladería. Me escucho y siento que estoy narrando la tragedia del siglo, pero Rachel no parece tan conmovida.

—¿Eso es todo? —dice, con una ceja levantada.

—¡¿Cómo que todo?! ¡Rachel, se fue abrazado a ella!

—Abril, creo que estás dramatizando un poquito.

¿Dramatizando? ¿Dramatizando? Estoy al borde del colapso emocional y ella cree que esto es un episodio más de mi telenovela interna.

—Mira, amiga —continúa, acomodándose en el sofá como si estuviera a punto de darme una clase magistral de relaciones humanas—, los chicos como Alexander no siempre son lo que parecen.

—¿Ah, sí? ¿Y qué parecen? —pregunto, arqueando una ceja.

Rachel sonríe, disfrutando de mi sufrimiento más de lo que debería.

—Primero, no sabemos si la rubia es su novia. Tal vez es una prima.

—¡Le dio su chaqueta! —protesto.

—¿Y eso qué? Yo he dado mi chaqueta a alguien y no significaba nada. Bueno, salvo aquella vez con el tipo del cine, pero... —se detiene, sacudiendo la cabeza—. En fin, no es garantía de nada.

Empiezo a reconsiderar sus palabras. ¿Y si tiene razón? ¿Y si solo eran amigos? Aunque, si son amigos, ¿por qué tanto contacto físico?

—Además, Abril, ¿te diste cuenta de algo importante? —Rachel me lanza una mirada cómplice.

—¿Qué cosa?

—Te dejó el libro.

La frase se queda flotando en el aire. Es cierto, me lo dejó. Me dio ese dichoso libro como si fuera un mensaje cifrado. ¿Y si no soy tan invisible como creo?

—Quizás —dice Rachel, dándome un codazo—, le interesas.

—O quizás simplemente le dio flojera cargar el libro.

Rachel suspira.

—Abril, estás perdiendo el foco. Si te gusta Alexander, no puedes darte por vencida solo porque una rubia apareció en escena. ¡La guerra apenas comienza!

La forma en que lo dice, como si estuviéramos planeando una invasión militar, me saca una risa involuntaria.

—¿Y qué sugieres? ¿Que lo secuestre?

—Por favor, no exageres. Aunque, si necesitas cuerda y un sótano, yo sé dónde conseguirlos. —Se ríe y yo no puedo evitar unirme a ella.

Después de un rato, dejamos de lado la discusión y terminamos en la cama viendo una película. Rachel elige una comedia romántica, probablemente para hacerme sentir mejor, pero cada vez que aparece un galán en pantalla, me lanza miradas significativas.

—Rachel, no te atrevas...

—Solo digo que, si él lo hizo por amor, Alexander podría hacerlo también.

Por suerte, se hace tarde y Rachel se va. Me quedo sola, pero con una extraña mezcla de esperanza y resignación. Me pongo mi pijama de vaca (porque el drama no está reñido con la comodidad) y me dejo caer en la cama. El cansancio me gana antes de que pueda pensar demasiado en Alexander o su misteriosa rubia. Pero, justo antes de que los párpados me pesen, un pensamiento cruza mi mente: ¿y si el libro no es solo un libro? Mañana lo descubriré.



La puerta de mi cuarto se abre y aparece él, recostado en el marco, como si dudara en entrar. Hay algo en su figura que me desarma: seguridad, intensidad, pero también una vulnerabilidad que no puedo descifrar.

—¿Por qué no vienes? —susurro, con un nudo en la garganta.

Alexander avanza y cada paso parece una promesa. Se sienta en la orilla de la cama, tan cerca que mi corazón se acelera, y sus ojos encuentran los míos.

—No puedo dejar de pensar en ti —murmura. Su voz es baja, casi un eco dentro de mi pecho.

Levanta una mano y la posa sobre mi mejilla, el roce de sus dedos es tan cálido que me hace cerrar los ojos. Entrecruza sus dedos con los míos, y el mundo parece detenerse.

—No deberías estar aquí —logro susurrar, aunque no estoy segura de creerlo.

—Pero estoy aquí —responde y hay algo en su tono que me deja sin aliento.

Sus labios rozan los míos, pero no es solo un beso; es una declaración, una grieta que rompe todas mis defensas. Es suave, pero lleno de promesas. Mi cuerpo responde antes que mi mente, acercándome a él, buscando más. El calor entre nosotros es abrumador. Cada caricia, cada mirada, parece borrar todo lo demás, como si este momento fuera lo único que importa. Pero, incluso en medio de la intensidad, una duda se cuela en mi mente: ¿esto es real o solo un espejismo de lo que deseo?

La calidez de tu tacto, la cercanía de su aliento, todo me consume. No puedo soportarlo más. Despacio, deslizo la bata de mis hombros, dejando que caiga al suelo con un susurro apenas perceptible. El aire se carga mientras sus ojos, ahora oscuros, bajan hasta mi pecho. Mis pezones se endurecen bajo su mirada hambrienta. Él no dice nada, pero su mano aprieta la mía y su respiración, aunque

controlada, delata su emoción. Me inclino hacia él. Mis manos viajan hasta los botones de su camisa. Desabrocho el primero con un temblor casi imperceptible, luego el segundo. Mi piel roza la suya. Cada botón que cae abre un portal a un mundo nuevo, uno donde solo existimos él y yo. Llego al último botón y le quito la camisa, dejándola caer al suelo, junto con las barreras que aún puedan quedar entre nosotros. Mis manos recorren su torso, explorando los contornos de su pecho firme y sus hombros fuertes.

—Eres preciosa —susurra, con su voz ronca de deseo, antes de que mi boca reclame la suya.

Su beso es intenso y apasionado, como si quisiera poseerme por completo. Me toma por la nuca, profundizando el contacto, mientras su otra mano recorre mi espalda desnuda, presionándome contra él.

—Eres todo lo que quiero, Abril —murmura contra mi piel, con su voz ronca, cargada de emoción.

—Alex —mi voz es apenas un susurro cuando sus besos llegan hasta mi clavícula y bajan aún más, encendiendo cada fibra de mi ser.

Sus labios llegan al borde de mi vientre, dejando una curva de humedad que sigue bajando hasta el límite de mis bragas. La presión de su mirada me hace temblar.

—Quiero todo de ti —musita contra mi piel, su aliento cálido me arranca un gemido.

Sin apartar los ojos de los míos, tira de la tela de mis bragas con los dientes, haciéndome estremecer; toma el borde y la desliza por mis piernas, como si cada movimiento estuviera calculado para torturarme. Mi cuerpo entero responde con un ansia que no puedo ocultar. Atormentada por el deseo, me incorporo, tomándolo por el cuello y lo acerco a mí, dejando que mi piel se presione contra la suya. Me coloco a horcajadas sobre él; mi cuerpo busca el suyo con una necesidad que no puedo ocultar. Con manos temblorosas, desabrocho su pantalón y lo deslizo junto con su ropa interior,

revelando lo que tanto he deseado. Mis dedos envuelven su erección robusta y su cuerpo se tensa bajo mi toque.

—Oh, Dios —gimo, incapaz de contenerme.

Masajeo el falo, ubicándolo en mi entrada húmeda, pero antes de que pueda avanzar más, sus manos fuertes se aferran a mis caderas y me tumba de nuevo a la cama.

—No tan rápido, preciosa —dice con una sonrisa ladina.

Sus dedos trazan un camino lento y tortuoso por mi cuerpo, hasta llegar a mi punto más sensible, donde su toque se reemplaza por la cálida humedad de su boca.

Arqueo la pelvis hacia él y Alex sonríe de lado antes de inclinarse nuevamente. Su lengua se introduce, separando los pliegues de mi vulva y succiona con delicadeza. Todo me da vueltas. Me explora con una habilidad que me deja sin palabras, sin aliento, sin pensamientos; una que contrasta con el deseo en sus ojos.

—Deliciosa —susurra contra mi piel y mi cuerpo se estremece bajo su toque.

Sus labios, su lengua, su calor... todo de él me lleva al borde. Mis dedos se enredan en su cabello mientras él se pierde entre mis piernas, explorando con precisión cada rincón de mi sexo. Los gemidos escapan de mi garganta sin control y mi cuerpo se arquea, buscando más de lo que él me da.

—Ábrete para mí —pide suavemente, con una autoridad que me hace obedecer sin pensarlo.

Mis piernas se separan completamente, ofreciéndome a él sin reservas. Su lengua y sus labios estimulan el punto justo, llevándome al clímax, arrancándome un grito mientras mi cuerpo tiembla incontrolablemente. Los últimos espasmos me consumen y me incorporo, lo tomo de los hombros y lo atraigo hacia mí.

—Quiero sentirte —digo, con la voz ronca de deseo.

Guio su erección hacia mi entrada. Mi humedad y estrechez lo hacen jadear de deseo y me toma de las caderas buscando acceso

completo.

—Te voy a penetrar ahora —su voz ronca me pone la piel de gallina.

Gimo cuando se hunde en mí por completo y me dejo caer en la cama.

—Ven aquí. —Me levanta las caderas.

Mi cuerpo se funde con el suyo en un ritmo que parece hecho para nosotros. Sus movimientos son lentos al principio, como si quisiera prolongar el momento, pero pronto se vuelven más rápidos y profundos. Me aferro a sus brazos con la respiración entrecortada. Toco el cielo y las estrellas con cada empujón. Mis gemidos se mezclan con los suyos, creando una sinfonía que llena la habitación. Cada embestida me lleva más alto, más lejos, hasta que no hay nada más que nosotros dos, perdiéndonos el uno en el otro. Alcanzamos juntos el clímax, su cuerpo se tensa y el mío lo sigue, explotando en un placer que me deja temblando en sus brazos. Nos desplomamos sobre las almohadas, sus manos todavía se aferran a mis caderas mientras nuestras respiraciones intentan volver a la normalidad.

—Eres mía —susurra, acariciándome el cabello.

—Siempre tuya —respondo, perdida en él.

—¡¡¡Quiquiriquí!!!

Mis ojos se abren de golpe. El gallo del vecino canta con un entusiasmo irritante, como si quisiera recordarme que el día no me va a esperar. Extiendo la mano hacia el otro lado de la cama, donde la almohada se siente fría. El vacío me golpea, no solo físico, sino un eco de algo más profundo. No está. Claro que no está. Nunca estuvo. El cuarto se siente más grande, más vacío de lo normal, como si el sueño hubiera arrancado algo de mí. Paso la mano por las sábanas, buscando algo que sé que no voy a encontrar. El leve roce del algodón me trae un recuerdo de su piel, cálido, real, aunque sé que no lo es. Un suspiro se escapa de mis labios, pesado, cargado

de un cansancio que no tiene nada que ver con el sueño. ¿Por qué siempre es así? Cada vez que despierto después de soñar con él, siento que pierdo algo que nunca fue mío.

—¿Por qué, universo? —susurro, con más resignación que drama esta vez. No hay lágrimas, solo una punzada en el pecho que no termino de entender—. ¿Por qué me das estas imágenes tan perfectas, solo para arrebatarlas al amanecer?

Sacudo la cabeza, tratando de disipar la sensación. Pero, claro, a mi conciencia se le ocurre darme un concierto privado...

♪ Que queda de un sueño erótico si / De repente me despierto y te has ido / Siento el vacío de ti / Me desespera / Como si el amor doliera / Y aunque no quiera / Sin quererlo pienso en ti / Si para enamorarme ahora / Volverá a mí la maldita primavera...♪

¡Ya cállateee! No importa cuán vívidos sean sus ojos en mis sueños o cuán tangible se sienta su tacto, no puedo seguir atrapada en esto. Pero el eco de su voz se aferra a mi mente, suave y ronco, como si todavía estuviera aquí.

Me arrastro hasta la ducha, dejando que el agua caliente me despierte del todo. El calor ayuda a relajar mis músculos, pero no logra ahuyentar del todo la sensación de pérdida. Cierro los ojos bajo el chorro y dejo que las gotas se lleven lo que puedan: el sueño, la frustración, la pregunta que no quiero hacerme. Al salir, el espejo me devuelve una versión hinchada y algo cansada de mí misma. Paso un dedo bajo mis ojos, evaluando el daño.

—Bueno, podría estar peor —murmuro, aunque no estoy convencida.

Tras algunos intentos fallidos con el corrector, consigo un aspecto «pasable». Me pongo un *short* azul claro y una blusa café, esperando que el clima soleado haga algo por mi ánimo. Una coleta alta y un par de pendientes pequeños completan el intento de

parecer fresca y despreocupada, aunque por dentro siento que llevo un cartel que dice: «No pregunten, todavía estoy procesando».

Mientras agarro mi bolso, una idea me golpea: ¿por qué me afecta tanto? Es solo un sueño, ¿verdad? Pero hay algo más profundo. No se trata solo de él; se trata de lo que representa. Algo que sigo buscando, algo que tal vez no sé cómo enfrentar.

—Hoy será diferente —digo en voz alta, intentando convencerme.

Y con eso, cierro la puerta detrás de mí, dejando el sueño y su ausencia donde pertenecen: en el pasado.

Capítulo 9

Misión imposible: actuar normal

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Rachel me espera en la puerta de su casa. Su expresión es clara incluso antes de que abra la boca: me ha descubierto.

—¿Qué te pasa? —pregunta, sujetándome la muñeca como si pudiera tomarme el pulso y diagnosticarme «dramatitis crónica».

—Nada —mi respuesta es tan convincente como un comercial de cremas milagrosas.

Rachel entrecierra los ojos, cruzando los brazos con esa mirada que dice «te tengo».

—Abril, ¿de verdad? —su tono es una mezcla de preocupación y exasperación—. Sabes que no puedes engañarme.

Intento sostener su mirada, pero su intensidad me desarma. Suspiro y bajo la cabeza. Rachel no tarda en suspirar también, elevando mi mentón con suavidad.

—Aunque no quieras hablar, aquí estoy para ti, ¿vale?

Trato de esbozar una sonrisa, pero lo que sale es una mueca torcida. Rachel abre los brazos para abrazarme, y doy un paso atrás con rapidez.

—No, Rach, ni se te ocurra. Me costó años maquillar esta cara de «todo está bien». Si me abrazas, voy a llorar y todo el trabajo se irá al traste.

Rachel parpadea y suelta una carcajada que se lleva un poco de mi tensión consigo.

—¿Así que tu maquillaje es lo único que te detiene? ¡Típico!

—¡Oye! Esto no es solo maquillaje, es arte. Además, no estoy lista para otro drama épico. ¿Sabes cuánto cuesta reponer los líquidos después de tanto llorar?

—Está bien, está bien, nada de llantos por ahora. Pero me duele verte así.

Sus palabras son suaves y el nudo en mi pecho aprieta un poco más.

—Lo sé. —Me encojo de hombros, intentando sonar despreocupada, pero mi voz no me ayuda—. Es solo lo mismo de siempre. Ese sueño.

Rachel levanta una ceja, como si ya supiera a dónde voy.

—¿Otra vez con ÉL?

—Te lo cuento luego, ¿vale? En el instituto. —Me ajusto la mochila al hombro, tratando de parecer casual.

Rachel me mira, evaluándome, pero asiente.

—A veces eres un enigma, Abril. Un enigma muy dramático.

—Lo sé. Pero admítelo, te aburrirías sin mí.

Rachel suelta una carcajada mientras me pasa un brazo por los hombros y comenzamos a caminar. Los rayos del sol se cuelan entre las hojas de los árboles y, aunque mi pecho todavía siente el peso de la ausencia que dejó el sueño, la risa de Rachel me hace respirar un poco más fácil. Entramos al aula para nuestra primera clase y Rachel pasa primero, con ese aire despreocupado que siempre lleva consigo. Yo la sigo, tratando de imitar su tranquilidad que dura poco.

Alexander escribe en su cuaderno, en su lugar habitual, con los codos apoyados en el escritorio y el ceño ligeramente fruncido. Mi mente me dice que desvíe la mirada, pero mis ojos no escuchan. Su presencia me envuelve de nuevo, como un eco persistente del sueño que aún no logro sacudirme. Nuestros ojos se encuentran y todo

desaparece: el aula, el bullicio, incluso Rachel. Solo estamos él y yo. Una chispa se enciende en mi pecho, seguida por el tamborileo desacompasado de mi corazón.

Me obligo a mirar hacia otro lado antes de que Rachel diga algo como «Oh, claro, nadie notó que te derrites por él». Pero incluso mientras fijo los ojos en mi escritorio, la sensación de su mirada sobre mí permanece. ¿Él también lo sintió? Voy a mi asiento y dejo caer la mochila como si pesara toneladas. Saco el libro que Alexander me entregó ayer. ¿Realmente voy a hacer esto? Claro que sí. Bueno... probablemente. Respiro hondo y camino hacia su escritorio con pasos que intento hacer firmes, aunque mis piernas parecen de gelatina. Dejo el libro sobre su escritorio y Alexander levanta la vista.

—No lo leí. —Lo miro a los ojos, tratando de parecer segura. Por dentro, soy un caos.

Él parpadea; su expresión es neutra, pero con una pizca de curiosidad.

—De todas formas, gracias. —Giro sobre mis talones, lista para huir antes de que mi boca decida traicionarme.

Pero él me toma de la muñeca. Su tacto me detiene en seco. Es oficial, he muerto y estas mariposas que siento son mi alma dejando mi cuerpo.

—¿Por qué no lo leyó? —su tono es suave pero firme.

Respiro hondo. «Mantén la calma, Abril. No hagas una escena».

—Porque no quiero —la respuesta suena mucho más inmadura de lo que esperaba, pero no puedo retirarla ahora.

—Parecía muy interesada en él. —Inclina la cabeza ligeramente, como si estuviera tratando de leerme.

Desvío la mirada, encogiéndome de hombros.

—Ya no me interesa.

Mi cerebro grita: «¡Mentira! ¡Me interesa todo lo que hagas, hombre perfecto!». Alexander frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Porque alguien me lo quitó —mi tono tiene un filo que no pretendía, pero no puedo evitarlo.

—Usted misma me lo dio. —Su ceja se arquea y maldita sea.

Oh, muy listo, Alexander. ¿Crees que con esa ceja arqueada y esa voz de terciopelo vas a ganar? Bueno, sí. Pero no lo sabrás. Resisto la tentación de devolverle una sonrisa sarcástica y cruzo los brazos.

—Tú me lo quitaste primero.

Alexander suelta un leve suspiro, pero no parece molesto. Toma el libro con calma y lo coloca de nuevo en mi mano, aún atrapada por la suya.

—Consérvelo.

—No es mío —mi voz suena menos firme de lo que me gustaría.

—A partir de ahora lo será —su tono es tan sereno que casi parece lógico.

Frunzo el ceño, intentando ignorar el calor que se extiende por mi brazo desde donde me toca.

—¿Cómo puedes robar libros de la biblioteca y regalarlos? —pregunto, porque necesito recuperar algo de control en esta conversación y también porque no entiendo cómo este hombre puede ser tan irritantemente encantador.

—Voy a reemplazarlo —lo dice con tanta naturalidad que mi argumento se desmorona antes de salir de mi boca.

Me suelto de su agarre, tratando de mantener la compostura, y dejo el libro sobre su mesa con un movimiento decidido. Regreso a mi asiento.

Rachel me lanza una mirada desde mi espalda que significa: «Te vi, Abril. Lo sé todo».

—¿Acaso él es…? —susurra en mi oído, con una emoción contenida que me irrita y me hace reír al mismo tiempo.

Me giro hacia ella, poniéndome un dedo sobre los labios.

—¡Shh!

Rachel sonríe como el gato de *Alicia en el país de las maravillas*. Genial. Ahora tendré que soportar su interrogatorio más tarde. Mientras intento concentrarme en mi cuaderno, no puedo evitar echar una mirada de reojo hacia Alexander. Sigue en su escritorio, tomando notas como si nada hubiera pasado. Pero, por un breve instante, levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Mi corazón da un vuelco y, aunque me obligo a volver la vista hacia mi cuaderno, no puedo ignorar el hecho de que algo está cambiando dentro de mí.

La profesora de filosofía llega al aula, interrumpiendo cualquier posibilidad de que Rachel haga más comentarios incómodos. Nos saluda con su voz dulce y calmada, pero el momento no dura mucho: los chicos de la clase comienzan a silbarle. Muy maduros todos, como siempre. Mi mirada regresa, inevitablemente, a Alexander, completamente ajeno al caos, inclinado sobre su carpeta, escribiendo con la misma concentración que si estuviera resolviendo un misterio universal. ¿Qué estará anotando con tanta intensidad? Tal vez un manual secreto titulado *Cómo ser misteriosamente atractivo sin matar en el intento*. Un vuelco en mi pecho me obliga a apartar la vista, pero no puedo evitarlo por mucho tiempo. Todo en él parece diferente a los demás: su seriedad, su calma, esa manera de estar presente sin necesidad de ocupar espacio. ¿Cómo no iba a enamorarme con cada gesto, por insignificante que fuera?

—Abril, lo estás mirando como si fuera el último camarón de la comida china —murmura Rachel, dándome un codazo.

—Gracias por tu apoyo, Rachel —susurro, escondiendo el rostro entre las manos mientras me arden las orejas.

Rachel se ríe por lo bajo, pero yo apenas puedo devolverle la sonrisa. Me siento como un desastre emocional: atrapada entre el amor platónico y una sobredosis de caos interno. Mis ojos buscan de nuevo a Alexander, esta vez con más cautela. No es un donjuán, eso es obvio. Es serio, reservado, centrado en sus cosas como si el resto

del mundo no existiera. Pero esa misma seriedad me lleva a una conclusión incómoda: tiene que tener novia. Porque, claro, alguien como él no podría estar disponible. No en esta galaxia. No en ningún universo donde las leyes de la física tengan sentido. Y sin embargo... ¿por qué a veces siento que me presta una atención especial? ¿Será mi imaginación? ¿O simplemente es mi cerebro, ese traidor, leyendo señales donde no hay nada?

Trato de concentrarme en mi cuaderno, pero mi radar «detecta perras» se activa. Lo rodean chicas. Muchas chicas. Todas sonríen y ríen, inclinando las cabezas como si él fuera un sol al que orbitan. Mi estómago se revuelve. Una chispa de celos sube por mi pecho y me cuesta respirar. «Respira, Abril. Respira». Una de ellas roza su mano «accidentalmente» y luego suelta una risita exagerada, como si él acabara de contar el mejor chiste del mundo. ¿Qué puede ser tan gracioso? Alexander ni siquiera sonríe. Su ceño sigue fruncido y eso parece suficiente para ellas. La rabia burbujea bajo mi piel. Me imagino a mí misma saltando como un ninja, rodeando sus hombros con mis brazos y gritando: «¡Él es mío, aléjense, rapiñas!». Pero la realidad me golpea antes de que mi fantasía se alargue más. Él no es mío.

Cierro los ojos, intentando calmar el revoltijo de emociones en mi pecho. Esto es ridículo. No puedo seguir dándole vueltas a algo que no tiene sentido. Respiro hondo y, con más esfuerzo del que me gustaría admitir, aparto la mirada de Alexander y las chicas. «Es solo un chico, Abril. Solo un chico. Deja de soñar». Pero, incluso mientras trato de convencerme, el eco de su presencia se queda conmigo. La clase termina y me arrastro como un zombi hacia el aula 407. Pero la indignación todavía hierve bajo mi piel y cada vez que Alexander pasa cerca siento como si fuera a explotar. «Muévete, Abril. No es el fin del mundo... todavía». El profesor Jack, con su habitual cara de «váyanse al infierno», nos recibe sin ceremonias. Intento devolverle un gesto neutral, aunque probablemente parezco más desquiciada

que educada. La clase avanza sin sobresaltos hasta que suelta una bomba:

—El primer trabajo del semestre será en parejas. —La sala estalla en murmullos de protesta mientras él comienza a leer los equipos.

Me repito a mí misma que no será gran cosa. Seguro me tocará con alguien cualquiera. Pero...

—Abril y Alexander.

Me congelo. No. No. No. NO. ¿Es esto un mal chiste? Levanto la vista justo cuando Alexander me mira. Su expresión es, por supuesto, tan tranquila como siempre. En cambio, yo hago un mohín tan ridículo que seguro parece sacado de un meme. ¿Por qué soy así? Para colmo, el tema de la presentación: el amor. ¡El amor! Esto ya no es una coincidencia. El universo claramente me tiene en su lista negra y ha decidido escribir una comedia romántica en mi contra. Apoyo la frente en mis brazos, tratando de calmar el caos que amenaza con consumir mi dignidad. ¿Cómo se supone que voy a hablar de amor con el chico que hace que mi cerebro funcione a medias? Desearía tener un caparazón de tortuga. O un hoyo negro portátil donde esconderme para siempre.

—Las parejas deberán reunirse después de la clase para planear la presentación —anuncia Jack con su tono neutral, como si no acabara de sentenciar mi día.

Mis pies deciden rebelarse: no me muevo ni un milímetro. Quizás si me quedo lo suficientemente quieta, el universo me conceda el superpoder de volverme invisible. Alexander, por supuesto, se levanta con toda la calma del mundo y camina hacia mí, como si esto no fuera el inicio de mi colapso nervioso.

—¿Tiene tiempo para empezar? —pregunta, con esa voz suya tan tranquila que parece diseñada para desarmarme.

Quiero decirle que no. Quiero inventar una excusa. Pero la verdad es que, por más que mi corazón esté en caos, no puedo perder esta oportunidad.

—Eh... sí, claro. —Mis palabras suenan más casuales de lo que esperaba, aunque mi cerebro grita: «¿¡Qué estás haciendo!?». Aparentemente, mis neuronas han decidido tomarse el día libre.

Alexander asiente con una leve sonrisa. Sí, una sonrisa. Y mi sistema nervioso no está preparado para esto.

—¿Conoce algún lugar tranquilo para trabajar?

«¡Mi cama!». Por poco me atraganto con mi propia saliva.

—Sí, conozco un sitio —lo digo rápido, intentando borrar cualquier pensamiento inapropiado antes de que se note en mi cara—. Pero déjame avisarle a mi amiga primero.

—De acuerdo. —Regresa a su asiento para recoger sus cosas.

Antes de que pueda moverme, Rachel aparece como un ninja, dándome un golpe suave en el brazo.

—Abril, si tus ojos fueran más obvios, estarías tirándole corazones de anime —susurra con una sonrisa traviesa.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Cállate, Rachel.

Pero no puedo negarlo. Tiene toda la razón y ella lo sabe. Alexander regresa, con su mochila colgada despreocupadamente en la espalda, y yo me aclaro la garganta para no parecer tan evidente. Miro a Rachel.

—Tengo que hacer un trabajo con mi compañero, así que no podré acompañarte en el receso —intento sonar tranquila, pero mi voz me traiciona al presentarlos—: Rachel, Alexander; Alexander, Rachel.

Rachel evalúa a Alexander como solo ella sabe hacerlo.

—Buenos días —le dice, con una sonrisa que intenta romper el hielo.

—Hola —Alexander le responde con un asentimiento educado, pero su seriedad le da fin a la breve interacción.

Rachel me mira y su sonrisa se convierte en un gesto de resignación.

—Vale, no hay problema.

—Nos vemos luego —añado mientras recojo mis cosas.

Rachel me despide con un gesto de la mano, pero su mirada cargada de curiosidad me quema la espalda. A medida que salgo del aula con Alexander, me preparo mentalmente para lo que viene. No es solo un trabajo en equipo; es mi oportunidad de entender qué tan real es lo que siento y qué tan imposible podría ser. Mis piernas tiemblan como gelatina mientras caminamos hacia el despacho en el nivel inferior. Es un lugar tranquilo, perfecto para trabajar... o para que mi mente colapse bajo presión. Alexander entra detrás de mí y el leve clic de la puerta al cerrarse hace que mi pulso se acelere. «OK, cálmate, Abril. Esto es solo un trabajo. Respira».

Mientras saco mis cosas de la mochila, trato de ignorar la sensación de tener a un ángel y un demonio en cada hombro. El ángel me susurra que mantenga la compostura, que sea profesional. El demonio, por su parte, murmura con voz descarada: «Acércate, tócalo, bésalo, o desnúdalo mejor». ¡Cállense los dos! Alexander, por supuesto, parece inmune a cualquier tipo de nerviosismo. Se sienta frente a mí y comienza a organizar sus papeles con una calma que solo agrava mi ansiedad. Cada movimiento suyo es pausado, preciso, como si tuviera todo bajo control. Me dejo caer en el sofá con mi celular en la mano, fingiendo buscar algo relevante sobre el amor. Pero apenas puedo leer la pantalla; mi cerebro sigue demasiado ocupado monitoreando cada respiración de Alexander. Su voz rompe el silencio:

—¿Qué es el amor para usted?

Levanto la vista y mi corazón decide que este es el momento perfecto para intentar escapar de mi pecho. Su mirada se cruza con la mía, tranquila pero intensa, como si realmente le importara mi respuesta. «¿Qué es el amor? Es lo que siento cuando caminas. Es lo que me golpea cada vez que tus ojos se encuentran con los míos. Es lo que me mantiene despierta pensando en lo imposible que

eres». Respiro hondo, intentando parecer normal, y busco la definición más genérica que puedo encontrar en mi teléfono:

—El amor es un sentimiento de vivo afecto e inclinación hacia una persona o cosa a la que se le desea todo lo bueno...

Alexander arquea una ceja, interrumpiéndome:

—Sé lo que es el amor para los científicos —su tono es tan calmado que no suena brusco, solo curioso—. Pero me interesa saber qué es el amor para ti.

¿Me tuteó? ¿¡Me tuteó!? El ángel y el demonio, que antes susurraron en mi oído, empiezan a cantar *Cielito lindo* como un dúo de mariachis. Mi mente se queda en blanco. Lo miro, boquiabierta, como si acabara de decirme que soy la respuesta a una pregunta que lleva años buscando.

—No sé —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Trato de cubrirlas con una risa nerviosa—. Supongo que no lo he pensado mucho.

Alexander no aparta la mirada. Su seriedad no me intimida; me desarma.

—Es un concepto difícil de explicar, ¿verdad? —Apoya los codos sobre la mesa, como si buscara darme espacio para pensar.

Asiento despacio, sin saber cómo salir del momento sin parecer que estoy huyendo.

—Sí, bastante.

—Entonces primero intentemos otra cosa. —Su mirada no pierde intensidad, pero hay una leve curva en la esquina de sus labios, apenas perceptible—. ¿Qué crees que no es el amor?

Parpadeo. La pregunta me toma por sorpresa, pero también me da un respiro. Mi mente encuentra algo en lo que enfocarse, algo más seguro que mi confusión interna.

—Creo que no es egoísta. No debería ser algo que te haga sentir menos o que te limite.

Alexander asiente, pensativo, como si mis palabras fueran importantes, como si realmente estuviera tratando de entender lo que digo.

—Eso tiene sentido.

El silencio que sigue debería ser incómodo, pero no lo es. Hay algo en su forma de escuchar, de observar, que me hace sentir menos pequeña.

Tomo aire. Mi nerviosismo empieza a transformarse en algo más manejable.

—¿Y para ti? —me atrevo a preguntar.

Alexander levanta la vista hacia mí y parece considerar su respuesta con cuidado:

—Creo que el amor no debería ser miedo.

Sus palabras son simples, pero me golpean con una fuerza inesperada. Porque justo ahí, en esa frase breve, acaba de decir algo que yo misma he estado evitando admitir.

Nos quedamos en silencio y, por primera vez en mucho tiempo, no siento la necesidad de llenar el espacio. Nuestras miradas se mantienen por tanto tiempo que mi corazón acelera el ritmo, amenazando con delatarme. Necesito hacer algo. Ahora.

—La mesa está sucia —balbuceo, levantándome del sofá como un resorte—. Voy a buscar algo para limpiarla.

Alexander arquea una ceja.

—La mesa está impecable.

—Para mí no lo está —lanzo la excusa mientras me escabullo hacia el rincón del despacho donde encontré un pequeño espacio escondido la otra vez.

—¿Qué haces? —pregunta desde afuera, su tono mezcla curiosidad con diversión—. ¿Es una salida secreta? ¿Estás escapando de mí?

Sí, exactamente eso estoy haciendo, pero no pienso admitirlo.

—Estoy buscando algo para limpiar —intento sonar convincente mientras mi mano se posa en mi pecho, como si eso pudiera calmar

el alboroto de mi corazón.

Me suelto el cabello, más como un gesto automático que otra cosa, y me asomo entre los espacios de los libros para ver si sigue allí. Claro que sigue. Alexander frunce ligeramente el ceño mientras mira hacia la puerta.

—¿Sabes si está prohibido estar aquí? —dice en voz baja—. Creo que un par de maestros vienen hacia acá.

El pánico me golpea como un balde de agua fría y la sangre se me hiela.

—¡¿Qué?!

Me giro, lista para correr, pero antes de que pueda procesar lo que sucede, Alexander cruza la pequeña abertura y se para frente a mí. Muy cerca. Demasiado cerca. La distancia entre nosotros desaparece y mis pensamientos se desmoronan. Mi corazón parece gritar en un idioma desconocido, golpeando con tanta fuerza que estoy segura de que él puede oírlo. Su mirada fija en la mía me hace olvidar cómo se respira.

—Si querías evitarme, lo estás haciendo fatal —susurra, su tono lleva un leve tinte de burla, pero no hay malicia en sus palabras.

La cercanía, su voz, todo me abruma. Intento responder, pero mi mente no coopera.

—Yo... no... solo...

Alexander inclina ligeramente la cabeza, observándome con una mezcla de curiosidad y paciencia.

—¿Te pongo nerviosa?

La pregunta me toma desprevenida y, aunque quiero negarlo con todas mis fuerzas, mi silencio me traiciona. Mi boca se abre, pero las palabras no salen.

—No es eso... —murmuro, aunque ni yo me lo creo.

Alexander da un paso atrás, como si me diera espacio para respirar.

—Lo siento. No quería incomodarte.

Su disculpa es inesperada y algo en su tono me hace sentir menos ridícula, menos pequeña. Bajo la mirada, tratando de recuperar algo de control sobre mí misma.

—No me incomodas —mi voz es apenas un susurro, pero es honesta.

Alexander me observa por un momento más y asiente con una ligera sonrisa.

—Entonces volvamos al trabajo.

Asiento con una sonrisa. Mi corazón sigue latiendo rápido, pero, esta vez, no parece del todo malo. Sin embargo, el chirrido de la puerta me borra la sonrisa de golpe.

Capítulo 10

Ojos que ven, corazones que sienten

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Alexander y yo nos quedamos paralizados, como si ese simple sonido nos hubiera convertido en estatuas. Mi corazón, que ya estaba tocando un concierto descontrolado, parece tamborilear aún más fuerte en mis oídos. El profesor Jack entra, seguido por Eva. Ella cierra la puerta con un movimiento decidido y corre el cerrojo, como si estuviera marcando su territorio. Antes de que pueda procesar lo que sucede, Jack la toma por la cintura y le planta un beso en el cuello, sin el menor rastro de sutileza.

—¿Qué demonios...? —susurro, demasiado bajo como para que me oigan, pero suficientemente fuerte como para que Alexander me lance una mirada de advertencia.

—Shh... —Se lleva un dedo a los labios, inclinándose hacia mí.

¿Shh? Claro, como si esto fuera completamente normal.

Desde nuestro escondite detrás del estante, todo se desarrolla frente a nuestros ojos como una película prohibida. Eva se da la vuelta, lo besa con una intensidad que me hace querer apartar la mirada, pero no puedo. Mis ojos se pegan a la escena y no porque quiera mirar, sino porque no sé cómo dejar de hacerlo. Ella tira de la camisa de Jack, lo empuja hacia el sofá y continúa besándolo con una pasión que debería estar reservada para lugares que no sean este despacho. Me obligo a tragar saliva. Esto no está pasando. Jack

la inclina hacia el sofá y Eva jadea mientras él besa su cuello y desliza el cierre de su vestido con una destreza que grita «esta no es su primera vez». ¡Santo cielo! ¡Qué fuerte!

El vestido de Eva cae al suelo, revelando un conjunto de lencería negra que, francamente, grita «esto fue planificado». ¡Qué culo tiene! El maestro no se detiene a admirarla, sino que se apresura a desabrocharle el sostén, lamiendo la parte superior de sus pechos mientras ella le desabrocha el cinturón. Mi cerebro reacciona y mis ojos se mueven hacia Alexander. Tiene la mandíbula tensa y la mirada fija en algún punto indefinido, como si intentara borrar la escena de su memoria.

—¿Qué hacemos? —susurro, inclinándome apenas hacia él.

Alexander me mira de reojo. Hay un destello de algo en su expresión, quizás incomodidad, quizás diversión contenida.

—No movernos. Ni un milímetro.

—Esto no puede estar pasando —mi voz es apenas un murmullo, pero no puedo detener las palabras que escapan de mi boca.

Alexander aprieta los labios y creo que está a punto de reírse. Pero, en lugar de eso, se inclina un poco más hacia mí, tan cerca que su aliento roza mi oreja.

—Abril, por favor, no hables.

No sé si lo dice porque está incómodo o porque teme que nos descubran, pero su tono firme me hace asentir. Intento enfocarme en cualquier cosa que no sea lo que ocurre al otro lado del estante. La textura de los libros. El sonido de mi respiración. Pero no puedo ignorar la cercanía de Alexander, la forma en que su brazo roza el mío cada vez que se mueve ligeramente. La situación es tan absurda, tan fuera de lugar, que siento una risa nerviosa burbujeando en mi garganta. La ahogo, cubriéndome la boca con la mano. Alexander me lanza otra mirada, esta vez más intensa.

—¿Estás bien?

—No —mi respuesta es un susurro agitado.

Él suspira y, aunque no dice nada más, su mirada parece decirlo todo: «Esto es un desastre». Los sonidos al otro lado son un recordatorio brutal de dónde estamos. Pero Alexander, como si nada importara más, clava sus ojos en los míos.

—No deberíamos estar viendo esto —susurra, su voz sale tan grave que siento un temblor en el estómago.

Quiero responder algo, pero me giro hacia él y nuestros rostros quedan peligrosamente cerca.

—¡No podemos salir! Nos verán —balbuceo, mi voz tiembla.

—Tal vez, pero no es apropiado quedarnos aquí. —Se pasa una mano por la nuca y la desliza por su cuello.

Mis pensamientos se detienen. ¡¿Por qué hace eso?! Es como si estuviera tratando de provocarme sin siquiera intentarlo. Respiro hondo, tratando de calmar mi pulso desbocado.

—¿Qué propones? —pregunto, esperando que mi voz no traicione la maraña de emociones que me inunda.

Alexander no responde. En cambio, apoya una mano contra la pared, justo a un lado de mi cabeza, cerrando aún más la distancia entre nosotros. Mi corazón golpea con fuerza y sé que él lo nota.

—Me dejaste con la duda, así que primero quiero que respondas mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —trato de hacerme la desentendida, aunque sé perfectamente de qué está hablando.

—¿Qué es el amor para ti? —susurra, con una calma que contrasta con el caos dentro de mí.

¿Ahora? ¿En este contexto? El universo no podría ser más cruel. Con Jack y Eva en pleno *show* detrás de nosotros y él esperando una respuesta sobre el amor. Perfecto.

—Ya te dije que no lo sé —respondo, tratando de que mi voz no tiemble mucho.

Sus brazos se mueven, atrapándome entre ellos, y mi respiración se entrecorta. Sus ojos parecen estudiar cada detalle de mi rostro,

como si intentara descifrarme.

—No te creo. ¿Nunca te has enamorado? —pregunta de nuevo, su tono es bajo y grave, casi como si me estuviera hablando directamente al corazón.

—Yo... eh... —El aire parece haberse evaporado y mis palabras no encuentran salida.

—¡Dios, Jack! —Un gemido ahogado de Eva rompe el momento, pero Alexander no se distrae.

Su mirada sigue fija en mí, implacable, pero no intimidante. Es casi como si estuviera esperando que me atreva a ser honesta.

—Tú deberías saberlo mejor que yo —murmuro, más como una defensa que como una respuesta.

Alexander frunce ligeramente el ceño, su expresión pasa de curiosa a intrigada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque... tienes novia —las palabras salen precipitadamente, como un disparo al aire, pero él no parece afectado.

—Ella no es mi novia.

La sorpresa me deja helada.

—¿Qué?

—No estoy saliendo con nadie —su tono es firme, directo. Sin vacilaciones.

Mi cerebro tarda unos segundos en procesar la información, pero mi corazón ya corre maratones de alivio. Otro jadeo de Eva llena el aire, seguido por un ruido de choque que no quiero analizar demasiado. Pero no importa.

—Entonces... estás soltero. —La esperanza y la incredulidad se mezclan en mi voz, aunque intento mantenerla neutral.

Él asiente.

—Sí.

No sé qué decir. Mi mente se siente como un tornado de emociones y las palabras parecen quedarse atascadas.

—Mm, bueno, aun así, no puedo responder esa pregunta.

Alexander me observa en silencio y creo que dejará el tema, pero, en cambio, inclina la cabeza hacia mí. La distancia entre nosotros se reduce aún más y su mirada se vuelve más intensa, como si buscara algo que ni yo misma sé que tengo.

—¿Nunca te has enamorado? —insiste, su voz es ahora más suave.

Sus palabras me golpean en lo más profundo. Mis ojos se encuentran con los suyos y sé que no puedo escapar de esta pregunta. Pero tampoco puedo responderla. Estoy atrapada entre lo que siento y lo que temo.

—Yo... no lo sé —mi voz es apenas un murmullo.

Alexander no aparta la mirada. Su respiración, cálida y tranquila, roza mi piel como una caricia. Su mano sube se desliza hasta mi rostro, y su pulgar roza mi mejilla. El contacto es suave, delicado, pero lo siento como un relámpago.

—No necesitas decirlo —sus palabras son bajas, llenas de una dulzura que me desarma—. Tu respiración ya lo dice por ti. Lo sé.

—¿Qué sabes? —mi voz apenas es un hilo de aire, pero mis ojos se mantienen fijos en los suyos, buscando respuestas que no sé si estoy lista para escuchar.

Él sonríe, apenas una curva sutil en sus labios, como si mi confusión fuera la cosa más encantadora que hubiera visto.

—Esto... —Se inclina despacio, hasta que nuestros labios se rozan.

El contacto es tan ligero que parece un sueño. Pero es suficiente para desatar un torrente de emociones que había estado tratando de contener. Cierro los ojos y me dejo llevar. Mi corazón, mi mente, todo se rinde.

Dejo que mis manos suban hasta su nuca, atrayéndolo más hacia mí. El beso se intensifica y el resto del mundo desaparece. No hay Jack, no hay Eva, no hay despacho ni estantes llenos de libros. Solo estamos Alexander y yo, como si el universo se hubiera reducido a nosotros.

Sus manos encuentran las mías y nuestros dedos se entrelazan con una facilidad que parece inevitable, como si hubieran estado buscando este momento desde siempre. En algún rincón de mi mente, comienza a resonar una melodía. *Je Te Laisserai Des Mots*. Las palabras de la canción flotan en mi memoria como hojas en el agua:

> Dejaré palabras bajo tu puerta.
> Debajo de la luna que canta.
> Muy cerca del lugar donde pasan tus pies.
> En los agujeros del tiempo de invierno.
> Y cuando estés sola por un tiempo.
> Bésame, cuando tú quieras...

¿Podrá él sentirlo también? Somos un par de notas perdidas en una canción que apenas empieza a escribirse. El mundo parece detenerse y no hay nada más que este beso. No es solo un gesto; es una declaración, un puente que cruza todo lo que hemos sido hasta ahora.



Alexander desliza una mano hacia mi cintura, atrayéndome más cerca, hasta que mi espalda choca con el frío muro detrás de mí. Un leve suspiro escapa de mis labios, pero, antes de que pueda decir algo, él se separa apenas lo suficiente para mirarme a los ojos. Lleva un dedo a mis labios, silenciándome con una ternura que me desarma por completo.

—Eres tú —murmuro, con la voz entrecortada. Mis manos se alzan hasta sus mejillas y mis ojos se llenan de lágrimas que no logro contener—. Siempre fuiste tú.

Su frente se arruga ligeramente, como si tratara de entender mis palabras, pero no le doy tiempo de preguntar. Una risa nerviosa se pierde cuando lo beso de nuevo. Esta vez, dejo salir todo lo que he contenido durante tanto tiempo. Alexander responde sin vacilar, sus brazos me rodean con una intensidad que me hace sentir segura, como si en este abrazo estuviera el mundo entero. Apenas puedo respirar, pero no me importa. En este momento, todo lo que importa es él, es esto. Podría vivir aquí para siempre. Pero incluso lo más perfecto es efímero. Un sonido ensordecedor atraviesa el aire como un cuchillo. ¡OOUUWIOOUUWIOOUUWI! La alarma de incendios nos separa de golpe. Ambos damos un paso atrás, aturdidos, mientras el chirrido insoportable retumba en nuestros oídos.

—Eso es una...

—Alarma de incendios —completa Alexander con un brillo de incredulidad en los ojos.

El universo tiene un sentido del humor cruel. Si quería arruinar el momento, al menos podía haber esperado cinco segundos más. Respiro hondo, intentando calmar el caos en mi pecho, pero, antes de que pueda procesar lo que acaba de pasar, hay movimiento al otro lado del estante.

Eva y Jack han pasado del éxtasis al pánico en tiempo récord. Hace un segundo protagonizaban una escena sacada de una película para

adultos y ahora parecen personajes de una comedia absurda.

Eva corre por la habitación, intentando recoger su ropa con movimientos torpes, tropezándose con el sofá. Jack, por su parte, apenas se toma el tiempo de guardar su... «equipo de trabajo», mientras forcejea con la puerta.

—Esto es ridículo —susurro, cruzando una mirada con Alexander, que parece debatirse entre reírse o quedarse petrificado.

—¿Qué hacemos? —pregunta en un tono bajo, aunque es evidente que no espera una respuesta real.

—Espero que esto sea parte de un simulacro... —digo, más para mí que para él, mientras intento recuperar el aliento y despejar mi mente.

Alexander asiente y sus ojos vuelven a encontrarse con los míos. El ruido de la alarma se desvanece y es como si el universo nos diera una tregua.

—Esto no ha terminado —dice en voz baja, su tono es calmado pero cargado de intención.

No sé si se refiere al trabajo, al beso o a nosotros, pero asiento sin pensarlo. Porque tiene razón: esto no ha terminado. El grito del maestro Jack corta el aire como un cuchillo.

—¡No abre! —forcejea con la manija, tirando de ella como si pudiera intimidarla para que coopere—. ¿Qué le hiciste, Eva?

—¡Nada! Solo puse el seguro. —Eva da un paso atrás.

Mis ojos se agrandan. ¿Estamos encerrados con ellos? ¿Esto es una broma de mal gusto? Alex y yo intercambiamos una mirada cargada de incredulidad.

—¡Quítate! —Eva aparta a Jack de un empujón y se lanza sobre la puerta, girando la manija con movimientos desesperados—. ¡No puede ser tan difícil!

Jack la observa con los brazos cruzados y un ceño que podría partir un ladrillo.

—Claro, porque tú eres más fuerte y lista. Lo estás empeorando.

Eva lo ignora, tironeando de la puerta como si la fuerza bruta pudiera resolver su dilema. Finalmente, deja caer los brazos con un suspiro.

—Dime que es una broma, Jack. Solo giré el seguro, como siempre.

—Pues algo hiciste mal, porque ahora estamos encerrados con una alarma de incendios sonando. —Jack golpea la puerta con el puño y se gira hacia ella; su irritación crece—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Eva se desploma en el sofá, cubriéndose la cara con las manos. Un sollozo ahogado escapa de su garganta, mezclándose con el chillido insoportable de la alarma.

Mientras tanto, Jack recorre el cuarto como si fuera un detective en una serie policiaca, inspeccionando cada rincón. Sus ojos se posan en nuestro escondite.

—¡Alex, nos van a descubrir! —susurro, llevándome una uña a la boca antes de que mi cerebro registre el sabor amargo del esmalte.

Alexander me lanza una mirada tranquila, esa calma suya que parece un superpoder y, al mismo tiempo, me exaspera.

—¿Y qué si nos descubren?

—¡Ellos son maestros y nosotros alumnos! ¿A quién crees que le va a creer el director?

—Ellos violaron las reglas, no nosotros. —Se encoge de hombros, como si estuviéramos hablando de qué película ver—. Testigos, Abril. Eso es lo que somos.

—¡Testigos con cero credibilidad y un trauma visual irreparable! —mi voz sube de tono y bajo la mirada—. Además, casi terminamos como ellos.

Él ladea una sonrisa y mi pánico flaquea. No debería estar riéndome, pero la situación es tan absurda que una risa nerviosa escapa de mis labios.

—Tranquila. —Alex se inclina hacia mí, apartando un mechón de cabello que me había caído sobre la cara. Su mano roza mi mejilla

con una suavidad que me deja sin palabras—. Confía en mí.

No sé si son sus palabras, su tono o simplemente su proximidad, pero algo en mí se calma. Respiro profundamente, dejando que su presencia combata el caos en mi mente. Apoyo mi frente contra su pecho, dejando que me envuelva el calor de su cuerpo y el ritmo constante de su respiración. Es como si toda la tensión se disipara de golpe.

—¿Por qué hueles tan bien? —murmuro contra su camiseta. Mi voz suena amortiguada, pero no me importa.

Él se queda en silencio y, aunque no puedo verlo, sé que sonríe.

—Tal vez es porque estás demasiado cerca —dice en un tono ligero, pero su mano, que ahora descansa en mi espalda, me ancla a él.

—Es como un hechizo —respondo, con una risa baja—. Podría quedarme pegada a ti para siempre.

Mis labios rozan la línea de su mandíbula. Es un gesto apenas intencional, pero el efecto es inmediato. Su cuerpo se tensa, aunque no se aparta.

—Abril —su voz sale cargada de algo que no puedo descifrar.

—Gracias por estar aquí. —Mis manos se aferran a su camiseta como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento.

—Siempre estaría aquí —su respuesta es firme, inquebrantable.

Levanto la mirada hacia él, dejando que mis ojos se pierdan en los suyos. Su intensidad me atrapa y siento que floto.

—La paz que me das es indescriptible.

Sus pupilas se dilatan y hay algo en su expresión que hace que mi corazón dé un salto.

—¿Quién soy yo para ti, Abril? —pregunta en un susurro y el mundo alrededor parece desvanecerse.

El chirrido de la alarma, los sollozos de Eva, los golpes de Jack contra la puerta... todo desaparece, dejando solo el espacio entre nosotros. Mi garganta se cierra. No sé qué responder. Porque la

respuesta es demasiado grande, demasiado complicada. Pero sus ojos siguen esperando, dándome tiempo, como si supiera que necesito procesar todo esto.

—Eres... —mi voz se quiebra y lo único que puedo hacer es mirarlo, deseando que entienda todo lo que no puedo decir con palabras.

Capítulo 11

Corazón que recuerda, ojos que olvidan

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Creo que acabo de meter la pata.

—Yo... eh... —las palabras se atascan en mi garganta. Mi lengua se adelantó a mi cerebro y ahora no sé cómo arreglarlo.

La mirada de Alexander mezcla confusión y curiosidad, como si estuviera leyendo un libro en un idioma desconocido.

—Es lindo lo que dices, pero... —sus ojos se desvían al suelo y su ceño se frunce levemente— no entiendo. Hablas como si me conocieras desde hace mucho tiempo.

Respiro hondo, intentando calmar el temblor en mi pecho. Esto es un desastre, pero ya no hay marcha atrás.

—Alex... —su nombre se escapa de mis labios como un susurro y trago saliva antes de continuar—: Sé que dije que no se responde con una pregunta, pero... ¿me has visto antes?

Mis ojos buscan desesperadamente los suyos, aferrándome a la esperanza de que diga que sí, que lo recuerda todo. Su expresión cambia. Parece reflexionar, buscando en algún rincón de su memoria.

—Eso pensé cuando te lo pregunté —dice al fin, con un tono que casi parece vacilante—, pero... no recuerdo.

Su respuesta golpea mi pecho como un puñal. Todo mi cuerpo parece encogerse y mis brazos, que todavía descansaban ligeramente sobre su cintura, se deslizan hacia abajo. Doy un paso atrás, como si la distancia pudiera amortiguar el golpe. ¿Por qué no? ¿Por qué no puede verme como yo lo veo a él? ¿Por qué no sueña conmigo como yo sueño con él? Fuerzo una sonrisa triste, aunque mi rostro se quiebra con el esfuerzo.

—Está bien —respondo, aunque no lo esté.

Alexander me observa y su expresión cambia. Algo más cálido, más suave. Pero sus palabras no lo hacen más fácil.

—Lo siento —su voz es baja, casi una caricia que no logra consolarme—. No sé quién eres, ni si te había visto antes, pero me gustaría entender por qué hablas de mí con tanta certeza.

El peso de sus palabras me aplasta. Bajo la vista al suelo, incapaz de sostener su mirada.

—Abril... —murmura y mi pecho se encoge al oír mi nombre en su voz—. No sé a qué te refieres.

Y ahí está. La verdad que no quería escuchar. Esa línea sencilla, directa pero devastadora, se clava en mi pecho. No hay lugar para malentendidos. Mis ojos se llenan de lágrimas. Quiero gritar, decirle que lo conozco mejor de lo que él mismo podría imaginar. Pero no puedo.

—Tienes razón. Lo siento —mi voz suena apagada, como si viniera de otra persona. Me doy la vuelta antes de que pueda verme llorar —. Tal vez te estoy confundiendo con alguien más.

—Entiendo —su respuesta es breve, sin reproche. Pero su tono, tan neutral, suena como una despedida.

La alarma se apaga y el silencio que sigue es ensordecedor. Entre el eco de mis propios pensamientos y el vacío que deja su indiferencia, el peso de la verdad me aplasta. Quiero decirle tantas cosas. Que todas las noches lo encuentro en mis sueños, que ahí somos dos almas conectadas de una forma que las palabras no

pueden explicar. Pero aquí, en el mundo real, esa conexión parece no existir. Mis hombros tiemblan mientras intento contener un sollozo. No puedo obligarlo a sentir lo mismo. No es su culpa que no recuerde lo que para mí es tan claro. Cierro los ojos, dejando que una lágrima se deslice por mi mejilla. Me siento como una extraña en su vida, mientras él es el centro de la mía. Él se mueve detrás de mí, pero no me giro. No quiero ver su rostro, no quiero enfrentarme a la distancia que ya siento entre nosotros.

—Abril... —su voz vuelve a sonar, pero esta vez más suave, como si algo lo detuviera—. Tenemos que salir de aquí.

Levanto la vista y apenas lo miro de reojo. Alexander parece tan tranquilo que me exaspera. ¿Cómo puede estar tan sereno mientras yo siento que mi corazón va a salirse de mi pecho? Intento descifrar algo en sus ojos: ¿preocupación, intriga... o simplemente mi reflejo? No tengo tiempo para averiguarlo.

—¿Cómo lo haremos? —susurro, mordiéndome el labio. Mis manos juguetean con la correa de mi short—. ¿Qué les vamos a decir cuando nos vean?

Alexander se cruza de brazos, como si estuviera considerando la estrategia más lógica para salir de un incendio.

—La verdad.

Lo miro, incrédula.

—¿Qué? ¿Cómo que «la verdad»? —mi voz se eleva un poco más de lo que debería, pero no puedo evitarlo—. ¿Vas a contarles que, mientras ellos tenían sexo, nosotros estábamos en el preámbulo de lo mismo?

Alexander sonríe. Esa maldita sonrisa suya, es una mezcla de diversión y desafío, que me hace querer besarlo... o tal vez estrangularlo.

—No, Abril. La verdad, omitiendo ciertos detalles innecesarios.

—Eso no es decir la verdad. —Me cruzo de brazos, arqueando una ceja como si fuera a ganar este argumento.

—Es más práctico que dar un informe detallado de... bueno, lo que estuvimos haciendo. —Arquea una ceja, reprimiendo una sonrisa que me hace hervir.

El recuerdo de su beso, de sus manos en mi cintura y de cómo mi corazón casi explotó regresa y mis mejillas se encienden. Muerdo mi labio para contenerme y, en lugar de seguir discutiendo, suspiro y bajo la mirada.

—Eso pensé —dice con una ligera curva en sus labios, dándome la derrota más amarga de mi vida.

Se gira hacia la puerta secreta y yo me escondo detrás de él mientras salimos. Su espalda ancha se convierte en mi escudo improvisado contra la avalancha de vergüenza que está por venir. Pero no hay manera de evitarlo. Alexander carraspea al salir y el sonido retumba en la habitación como un trueno en una tormenta silenciosa. Jack y Eva se giran al unísono. Sus caras pasan de la sorpresa al pánico en cuestión de segundos.

—¡¿Alexander?! —Jack palidece mientras su ceño se frunce como si intentara entender cómo acabamos de materializarnos frente a ellos.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Eva, con los ojos como platos—. ¿Por dónde entraron?

—Por la puerta. —Alex se encoje de hombros con una tranquilidad irritante.

Yo asiento, rezando porque nadie note que estoy a dos segundos de desmayarme.

—¡¿Cómo demonios?! —Jack se lleva la mano a la boca, mirando la puerta mientras su pecho salta.

—Estábamos escondidos allí. —Alex señala el estante empotrado en la pared.

Los ojos de Eva y Jack siguen la dirección de su dedo y sus bocas se abren al mismo tiempo. Parecen personajes de caricatura.

—¿Cómo? —balbucea Eva, sin encontrar palabras para completar la pregunta.

—El estante tiene una entrada secreta —intervengo, intentando sonar útil, aunque mi voz suena como un globo desinflándose.

—Estábamos trabajando en el proyecto que usted nos dejó, profesor —añade Alex, mirándolo directamente con una calma que parece hipnótica—. Nos escondimos cuando escuchamos que venían para no meternos en problemas.

—¿Ustedes...? —la voz de Eva tiembla, y sus ojos se llenan de horror—. ¿Vieron todo?

Alexander y yo intercambiamos una mirada rápida. No necesitamos hablar. Nos entendemos sin palabras. Asentimos al mismo tiempo. Eva se lleva las manos a la cara, sofocando un gemido, mientras Jack parece considerar seriamente hacer su carta de renuncia.

—Hay una explicación para todo esto —balbucea Jack, en un tono que no convence a nadie—. Pero... ¿por qué no salieron de ahí inmediatamente?

¿De verdad esperaba que saliéramos en medio de su... escena?

—No quisimos interrumpirlos. —Alex se encoge de hombros de nuevo, como si estuviera hablando del clima—. Además, pensamos que terminarían rápido.

El rubor de Jack pasa de leve a intenso en cuestión de segundos, mientras Eva se cubre aún más la cara.

—Lamentamos mucho lo que pasó. —Eva baja las manos, mirando al suelo como si quisiera desaparecer.

—Nos aseguraremos de que esto quede entre nosotros —añade Alex, con un tono tan firme que incluso yo le creo por completo.

Inspirada por su seguridad, doy un paso adelante.

—Profesor Jack —digo con una sonrisa dulce—, qué gusto verlo. ¿Me recuerda?

Jack me mira con los ojos entrecerrados antes de asentir.

—Señorita Abril Harrison, claro que la recuerdo —sonríe—, su comentario en mi clase fue muy divertido.

—Qué bien —le devuelvo la sonrisa—, porque lo que Alex y yo vimos hace unos minutos fue aún más divertido.

El rostro de Jack pasa de blanco a rojo, mientras Alex me lanza una mirada de advertencia.

—Abril... —susurra en mi oído, reprimiendo una risa.

—Tranquilo, todo está bajo control. —Le guiño un ojo, volviendo mi atención a Jack—. Pero sí le sugiero ser más cuidadoso en el futuro.

—Lamento lo que dije en nuestro primer encuentro. Mi comentario estuvo fuera de lugar —dice, rindiéndose con una rapidez que me sorprende.

—Disculpas aceptadas. —Sonrío.

Alex me toma del brazo con suavidad.

—Tienes un talento para incomodar a la gente, ¿lo sabías? —susurra en mi oído.

—Tú me inspiras —respondo, con una sonrisa que no puedo contener.

Eva se aclara la garganta, todavía tratando de recomponerse.

—Necesitamos salir de aquí antes de que alguien más venga.

—Estoy de acuerdo. —Alex mira a Jack, que asiente con resignación, como si acabara de aceptar que este será el peor día de su carrera.

—Tiene razón, maestra, hay que pedir ayuda. —Saco mi teléfono del bolsillo.

—¡Espera, Abril! —Me detiene Jack—. Nadie más debe saber lo que pasó aquí.

Miro a Alexander en busca de su aprobación. ¡Tú mandas, mi amor! Alex se cruza de brazos, mirando a Jack con una expresión entre seria y divertida.

—No se preocupe, profesor. Después de todo, usted nos enseñó que la privacidad es importante, aunque esta vez sea muy irónica.

La expresión de Jack se congela, mientras yo reprimo una carcajada. Alexander me hace una señal para que guarde el celular.

Él lleva el mando aquí.

—¿Hay algo en ese cuchitril que nos pueda servir? —pregunta el profesor de neurociencia.

—Creo que hay utensilios de aseo —responde Alex—. Hay que comprobarlo.

Los dos asienten y se dirigen hacia el escondite, dejándome a solas con la maestra Eva. Un silencio incómodo se instala entre nosotras, hasta que ella lo rompe de la forma más inesperada:

—¡Qué vergüenza! —Se lleva las manos al rostro como si eso pudiera borrar todo lo sucedido—. Ustedes no debieron haber visto todo eso.

—No se preocupe —sonrío—. Eso puede pasarle a cualquiera.

Ella me mira enarcando las cejas y suelta una risita.

—¡Gracias, cariño! —Relaja los hombros y me sonríe—. Pero, por favor, tutéame. Si me hablas de «usted», me haces sentir como si tuviera cien años.

—Está bien —le devuelvo la sonrisa.

A pesar de la situación, su actitud es tan relajada que incluso me resulta agradable. Como si fuéramos amigas compartiendo una charla casual, ignorando por completo el hecho de que, hasta hace unos minutos, la vimos en una posición... poco académica.

—A veces hay cosas que no podemos controlar —comento, más para llenar el silencio que por otra cosa. Me froto los dedos sudorosos—. Simplemente, se salen de nuestras manos.

Quiero morderme la lengua. ¡Qué demonios acabas de decir, Abril! Para mi sorpresa, Eva suelta una carcajada que rebota por toda la sala.

—¡Sabias palabras para alguien tan joven! —exclama entre risas y entrecierra los ojos—. ¿Y tú eres amiga del guapo Alex?

—¿Amiga? —repito, titubeando como si me acabaran de pillar robando un banco—. Bueno, sí, más o menos... o sea, nos estamos conociendo.

—Ah, ya veo. —Sonríe de forma tan encantadora que entiendo por qué el profesor Jack perdió la cabeza por ella—. Aunque, para ser honesta, pensé que eran novios.

—¡¿Novios?! —Me ahogo con mi propia saliva y empiezo a toser como si estuviera sufriendo un ataque de asfixia. Me golpeo el pecho y consigo tartamudear—: ¡Nooo! ¡Para nada!

Ella se ríe otra vez.

—Lo digo porque parece que le interesas. —Me guiña un ojo.

Me cosquillea el estómago. ¿Le intereso? No puede ser.

—¿De verdad lo crees? —pregunto, más para mí misma que para ella.

—Cariño, por supuesto. Nunca lo había visto comportarse así con una chica.

—¿Así cómo? —Mi curiosidad me traiciona.

—Así... —se lleva dos dedos a la barbilla— como si estuviera atento a cada cosa que dices o haces. Alex siempre ha sido reservado, pero contigo es diferente.

Intento mantener la compostura, pero mi cara debe estar más roja que una señal de alto.

—Aunque, eso sí, siempre ha tenido montones de chicas alrededor. —Se encoge de hombros como si eso no fuera gran cosa—. Pero ninguna lo ha impresionado. Hasta ahora.

—Ah. —Es todo lo que consigo decir.

—Créeme cuando te digo que él ve algo especial en ti.

¿Algo especial? ¿Acabo de ganar un premio sin haber comprado el boleto?

—¿Y tú qué piensas de él? —pregunta, bajando la voz como si estuviéramos conspirando.

—¿Yo? —mi voz sale tan aguda que dudo que sea humana—. Bueno, es guapo e inteligente.

—¡Ahá! —exclama, con una sonrisa ladina—. Entonces, sí que te gusta.

Me cubro la cara con las manos. Quisiera desaparecer.

—No es tan simple.

—Cariño, el amor nunca es simple. Pero cuando es real, tampoco tiene que ser complicado. —Me acaricia el brazo con ternura, como una tía dándome un consejo de vida.

Antes de que pueda responder, Alex aparece junto al maestro Jack, cargando algunas herramientas. Mi corazón late desbocado. Él me lanza una mirada rápida, levanta las cejas en un saludo casual y yo me derrito. Eva me mira de reojo, con una sonrisa que lo dice todo.

—¿Lo ves? —susurra, mientras los hombres se acercan a la puerta y comienzan a trabajar—. Esas miradas no mienten.

Me quedo callada, pero una pequeña sonrisa se escapa. Por primera vez en todo el día, me permito soñar que, quizás, ella tiene razón.

Los hombres trabajan en silencio, pero no puedo evitar notar cómo Alex se mueve con una confianza que me resulta tan atractiva como desconcertante. Mientras tanto, el calor en la sala aumenta y Eva y yo nos recostamos en el sofá como si estuviéramos en una sauna.

—¿Sabes? —dice Eva, con una voz que denota pura diversión—. Si seguimos aquí mucho más tiempo, creo que todos acabaremos en ropa interior.

La imagen de Alex sin camiseta cruza por mi mente y me sobresalto tanto que casi me caigo del sofá.

—¡No digas eso! —protesto, riéndome. ¡Qué nervios!

Eva se echa a reír y yo me uno a ella, dejando que la tensión de la situación se disuelva un poco en medio del calor y las carcajadas.

Capítulo 12

El fuego no es mi causa de ebullición

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

La temperatura sigue subiendo, convirtiendo el cuarto en una especie de sauna improvisada. Ya no es solo incómodo; es casi insoportable. Me abanico con la mano, pero es como soplarle a una hoguera.

—¡Esto es un horno! —Eva suspira mientras se seca el sudor con un pañuelo que parece haber sido diseñado para situaciones mucho más elegantes que esta.

Me hago una coleta alta con la liga, aunque creo que es un intento inútil por combatir el calor, ya que Alex se quita la camiseta. Mis ojos, que hasta hace un segundo enfocaban en la nada, ahora parecen tener un imán que los atrae directamente a él. Su torso es... ¿cómo describirlo? Digamos que los dioses griegos estarían celosos.

¡Cielos! Intento mantener la compostura, pero mi cerebro tiene otras ideas. Sin camisa... y tal vez sin pantalones... y sin... ¡Por favor, que alguien prenda el aire acondicionado!

Mientras mi cabeza se convierte en un caos hormonal, Alex arroja su camiseta sobre un estante, como si fuera lo más normal del mundo. Para colmo, Jack decide unirse al desfile, quitándose el chaleco y la camisa blanca.

—Bueno, esto ya parece un *striptease* gratuito —comenta Eva, con un brillo travieso en los ojos.

Me río, tratando de disimular que estoy al borde de un colapso.

—Los dos son muy atractivos, ¿no crees? —añade, mirándome como si compartiéramos un secreto.

—Sí... lo son —mi voz apenas sale.

Pero Alex no se detiene. Trabaja duro para abrir la puerta y cada movimiento marca aún más los músculos de su espalda y las venas de sus brazos. Parecen hechos para ser admirados en cámara lenta, con música épica de fondo. Trago saliva y trato de mirar a otro lado, pero mis ojos no colaboran. ¡Malditos ojos!

—¿Puedo llamar ahora para pedir ayuda? —pregunto, más para distraerme que porque realmente quiera hacerlo.

—Sí, Abril —la voz grave de Alex me sacude como una descarga eléctrica.

Intento concentrarme en el teléfono, pero mi mirada traicionera vuelve a bajar. Pectorales, abdomen, ombligo... ¡Oh, por Dios!

—¡Abril! —el grito de Eva me hace saltar, casi dejando caer el teléfono—. Cariño, Alex ya te dijo que sí, que llames.

—Lo siento, lo siento. —Agacho la cabeza, roja como un tomate—. El calor me afecta.

Eva suelta una risita, pero no dice nada más. Agradezco que no me delate... demasiado.

Le timbro a Rachel, pero no responde. Hago varios intentos más y nada.

—No contesta —resoplo, haciendo vibrar los labios.

—Prueba este número. —Alex me dicta uno y lo marco. Después de varios tonos, tampoco hay respuesta.

—¿De quién era? —pregunto.

—Del director.

—Perfecto —suspiro.

—Mi teléfono está en el aula. —Jack se encoge de hombros.

—El mío no tiene batería. —Eva frunce los labios.

—Genial —digo, al borde de la histeria—. Supongo que tendremos que llamar al 911.

Y como si mis palabras fueran un hechizo, la luz del cuarto parpadea y se apaga, sumiéndonos en una oscuridad absoluta.

—¡Qué está pasando! —Eva me agarra de la muñeca como si fuera un salvavidas.

Enciendo la linterna de mi teléfono, pero un aviso de batería baja aparece justo antes de que el aparato se apague.

—¡Mierda! —masculla Alex desde el otro lado del cuarto.

Estamos atrapados, a oscuras, en un cuarto que parece haber sido diseñado para torturar a la gente con calor, porque no tiene ventanas. Me dejo caer en el sofá. Eva, sentada a mi lado, empieza a acariciarme el cabello, como si quisiera calmarme.

—Tranquila, cariño. Esto es solo una aventura, aunque una muy calurosa. —Se ríe suavemente, haciéndome sonreír.

Mis ojos se adaptan a la penumbra y poco a poco aparece Alex, apoyado en la puerta, con el rostro vuelto hacia mí. Su silueta es igual a la de mis sueños, pero esta vez es real.

Y camina hacia mí. Mi corazón comienza a latir con fuerza. ¿Qué está haciendo? ¿Qué voy a hacer yo? Se sienta en el borde del sofá, tan cerca que el calor de su cuerpo me envuelve. Mi respiración se vuelve errática. Con el dorso de su mano, acaricia mi mejilla.

—Abril... —susurra y su voz es tan suave que casi creo que la imagino.

Mis manos tiemblan y mi piel arde. Todo lo demás desaparece: el calor, la oscuridad, incluso Eva. Solo quedamos él y yo...

—¡Achú! —Jack estornuda desde la esquina—. Perdón.

Abro los ojos. Sigo apoyada en las piernas de Eva, quien me mira con expresión preocupada mientras acaricia mi cabello.

—¿Qué pasó? —Me siento desconectada del mundo.

—Te desmayaste por un par de minutos —responde, dándome una palmadita en la frente como si fuera una niña que se golpeó en el parque.

—Me duele la cabeza. —Me llevo una mano a la frente.

Antes de que pueda asimilar lo ocurrido, Alex se acerca, frunciendo el ceño como si fuera un médico en una sala de emergencias.

—¿Cómo está? —le pregunta a Eva, inclinándose para observarme de cerca.

—Está bien, solo un poco aturdida. —Eva sigue con su tono tranquilizador, aunque no deja de jugar con mi cabello.

—¿Tiene fiebre? —Alex se acerca aún más, como si quisiera medir mi temperatura con la vista.

—Un poco, pero no creo que sea fiebre, más bien calentura —responde Eva con un tonito cargado de doble sentido y el calor sube a mis mejillas.

—¿Podrían dejar de hablar de mí como si no estuviera consciente? —protesto, intentando levantarme, pero mis piernas parecen hechas de gelatina.

Alex y Eva me miran, evaluando si soy lo suficientemente estable para estar de pie.

—¿Cómo te sientes? —Alex se arrodilla a mi lado y toma mi mano entre las suyas.

—Tengo sed —mi voz sale apenas como un susurro, pero algo en su cercanía hace que mi dolor de cabeza comience a desvanecerse.

Entrelazo mis dedos con los suyos y, en una especie de trance, acerco su mano a mi pecho, justo donde late mi corazón desbocado.

—Para que veas que sigo viva. —Sonrío, pero su cuerpo se tensa.

Tal vez un poco demasiado dramática, Abril. Alex se suelta de mi agarre, poniéndose de pie como si hubiera tocado una estufa caliente.

—Tenemos que salir de aquí —dice, con el rostro rígido, y se gira hacia Jack—: Abril está deshidratada y... actuando raro.

—¿Raro? —repito, aunque mi tono sale más como un puchero que como una protesta.

Mientras los hombres vuelven a intentar forzar la puerta, pateándola como si quisieran derribar una muralla medieval, Eva y

yo intercambiamos una mirada resignada.

—Chicos, guarden su energía —interviene Eva, con la calma de quien ya ha visto este desastre antes—. Si vamos a morir aquí, al menos hagámoslo cómodos.

—Gran motivación, gracias. —Jack suspira y se deja caer en el sofá que acabamos de desarmar para improvisar algo parecido a una cama.

—Vamos a distraernos un poco —propone Eva con una sonrisa traviesa—. ¿Qué les parece jugar a Verdad o Reto?

Jack se lleva una mano a la cara y pone los ojos en blanco, como si Eva acabara de sugerir que cantemos villancicos en pleno agosto.

—¿No somos demasiado mayores para eso? —protesta, pero Eva lo mira arqueando una ceja.

—¿Poner los ojos en blanco es un deporte de adultos? No lo creo. —La maestra se cruza de brazos con un aire desafiante que hace que Jack se rinda con un suspiro teatral.

—Como quieras.

—Bien, votemos. —Eva me mira, buscando apoyo.

—Estoy contigo. —Alzo la mano con una sonrisa.

—Alex, ¿tú qué dices? —pregunta Eva.

—No suelo jugar a estas cosas, pero supongo que es mejor que contar grietas en las paredes. —Alex se encoge de hombros, aunque su tono no deja de ser serio.

—¡Perfecto! —Eva alza los brazos como si hubiera ganado un premio—. Yo empiezo. Jack, verdad o reto.

Él la mira, sospechando una trampa, pero elige:

—Verdad.

—¿Te gusta alguna de tus alumnas? —pregunta Eva y la sala se llena de un silencio tenso.

Jack le lanza una sonrisa ladina.

—Claro que sí. La mayoría son muy bonitas.

—No me refería a si te parecen lindas, ¡idiota! —Eva lo fulmina con la mirada, mientras Jack se echa a reír y se aleja hacia la puerta.

Eva se quita un tacón y se lo lanza. Jack lo esquiva justo a tiempo, pero no deja de reír.

—Jack ya no juega —declara Eva, frunciendo el ceño, antes de girarse hacia Alex—: Es tu turno. ¿Verdad o reto?

Alex se apoya contra la pared con esa postura despreocupada que lo hace parecer inmune a todo.

—Reto.

Eva sonríe como quien acaba de ganar la lotería.

—Besa a Abril.

El aire se congela. Mis ojos se abren como platos, y el suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Qué? —balbuceo, pero nadie responde. Eva solo se cruza de brazos y me mira con esa sonrisa maquiavélica que me hace perder el control.

Alex, para mi horror, no parece sorprendido, como si lo que Eva acabara de decir no fuera un juego, sino una especie de desafío personal. Me mira con esa intensidad que me hace sentir desnuda, como si todo en el universo se hubiera reducido a este instante.

Se inclina hacia mí, su rostro se acerca tanto que su respiración acaricia mi piel. Mi corazón late descontrolado; mis labios se entreabren casi sin querer y su mirada se desliza hacia mi boca. El aire entre nosotros se vuelve eléctrico. Mi cuerpo entero se congela, atrapado entre el miedo y la anticipación.

Todo mi mundo parece a punto de estallar, pero él se detiene. A milímetros. Su boca no llega a tocar la mía, pero su aliento me roza como una promesa que no se atreve a cumplir.

—Paso —su voz es un susurro bajo y rasposo, y su mirada, fija en la mía, es una mezcla de desafío y diversión.

Se aparta con calma, sus ojos todavía fijos en los míos; es como si me hubiera arrancado algo. Mi pecho sube y baja con rapidez, y mis

labios, resecos, anhelan lo que nunca llegó. El vacío de su ausencia es casi tan palpable como lo fue su cercanía.

—¿Qué? —Eva protesta, arqueando una ceja—. ¡No puedes pasar!

Antes de que pueda lanzarle una reprimenda, unas voces apagadas llegan desde el exterior.

—¡Abran la puerta! ¡Ellos deben estar ahí!

El momento se rompe como un vaso de cristal cayendo al suelo. Todos nos giramos hacia el ruido, pero Alex todavía me mira. Y en sus labios, apenas perceptible, aparece una media sonrisa que me hace temblar. El aire se llena de expectativa mientras la puerta comienza a abrirse. Pase lo que pase después, este momento se quedará grabado en mí por un largo rato.

Capítulo 13

La estrategia de Rachel y su efecto colateral

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Tres hombres vestidos de bomberos entran. Los cuatro nos levantamos y nos acompañan fuera.

En la enfermería, dos doctoras revisan nuestros signos vitales. Cuando se aseguran de que todos estamos bien, nos dejan salir.

El director nos espera afuera con su habitual cara de póker. Nos pregunta cómo estamos, sin mencionar ni una palabra sobre el encierro y se va con Alexander. Jack y Eva también se marchan.

Apenas tengo tiempo para procesar todo cuando aparece Rachel, como una tormenta en pleno verano.

—¡Abril! —grita mientras corre hacia mí como si no me hubiera visto en años. Me atrapa en un abrazo tan apretado que temo por la integridad de mis costillas—. ¡Dios mío, amiga! ¿Cómo estás?

—Pues bien, supongo —respondo con voz ahogada, intentando liberarme de su abrazo.

Rachel me suelta y me mira de arriba abajo como si buscara signos de trauma.

—Yo estoy físicamente bien, pero emocionalmente... —eleva las cejas hasta casi desaparecer bajo su cabello y se lleva las uñas a la boca— creo que necesitaré meses de terapia.

—¿Tan grave fue lo que pasó? —Me inclino hacia ella.

Rachel suspira como si estuviera cargando con el peso del mundo.

—Abril, yo provoqué el incendio.

—¡¿Qué?! —Mis ojos casi se salen de sus órbitas y mi mandíbula toca el suelo—. ¿¡Cómo rayos hiciste eso!?

—Fue una tontería, lo admito —dice, tomándome de la mano y llevándome a una banca cercana, como si su confesión necesitara una audiencia más íntima—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¡Por el principio! —la apuro, frunciendo el ceño.

—Está bien, pero no me juzgues, ¿vale? —Llena sus pulmones y suelta el aire como si fuera su última bocanada—. Todo empezó cuando tú y ese dios griego decidieron irse al escondite.

—Rachel —la corto. El hilo de la historia se escapa de mis manos.

—¡Espera, déjame terminar! —me interrumpe, levantando un dedo —. Me emocioné tanto. O sea, ¡es Alexander! ¿Sabes lo guapo que es? ¡Tu felicidad es mi felicidad!

—¡Rachel! —grito y suelto un bufido. Ella da un respingo, pero recupera la compostura en segundos.

—Perdón, perdón... El caso es que quise ayudarte. Ya sabes, para darle un empujoncito al destino, porque sé que tú a veces eres tímida...

—¡¿Qué hiciste?! —Mis ojos se entrecierran peligrosamente.

—Los encerré en el despacho.

Mis ojos se desorbitan.

—Bueno, eso fue inesperado. —Se me escapa una sonrisa involuntaria—. ¿Y luego?

Rachel sonríe, orgullosa de su jugada maestra.

—Simplemente puse el pasador y me fui a la cocina.

—¿A la cocina? —Arqueo una ceja—. ¿Qué demonios fuiste a hacer ahí?

—Encontré una ventanilla en el suelo que da al despacho —dice como si fuera lo más normal del mundo.

—¡Bruja chismosa! ¿Por qué no me lo contaste antes?

Rachel se encoge de hombros, con una expresión que mezcla inocencia y travesura.

—Fue hace poco, no me dio tiempo.

—Ajá... —mi paciencia empieza a agotarse—, sigue.

—Pues quería asegurarme de que mi plan había funcionado, así que me encerré en la cocina y me asomé por el vidrio.

—¿Y qué viste?

Rachel se cubre la cara con las manos, como si quisiera desaparecer.

—Creí que eran ustedes dos, pero no. Eran... ellos.

—¿Ellos? —Mi curiosidad se enciende como una chispa, aunque yo también lo vi todo.

—¡Los maestros! —exclama, con las mejillas enrojecidas—. Estaban tan... ocupados que parecía una película para adultos. No podía dejar de mirar, ¡aunque quería arrancarme los ojos!

Suelto una carcajada tan fuerte que algunas personas que pasan cerca voltean a vernos.

—¡Dios, Rachel!

—¡No me juzgues! —se defiende, llevándose una mano a la frente —. No fue a propósito. Solo quería asegurarme de que mi plan funcionara, pero, en lugar de juntar almas gemelas, me encontré con eso.

Me río tanto que tengo que secarme las lágrimas.

—Bueno, no esperaba menos de ti. Pero todavía no entiendo, ¿cómo pasó lo del incendio?

Rachel suspira otra vez, como si la estuvieran obligando a recordar un trauma de guerra.

—Me asusté por un ruido en el pasillo y choqué con una estufa. De repente, ¡bum!, las cortinas estaban en llamas.

—¡¿Qué?! —Mi mandíbula cae de nuevo.

—Intenté apagarlo con agua, pero el fuego se extendió más rápido que mis ganas de chismear.

—¡¿Con agua?! —repito, horrorizada—. ¿No pensaste en usar un extintor?

—¡Abril, en el momento no estaba pensando claramente! —Se cruza de brazos—. ¡No todos reaccionamos como héroes de acción! —protesta—. Para colmo, mi cabello empezó a arder, así que metí la cabeza en una olla de sopa fría.

Me río tan fuerte que termino tosiendo, incapaz de contenerme.

—Por suerte, apagué el fuego del cabello —continúa—, pero, para cuando lo hice, toda la cocina estaba llena de humo. Intenté abrir la puerta, pero la manija no giraba.

—¿Y qué pasó?

—Creo que me desmayé. Lo siguiente que recuerdo es despertar en una ambulancia con una máscara de oxígeno.

La imagen mental me hace reír de nuevo, aunque el pánico comienza a mezclarse con la risa.

—¡Rachel, pudiste haberte matado!

—¡Pero no me morí! —me tranquiliza, como si ese detalle lo arreglara todo, y me mira, más seria—: Pero tú y Alexander estaban atrapados. Tenía tanto miedo de que algo les pasara que casi le confieso todo al director.

Sus ojos se humedecen y los míos también.

—Ven aquí, loca demente. —La abrazo, todavía riendo—. Gracias por preocuparte, aunque hayas provocado un incendio.

Nos quedamos así unos segundos hasta que ella se separa y suelta una carcajada.

—Bueno, al menos hice que tú y Alexander se quedaran a solas.

—¡Sí, encerrados con un par de maestros desnudos a metros de distancia! —respondo, todavía riendo.

—Definitivamente, esto no lo superaremos nunca —dice, limpiándose las lágrimas de risa—. Ahora necesito saber qué pasó

entre ustedes. ¿Cómo fueron a parar esos maestros allí?

Le relato lo sucedido en el despacho, con cada detalle. Ella me escucha atentamente y grita como loca cuando le confieso que su plan funcionó porque Alexander y yo nos dimos nuestro primer beso.

—¿Dónde está él ahora? —pregunta.

—Se fue con el director. Tal vez quiere interrogarlo sobre lo que pasó.

—¿No tienes miedo?

—No —niego con la cabeza—. Confío en él. Todo saldrá bien.

...

Salimos del instituto, rumbo a su casa para pasar la tarde. Al llegar, Rachel introduce la llave en la cerradura y arruga el entrecejo. La puerta se abre sola, sin ninguna resistencia.

—Qué raro. —Se lleva una mano al mentón—. Te juro que esta mañana puse el seguro tres veces, como siempre.

Nos miramos, con los ojos muy abiertos. Un escalofrío recorre mi espalda y mi corazón comienza a martillar en mi pecho.

—Rach..., ¿tienes algún ex despechado o un acosador del gimnasio? —murmuro, retrocediendo un paso.

—¿Qué? ¡No! Bueno, eso creo. —Frunce el ceño, mordiéndose el labio—. Aunque ahora que lo dices...

—¡No lo digas! —la interrumpo, poniéndome en modo alerta.

Saco mi gas pimienta de la mochila con manos temblorosas. Después de lo que pasó en el callejón, compré uno y lo cargo conmigo todo el tiempo.

—Por si acaso. —Lo sacudo—. Entra con cuidado.

—Bien, preparémonos. —Saca un lápiz del bolsillo de su abrigo y lo empuña como si fuera un arma letal—. Estoy lista.

Tomamos aire, como dos agentes novatas a punto de entrar en un territorio hostil. Rachel empuja la puerta con suavidad y la oscuridad

nos envuelve a causa de las ventanas cerradas. La casa nos recibe silenciosa, como si contuviera la respiración junto a nosotras.

—Esto parece una escena de película de terror —murmuro, pegándome a su espalda mientras ella avanza con pasos torpes, pero decididos.

—Si algo salta de la oscuridad, juro que gritaré como si no hubiera mañana —confiesa en voz baja, con su lápiz alzado como si fuera una espada.

Cada rincón parece más sospechoso que el anterior. En el marco de la cocina, Rachel se detiene frente al interruptor.

—Prepárate, Abril. Si aparece algo, ¡actúa!

—Actuaré. Lo prometo.

Rachel pulsa el interruptor. La luz inunda la cocina y un grito desgarrador llena el aire.

—¡Aaaaaah! —Rachel da un salto hacia atrás, cubriéndose la cara con las manos como si acabara de ver un fantasma.

Mi dedo aprieta el botón del gas pimienta. Lo disparo sin mirar, directo hacia la figura frente a nosotras.

—¡Urghhh! —gruñe una voz masculina, ahogada y desesperada. El sujeto se tambalea hacia el fregadero, tosiendo y gimiendo mientras abre el grifo a toda velocidad.

—¡Corre, Rach! —grito, sujetándola del brazo, pero ella permanece petrificada.

Algo en los movimientos torpes del hombre llama mi atención. La forma en que sacude la cabeza bajo el agua, frotándose los ojos, me resulta inquietantemente familiar.

—¿¡Christopher!?

Rachel se gira con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué? —su voz sale temblorosa, como si no quisiera confirmar lo que ve.

El hombre se endereza, con el cabello empapado y los ojos rojos como tomates, pero su sonrisa lo delata.

—Soy yo, chicas.

Rachel da un paso adelante, temblando.

—Abril, dime que esto no es un sueño.

—Rach, si es un sueño, estamos compartiéndolo. —Me refriego los ojos, incapaz de procesar lo que veo.

Christopher abre los brazos, con el agua aún escurriendo por su rostro.

—¿No van a abrazarme o qué?

Antes de que termine la frase, Rachel y yo nos lanzamos hacia él como dos misiles enloquecidos.

—¡Cuidado! —grita, tropezando hacia atrás mientras lo aplastamos con un abrazo grupal.

—¡Estás aquí! ¡De verdad estás aquí! —Rachel lo aprieta como si quisiera fusionarse con él, mientras yo me aferro a su otro lado, sollozando y riendo al mismo tiempo.

—Chicas, ¿me intentan abrazar o asfixiar? —Tose, abrazándonos a ambas.

Rachel sigue con los ojos vidriosos, mirándolo como si estuviera frente a un milagro.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. —Se aferra a él como si nunca fuera a soltarlo.

Yo, sin embargo, no puedo evitar soltar una carcajada nerviosa.

—¡Chris, ¿qué demonios haces irrumpiendo en la casa de Rachel como si fueras un ladrón?! —le reclamo, todavía con el corazón a mil por hora y el gas pimienta en la mano, lista para otra ronda si hace falta.

Christopher levanta las manos en señal de paz, retrocediendo un paso con expresión de «esto no está saliendo como planeé».

—¡Ay, por favor! —protesta, señalando hacia la puerta—. No irrumpí. Tenía una llave.

—¡¿Cómo que tenías una llave?! —grita Rachel, olvidándose por completo de su postura de «chica enamorada», ahora reemplazada

por una mezcla de sorpresa y algo parecido a la indignación.

Christopher se rasca la nuca con una sonrisa incómoda.

—Rach, tú misma me la diste el año pasado, ¿recuerdas? Cuando querías que cuidara a Blue mientras estabas de viaje. Solo que antes de irme, la dejé guardada en casa de tu madre.

Rachel parpadea un par de veces y su rostro pasa de la confusión al bochorno más evidente.

—¡Ah! Cierto... Pero podías haber avisado, ¿sabes? ¡Casi me da un infarto!

—¿Y qué querías que hiciera? —responde él con un tono entre divertido y exasperado—. Las llamé un par de veces, pero ninguna de las dos contestó.

Rachel lo mira con los ojos entrecerrados, como si tratara de detectar si está diciendo toda la verdad.

—Espera un momento... ¿Mi mamá? ¿Fuiste hasta su casa a pedirle la llave?

—Claro. —Christopher encoge los hombros, como si fuera lo más lógico del mundo—. Quería asegurarme de que Blue estuviera bien, eso es todo.

—Ajá, claro... Blue —replico, cruzando los brazos con una sonrisa formándose en mis labios—. Tienes mi llave también, podías haber ido a mi casa. Pero no, decidiste hacer un rodeo épico hasta casa de la madre de Rachel. Querías venir aquí primero, ¿verdad? —Lo apunto con un dedo y mi sonrisa cómplice crece.

—¿Qué? ¡No! —Christopher tartamudea y sus mejillas se tiñen de rojo—. Supuse que las dos estarían aquí.

Rachel se lleva una mano a la frente, intentando ocultar la risa que amenaza con escaparse, y lo mira.

—Pero no te pongas rojo.

Christopher se rasca la nuca.

—Quería darles una sorpresa. Aunque ahora creo que la sorpresa me la llevé yo. —Me mira con el ceño fruncido—. ¡¿Gas pimienta,

Abril?!

—¡Creí que eras un ladrón! —me defiendo, con las manos en la cintura—. Además, merodeabas en la oscuridad como si fueras parte de una película de terror. ¿Qué esperabas?

Nos miramos los tres y estallamos en risas. Es de esas carcajadas que te doblan, que te hacen olvidar cualquier cosa que no sea el momento. Christopher se apoya en la pared, todavía frotándose los ojos llorosos por la risa y, probablemente, un poco por el gas pimienta residual.

Rachel se recuesta a su lado, todavía aferrándose al estómago de tanto reír, y yo sonrío de oreja a oreja. Es una escena ridícula, caótica y absolutamente perfecta.

—Bueno, bienvenido a casa, intruso —le digo, con una sonrisa cálida mientras le doy un empujoncito en el hombro.

—Gracias, supongo. —Chris me lanza una mirada cautelosa—. Pero, por favor, mantén el gas pimienta lejos de mí la próxima vez.

Levanto las manos.

—No prometo nada si sigues actuando como un espía nocturno.

Chris nos atrae hacia él y el caos del día se disuelve en su abrazo, saliendo en forma de lágrimas incontenibles.



Capítulo 14

El amor, en el aire... y los nervios, también

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Antes de que Christopher se fuera, pasábamos casi todos los días juntos: él, Rachel y yo. Aunque muchos de esos días fueran breves, siempre parecían suficientes porque Christopher llenaba cada momento de risas y planes sorpresa. La vida con él es como una montaña rusa constante: nunca sabes si te va a hacer reír hasta que te duela el estómago o si terminarás atrapada en una aventura descabellada.

Cuando se fue, Rachel y yo nos quedamos como dos globos desinflados. Sin Christopher, la vida perdió un poco de brillo, como si el ingrediente secreto de nuestra felicidad se hubiera evaporado. Ahora, con Rachel llorando pegada a su hombro y yo tratando de no soltar las lágrimas que luchan por salir, es como si hubiéramos encontrado ese ingrediente otra vez.

—Chicas, no lloren, fue solo una semana y media —dice Chris, intentando liberarse de nuestro abrazo antes de morir asfixiado.

—Cállate, para mí fue una eternidad —responde Rachel sin siquiera levantar la cabeza.

—¿Por qué actúan como si hubiera muerto y resucitado? —Chris ríe, acariciándonos la espalda.

—Porque creíamos que estarías fuera durante meses —le explico, secándome la esquina del ojo.

—Y te extrañamos mucho —añade Rachel, levantando la cabeza para mirarlo. Sus ojos rojos y húmedos, brillan de una felicidad que no tenía desde que él se fue.

Chris limpia sus lágrimas con el dorso de la mano, en un gesto tan tierno, que parece una escena sacada de un drama coreano.

—Yo todavía no lo creo —intervengo, cruzándome de brazos—. ¿Cómo es que estás aquí tan rápido?

—Pasé la primera prueba y al jefe le gustó mi trabajo. —Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa—. Luego, un compañero de la ciudad renunció y el jefe pensó en mí para ocupar su puesto.

Rachel da un pequeño salto.

—Eso significa que...

—Van a tener que aguantarme por mucho tiempo más.

Rachel grita y las dos volvemos a abrazarlo, saltando como si estuviéramos celebrando que ganamos la lotería. Chris, aprovechando su fuerza, nos levanta con un brazo a cada una.

—¡Es la mejor noticia que he recibido! —grita Rachel, para luego carraspear—. O sea, que hemos recibido Abril y yo.

Chris y yo intercambiamos una mirada cómplice mientras Rachel se pone roja como un tomate.

—Hoy fue un día difícil, pero tú lo arreglaste —desvío el tema, sonriendo.

—Siempre es un placer salvarles el día —responde él con una sonrisa que derrite corazones.

Nos dirigimos a la sala y, como si todo volviera a la normalidad, Rachel propone ver una película.

—¡Excelente idea! —Aplaudo—. Ustedes vayan adelantándose mientras preparo las palomitas. ¡Sin palomitas no hay diversión!

En realidad, es una excusa para darles un poco de privacidad. Chris y Rachel se miran y asienten antes de sentarse frente al televisor.

Mientras busco los ingredientes en la cocina, bailo y canto en voz alta. La idea de que mis dos mejores amigos puedan empezar algo más me emociona.

—¡Qué romántico! —murmuro, girando con una cuchara de madera en la mano.

Una sombra capta mi atención al otro lado de la ventana. Me detengo en seco, con las mejillas ardiendo. Parado allí, con las manos en los bolsillos y una sonrisa divertida en el rostro, Alexander me mira desde el otro lado de la calle.

—¡Carajo! —Me dejo caer detrás de la encimera como si eso fuera a borrar lo que acaba de ver.

Aprieto los ojos y cubro mi cara con las manos. ¡Trágame tierra!

—¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué hace ahí?

Después de lo que parece una eternidad, me asomo con cautela. Alexander ya se fue. Suelto un suspiro, aunque una tonta sonrisa se me escapa. Me enorgullece haber provocado su rara sonrisa, incluso si fue para burlarse de mí. Cinco minutos después, sirvo las palomitas y las llevo a la sala en una bandeja con las bebidas. Christopher se levanta para ayudarme y Rachel me guiña un ojo, acurrucada estratégicamente en un rincón del sofá.

—Aquí tienes, caballero del cine. —Le ofrezco la bandeja con una sonrisa.

—Gracias, maestra de las palomitas. —Me devuelve el gesto, recibiéndome la bandeja y aprovecho para desaparecer al baño.

Regreso y Chris ya se sentó junto a Rachel. Me acomodo en la otra esquina del sofá, fingiendo interés en la pantalla, pero mis ojos captan cada pequeño movimiento entre ellos.

A medida que la tensión en la película crece, Rachel aprovecha para esconder su rostro en el hombro de Chris, gimiendo de miedo. Él, que es tan transparente como un libro abierto, pone una mano sobre la de ella, intentando calmarla.

—Tortolitos... —murmuro para mí, conteniendo una sonrisa.

Pero Rachel no tiene límites. Su mano se desliza de forma sospechosamente casual por el pecho de Chris hasta caer sobre su entrepierna. Su mejor jugada, sin duda, porque Chris da un respingo y se pone rígido.

—Voy al baño. —Se levanta como si el sofá estuviera en llamas.

Rachel me mira triunfante y se lleva una palomita a la boca con una sonrisa malévola.

—Lo mandaste al baño, desgraciada.

—Solo estoy probando terreno, Abril. Relájate.

Cuando la película termina, Rachel ya se ha acurrucado en los brazos de Chris. Se ven tan cómodos que me da pena romper el momento, pero la noche cayó y es hora de volver a casa.

—Me voy, chicos.

—Déjame llevarte —dice Chris, pero niego.

—No, quédense. Sería un crimen separarlos.

Rachel abre mucho los ojos y Chris enarca una ceja, pero ambos me despiden con una sonrisa. Me alejo sonriendo. Mis dos mejores amigos finalmente están descubriendo lo que ya sabía: que son el uno para el otro.

Opto por tomar un bus porque no quiero protagonizar una película de terror. Después de lo que pasó en el callejón, me quedó claro que no soy la heroína que sobrevive corriendo en tacones. Además, Alexander no va a estar en cada esquina como mi ángel guardián. Respiro hondo al llegar a casa sana y salva.

Me preparo algo ligero para cenar: un sándwich que técnicamente debería tener lechuga, pero la lechuga se fue de vacaciones de mi refrigerador. Me pongo la pijama de vaca y me meto en la cama. Reviso mi correo electrónico como cada noche, esperando algo emocionante (o una oferta de descuento del setenta por ciento en maquillaje). En lugar de eso, me topo con un mensaje del director del instituto:

> Estimada señorita Harrison: Le escribo para disculparme por el desafortunado incidente ocurrido en el instituto. Me gustaría conversar con usted al respecto mañana en mi oficina antes de clases.

Genial. Justo lo que necesitaba para dormir como un bebé.

—¡Ay, qué miedo! —chillo, abrazando mi almohada.

Mi corazón decide que esta noche es ideal para practicar cardio. ¿Conversar sobre qué? ¿Y si Alex y yo terminamos expulsados? ¿Y si me convierto en la comidilla del instituto? ¿Qué pasa si decide que soy un peligro para la sociedad estudiantil?

Aunque confío en la maestra Eva, el maestro Jack todavía me da vibras de villano secundario en una telenovela. Mi única esperanza es Alexander y su habilidad de solucionar problemas con la misma facilidad con la que revuelve los corazones de las chicas y moja bragas.

El sonido estridente de mi alarma interrumpe mis sueños confusos (que incluían a Alexander, un dragón y un pastel de chocolate). No sé en qué momento me quedé dormida, pero ahora estoy oficialmente despierta. Mi reloj despertador sigue roto. Lo odio, pero al menos su timbre no suena como una sirena de ataque aéreo. Con un esfuerzo digno de un mártir, me levanto tambaleándome como un zombi y voy a la ducha. Desentierro de mi armario un vestido floreado que mi mamá me regaló por mi cumpleaños. No suelo usarlo porque es demasiado... «dulce». Pero hoy necesito toda la ayuda para parecer una señorita angelical. Me maquillo con sutileza, dejo mi cabello suelto y me convenzo frente al espejo de que no me expulsarán... probablemente.

De camino al instituto, paso por la relojería y dejo mi odioso reloj en manos de un amable relojero que promete tenerlo listo al mediodía. Le agradezco como si me hubiera salvado la vida y sigo mi camino. Frente al edificio, me entra una duda. ¿Qué significan las letras «A.M.R.A.» en el nombre del instituto? Tal vez las dos

primeras se refieren al director, Alejandro Miller, pero ¿las otras dos? «Aprende a no Morir por tus Raras Ansiedades» parece un nombre más apropiado.

Las puertas se abren y la maestra Eva me recibe con una sonrisa que podría calmar una tormenta.

—Cariño, el director te espera en su oficina. —Me acaricia el cabello con una voz tan dulce que casi me tranquilizo... casi.

—Gracias, maestra. —Le sonrío.

Me doy la vuelta y me llama de nuevo:

—¡Abril! Buena suerte.

Sonrío sin ganas. Amansando al cordero antes de mandarlo al matadero. Frente a la puerta del director, respiro hondo y toco dos veces. Una voz grave y áspera responde desde adentro:

—Adelante.

Empujo la puerta y entro, preparada para enfrentar mi destino. Me encuentro de frente con los ojos azules del director y, justo frente a él, la espalda de Alexander. «Hola, ansiedad, no te esperaba tan temprano».

—Buenos días. —Me esfuerzo por sonar más segura de lo que me siento.

—Buenos días —responden los dos al unísono, como si hubieran ensayado.

El director me señala la silla vacía junto a Alexander y yo me siento con cuidado, intentando parecer relajada mientras mis manos sudan como si estuviera en una sauna. Alexander juega con un lapicero, ignorándome por completo. ¿Hola? ¿Soy invisible ahora?

—Ayer sucedió algo inusual en nuestro instituto —empieza el director, cruzando las manos sobre su escritorio—. Me gustaría escuchar su versión de los hechos.

¡Hola, maratón del corazón! ¿Inusual? ¿Se refiere al incendio?, ¿a la cogida de los maestros?, ¿o a los manoseos que nos dimos Alex y yo en el escondite?

Mi corazón no se toma un descanso del cardio. Lanzo una mirada rápida a Alexander, esperando que intervenga como el caballero en armadura que siempre imagino, pero él sigue girando el lapicero entre los dedos como si fuera un juguete fascinante.

«Hola, Dios, soy yo otra vez».

Capítulo 15

Bajo la superficie, todo arde



Alexander

El silencio de Abril me parece eterno. Mi padre puede sospechar de cualquier cosa y no lo aprobaría; seguramente dejaría de ser amable con ella y la vigilaría para que no se acercara demasiado a mí. Jamás había mostrado interés en alguna mujer, hasta ahora. Alejandro no es estúpido y puede notar que mi actitud hacia Abril es diferente.

Me entretengo jugando con el lapicero sin mirarla. Cuando creo que no va a responder, comienza a relatar los hechos tal como sucedieron, omitiendo detalles de los sucesos en el escondite y el bochornoso espectáculo de los maestros. Sonrío sin que lo note. La versión de Abril es perfecta, tal como se lo expliqué a mi padre hace unos minutos. Él busca averiguar si pasó algo entre nosotros; sin embargo, no la conoce y no sabe que es inteligente como para disimular su nerviosismo.

—De acuerdo, señorita Abril. —Mi padre asiente—. Al parecer, alguien los encerró para jugarles una broma. Me alegro de que estén ilesos, aunque Alexander me dijo que se desmayó, ¿ya se encuentra mejor?

—Sí, señor, no se preocupe —responde ella.

—Un desmayo no ocurre por nada. —Él se frota la barbilla y frunce el ceño—. ¿Cree que su salud se vio afectada?

—No, el desmayo fue por los nervios. —Su mirada cae sobre mí, pero continúo jugando con el lapicero, aunque muero por mirarla—. En situaciones así, suelo tener ansiedad y me da un patatús.

—Entiendo.

Cruzo miradas con mi padre.

—Le aseguro que esto no volverá a pasar —afirma él, sonriéndole.

¿Por qué tan amable con ella?

—Disculpen, debo ir a clases. —Abril se pone de pie.

—Suerte en las clases, señorita Harrison. —Alejandro se recuesta en el respaldo del sillón.

—Gracias. —Abril se dirige a la puerta.

Anhelo voltear a verla, pero me contengo hasta que la puerta se cierra. Dejo el lapicero en su sitio y me levanto.

—¿Ya puedo irme?

—No. —Mi padre me mira a través de sus gafas desajustadas.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a sentarme.

—¿Qué necesitas ahora? —inquiero.

—¿Qué te pasa con esa chica? —Su semblante cambia de forma y el tono de su voz también—. No me digas que te gusta.

—No sé de qué hablas. —Me remuevo en la silla, esquivando su mirada.

—Espero que seas consciente de lo que haces, Alexander; no querrás repetir mi historia con tu madre y dañar nuestra reputación. —Me mira fijamente con el ceño fruncido—. El futuro de mis negocios depende de ti. Sabes que este instituto pasará a tus manos cuando yo no esté.

—Sí, ¿y qué? —replico. Mi buen humor desaparece.

—El amor vuelve estúpido al hombre y tú no puedes permitir que algo pasajero te desvíe de tus propósitos —sentencia.

—No sé de qué estás hablando. —Me cruzo de brazos.

—Creí que estudiar psicología te ayudaría a controlar tus emociones, pero parece que no te está sirviendo de nada —dice.

—Tú no tienes idea de lo que pasa por mi mente —me inclino hacia él— y no hay necesidad de que lo sepas.

Aprieta la mandíbula, pero no me interrumpe.

—Soy mayor, tengo veintidós años y he tomado decisiones importantes para este instituto —continúo—. Siempre me preguntas si es lo correcto y he acertado en todo hasta el momento.

Alejandro desvía la mirada; mis palabras lo avergüenzan.

—Además, no sé cuáles son los otros negocios de los que hablas. Nunca has mencionado de qué se tratan y los mantienes ocultos. No voy a hacerme cargo de algo que ni siquiera conozco —sentencio.

—Mis negocios son demasiado importantes como para arriesgarlos —argumenta—. Hasta que me demuestres que puedo confiar en ti y que no te vas a dejar llevar por sentimientos absurdos y estúpidos, involucrándote con alguien que apenas conoces, no podrás enterarte de qué se trata.

—Estoy perdiendo el tiempo. —Me levanto, tomando mi morral—. Si no tienes nada más que decir, me retiro. Debo ir a clases.

—Puedes irte. —Sacude la mano hacia la puerta.

Salgo de la oficina dando un portazo.

¿Cómo se atreve a ponerme condiciones? Entiendo que lo que pasó con mi madre lo afectó, pero mi vida personal no tiene nada que ver con eso. Ya le había dicho que quiero independizarme de él; no voy a quedarme a cargo de sus negocios como si no pudiera construir mi propio camino.

Me acomodo en mi pupitre y mis ojos se posan en Abril. Sentada con el mentón apoyado en su muñeca, mira su cuaderno como si estuviera leyendo, pero es imposible, ya que está cerrado. ¿En qué estará pensando? La clase pasa lenta y tortuosa. Quiero mirarla, pero las palabras de mi padre me taladran la mente. Aprieto los puños por debajo de la mesa.

Lo que pasó con mi madre fue inmensamente decepcionante. Ella fue mi heroína, siempre estuvo a mi lado y me crio con amor.

Durante toda mi vida, pensé que era la mejor mujer del mundo. Su bondad traspasaba los límites. Pero ella, la mujer perfecta, cariñosa, tierna, alegre y amable, había estado engañando a mi padre.

Ella, que me enseñó a ser leal, fiel y honesto, se marchó con un hombre que no era su esposo. En ese momento, todas mis expectativas de tener una familia perfecta se derrumbaron y empecé a cuestionar si todo lo que ella me enseñó realmente la definía. No me habría sorprendido si hubiera sido al revés, si mi padre la hubiera engañado a ella. Nunca he tenido una buena relación con él y siempre he creído que es poco honesto. Sus ojos me dicen que oculta algo, pero nunca he podido averiguar qué es.

Mi familia nunca ha sido perfecta, aunque cuando ella estaba en mi vida, lo era. Desde que sucedió ese evento que destruyó nuestros lazos, mi madre ha intentado contactarse conmigo, pero yo ignoro sus llamadas, mensajes; y sus cartas las tengo todas guardadas en mi caja fuerte, sin siquiera abrirlas.

El murmullo de los estudiantes preparándose para salir rompe el hilo de mis recuerdos. El tiempo pasó volando y ni siquiera me di cuenta. Me levanto de mi asiento y salgo del aula para dirigirme a la siguiente clase.

Abril pasa junto a mí caminando despacio. Hay algo extraño en ella. Sus brazos, cruzados en su pecho temblando levemente, caen hacia los lados y su cuerpo se desploma. Reacciono a tiempo, atrapándola antes de que su cabeza toque el suelo. Mi corazón se detiene, mirándola tan frágil en mis brazos. Su rostro, siempre iluminado por esa energía que parece venir de su alma, luce ahora pálido, carente de su calidez habitual. Mis brazos la sostienen con firmeza mientras el temor se instala en mi pecho. La levanto con cuidado y corro hacia la enfermería. Cada paso que doy parece eterno, pero no me detengo, empujado por una necesidad que va más allá de la preocupación.

La doctora abre la puerta y la recuesto en la camilla. Me cuesta soltarla, como si dejarla ir fuera a hacerla más vulnerable de lo que ya parece.

—¿Qué le pasó? —pregunta mientras se ajusta el estetoscopio.

—Se desplomó en el pasillo. —Mi mirada sigue fija en ella mientras la doctora comienza a examinarla—. Parecía tener frío, estaba temblando.

—Ayúdame a ponerla de lado —ordena, sacándome de mi trance.

Coloco mis manos en su cintura y giro su cuerpo con cuidado. Su piel es tan suave bajo mis dedos que un escalofrío me recorre, erizando los vellos de mi brazo. Apoyo su cabeza en mi mano y su aliento cálido roza mi piel, provocando un cosquilleo que desciende por mi pecho y se enreda en mi abdomen. ¿Qué es esta sensación?

La doctora sigue con su examen y yo enfoco mi atención en su rostro. Incluso en este estado, la belleza de sus rasgos es irreal: largas pestañas que descansan sobre sus mejillas, cejas que parecen dibujadas con la precisión de un artista, la curva delicada de su nariz y esos labios que comienzan a recuperar su color.

—Ella está estable, no tienes de qué preocuparte —dice la doctora, rompiendo el silencio y sacándome de mi ensoñación. Pero no del todo—. Quizás fue por cansancio, aunque le haré algunos exámenes para estar segura. Puedes irte si quieres.

—Me quedaré, gracias —mi respuesta es automática. No la dejaré sola.

La doctora asiente con una sonrisa discreta antes de proceder a extraerle sangre. Se lleva los frascos al laboratorio, dejándonos solos. Me dejo caer en el sillón junto a la camilla, incapaz de apartar los ojos de ella. Su respiración es lenta, pausada, y el ritmo constante me da una sensación de calma que no sabía que necesitaba. Pero también está ese recuerdo, el que no deja de perseguirme: nuestro encuentro en aquel cuarto estrecho del estudio.

Aún puedo sentir el sabor de sus labios en los míos, la suavidad de su boca; cómo sus dedos se entrelazaban con los míos, como si nuestros cuerpos fueran piezas de un rompecabezas destinado a encajar. ¿A qué se refería cuando dijo que era yo? ¿Por qué lloró? La distancia entre nosotros es apenas de unos centímetros, pero se siente infinita, como si algo invisible nos mantuviera separados. Esa barrera es insoportable. No puedo pasar un segundo más sin sentir su piel directamente.

—¿Algún día me dirás de qué hablabas? —mi voz es apenas un susurro. No quiero romper la quietud que nos envuelve—. ¿Compartirás tus secretos conmigo?

Con cuidado, tomo su mano entre las mías; pequeña, delicada y, sin embargo, transmite una fuerza que me deja sin palabras. Mis pulgares trazan suaves círculos sobre las líneas de su palma, memorizando cada curva, cada rincón, como si estuviera descifrando un mensaje oculto en su piel.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunto al aire. No habrá respuesta, pero necesito decirlo.

El silencio de la habitación es cálido, íntimo, como si se hubiera creado un universo aparte solo para nosotros dos. Sus dedos, aunque inertes, parecen moldearse en torno a los míos. Quizás han sido hechos para entrelazarse con los míos, para llenar el vacío que no sabía que tenía. Su rostro sereno y su mano en la mía, me dan la certeza de que ella no es solo alguien que quiero proteger; es alguien que ha empezado a redefinir todo lo que soy.

Capítulo 16

Cayendo en sus brazos (literal y metafóricamente)

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Abril

¿Acaso estoy en el cielo?

—¿Alexander?

Su rostro se tensa, como si lo hubiera atrapado haciendo algo indebido y suelta mi mano.

—¿Cómo estás? —pregunta, llevándose la mano a la oreja, tan roja que parece haberse quemado en el incendio.

—Bien. —Le devuelvo una sonrisa, aunque algo tonta, mientras mi pecho se llena de un revoloteo absurdo—. Estás aquí.

—Estoy aquí. —Su sonrisa, breve pero genuina, tiene el potencial de derretir cualquier barrera.

—¿Qué me pasó? —Me llevo una mano a la frente.

—Te desmayaste en el pasillo. —Su tono es serio, pero sus ojos reflejan algo más: preocupación, tal vez culpa.

—¿Me desmayé? —repito, enarcando las cejas.

—Sí. ¿Tienes idea de por qué?

¿Por qué me desmayaría? Estrés, falta de comida, el peso existencial de la vida... ¡Espera!

—¡Carajo! —exclamo y Alex da un respingo.

—¿Qué pasa?

—¡El pastel que me dio Cristóbal!

Alexander frunce el ceño con tanta fuerza que casi puedo escuchar cómo su cerebro entra en modo de análisis.

—¿Qué Cristóbal?

—Nuestro compañero de clase.

—¿Qué pastel y en qué momento? —Su mandíbula se tensa, como si estuviera considerando seriamente preparar un discurso de batalla.

—Cuando salí de la oficina del director. Me lo encontré en el pasillo y me lo dio.

—¿Crees que tenía algo raro? ¿Una droga? —Su tono bajo y cortante me da escalofríos, pero también es tan ridículamente protector que casi me hace reír.

—¡No, no! —Sacudo la cabeza—. Creo que tenía almendras. Soy alérgica.

La tensión en su rostro se intensifica aún más.

—Espérame aquí.

Se pone de pie con una decisión tan firme que parece estar preparándose para declarar la guerra a Cristóbal. Pero, antes de que pueda moverse, lo detengo agarrándolo de la muñeca.

—¡No, Alex! ¿Qué piensas hacer?

—Ponerlo en su sitio —su voz es grave y su puño libre parece ansioso por golpear algo o a alguien.

—¿Por qué?

—Porque te puso en riesgo, Abril.

—¿Por un pastelito de chocolate con almendras? —Inclino la cabeza, intentando que vea lo absurdo de su reacción.

—¡Te desmayaste! —responde, elevando la voz, como si eso explicara todo.

—Él no lo sabía, Alex. Apenas lo conozco. —Aprieto su muñeca con suavidad, tratando de calmarlo.

Pero su mirada es implacable.

—Debió preguntarte antes. —Aprieta los dientes antes de añadir—: ¿Y quién demonios regala pastelitos en los pasillos, así porque sí?

—¿Y qué tiene de malo? —pregunto, arrugando la nariz.

Se queda en silencio, pero su mirada no se suaviza del todo. Parece buscar una respuesta, alguna razón para justificar su frustración, pero no encuentra ninguna.

—Nada. —Desvía la mirada.

El silencio que sigue es pesado, incómodo, como si ambos estuviéramos esperando a que el otro dijera algo. Para romperlo, acaricio su muñeca con el pulgar. Es un gesto instintivo, pero parece funcionar.

Alexander me mira de nuevo, esta vez con una expresión más suave, casi vulnerable.

—Solo me preocupa que algo te pase —sus palabras son un susurro y en su tono hay una sinceridad que me desarma.

Mi pecho se aprieta. No sé qué decir. No sé cómo manejar lo que provoca en mí.

—Estoy bien, Alex —mis palabras son tranquilas, pero mi voz tiembla un poco. Y es que, por alguna razón, el hecho de que se preocupe tanto me hace sentir más expuesta que nunca—. Gracias por ayudarme.

Sonrío mientras tiro suavemente de su mano, invitándolo a que se siente de nuevo. Pero en lugar de aceptar, Alexander da un paso hacia mí, tan cerca que mi respiración se entrecorta.

—No fue nada. Necesitabas mi ayuda —su voz es tranquila, pero la tensión que estaba desapareciendo de su rostro regresa, frunciendo su ceño de nuevo—. Ese Cristóbal... —murmura con una seriedad que me hace sentir como si acabara de confesar un crimen— ¿es amigo tuyo?

¿En serio vamos a esto otra vez?

—Por ahora no —trato de mantener un tono casual, aunque su pregunta tiene un trasfondo que no quiero explorar.

—¿Por ahora? —Sus ojos se agrandan y una vena en su frente comienza a marcarse como si la idea lo perturbara profundamente.

Suelto su mano, incómoda por la intensidad de su mirada.

—Sí, digo, podría llegar a serlo. Pero no me cae del todo bien.

—¿Por qué no? —su pregunta es rápida, casi como un desafío.

—Es un poco... intenso. Él y su grupo de amigos, ya sabes.

Alexander aprieta los puños, su mandíbula tensa como si estuviera reteniendo una réplica que podría incendiar la enfermería.

—Hace falta quien los ponga en su lugar. —Da un paso hacia la puerta como si estuviera a punto de buscar a Cristóbal.

—¡No es necesario, Alex! —Me levanto a medias para detenerlo. Mi voz suena más desesperada de lo que pretendía—. No quiero que tengas problemas. Él no ha hecho nada malo. Solo... coquetea un poco.

—¿«Solo»? —Me mira como si acabara de defender a un criminal peligroso.

—Es lo que hacen los chicos cuando les gusta alguien, Alex.

Su silencio es inmediato, pero su mirada no se aparta de mí. Siento que camino sobre un lago congelado que podría romperse en cualquier momento.

—¿Y qué más hacen? —pregunta, con una calma peligrosa, dando otro paso hacia mí.

Mi garganta se seca. ¿Qué busca con esta conversación? Trago saliva y raspo mi cerebro en busca de una respuesta que no lo irrite más.

—Mmm... Hablan, sonríen, dan cumplidos, regalan cosas. Ya sabes, lo típico. —Me encojo de hombros, intentando quitarle importancia al tema.

Alexander entrecierra los ojos. Su respiración parece más lenta, controlada.

—¿Y lo que pasó entre nosotros? —su voz es baja, tan baja que casi no la escucho.

Mi cerebro se queda en blanco. Las palabras se pierden en algún rincón de mi mente. Lo único que logro hacer es abrir y cerrar la boca como si fuera un pez fuera del agua.

—¿Tú qué crees que fue? —le devuelvo la pregunta, mi tono sale más tembloroso de lo que esperaba.

—Yo pregunté primero.

Sus palabras no son un reproche, pero llevan un peso que me desarma. Su mirada atraviesa mis defensas como un rayo.

—No lo sé. —Mis hombros caen un poco—. Solo sé que fue... lindo. Para mí.

Algo en sus ojos cambia. Una chispa, un destello que no sé interpretar. Pero lo siento. Mi estómago da un vuelco y las mariposas que siempre revolotean cerca de él se desbocan.

—¿Y para ti? —pregunto antes de poder detenerme, mi voz es apenas audible.

Alexander desvía la mirada, su mandíbula se tensa y, con una suavidad que me desarma, se inclina y deja un beso en mi frente.

El contacto es breve, pero su calidez se queda grabada en mi piel.

—Estoy confundido —sus palabras son un susurro, cargadas de una honestidad que me paraliza.

Antes de que pueda decir algo, se da media vuelta y se marcha sin mirar atrás. Me quedo inmóvil. El silencio de la enfermería es ensordecedor y mi corazón late tan rápido que todo mi cuerpo lo siente. ¿Qué acaba de pasar? La puerta se abre de nuevo y, antes de que mi cerebro termine de procesarlo, Rachel entra como un torbellino, con su mochila colgando de un lado y una mirada de alarma digna de película dramática.

—¡Abril! —grita, como si fuera mi madre en un hospital de telenovela—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien? ¿No morirás?

—Hola, Rach. No moriré... por ahora. —Intento calmarla con una sonrisa, pero en lugar de relajarse, lanza la mochila al suelo como si viniera preparada para una pelea.

—Sexy Ghost me dijo que estabas aquí. —Se deja caer en el sillón donde Alexander estaba sentado hace unos minutos—. El fantasma con abdominales y chaqueta de cuero es tan misterioso.

Me río y el estómago me duele.

—Rach, por favor.

—¡Pero cuéntame ya! —Me ignora por completo, bombardeándome con preguntas mientras gesticula como loca—: ¿Por qué te desmayaste? ¿Qué te pasó? ¿Te duele algo? ¿Estás embarazada?

—¡¿Qué?! —Me ahogo con mi propia risa—. ¿Cómo voy a estar embarazada, Rachel? Tranquila, estoy bien. Solo que alguien intentó envenenarme, pero, ya sabes, soy como una cucaracha; no puedo morir tan fácil.

Rachel se queda congelada, con los ojos tan abiertos que parece haber visto un fantasma, pero no a Alex, uno real.

—¿¡Cómo así que alguien intentó envenenarte!? —Se pone de pie como si fuera a marcharse a buscar al culpable ahora mismo—. ¡Dime quién fue! ¡Voy a romperle las pelotas!... O los ovarios.

—¡Calma, mujer! —Le agarro el antebrazo antes de que salga corriendo—. Era una broma.

—¡Tus bromas van a matarme un día! —resopla, llevándose una mano al pecho—. Pero, si sigues así, no te preocupes, yo me adelantaré y te ganaré.

Ambas reímos mientras ella se deja caer de nuevo en el sillón, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, ¿entonces qué pasó? —pregunta, ahora con menos dramatismo, aunque todavía con un brillo de curiosidad en los ojos.

—Cristóbal Colón me dio un pastelito con almendras y me desmayé.

Rachel parpadea un par de veces antes de responder:

—¿Cristóbal qué?

—Cristóbal, nuestro compañero de clases, no el navegante.

—Ah, ya decía yo que las clases de historia se estaban poniendo demasiado reales. —Se cruza de brazos y arruga la nariz—. ¡Imbécil! ¿Cómo se atreve?

—No hizo nada malo, Rach. —Trato de calmarla—. No sabía que soy alérgica.

Ella hincha las mejillas como un pez globo.

—Bueno, si es así, entonces no merece morir, pero tú deberías fijarte en lo que te llevas a la boca, aunque, si se trata de Alexander, quizás no. —Se muerde el labio inferior, riendo, y mis mejillas se prenden en fuego.

—¡Oye! —Desorbito los ojos, tapándole la boca con mi palma.

La doctora entra con los resultados de los exámenes y confirma lo que ya sabíamos: tuve una reacción alérgica al pastelito con almendras; sin embargo, sonrío. Si comer pastel me lleva a los brazos de Alexander, entonces que Cristóbal me regale uno cada día. Rachel me observa de reojo mientras salimos del consultorio con el permiso para faltar a la próxima clase.

—Tú sonríes demasiado para alguien que casi muere.

—¿Tú no lo harías si Christopher te cargara en sus brazos?

Rachel se detiene en seco, con la boca abierta como si acabara de descubrir el sentido de la vida.

—¿Qué? ¿Sexy Ghost te cargó?

—Pues sí. —Me muerdo el labio.

Ella suelta un grito tan agudo que hasta la enfermera nos lanza una mirada de advertencia.

—¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

—Te lo cuento luego, ve a tu clase. —La empujo hacia su aula.

—¡Eres mi heroína y mi villana al mismo tiempo, Abril!

Niego con la cabeza, riendo mientras me alejo. Aunque casi muero, este día no está tan mal después de todo. ¿Qué hago ahora? Mi reloj

estará listo al mediodía y todavía falta una hora. Si sigo caminando sin rumbo fijo, corro el riesgo de encontrarme con Cristóbal Colón y otro de sus «regalitos mortales». Pasar por la biblioteca y saludar a Samanta suena como una idea segura y tranquila. Bueno, más o menos. Hay tanto silencio que mis propios pensamientos hacen eco. Incluso se oye el ruido que hace la bibliotecaria al masticar su manzana. Un crujido metódico, casi de reloj suizo.

—Hola, Samanta. —Me acerco a su escritorio y recuesto los antebrazos.

—Hola, nena. —Me sonríe y cierra el libro que estaba leyendo con una delicadeza que parece ritual, como si estuviera clausurando una reunión secreta entre magos.

—¿Necesitas ayuda? —Mi mirada se pasea por el desierto literario que me rodea—. Esto está tan vacío... creo que acabo de ver pasar a un camello por allá.

Ella suelta una risa discreta y muestra una sonrisa amplia, con dientes perfectos que parecen salidos de un comercial de dentífrico.

—Es agradable verte por aquí. Últimamente, solo he visto al hijo del director. Parece que ustedes dos son los únicos en este instituto interesados en la lectura.

Mis cejas suben tan rápido que podrían despegar de mi cara.

—¿El director tiene un hijo que estudia aquí? —Me inclino hacia ella como si me estuviera contando un secreto de Estado.

—Sí, de hecho, es el chico por el que me preguntaste la primera vez que viniste.

—¿¡Alexander!? —grito con tal fuerza que el eco rebota entre los estantes; podría jurar que asusté a los personajes literarios y ahora se han ido también.

Samanta me observa con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Lo siento, no quería gritar —me disculpo, cubriendo mi boca con las manos.

—No te preocupes —dice, ajustándose los lentes con la paciencia de una sabia—. Ya hacía falta algo de ruido aquí. No sabía que se llama Alexander.

Mi cerebro hace cortocircuito. ¿Alexander? ¿Hijo del director? ¿El mismo Alexander que hace que mi corazón quiera ganar un maratón cada vez que sonríe?

—Así que Alex es el hijo del director. —Me siento como una detective que acaba de encontrar la pieza clave del caso.

—¿Compartes clases con él? —pregunta, con un tono casual que contrasta con mi mente, que está corriendo en círculos.

—Sí, además, creo que somos amigos.

—¿Crees? —Levanta una ceja.

—Es que es un poco complicado. —Empiezo a morderme la punta del pulgar, porque, claro, mis dedos necesitan compartir la tensión.

—Entiendo. —Asiente como si fuera una psicóloga que acaba de desentrañar mi alma—. Él parece muy serio y callado.

—Sí, pero tiene su lado amable..., cuando quiere.

—Ya veo.

¡El libro!

—¿Sabes si él devolvió el libro que me recomendaste? —le pregunto—. Ese que llegó hace unos días, ¿recuerdas?

—Ah, sí, trajo otro ejemplar.

Arrugo la frente.

—¿Cómo sabes que no es el mismo?

—Porque le ponemos el sello de la biblioteca a todos los libros que llegan y ese no lo tenía.

El puzle empieza a tomar forma. Así que Alex se quedó con el libro de la biblioteca y compró otro para reemplazarlo. ¿Me indigna o me impresiona?

—Vaya. —Sonrío. Claro, es tan misterioso que ni devolver un libro puede hacerlo como una persona normal.

—Debo irme, gracias. Nos vemos luego, Samanta.

—OK, chiquilla, que te vaya bien.

Salgo de la biblioteca con una mezcla de emociones, pero una cosa clara: Alexander no solo es hijo del director, sino que también tiene la capacidad de mantenerme intrigada con cada cosa que hace. ¡Qué revelación tan inesperada! Me imagino en un interrogatorio con él, lámpara en mano: «Confiesa, Alex, ¿por qué lo hiciste?» Pero, siendo él, probablemente solo me respondería con esa sonrisa suya que desarma cualquier argumento lógico.

Primero dejo mi mochila en casa y, con una emoción infantil que no intento esconder, camino hacia la relojería para recoger mi preciado reloj despertador. El relojero me recibe con una sonrisa amable y me entrega el reloj como si estuviera devolviéndome una parte de mi alma. Quedó perfecto. Reluce tanto que parece recién salido de fábrica, como si hubiera sido sometido a un tratamiento milagroso. Le pago un poco más de lo que cuesta porque, honestamente, no puedo contener mi gratitud. Salgo del local con el reloj en mis manos, admirándolo como si fuera una obra de arte.

—Eres perfecto. —Sonrío mientras lo giro entre mis dedos, hablando con él como si pudiera escucharme—. Nunca más llegaré tarde...

¡Plaf! El universo, fiel a su hábito de intervenir cuando menos me lo espero, decide tirar de mi felicidad. Mi reloj vuela de mis manos y se estrella contra el suelo después de chocar con alguien.

—¡Nooo!

Mi reloj agoniza tirado en el suelo, roto en dos como si fuera un corazón partido.

Me lanzo al suelo para recoger los pedazos, pero unas manos grandes y firmes se me adelantan. Un aroma fresco y familiar —madera y menta— me envuelve.

Levanto la vista, encontrándome con esos ojos que me hacen olvidar mi nombre, mi dirección y mi número de teléfono, pero no su color azul.

—Lo siento —dice Alexander, con las cejas alzadas y una expresión de genuino arrepentimiento, teñida de algo que parece diversión.

Nos ponemos de pie al mismo tiempo, con un movimiento tan sincronizado que parece coreografiado. Si alguien estuviera grabando, seguro lo editaría con música romántica (posiblemente asiática).

—Lo arreglaré, lo prometo. —Sostiene las dos mitades del reloj como si fueran algo sagrado, mirándome.

—No tienes que hacerlo. —Intento sonar despreocupada, aunque mi corazón late tan rápido que podría explotar—. Fue mi culpa. No estaba mirando por dónde caminaba.

—Yo tampoco. Así que, técnicamente, también fue mi culpa. —Sus labios se curvan en una sonrisa pequeña, pero devastadoramente encantadora.

Sus manos todavía sostienen mi reloj roto y su mirada se desvía hacia el letrero de la relojería. Parece que tiene una idea.

—Espérame un segundo.

Pasa junto a mí y entra de nuevo a la tienda. Me quedo inmóvil, intentando procesar lo que acaba de suceder. Apenas un minuto después, Alexander sale del local con una expresión triunfante y, en su mano, un recibo.

—Puedes recogerlo mañana. Ya pagué por adelantado.

—No tenías que hacerlo. —Agacho la cabeza, escondiendo el rubor que se extiende por mis mejillas.

—Era lo mínimo que podía hacer. —Se rasca la nuca, como si no estuviera acostumbrado a recibir agradecimientos—. Lo siento. Imagino lo importante que es para ti.

—Está bien. —Intento aliviar su incomodidad con una sonrisa—. Además, creo que ya tengo un despertador nuevo.

Alexander ladea la cabeza.

—¿Ah, sí?

El canto estridente de mi gallo vecino resuena en mi mente y me encojo de hombros.

—Sí. Un gallo. Es puntual, aunque un poco ruidoso.

Alexander sonríe y el brillo en sus ojos me hace sentir como si acabara de contar el mejor chiste del mundo.

—Bueno, si el gallo falla, puedo pararme frente a tu casa a despertarte.

Su tono tiene un toque de humor, pero hay algo más en su mirada. Algo que hace que mi corazón tamborilee con fuerza.

—Qué considerado de tu parte —intento sonar ligera, pero mi voz tiembla un poco.

—Déjame compensarte. Te acompaño a casa.

Mi cerebro grita: «¡Ay, Dios mío!». Pero lo que sale de mi boca es un torpe:

—Si insistes.

Él se coloca a mi lado con naturalidad, como si lo hubiera hecho mil veces antes, y comenzamos a caminar. Cada paso a su lado parece más corto, como si el trayecto a casa se estuviera reduciendo mágicamente. Intento mantenerme tranquila, pero por dentro estoy gritando. Si el universo quería sabotearme, fracasó rotundamente, porque ahora estoy caminando con Alexander y, honestamente, podría vivir sin despertador el resto de mi vida si eso significa más momentos como este.

Capítulo 17

Un instante eterno

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Caminamos juntos, pero el silencio que nos rodea está lejos de ser cómodo. Es extraño, como si el aire estuviera cargado de algo que ninguno de los dos sabe cómo nombrar. Mis pensamientos se atropellan, buscando algo que decir para romper la tensión.

—No me dijiste que el director es tu padre —mi voz suena más firme de lo que esperaba, aunque por dentro tiemblo un poco. Le dedico una sonrisa nerviosa, esperando suavizar la pregunta.

Alexander se tensa. Su mirada sigue fija al frente mientras camina con ese paso tranquilo que parece caracterizarlo.

—No lo creí necesario —su tono es suave, casi distante, como si estuviera cuidando cada palabra.

Intento mantener la conversación viva, aunque su respuesta me deja con más preguntas.

—Entonces, supongo que ya conocías el instituto —insisto, buscando algo más, cualquier cosa que me ayude a entenderlo mejor.

—Sí, pero acabo de regresar de Corea. Crecí allá. —Sus labios se curvan ligeramente en una sonrisa que apenas se insinúa, pero que lleva consigo un eco de nostalgia.

Corea. Claro, eso explica mucho. Pero hay algo en su expresión que no termina de encajar, como si hubiera dejado algo importante

fuera de su respuesta.

—Si ya conocías el instituto, ¿por qué me preguntaste por el aula 407? —Lo miro de reojo, tratando de descifrarlo, esperando que su respuesta me ofrezca una pista, algo que explique este lazo invisible que siento entre nosotros.

Alexander suspira y su mirada se encuentra con la mía. Sus ojos tienen una intensidad que me obliga a detenerme, aunque solo sea por un segundo.

—Fue una excusa.

Sus palabras son un golpe suave pero firme y mi corazón da un vuelco.

—¿Para qué? —pregunto en un susurro, mi voz suena más baja, más vulnerable.

—Para acercarme a ti. —Sus ojos no se apartan de los míos y el peso de sus palabras parece llenar todo el espacio entre nosotros—. Fuiste como un imán para mí, Abril. No lo pude evitar.

El mundo deja de existir. ¿Lo dijo en serio? Mis piernas tiemblan y mi respiración se acelera. Esto... esto es demasiado. Pero también es exactamente lo que quería escuchar.

—¿Lo dices en serio? —mis palabras salen más como un susurro incrédulo que como una pregunta directa.

Alexander asiente y hay algo en su mirada que no puedo interpretar del todo: deseo, duda, tal vez algo más profundo.

—No tienes idea de lo que provocas en mí —su confesión es tan baja que casi no la escucho, pero el impacto que tiene en mí es devastador.

Mi corazón late como un tambor y, antes de pensarlo demasiado, dejo que la adrenalina me guíe. Tomo su mano y lo arrastro hacia un callejón cercano, lejos de miradas curiosas, lejos de todo. La oscuridad nos envuelve, pero no me detengo. Lo empujo suavemente contra la pared, colocando mis manos a cada lado de sus hombros. Ahora somos solo él y yo.

—Alexander... —su nombre sale de mis labios como una caricia, tembloroso pero decidido. Mis ojos van de los suyos a su boca y cada fibra de mi ser grita que este es el momento.

Él me mira fijamente, sus ojos son un océano en el que quiero perderme.

—Tú... me gustas —las palabras salen con una mezcla de valentía y vulnerabilidad, y el aire entre nosotros cambia, se vuelve más denso.

Alexander no responde con palabras. En lugar de eso, sus manos encuentran mi cintura y me hace girar. Mi espalda choca con la pared y un suave suspiro escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo.

—¿Estás segura? —su voz es un murmullo contra mi piel, sus labios rozan los míos con una suavidad que me deja sin aliento.

—No. Olvida lo que dije. No me gustas —mi voz tiembla, pero no de miedo. Es emoción pura, desenfrenada—. Tú... me vuelves loca.

Esta vez no hay dudas. Sus labios capturan los míos en un beso que no es solo un gesto, sino una declaración. Es intenso, como si todo lo que hemos contenido hasta ahora hubiera encontrado una forma de salir. Mis manos se deslizan por su cuello, aferrándome a él como si fuera mi única ancla en este mar de emociones. Su calor me envuelve y no existe nada más. Solo nosotros, solo este instante que no quiero que termine nunca. Sus manos se deslizan bajo mis muslos y me eleva con una facilidad que me estremece. Mis piernas se aferran a su cintura, acercándolo más. Mis manos se enredan en su cabello con la misma urgencia con la que mi corazón late contra su pecho. La calidez de su cuerpo, la fuerza en sus manos, su respiración entrecortada rozando la mía..., todo me envuelve en una vorágine que no quiero que termine nunca. El mundo exterior se disuelve. Aquí no hay callejón, no hay peligro, no hay realidad. Solo estamos él y yo, conectados en un instante que parece eterno. Su corazón late fuerte, casi sincronizado con el mío. El deseo crece y mi

cuerpo responde sin poderlo evitar, mientras sus labios arden contra los míos. Muerdo su labio inferior sin poder contener el gemido que se escapa de mi boca. Todo lo que nos rodea desaparece. El único sonido es el latido acelerado de mi corazón, que se mezcla con el suyo. El aroma de su piel, la suavidad de sus caricias; todo me envuelve y me consume.



La pasión cede paso a una ternura que me desarma. Sus manos, antes firmes, acarician ahora mi cintura con suavidad, como si quisiera memorizar cada detalle de este momento. No quiero que esto termine. Me aferro a él, como si al soltarlo pudiera perderlo para siempre. Pero algo cambia en su respiración, en la tensión de sus manos, y cuando sus labios se separan de los míos, la realidad me golpea. Abro los ojos despacio. Los suyos ya están abiertos, fijos en mí con una intensidad que me parte en dos. Pero esta vez no son solo sus ojos los que me hablan; es el brillo en ellos, un reflejo de algo que no puedo descifrar del todo: dolor, arrepentimiento, conflicto.

—Lo siento, Abril —su voz es apenas un susurro, pero el peso de sus palabras cae sobre mí como una avalancha—. No puedo hacer esto.

Todo dentro de mí se detiene.

—¿Qué? —mi voz es débil, apenas un hilo. No entiendo. ¿Por qué?

Alexander me baja al suelo y aparta sus manos de mi cintura. El frío de su ausencia es inmediato, casi insoportable. Baja la mirada mientras da un paso atrás, como si necesitara poner distancia entre nosotros para poder respirar.

—No debería haberte besado —sus palabras son firmes, pero su tono está lleno de tristeza, como si se estuviera castigando a sí mismo más que a mí.

—¿Por qué? —pregunto, esta vez con más fuerza. Mi corazón se acelera, lleno de una mezcla de desesperación y confusión.

Él levanta la cabeza y la forma en que me mira... es como si quisiera decirme todo y nada al mismo tiempo.

—Porque no estoy listo. —Cierra los ojos y, cuando los abre de nuevo, su mirada es un océano turbulento—. Mi corazón está roto, pequeña. No puedo darte lo que mereces.

Su confesión es como un cuchillo que se hunde con pausa en mi pecho. Quiero decirle que no importa, que estoy dispuesta a esperar, que lo entiendo. Pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta.

—No entiendo —mi voz se quiebra. Quiero tomar su mano y obligarlo a quedarse, a explicarme, a no dejarme así.

Pero él retrocede un paso más, bajando la mirada al suelo como si no pudiera soportar mi desesperación.

—Lo siento —su tono es definitivo y mi pecho se comprime con una fuerza que duele más de lo que esperaba.

Sin decir más, toma mi mano, no con la calidez de antes, sino con una firmeza que se siente como un adiós. Me guía fuera del callejón; sus pasos son decididos, mientras yo intento procesar lo que está pasando. En la acera, suelta mi mano y el vacío que deja es abrumador.

—Adiós, Abril —es lo último que dice antes de darme la espalda.

Camina hacia la calle con los hombros tensos y sus pasos rápidos, como si quisiera huir de algo.

—Alexander... —lo llamo, pero mi voz se pierde entre el ruido del tráfico y el bullicio de la ciudad.

Él no se detiene. Su figura desaparece entre la gente y, con cada paso que da, una grieta se abre en mi pecho, creciendo, expandiéndose hasta dejarme vacía. Me quedo inmóvil, mirando el espacio que ahora ocupa su ausencia. El mundo vuelve a moverse a mi alrededor, pero yo no. Todo se siente surrealista, como si lo que acaba de pasar fuera un sueño. Pero el dolor en mi pecho es real. Mil teorías pasan como relámpagos por mi mente. ¿Fue una decepción amorosa reciente? ¿Alguien lo traicionó de tal manera que dejó cicatrices imposibles de borrar? Quizá su corazón fue destrozado de formas que no puedo ni imaginar. Cada posibilidad me pesa, porque todas terminan en lo mismo: él alejándose, incapaz de quedarse.

Para cuando llego a casa, casi no recuerdo cómo puse un pie delante del otro. Todo mi cuerpo está tenso, como si llevara cargando un peso invisible pero aplastante. Mis emociones son como cuerdas tensadas al límite, a punto de romperse con el más mínimo tirón. Necesito algo. Lo que sea. Algo que me saque de esta tormenta. El baño parece el único refugio posible. Entro y dejo que el agua caliente caiga sobre mí como una cascada sanadora. Una nube de vapor me envuelve, pero ni siquiera el calor logra calmarme del todo. Cierro los ojos, intentando liberar mi mente, pero eso solo lo trae a él. Alexander.

Casi puedo sentir el calor de su aliento en mi cuello. Las gotas que resbalan por mi piel se transforman en sus caricias; las que tocan mis labios, en sus besos. Mi respiración se vuelve más lenta, más pesada. Es un sueño despierta, uno que duele porque es imposible. ¿Qué se sentirá tenerlo así? Piel contra piel, sin barreras, sin palabras, solo el ritmo compartido de dos corazones latiendo al unísono. Me pregunto si él piensa en esto, si siente siquiera una fracción del deseo que me consume. Nunca he estado con nadie de esa manera. Pero con él no tengo dudas. Es un anhelo tan visceral que me asusta. Lo deseo más de lo que debería, más de lo que es razonable, más de lo que él probablemente podría desearme a mí.

—¡Dios, basta! —susurro al aire, como si pudiera convencer a mi mente de que lo suelte.

El agua caliente no solo limpia mi piel; también parece arrastrar mis pensamientos, diluyéndolos por unos segundos. Pero, cuando cierro la ducha, el calor en mi pecho sigue ardiendo, como un fuego que no se apaga. Me seco y me visto con ropa de entrenamiento. Quizá no pueda apagar esta llama, pero al menos puedo convertirla en algo útil. Necesito moverme, liberar esta energía que me consume antes de que me devore por completo.

Mientras ato mis zapatillas, una parte de mí se pregunta si esto realmente servirá. Si correr, saltar o golpear un saco de boxeo puede

hacer que deje de pensar en Alexander. En sus ojos, en sus manos, en el peso de sus palabras y el calor de sus labios. La respuesta es clara, incluso antes de salir de casa: no. Pero al menos podré intentarlo. ¿Y si invito a Rachel? Toco la puerta de su casa. No pasa ni un minuto cuando esta se abre, revelando a Christopher con el cabello húmedo. Pero lo que realmente me deja sin palabras es Rachel, que aparece detrás de él, envuelta en una toalla, con el cabello mojado, gotas brillando en su clavícula y los ojos muy abiertos al verme. Mi mandíbula pierde fuerza. Mis ojos, casi desorbitados, van de uno al otro.

—No me digan que ustedes dos... —Los señalo a ambos con la mano temblorosa.

Rachel se pone tan roja que parece un semáforo, mientras Christopher levanta las manos como si estuviera ante un oficial de policía.

—¡Nooo! ¿Cómo crees? —balbucea, Chris, mirando a Rachel por apoyo—. Acabo de llegar.

—Resulta que todo el mundo entra a mi casa sin avisar. —Rachel se queja, cruzando los brazos y lanzándonos una mirada que podría quemar ciudades.

—¡Toqué la puerta! —replica Christopher—. Pero no abrías, así que...

—Moviste la manija y la puerta estaba abierta —completo, cruzándome de brazos.

Mi mejor amigo asiente con una sonrisa triunfante, como si mi explicación lo exonerara. Rachel, por otro lado, se lleva una mano a la frente.

—¡Por el amor de Dios, podrían ambos dejar los rodeos! Pasen. —Hace un ademán hacia la sala antes de desaparecer en su habitación, murmurando algo sobre instalar cerrojos.

Me desplomo en el sofá junto a Christopher, suspirando aliviada. Al menos la casa no huele a... bueno... sexo.

—¿Y cómo estás, hermosa? —Christopher rompe el silencio, pasándose una mano por el cabello como si estuviera en una sesión de fotos.

—Con ganas de entrenar. Venía a invitar a Rachel, ¿quieres unirte? —pregunto y él evita mi mirada, frotándose las manos como si tuviera algo que confesar.

—La verdad es que tenía otros planes.

Enarco una ceja.

—¿Con Rachel?

Christopher traga saliva y asiente.

—Sí, le prometí que le enseñaría a manejar. Pensé en aprovechar mi tarde libre.

Mi cerebro entra en modo drama telenovelesco.

—Oh, entiendo. —Sonrío, poniéndome de pie—. Entonces mejor los dejo y luego podemos...

—¡No! —Christopher salta como un resorte y me agarra del brazo, casi tirándome de nuevo al sofá—. No es tan importante. Podemos entrenar primero y después le enseño.

—¿Seguro? —pregunto, con una sonrisa ladina.

—Sí, trato hecho. —Me estrecha la mano como si acabáramos de cerrar un acuerdo multimillonario, antes de pellizcarme la mejilla.

Rachel regresa, vestida con una sudadera gigante, claramente diseñada para gritar «No estoy impresionada». Pero, después de escuchar nuestros planes, da media vuelta y vuelve a cambiarse. Esta vez sale con una licra, un top y una chaqueta deportiva que hace que Christopher apenas pueda cerrar la boca mientras la sigue con la mirada.

—¿Vamos? —Rachel pregunta con una sonrisa triunfante, caminando hacia la puerta como si estuviera desfilando en una pasarela.

Christopher, obviamente encantado, asiente torpemente mientras intenta no tropezar consigo mismo. ¡Ay, galán! En el gimnasio,

comienzo con mi rutina de cardio, mientras Rachel y Christopher desaparecen en la sección de pesas. Desde mi elíptica, los observo de reojo. Rachel, la maestra del coqueteo sutil, «accidentalmente» necesita ayuda con cada ejercicio.

—¿Así está bien, Chris? —pregunta ella.

—Déjame ayudarte un poco.

En las sentadillas, Christopher se coloca detrás de ella, sosteniéndola por la cintura. Lo hace con tanto cuidado y precisión que parece que esculpe una estatua. Rachel, por su parte, se toma su tiempo para subir y bajar, asegurándose de que haya suficiente contacto de su trasero con la entrepierna de él, como para que Christopher tenga que visitar el baño... otra vez. Me río en silencio. Rachel me guiña un ojo desde lejos, satisfecha con sus avances. Niego con la cabeza, pero no puedo juzgarla. Después de todo, yo misma protagonicé mi propio drama romántico con Alexander, arrastrándolo a un callejón oscuro. Llevamos cincuenta minutos de entrenamiento cuando decido darlo por terminado. Mejor termino antes de que Christopher se quede sin excusas para sus visitas frecuentes al baño.

—Creo que es suficiente por hoy —anuncio con una sonrisa.

Christopher asiente mientras se seca el sudor de la frente. De camino a casa en el auto de Christopher, él se muerde los labios y maneja a toda velocidad, convenciéndome de que hago lo correcto al dejar que pasen el resto de la tarde solos. Rachel tendrá tiempo para continuar su plan maestro y Christopher..., bueno, probablemente necesite otro baño. Me pregunto si debería darle algunos consejos a Rachel. Pero, sinceramente, ella parece manejar estas situaciones mucho mejor que yo. Por ahora el *Kamasutra* sigue siendo una guía para futuros proyectos. Pero, en mis sueños, Alexander y yo hemos logrado cosas que harían sonrojar a cualquier director de películas para adultos profesional.

Llegamos a casa y me despido dejando un beso en su mejilla antes de bajarme, ni siquiera dejo que me abra la puerta del auto para que se marche lo más rápido posible. No tengo nada que hacer, pero no quiero pensar en lo que pueden estar haciendo esos dos, así que entro a mi perfil de Facebook. La primera sorpresa que encuentro es una solicitud de amistad del señor Alejandro Miller. ¡Vaya, vaya! No me lo esperaba.

Mi curiosidad se despierta, pero su perfil es privado, así que acepto su solicitud. Sus publicaciones se vuelven visibles y me topo con una foto familiar que me deja perpleja. Alexander es el centro de atención, rodeado por el señor Miller, la chica que fue con él a la heladería y una mujer asiática que se aferra a su brazo. ¡Pero qué atrevida! La mirada de Alexander se pierde en el horizonte, con las manos hundidas en los bolsillos. Supongo que no le gustan las fotos o la compañía. La mujer pálida sonríe feliz junto a él. ¿Quién no lo estaría? Alexander lleva la misma ropa de hoy y la hora de publicación me confirma que la foto se tomó hace apenas treinta minutos. El quiosco elegante y la descripción «Bienvenida a casa» me intrigan. ¿Se refiere a la asiática? Las fotos siguientes muestran a todos posando con la misma mujer. ¿Quién es ella? La sangre hierve en mis venas. Mi corazón late con fuerza y mi mente se llena de preguntas.

Capítulo 18

Los sueños se cumplen... y las pesadillas también

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El canto del gallo vecino me despierta media hora antes de que suene la alarma. Ese gallo es como una madre sobreprotectora, siempre canta antes de tiempo para asegurarse de que no me pierda las clases. Me pregunto cómo le estará yendo a mi madre; hace una semana que no hemos hablado. Supongo que imagina que estoy ocupada con el instituto; sabe que no me gustan las conversaciones telefónicas. La verdad es que me cuesta relacionarme con ella como madre e hija y compartir mis asuntos personales. Siempre he creído que para eso tengo a Rachel; no me sentiría cómoda contándole a mi madre mis sueños calientes con un compañero de clase. ¡Ni borracha! Opto por enviarle un mensaje de voz para tranquilizarla y ella responde con un: «OK, te quiero».

Llego temprano al instituto y me siento en una banca del parque. Los estudiantes van llegando uno a uno, yo, mientras tanto, me como un banano. Una camioneta lujosa se estaciona frente al instituto. Primero sale el señor Alejandro Miller, quien abre la puerta del copiloto para dejar salir a la mujer asiática que vi en las fotos de ayer. Es más flaca en persona. ¡Y más fea! ¡Dios bendito! Alexander sale por la puerta del conductor, tan guapo como siempre, y mis ojos

se desorbitan. Las mariposas revolotean en mi estómago, pero se convierten en alacranes cuando él rodea la camioneta y la mujer se engancha a su brazo. ¿Habrá un pozo cerca? Juro que si lo hay me meto de cabeza. Respiro hondo y me quedo donde estoy para esperar a Rachel. No tengo ganas de entrar y enfrentarme a la escena de Alexander con esa mujer asiática; si ella no significa nada para él, me lo demostrará sin necesidad de indagar.

La chica rubia que lo acompañaba antes dijo que es actriz y no me sorprendería que las mujeres que lo rodean tengan ese don. Mi talento es diferente y, aunque mis vecinos y las mascotas de la cuadra pueden testimoniar mi habilidad, creo que no encajaría en esa familia, ni siquiera si fuera millonaria. No puedo más. Mis uñas van a desaparecer, víctimas de mi desesperación. Rachel tiene que contarme lo que pasó ayer con Christopher.

Mi amiga aparece con una sonrisa pícara y un brillo en los ojos que no he visto desde que el profesor canceló un examen sorpresa. Algo grande, realmente grande, ocurrió ayer, mientras yo me torturaba mirando la foto de Alexander con esa mujer. Rachel se acerca arrastrando los pies, como si estuviera protagonizando una escena dramática de una telenovela. Su aire misterioso me intriga y me desespera a partes iguales.

—Por tu cara, puedo asegurar que mis sospechas son ciertas —digo con la solemnidad de un detective.

—¡Cierto! —exclama, poniéndose roja como un tomate y comienza a girar en círculos como un cachorro persiguiendo su cola.

—¡Caramba! Esto va a ser emocionante. —Me froto las palmas por un cosquilleo en la panza—. Nos quedan cinco minutos antes de la primera clase, así que ve al grano.

Rachel suspira y cubre sus mejillas, que ahora parecen antorchas.

—¡Nos besamos! —grita, como si hubiera ganado la lotería.

Me llevo las manos a la cintura y arqueo una ceja.

—¿Un beso?

Su sonrisa triunfal desaparece de golpe, transformándose en una mueca.

—¿Qué esperabas? —Frunce el ceño.

Me encojo de hombros.

—No sé, algo más. Por lo menos, un toqueteo.

—¿En serio querías que te dijera que tuvimos sexo desenfrenado toda la tarde? —Arquea una ceja.

Agacho la mirada, llevándome el pulgar a la boca.

—La verdad, sí.

Rachel resopla y cruza los brazos, aunque no puede ocultar su sonrisa.

—Entiendo —dice, alzando las cejas—. ¿Sexy Ghost te tiene tan desesperada que ahora proyectas tus frustraciones en mi vida amorosa?

—¡No es eso, Rach! —me defiendo, aunque mi tono me traiciona y suena más como una súplica—. Es solo que tu cara grita algo más grande que un simple beso.

—¡Ay, Abril! —Niega con la cabeza. Lo sé, soy un caso perdido—. Él ha sido mi amor platónico desde que tenía cinco años. Lo máximo que habíamos compartido hasta ayer era un agarrón de manos en un juego de las sillas.

—Lo sé, pero... —intento replicar, aunque ella no me deja.

—No fue un beso cualquiera, fue EL BESO. —Sus ojos brillan y, como una pequeña diva, se lleva las manos a la cintura—. Así que, por favor, muestra algo de entusiasmo.

Se queda mirándome con una expresión tan seria que casi suelto una carcajada. En cambio, le tomo las manos y la miro.

—Tienes razón, cariño. Lo siento. Hagámoslo de nuevo.

—¿Hacer qué? —pregunta, entrecerrando los ojos.

—La reacción, tonta. —Le doy la vuelta y la empujo por la espalda —. Devuélvete y déjamelo a mí.

Rachel se queda boquiabierta, pero obedece. Se aleja unos metros y desaparece tras la esquina, murmurando algo sobre «la peor actriz de la historia». Tarda más de lo esperado en volver y, justo cuando estoy a punto de ir a buscarla, reaparece. Lleva la misma expresión inicial, aunque ahora contiene la risa. Esta es mi señal. Abro los ojos como platos, me llevo las manos a la boca y grito:

—¡No me lo puedo creer! —Corro hacia ella con los brazos extendidos, como si acabara de recibir la noticia más importante del siglo—. ¡¿Se besaron?!

—¡Síííííí! —chilla Rachel, saltando como si estuviera en una cama elástica.

—¡Aaaaaaaaah! —grito junto con ella y la envuelvo en un abrazo tan fuerte que casi nos caemos al suelo—. ¡Quince años esperando! ¡Por fin!

Chocamos nuestras palmas, saltamos como niñas pequeñas y nos tambaleamos de risa hasta la entrada del instituto. La euforia es real, incluso aunque sea algo absurdo. Rachel apoya la cabeza en mi hombro y sorbe la nariz.

—Eres la mejor amiga del mundo.

Yo la miro con una sonrisa.

—No hay tiempo para lágrimas ahora, cariño. Eso lo harás más tarde, cuando me cuentes todos los detalles de ese beso épico.

Ella ríe, secándose una lágrima imaginaria.

—Te vas a arrepentir de pedírmelo.

—Y tú te vas a arrepentir de no haberlo grabado. —Le guiño un ojo.

Cruzamos las puertas del instituto, listas para enfrentarnos a otro día. Pero yo solo puedo pensar en una cosa: quiero saber cada segundo de ese beso. En el pasillo, me despido de Rachel y corro hacia la clase de filosofía con la maestra Eva, pero me detengo en seco llegando a la puerta. Eva habla con la mujer asiática que llegó con Alexander y el director. Se me encoge el estómago, como si

hubiera desayunado ácido en lugar de cereales. Intento pasar frente a ellas con una sonrisa dirigida a la maestra, rezando para que no me llame. Espóiler: sucede todo lo contrario.

—Cariño, ven.

¿Me está hablando a mí? Esto no puede estar pasando. Suspiro, pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta con la misma energía de quien camina hacia una ejecución.

—Déjame presentarte a Mon-Ki —dice Eva, radiante, como si estuviera mostrándome una joya rara.

—Buenos días. —Intento ser educada mientras miro a la mujer, pero ella me ignora.

—Mon-Ki es la directora de la segunda sede del instituto A.M.R.A. en Corea del Sur —continúa Eva, como si estuviera presentando a una celebridad—. Está aquí para aprender nuestros métodos y aplicarlos en su sede. Nos acompañará en algunas clases.

—Ah, ¿sí? —Miro a Monkey directamente. Ella responde recorriéndome con la mirada de arriba abajo. Su expresión de asco no pasa desapercibida.

—Abril ingresó este año —agrega Eva con una sonrisa—. Es una excelente alumna.

—Ya veo. —Monkey habla por fin, pero no para decir algo amable.

Su tono es gélido. ¿Acaba de salir de un congelador?

—¿Es la que estuvo encerrada con ustedes en el despacho durante el incendio? —pregunta, mirándome por encima del hombro.

—Sí, es ella —responde Eva, ajena al veneno en la voz de la invitada.

—Mucho gusto, niña —dice Monkey, aunque su expresión claramente insinúa que el gusto no es suyo.

Sonrío con toda la falsedad del mundo.

—Es una lástima que yo no pueda decir lo mismo. —Estiro los labios en una línea fina. Me doy la vuelta y me alejo como una campeona.

El silencio tras mis palabras es glorioso. El canto de grillo parece haberse apagado. Monkey se quedó muda.

En el umbral del aula, busco a Alexander con la mirada y él ya me estaba mirando. Me lanza un desafío con los ojos, como si estuviéramos jugando al juego de «quién parpadea primero». Pero esta vez yo gano. Alexander desiste y mira hacia otro lado.

Me siento en mi pupitre con una sonrisa triunfante y saco mi cuaderno, pero mi buen humor no dura mucho. Eva entra al aula con la invitada, quien frunce el ceño y arruga la nariz al verme como si acabara de oler algo podrido. Se sienta en el pupitre vacío al lado de Alexander y le lanza una sonrisa tan amplia que lo incomoda, pero ella no se inmuta. Su nivel de baboseo es tal que creo que necesitará un trapero al final de la clase. Eva presenta a Monkey, quien no pierde la oportunidad de presumir. Habla de sus logros como quien cuenta chismes jugosos. Resulta que, con veintiséis años, habla tres idiomas y está a punto de ser propietaria de una academia. ¡Engreída! Yo tengo veintiún años, hablo dos idiomas y no tengo necesidad de subirme a un escenario a presumirlo.

La clase termina y salgo disparada hacia mi próxima actividad, pero no sin antes hacer una parada en el baño. Mi vejiga está a punto de presentar una queja formal. En el pasillo, me cruzo con el maestro Jack. Para mi sorpresa, me sonríe. No una sonrisa de «tengo que ser amable porque soy tu profesor», sino una sonrisa cálida y sincera. Le devuelvo el gesto con la misma calidez. Quizás nuestro encierro durante el incendio funcionó como terapia intensiva para su rostro siempre agrio.

Llego al aula de neurociencia y, para mi alivio, Monkey no está. Respiro y cruzo el salón hacia mi pupitre, lista para disfrutar de una clase sin presencias tóxicas. Pero, claro, la paz no dura mucho.

—Abril, ¿puedes venir un momento? —la voz del maestro Jack interrumpe mi momento de paz.

Camino hacia su escritorio con un mal presentimiento. Algo en su tono me dice que no será una buena noticia.

—Hola, Abril. —Jack sonríe, cruzando las manos sobre su escritorio —. Tuve que hacer un cambio en la exposición en parejas.

Mi cuerpo se tensa como si me hubieran vertido agua fría por la espalda.

—¿Qué cambio? —pregunto, aunque algo en mí ya sabe la respuesta.

—Por sugerencia de la señorita Monkey, trabajarás con Cristóbal a partir de ahora.

¿Monkey? ¿Cristóbal? Mi sangre hierve.

«Claro, profesor. Será un placer. Un placer aplastar su ego, quise decir».

Capítulo 19

Lo supe cuando la miré



Alexander

Me concentro en mis pensamientos mientras mis dedos se deslizan por las páginas de mi libreta. Dejo que las palabras fluyan como si estuviera escribiendo un secreto que no quiero confesar, ni siquiera a mí mismo:

El amor parece algo sencillo de definir: cuidar, respetar, demostrar afecto. Pero, cuando llega el enamoramiento, todo cambia, como si las reglas se reescribieran. Al principio, es una chispa. Una mirada basta para encender algo que no sabías que llevabas dentro. Esa chispa puede nacer con cualquiera, pero hay una persona... esa persona... que transforma la chispa en fuego. No sabes por qué, pero en sus ojos ves algo que ni siquiera sabías que buscabas.

Te sientes desconcertado porque crees haberla conocido antes, tal vez en un sueño, en otra vida. Sin darte cuenta, tu mente regresa a ella una y otra vez, como si tu existencia girara en torno a esperar el momento en que aparezca. Todo en ella te resulta fascinante. Cada curva de su rostro, cada movimiento, cada risa, parecen una obra de arte. Y mientras el mundo entero sigue su curso, tú solo tienes ojos para ella. Sin embargo, el miedo se cuela entre tus costillas. El miedo a ser vulnerable, a que descubra cuánto poder tiene sobre ti. Así que levantas murallas: te haces el indiferente, te escondes tras bromas o comentarios casuales. Pero la verdad es que tiemblas por dentro con solo escuchar su voz.

Un día, sin embargo, tus defensas caen. Te das cuenta de que no puedes luchar más contra lo que sientes. Es entonces cuando te entregas por completo: con besos, abrazos y caricias que parecen insuficientes para expresar lo que llevas dentro. Quieres capturar cada momento, cada sonrisa, cada segundo a su lado. Y, cuando creías que no podías sentir algo tan puro, te das cuenta de que el amor no es algo que encuentras, es algo que eliges. Porque amas todo de ella: su risa desordenada, su forma de ver el mundo, las cosas pequeñas que antes pasabas por alto, pero que ahora son todo.

El amor no te completa. Ya eras completo antes. Pero ella... ella te mejora. Ella hace que quieras ser alguien digno de su sonrisa. Y aunque podrías vivir sin ella, lo único que sabes con certeza es que no quieres hacerlo.

Levanto la pluma y dejo que el silencio llene el espacio. Mi mirada se desliza por el salón hasta detenerse en ella. Abril. Releo lo que acabo de escribir y algo me sorprende incluso a mí mismo: no escribí sobre el amor, escribí sobre ella. Cada palabra, cada frase... todo es un reflejo de lo que ella despierta en mí. Es como si mi corazón hubiera encontrado su voz a través de estas líneas.

Ella inclina la cabeza, concentrada en sus apuntes. Un mechón de su cabello cae sobre su mejilla y el impulso de apartarlo con mis dedos me golpea con fuerza. Millones de mariposas se agitan en mi pecho, como si mi corazón supiera algo que mi mente apenas está comenzando a entender. Y como si alguien hubiera encendido una luz dentro de mí, lo sé con una certeza que me aturde: estoy enamorado de ella. El peso de esta revelación me golpea como una ola. Me deja sin aliento, incapaz de pensar en otra cosa que no sea el suave contorno de su sonrisa y el brillo de sus ojos. Mis manos tiemblan al cerrar la libreta, tratando de recuperar algo de compostura.

Jack rompe el silencio del aula, anunciando que podemos salir y reunirnos con nuestras parejas para avanzar en la exposición. Pero sus palabras apenas son un murmullo distante para mí. Mis ojos se detienen en Abril, quien recoge sus cosas con una rapidez que no

puedo descifrar. La observo, como si pudiera grabar cada detalle de este momento. Porque, aunque ella no lo sepa, ya lo es todo para mí. Pero, antes de que pueda moverme, Abril sale corriendo del aula. Mi pecho se tensa. ¿Por qué se fue tan rápido? Me apresuro a guardar mis cosas, pero la figura de Cristóbal pasa junto a mí como una sombra, siguiendo a Abril por el pasillo. La ira se enciende en mi interior, caliente y abrasadora. No sé qué pretende, pero no pienso quedarme de brazos cruzados. Apenas doy un paso hacia la puerta, cuando la voz de Jack me detiene en seco:

—¡Alexander!

Cierro los ojos, tratando de calmar el torbellino que amenaza con salirse de control. Me giro hacia él con una paciencia que no siento.

—¿Qué necesita, profesor?

—Ven un momento, por favor.

Mis ojos se desvían hacia la puerta por donde Abril desapareció. Cada segundo que pierdo aquí se siente como una eternidad.

—Estoy bien aquí. Dígame qué necesita. —Mi tono es más seco de lo que pretendía, pero no me importa.

Jack suspira y señala la silla junto a su escritorio.

—Siéntate, Alexander.

—Prefiero quedarme de pie. —Cruzo los brazos, apretando los puños. La tensión en mi cuerpo crece con cada segundo que pasa.

—Continuarás la exposición solo.

Las palabras me golpean como un balde de agua helada.

—¿Qué? —Mi ceño se frunce.

Jack parece vacilar.

—A partir de hoy, Abril trabajará con Cristóbal.

La sangre hierve en mis venas.

—¿Por qué? —mi voz es baja, controlada, pero el enojo se filtra en cada palabra.

—La pareja de Cristóbal, Julieta, está incapacitada. Necesita a alguien que lo apoye.

—¿Y por qué precisamente Abril? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia él. Mis dientes rechinan al pronunciar cada palabra.

Jack parece incómodo. Se frota el cuello, evitando mi mirada.

—Fue por sugerencia de la señorita Mon-Ki.

Su nombre es como una chispa sobre un barril de pólvora. Aprieto la mandíbula, luchando por contenerme.

—¿Mon-Ki? —repito con un tono afilado—. ¿Y cuál fue su brillante argumento?

—Dijo que tú podías manejar la exposición solo y que ella estaría disponible para apoyarte.

—¿Eso dijo? —Mis palmas golpean el escritorio con fuerza. Jack retrocede ligeramente—. Con todo respeto, profesor, esto es una completa injusticia. Abril y yo ya hemos avanzado en el trabajo. Nadie tiene derecho a deshacerlo.

—Lo sé, Alexander, pero...

—No —lo interrumpo, enderezándome mientras mis puños se cierran con fuerza—. Seguiré trabajando con Abril.

Jack me observa con el ceño fruncido, pero no dice nada más. Me doy la vuelta antes de que pueda replicar. Pero me detengo en la puerta y lo miro.

—Dígale a Mon-Ki que, si tiene tantas ganas de ayudar, Cristóbal estará encantado.

Salgo del aula, dejando el sonido de mis pasos marcados en el suelo, y el corazón latiendo con furia en mi pecho. ¿Dónde está Abril? Recorro el instituto con pasos rápidos, ignorando a cualquiera que intente detenerme. La encuentro en el patio delantero, sentada en las gradas junto a Cristóbal. Ella se frota las manos, mientras él se inclina hacia ella, demasiado cerca para mi gusto. ¿La está incomodando ese imbécil? Me acerco, con decisión.

—El maestro te espera en el salón. —Miro fijamente a Cristóbal.

Él se pone de pie, lanzándome una mirada que apenas registro, y se aleja con lentitud, como si esperara que lo llamaran de vuelta. Abril lo ignora, pero sus ojos marrones encuentran los míos. Parecen confundidos y se agrandan con una mezcla de sorpresa y algo que no alcanzo a descifrar. Me siento donde él estaba, dejando claro que este es mi lugar.

—¿Qué haces? —pregunta ella, arqueando una ceja.

—Me siento junto a ti. —Dejo que una leve sonrisa cruce mi rostro, esperando romper la tensión.

—Creo que te equivocaste de persona. —Desvía la mirada y cruza los brazos, como si quisiera poner una barrera entre nosotros—. Tu nueva compañera tiene ojos coreanos —su tono sale cargado de ironía, pero sus ojos tristes la traicionan.

—Tú eres mi única compañera —mi voz baja un poco, más suave. Intento captar su mirada, pero ella mantiene la vista en el suelo—. No me digas que te quieres librar de tus responsabilidades.

—Supongo que Jack no te dijo cuál es tu lugar ahora. —Me mira y agacha el rostro.

—Sí me lo dijo. —Me encojo de hombros, restándole importancia —. Pero no me importa.

Sus ojos se ensanchan.

—¿Cómo que no te importa? —Frunce el ceño, inclinándose ligeramente hacia mí. Esa expresión, esa mezcla de incredulidad y desafío, me hace sonreír por dentro.

—Y tú, ¿no le reclamaste? —desvío la conversación. La respuesta me interesa más de lo que debería.

—Claro que sí. Pero parece que mi opinión no le importa. — Suspira, dejando caer la barbilla en sus manos.

—¿Qué le dijiste? —pregunto, inclinándome un poco hacia ella.

—Que nosotros ya íbamos en la parte práctica.

Su respuesta me arranca una sonrisa interna. Qué ingeniosa.

—¿Y qué respondió?

—Por suerte, no recordó que nuestro tema es el amor. —Se ríe sin ganas, con su voz teñida de frustración—. Pero no pude hacer nada. Nos tocó hacerle caso.

—A mí no me importa lo que él diga —mi tono se vuelve más serio, más firme.

—¿No tienes miedo de lo que te pase? —sus palabras son un susurro, pero llevan un peso que me golpea más fuerte de lo que esperaba.

—No —mi respuesta es inmediata, casi instintiva. La miro directo a los ojos, dejando que vea que no miento.

Ella ladea la cabeza, evaluándome.

—Cierto, eres el hijo del director.

Frunzo el ceño. Esa verdad me golpea.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada. —Se encoje de hombros, pero su voz suena más apagada —. Tú puedes librarte del castigo, pero yo no.

—¿En serio crees que estoy exento de consecuencias? —pregunto, con un tono más duro del que pretendía.

—No es eso, Alex. —Suspira, como si le doliera cada palabra—. Por favor, llama a Cristóbal.

Un dolor agudo, inexplicable, se clava en mi pecho. Sus palabras son como un puñal directo al pecho. Mi mandíbula se tensa, y la observo en silencio, esperando algo más, alguna señal de que no lo dice en serio. Pero no llega. Ella levanta la vista, pero no me mira realmente. Es como si estuviera viendo a través de mí, como si ya hubiera decidido rendirse antes de intentarlo. El peso de su rechazo, aunque disfrazado de pragmatismo, se instala en mi pecho y no sé qué hacer.

—¿Para qué? —pregunto.

—Para hacer el trabajo —su respuesta suena simple, casi mecánica.

—No lo necesitas a él. —Mi mirada se encuentra con la suya y hay algo en sus ojos que me desarma por completo.

—¿Y a ti sí?

La pregunta me golpea con más fuerza de la que esperaba. Intento responder, pero las palabras se quedan atascadas. Desvío la mirada, intentando evitar lo obvio.

—No es así —mi voz apenas es un susurro, esquivando su pregunta—. No me libro de los problemas por ser el hijo del director.

—Solo bromeo —su tono es ligero, pero hay algo más profundo escondido en sus palabras—. Quizás tengas mayores consecuencias por eso.

La forma en que lo dice me incomoda. Me tensa.

—¿No quieres que esté contigo? —pregunto, más directo de lo que pretendía.

Su expresión cambia de sorpresa a algo que no puedo descifrar.

—¿Perdóname? —Frunce el ceño—. ¿Insinúas que soy yo la que no quiere estar contigo?

—Me refiero a la exposición —miento y sé que ella lo sabe.

—Ah, ¿sí? —Sus ojos brillan con un desafío que me encanta y me pone en jaque al mismo tiempo—. Pues, para que lo sepas, quiero exponer con Cristóbal.

Dejo escapar una carcajada antes de poder detenerme.

—No sabes mentir.

Su mandíbula cae ligeramente y sus ojos me miran como si acabara de cometer un crimen imposible.

—¿Acabas de reírte? —pregunta.

—¿Por qué te sorprende? —Frunzo el ceño, fingiendo confusión.

Ella revisa su reloj, exagerando el gesto.

—Me has mostrado tu risa dos veces en... —hace una pausa— diez minutos.

Sus labios se curvan en una sonrisa y el brillo en sus ojos hace que el aire entre nosotros se cargue de algo eléctrico.

—¿Acaso estoy en uno de mis sueños? —dice, apoyando el codo en su rodilla y la barbilla en su mano.

No puedo evitar reír de nuevo y, esta vez, el sonido es más fuerte, más sincero.

—Qué chistosa eres. —Sacudo la cabeza, permitiendo que la tensión de mis hombros desaparezca.

—No te había oído reír así. —Sus ojos brillan como si estuviera viendo algo precioso—. Es encantador.

Sus palabras me desarman, pero no lo dejo ver. En lugar de eso, me acerco un poco más, apoyando mi codo en la rodilla para estar a su altura.

—¿Por qué te quedas callado? —pregunta, inclinándose hacia mí, como si quisiera sacar algo de mí que ni yo mismo estoy listo para dar.

—Las palabras sobran.

Mi respuesta es corta, pero suficiente para llenar el espacio entre nosotros. Me acerco sin pensarlo, como si algo más grande que mi voluntad me empujara hacia ella. Mi brazo se mueve por sí solo, deslizándose suavemente sobre sus hombros. Al principio, se tensa, pero luego se relaja contra mí, apoyando la sien en mi pecho. Su respiración se mezcla con la mía, sincronizándose en un ritmo que me parece perfecto. Mis dedos se pierden en su cabello, deslizándose entre los mechones con una suavidad que apenas logro controlar. Hay algo mágico en la forma en que su cuerpo encaja contra el mío, algo que no puedo explicar, pero que se siente tan natural, tan correcto.

—Alexander... —susurra, su voz tiembla ligeramente.

—Dime —mi respuesta es igual de suave, como si temiera romper el hechizo de este momento.

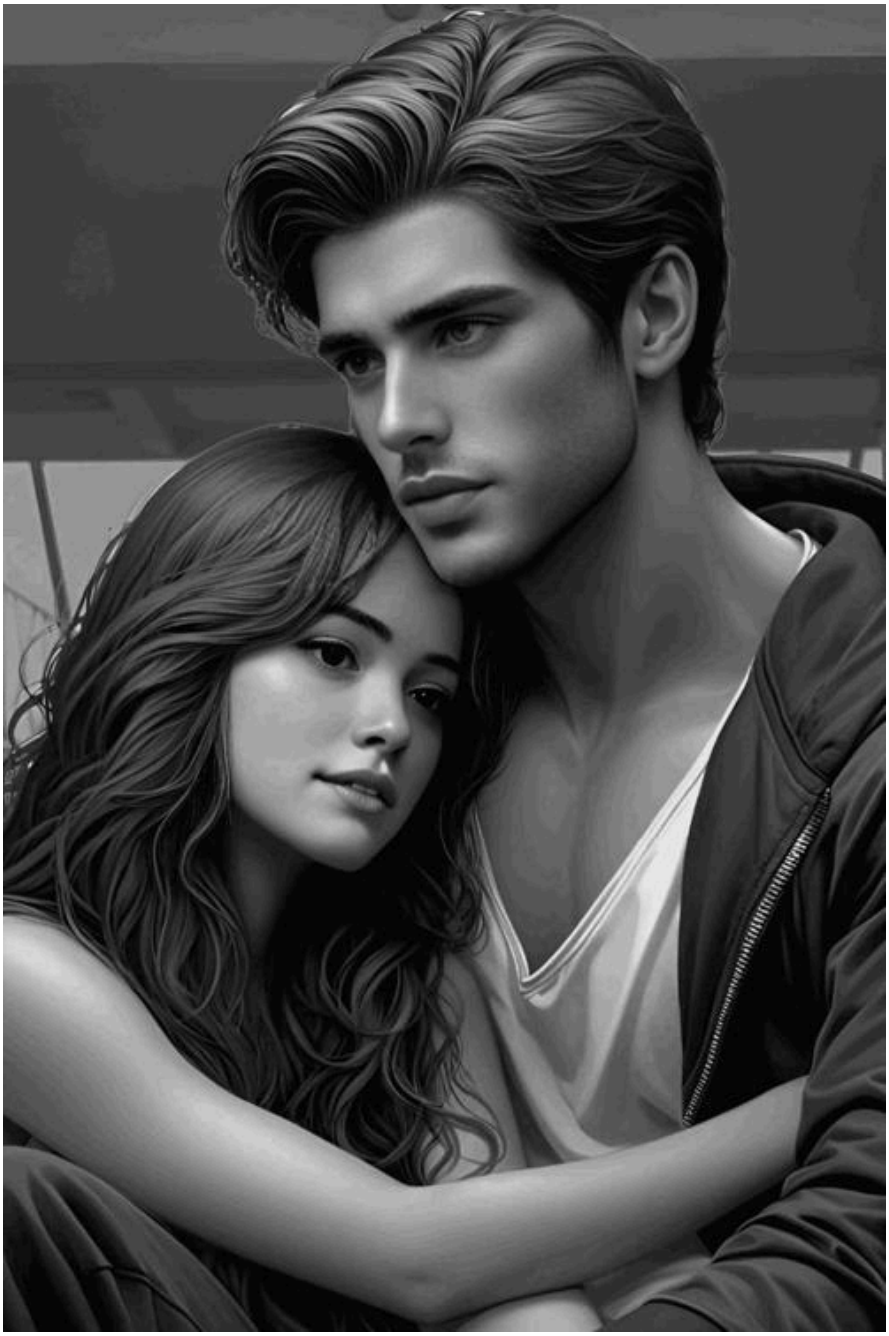
Ella levanta la cabeza, sus ojos se clavan en los míos, y el tiempo parece detenerse. Sus labios se abren ligeramente, como si fuera a decir algo, pero cambia de opinión.

—Nada —sonríe, pero hay algo detrás de esa sonrisa, algo que me invita a quedarme, a seguir explorando cada rincón de su ser.

Cierro los ojos, inhalando su aroma, dejando que su cercanía se grabe en mi memoria.

—Abril... —empiezo, pero me detengo, incapaz de encontrar las palabras que quiero decir.

Ella no responde. Solo se queda en mis brazos y el silencio entre nosotros no se siente incómodo. Se siente como paz. Cada segundo a su lado es un regalo, un eterno suspiro de felicidad. Todo lo que nos rodea desaparece: el ruido del mundo, el tiempo que avanza sin piedad, todo se desvanece. Solo estamos nosotros, aquí y ahora. Este es nuestro universo y nada más importa. Su cuerpo cálido y frágil en mis brazos hace que mi corazón se desborde, pero a la vez, me da una fuerza inmensa. Ella es mi debilidad, mi razón de ser, pero cuando la tengo cerca, me siento capaz de protegerla de todo, de cualquier sombra que intente empañar su luz. No quiero soltarla, no quiero que este momento termine, porque podría ser la última vez que la tenga tan cerca, tan mía.



Capítulo 20

La sombra del pasado



Alexander

Como siempre, lo bueno se acaba antes de tiempo. Y esta vez, se siente como una bofetada que nos devuelve a la rutina. El receso terminó y no podemos quedarnos aquí, en esta burbuja de paz. Ella se separa de mí con cuidado, como si temiera romper algo más que la cercanía que compartimos. Su mirada baja, evitando la mía, y me invade una extraña sensación de pérdida.

—¿Ya? —murmuro, casi para mí mismo.

—El mundo llama. —Sonríe débilmente mientras se levanta, sacudiendo el polvo invisible de su ropa.

Recojo los libros que quedaron olvidados en el asiento y los coloco en su mochila. Es un gesto simple, pero me aferro a él como si fuera la última oportunidad de permanecer cerca de ella.

—Hoy no hay tercera clase —rompo el silencio mientras le paso sus cosas.

—Lo sé. —Ella me lanza una mirada rápida, como si no supiera qué más decir.

El aire entre nosotros se siente cargado, lleno de palabras no dichas, pero ninguno de los dos parece capaz de romper esa barrera invisible.

—Supongo que nos veremos el lunes —su voz tiembla al final y no sé si es mi imaginación o si realmente está tan nerviosa como yo.

—Por supuesto —intento sonar tranquilo, pero hay algo en mi pecho que grita que no quiero dejarla ir—. Descansa en casa.

Ella asiente, pero, en lugar de marcharse, se queda sosteniendo la correa de su mochila con ambas manos.

—Gracias, Alex. Por todo. —Sus ojos se encuentran con los míos y la vida se pone en pausa.

Abro la boca para decir algo, cualquier cosa, pero no puedo. Es como si mi mente se hubiera quedado en blanco, atrapada en ese momento fugaz. Abril se inclina hacia mí y me da un beso suave en la mejilla. Es apenas un roce, pero siento como si hubiera dejado una marca imborrable en mi piel.

—Nos vemos luego —su voz es apenas un susurro cuando se aleja.

Mis dedos tocan el lugar exacto donde sus labios me rozaron, como si necesitara confirmar que no lo imaginé. La sensación es cálida, casi ardiente, y me deja congelado en mi lugar mientras ella camina hacia su amiga, que la espera en la salida. Rachel me lanza una mirada inquisitiva, una mezcla de diversión y sospecha que no puedo descifrar. Abril no le dice nada, simplemente se une a su lado y ambas desaparecen entre la multitud. Su silueta se desvanece en la distancia y se me forma un nudo en el pecho que no sé cómo desatar. ¿Por qué cada despedida con ella se siente como un adiós más grande de lo que debería ser? El aire en la oficina de mi padre es denso, cargado de autoridad y de los secretos que siempre parecen flotar en este lugar. No espero a que me invite a entrar. Abro la puerta de golpe y avanzo hasta su escritorio como un huracán. Él, como siempre, ni se inmuta. No levanta la mirada de sus papeles.

—¿Por qué permites que Mon-Ki tome decisiones en este instituto? —pregunto, dejando que mi voz rebote en las paredes mientras me planto frente a él.

—No sé de qué hablas —responde, calmado, como si estuviera lidiando con un niño caprichoso.

—No te hagas el desentendido —replico, cruzando los brazos.

Se quita las gafas con una lentitud exasperante y me clava una mirada que debería intimidarme, pero no lo logra.

—Ah, ya entiendo. Mon-Ki mencionó algo sobre el cambio de parejas en la exposición. —Deja las gafas sobre el escritorio y junta las manos frente a él, como si quisiera tener todo el control.

—¿Por qué Abril? —exijo, apretando los puños.

—¿Por qué no? Eres inteligente, Alexander. No necesitas una compañera para destacar. —Su respuesta me golpea como un balde de agua fría, pero no bajo la guardia.

—No se trata de mí. —Me inclino sobre el escritorio, mirándolo directamente a los ojos—. ¿Por qué ella, cuando hay otras personas que podrían haber ayudado a Cristóbal?

Mi padre se recuesta en su silla, evaluándome con una calma que solo sirve para encender más mi furia.

—Mon-Ki me sugirió el cambio. Es mejor para todos. Cristóbal necesitaba apoyo y tú puedes manejarlo solo. Además, Mon-Ki quiere ayudarte con el proyecto.

La mención de su nombre hace que algo se retuerza en mi interior. Aprieto el borde del espaldar de la silla frente a mí, conteniendo las ganas de estallar.

—¿Y tú simplemente haces lo que Mon-Ki sugiere? —pregunto, tratando de mantener la calma.

—Mon-Ki tiene buenas intenciones —responde, con ese tono condescendiente que siempre utiliza cuando quiere justificar lo injustificable.

No puedo más. Golpeo la mesa con las palmas y el sonido retumba en la oficina.

—No quiero que Mon-Ki se acerque a mí. Y menos a costa de Abril.

Mi padre me observa fijamente, sus ojos se entrecierran.

—¿Desde cuándo te importa tanto esa chica?

Trago saliva, consciente de que he dicho demasiado.

—Eso no importa —intento desviar la conversación, pero él ya ha captado algo. Se nota en su mirada.

—¿Te gusta? —insiste, inclinándose hacia mí.

Me quedo en silencio, pero mi respiración agitada me delata. Él lo sabe.

—Te advertí que no te involucraras con ella. —Su tono se vuelve más duro, más frío—. ¿Quieres acabar como yo?

—No soy como tú —mi voz sale cargada de veneno.

—¿No? —Su ceja se arquea con burla—. Escucha, Alexander, las mujeres no son para enamorarse; son para divertirse. Y si vas a involucrarte con alguien, asegúrate de que sea alguien que pueda aportar algo a tu futuro; esa chica no tiene nada que ofrecerte.

Cada palabra suya me golpea como un puñetazo en el estómago. Mi mandíbula se tensa y mis manos se cierran en puños mientras habla con esa frialdad calculada.

—No soy como tú; nunca utilizo a nadie para divertirme. Siempre he preferido estar solo porque nunca me había interesado nadie.

—Hasta ahora, ¿verdad? —inquiere con una sonrisa ladina.

—¿Crees que puedes controlarme? —pregunto, dando un paso hacia él—. No necesito tus consejos ni tus advertencias.

—Te estoy protegiendo de cometer el mismo error que yo cometí —su voz sube un poco más y su mirada se endurece—. Aléjate de ella, Alexander; es por tu bien.

—No tienes ni idea de lo que es «mi bien» —escupo las palabras y golpeo la mesa de nuevo, esta vez con tanta fuerza que el cigarrillo que sostenía cae al suelo.

Él se pone de pie, enfrentándome. Su figura imponente no me intimida, pero su furia es palpable.

—Te advierto, Alexander. Si sigues con esto, ella va a salir lastimada. ¿Es eso lo que quieres?

Sus palabras caen como un balde de agua helada. La imagen de Abril herida, vulnerable, aparece en mi mente, y algo dentro de mí se quiebra. Me doy la vuelta y salgo de su oficina, cerrando la puerta de un portazo que hace temblar las paredes. En el exterior, el aire fresco golpea mi rostro, pero no alivia la tormenta que ruge en mi interior. Miro al cielo, buscando respuestas que no llegan. ¿Qué debo hacer ahora?

Abril

El cacareo del gallo me despierta. Cubro mis oídos con la almohada, pero su canto agudo perfora mis tímpanos como un taladro en plena faena.

—¡Maldito pájaro! —gruño, girándome en la cama.

Hoy no tenía que madrugar, y ese emplumado insiste en arruinarme la mañana. Tendré que hablar seriamente con él. Tal vez incluso convocar una reunión y plantearle un tratado de paz: «Sábados y domingos, silencio absoluto antes de las nueve». Estoy segura de que mis vecinos holgazanes me apoyarían. Me levanto, recordando lo que mi madre me dijo anoche: la heladería está vendida. Fin de mi era como vendedora de helados. ¡Adiós a las propinas y a los niños pegajosos que siempre preguntaban si el chocolate era de Nutella! Suspiro. Necesito un nuevo trabajo. Pero antes, un desayuno decente: huevos rancheros. Abro la despensa, saco lo necesario y voy a buscar los huevos en la canasta de mimbre.

—¿Qué carajos?

No hay nada. Hago un puchero digno de un niño que acaba de perder su chupeta. Ni huevos, ni desayuno decente. Aún con la bata blanca de dormir, me pongo una chaqueta larga y bajo a comprar los dichosos huevos. Pero apenas abro la puerta, casi me da un infarto.

—¡Madre, qué susto! —Me llevo la mano al pecho.

—Buenos días. —Cristóbal sonríe como si hubiera comido un kilo de gominolas y estuviera experimentando una euforia azucarada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con los ojos como platos.

—Vine para empezar el trabajo.

Me quedo boquiabierta. ¿Trabajo? ¿Qué trabajo?

—¿Quién te dio mi dirección? —pregunto, intentando procesar la situación.

—Allen. Me dijo que, si no querías trabajar conmigo aquí, probablemente tampoco querrías verme nunca más, pero me arriesgué. —Su sonrisa ladeada me saca de quicio y, al mismo tiempo, me demuestra que tiene agallas.

—Mmm, ya veo. —Me rasco la cabeza—. Pensé que Alex seguiría trabajando conmigo.

Cristóbal frunce el ceño.

—¿Disculpa?

—Nada, olvídalo. —Intento sonreír para suavizar la tensión—. No puedo reunirme contigo ahora; tengo que comprar huevos para desayunar.

—Te acompaño. —Encoge los hombros como si fuera lo más normal del mundo.

No me quedan muchas opciones, así que asiento. Caminamos juntos un par de cuadras, y aunque al principio me incomoda, su actitud tímida empieza a relajarme. Parece un chico nervioso en su primera cita y eso me saca una sonrisa. Volvemos a casa con las compras y le pido que espere mientras me cambio. Sale al porche y se sienta en las escaleras como un explorador con su mochila lista para la aventura. Cinco minutos después, salgo y... no está. Escruto los alrededores, pero Cristóbal ha desaparecido.

—¿Qué demonios? —Frunzo el ceño, rascándome la cabeza.

Termino mi desayuno en soledad, diciéndome que no importa, aunque sigo mirando por la ventana cada cinco minutos. El resto de la mañana pasa volando y al mediodía llego a la heladería. El lugar

sigue lleno de recuerdos y un nudo comienza a formarse en mi garganta. Me preparo un último helado de chocolate con maní, pero apenas lo termino, las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas.

No tengo mucho tiempo para lamentarme: los nuevos dueños llegan puntuales. Intento sonreír mientras les entrego las llaves, pero cuando empiezan a cargar las heladeras al camión, algo se rompe dentro de mí. El local vacío no huele a nada, y las cuatro paredes parecen murmurar una despedida. Aprovecho un momento a solas para soltar las últimas lágrimas antes de cerrar la puerta por última vez. Decido pasar por casa de Rachel en busca de consuelo.

—¡Nada de lloriqueos! —me dice, poniendo las manos en las caderas—. ¡Vamos al centro comercial y almorzamos algo rico!

Acepto sin dudarlo. En el restaurante, la camarera nos guía a una mesa en la esquina y nos entrega el menú con una sonrisa. Me sumerjo en la carta, tratando de decidir entre una pasta cremosa y un pollo agridulce, cuando Rachel me saca de mi trance con un grito que hace eco en todo el lugar.

—¡Camarones!

—¿Qué te pasa? —Frunzo el ceño—. No hace falta gritar, la camarera volverá...

—No, tonta, ¡mira detrás de ti!

Me giro y me quedo sin habla: Alexander entra al restaurante con la asiática y se sientan en una mesa cercana.

Capítulo 21

Un enigma llamado Alexander

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Alexander gira el rostro hacia nosotras, y yo aparto la mirada con la rapidez de quien ha robado un banco. Rachel, en cambio, se cubre la cara con la cartilla del menú, aunque su disimulo parece el de una niña jugando a las escondidas detrás de una hoja de papel.

—¿Quién es esa? —susurra, asomando apenas los ojos por encima del menú.

—La coreana de la que te hablé ayer —contesto en el mismo tono, aunque mi voz podría desmoronarse de los nervios.

—No la vi en el instituto.

—Es que solo estuvo en mi clase y por suerte.

Mis ojos quieren mirar, necesitan mirar. La tentación de girar el cuello es como si alguien me ofreciera un chocolate en plena dieta. Pero resisto apenas. Rachel, por supuesto, no tiene ese problema. Ella los estudia como si fueran un raro espécimen en peligro de extinción.

—¿Por qué crees que Alexander está con ella? —me lanza la pregunta como si estuviera resolviendo un misterio policial.

—No lo sé, pero parece ser una gran amiga de su familia. Además, es la directora de la otra sede de Corea —digo las palabras tratando de sonar indiferente, aunque por dentro hay un volcán a punto de hacer erupción.

—De todas formas, tenemos que espiarlos —decide Rachel, dejando el menú en la mesa con un golpe dramático.

—Hazlo tú, que estás de cara hacia ellos. Yo no puedo.

—¿Y si cambiamos de sitio?

—¡No, Rach! Alexander me reconoce hasta de espaldas y Monkey también me conoce. Mejor préstame algo para cubrirme.

Rachel, como buena amiga y algo maquiavélica, saca una boina y unas gafas oscuras de su bolso.

—Las mujeres siempre estamos preparadas para una emergencia, querida —dice, poniéndose las gafas con un aire de agente secreto.

Me pongo la boina, ajustándola como si fuera un casco antes de una batalla.

—Bien, ¿qué están haciendo?

La mesera llega, pero ninguna de las dos ha elegido nada del menú, así que Rachel pide «lo que sea» mientras yo trato de no desmayarme.

—Por ahora nada emocionante. El mesero ya tomó su orden —me informa Rachel, como si estuviera narrando un partido de fútbol.

Doy un sorbo de agua, intentando tragarme la bola de angustia que se ha instalado en mi garganta.

—¿Y ahora? —insisto, mordiéndome las uñas.

—Nada, él habla y ella parece no prestarle atención. —Rachel arruga la frente—. Por cierto, ¿siempre es tan serio?

—Con todos, menos conmigo —digo sin pensar y me arrepiento al ver la sonrisa de Rachel.

—¡Añañai! —canturrea—. Eso es porque le importas, amiga.

El calor sube a mis mejillas como un termómetro en verano, y trato de esconderlo detrás del vaso de agua.

—¿Qué hacen ahora?

—Él sigue hablando con cara de «odio al mundo» y ella lo ignora olímpicamente. ¡Espera! ¡Le está tocando el brazo!

—¡¿Qué?! —Me giro tan rápido que casi me descoyunto el cuello.

—Tranquila, Alex se lo quitó de inmediato. —Sonríe Rachel—. ¡Amiga, tu hombre sabe marcar límites!

—Rach, no es mi hombre.

—Pero quiere serlo —replica ella, ignorándome.

—¡Silencio! —la interrumpo cuando su expresión cambia—. ¿Qué pasa?

—Se levantó. Parece que se va.

—¿Tan rápido?

—¡Mejor, pendeja! Está con otra.

Touché. Bajo la cabeza, apoyando la cara en mis manos, cuando Rachel suelta un pequeño grito.

—¡La mujer también se levantó! Intentó tomarlo del brazo, pero él se apartó. Ahora... ¡Oh, mierda, lo intentó besar!

Me giro de golpe, pero Alex ya se aleja, mientras que la coreana se queda de pie, fulminándolo con la mirada.

—¡Maldita zorra! —gruño, golpeando la mesa con el puño.

—Relájate, ni siquiera lo besó. Él esquivó el ataque como un ninja.

Eso me calma un poco, pero no lo suficiente como para bajar mi furia.

—Vamos, Rach. Perdí el apetito.

—De acuerdo —dice, leyendo mis pensamientos—. Pedimos algo para llevar y nos largamos.

Nos levantamos justo cuando la asiática se va al baño. Es la oportunidad perfecta.

—Espérame aquí —le digo a Rachel.

—No me digas que...

—Lo haré.

Camino hacia la mesa de Monkey, tomo su bolso y regreso como si nada. Rachel me mira con los ojos abiertos como platos. Me encojo de hombros.

—Ignoremos el séptimo mandamiento por hoy.

—Mañana nos confesaremos. —Rachel me guiña un ojo.

Nos escondemos detrás de unas palmeras y esperamos pacientemente. La asiática regresa a su mesa, mira alrededor, busca bajo la silla y su rostro se vuelve pálido.

—No tiene ni idea de qué hacer —susurra Rachel entre risas.

Cuando intenta salir del restaurante, los guardias la detienen. Al parecer, no pagó la cuenta. Después de unos minutos de discusiones, la llevan a la cocina.

—Amiga, esto es mejor que una telenovela —dice Rachel, secándose las lágrimas de risa.

Una mujer regordeta le entrega un delantal. La coreana se lo pone de mala gana y entra a la cocina con las mejillas encendidas como un semáforo.

—¿Fregando platos? —Ríe Rachel—. Justicia divina.

Nos alejamos corriendo. El eco de nuestras carcajadas resuena en todo el centro comercial, y aunque me siento un poco culpable, tengo que admitirlo: hoy gané esta batalla. Nos subimos al bus, intentando contener las carcajadas, pero nuestras mejillas ya nos duelen de tanto reír. Rachel no puede esperar y abre el bolso de la coreana como si estuviera desentrañando un tesoro perdido.

—Diosito, perdónanos por husmear —digo, aunque no tengo intenciones de detenerme.

Entre documentos, un fajo de billetes que me hace reconsiderar mi vocación académica y un montón de tarjetas, mi mano se topa con algo en un bolsillo secreto. Lo saco. Una foto. Mis ojos se desorbitan. Es Alexander. Casi desnudo. Una toalla blanca le cubre apenas la cintura y otra descansa despreocupada sobre sus hombros. Tiene el cabello mojado y, por su expresión distraída, parece haber sido tomada mientras salía de la ducha.

—¡¿Qué demonios?! —Rachel se inclina hacia mí y suelta un grito ahogado—. ¡Es una acosadora profesional!

—¡Desgraciada hija de puta! —Aprieto los dientes.

Un par de pasajeros curiosos se voltean hacia nosotras y Rachel disimula fingiendo leer un folleto turístico.

—Alexander tiene que saber esto —afirmo con la seriedad de quien está por salvar al mundo.

—¿Y si ya lo sabe? —Rachel enarca una ceja, sembrando una semilla de duda que se enreda en mi mente—. Dices que sospechas que sufrió una traición amorosa. ¿Y si esta es la perra traidora? ¿Qué tal si ellos dos tuvieron algo?

La posibilidad me golpea como un balde de agua fría.

—Él me dijo que pasó casi toda su vida en Corea. Y ella es coreana.

Rachel asiente, como si hubiéramos resuelto un caso en *ID*.

—¿Vas a decírselo? Porque eso significaría confesarle que robamos el bolso.

—Mierda —resoplo. Me siento atrapada entre la lealtad y la vergüenza. Pero miro la foto nuevamente y mi furia vuelve a encenderse—. Sea como sea, esa foto fue tomada sin su consentimiento. Tuvieran algo o no, lo fotografió a escondidas.

Mi respiración es un horno.

—Por lo menos ya no tiene esta foto. —Rachel intenta sonar positiva.

—Espero que sea la única.

Llegamos a su casa y pedimos comida china, porque es imposible conspirar con el estómago vacío. Christopher se une a nosotras y su mezcla de sarcasmo y estupidez hace que me relaje por primera vez en todo el día.

El fin de semana transcurre en casa de Rachel, con la foto escondida en mi bolso, pero el domingo por la noche, cuando Christopher me deja en casa, no puedo resistirme. Acurrucada en mi cama, saco la foto de Alexander y la miro fijamente.

—¡Qué bombón de rechupete! —susurro para mí misma, roja como un tomate y la escondo bajo la almohada—. Se quedará allí hasta

que él mismo la encuentre.

El nuevo gallo vecino me despierta antes de que el sol siquiera considere aparecer. Ya no sé si quiero un despertador o un rifle. Camino como un zombi hacia la ducha, mi mente sigue atrapada en la escena del sábado. Me visto rápido y salgo al instituto, donde mi exposición de neurociencia me espera con los brazos abiertos... y vacíos, porque no he avanzado nada. Llego al instituto y, como si el universo se empeñara en hacerme tropezar con mis emociones, me encuentro a Alexander, justo en la entrada, y el simple hecho de verlo hace que mi corazón dé un brinco.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal tu fin de semana? —pregunto con una sonrisa que espero no se vea tan nerviosa como me siento.

Él se detiene apenas lo suficiente para levantar la vista y responder:

—Disculpa, tengo que irme.

Una curva mínima asoma en sus labios, pero desaparece tan rápido como llegó, perdiéndose entre la multitud de alumnos. ¿Qué bicho le picó? Mi estómago se hunde como si alguien hubiera tirado de una cuerda invisible. Lo sigo hasta el aula, con la esperanza de que, al menos, pueda explicarme por qué actúa así. Pero ya está en su asiento, aparentemente inmerso en su cuaderno. Paso cerca de él, fingiendo buscar algo en mi mochila, esperando que levante la vista, aunque sea un poco. Pero nada. Su atención sigue clavada en las páginas como si el futuro de la humanidad dependiera de ello.

Durante la clase, trato de concentrarme, pero mi mirada regresa a él una y otra vez. Cada vez que lo miro, espero encontrarlo observándome, aunque sea de reojo, pero no ocurre. Es como si hubiera construido un muro invisible entre nosotros. ¿Qué está pasando por su cabeza? La clase termina y dejo que Cristóbal me arrastre fuera del aula para trabajar en la exposición. No tengo energía para discutir con él sobre lo que realmente quiero hacer: quedarme en el aula y descubrir qué le pasa a Alexander.

Para mi sorpresa, la actitud coqueta de Cristóbal se ha desinflado y en su lugar me lanza chistes tan malos que termino riéndome a carcajadas. Es un alivio inesperado, pero mi mente sigue en otro lugar. Entre risas, mis ojos lo buscan, como si tuvieran vida propia. Lo encuentro, sentado bajo un árbol, escribiendo en su libreta. Su cabello se mueve ligeramente con el viento y su postura relajada parece contradecir la intensidad que siempre lleva en la mirada. Parece absorto, hasta que levanta la vista y me mira. Es solo un segundo, pero mi alma se estremece. Sus ojos se encuentran con los míos y el aire se siente más pesado, como si todo el patio se hubiera reducido a este momento entre nosotros. Cierro los ojos, dejándome llevar por una fantasía que se siente tan real que casi puedo tocarla. En mi mente, camino hacia él, mis pasos son ligeros, casi flotando. Me acerco por detrás y cubro sus ojos con mis manos frías.

—¿Quién soy? —pregunto con un tono juguetón.

Él se estremece al contacto, pero su respuesta es inmediata, como si no hubiera ninguna duda.

—Mi chica —su voz es baja, cargada de algo que me derrite por completo.

Me siento sobre sus piernas y le beso suavemente los labios. Sus manos se aferran a mi cintura, y en su abrazo encuentro un refugio que jamás había conocido.

—Abril, ¿qué estás haciendo? —la voz de Cristóbal me arranca de golpe de mi fantasía, como una cubeta de agua fría.

Abro los ojos y él me mira como si acabara de ver un fantasma.

—¿Estás bien? Cerraste los ojos y empezaste a sonreír, pero luego parecía que ibas a llorar.

Intento reírme para disimular, aunque mi pecho sigue apretado por la intensidad de lo que acabo de imaginar.

—Perdón, me distraje.

Cristóbal me estudia, arqueando una ceja.

—¿Estás segura de que estás bien de la cabeza?

—Tal vez no. —Me encojo de hombros, tratando de parecer despreocupada—. Puede que esté un poco loca.

—Es oficial. Eres la persona más rara que he conocido.

—Y tú el más pesado. —Le doy un pequeño golpe en el hombro, agradecida de que no insista más.

Sin embargo, mi mirada regresa al árbol, donde hace unos segundos estaba Alexander. El vacío no es solo en el patio. Es en mí. La ausencia de Alexander pesa más de lo que debería. El día pierde su color y el zumbido de las conversaciones y las risas de los demás se vuelven lejanos, irrelevantes.

Capítulo 22

Lo que no dijo

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Durante la última clase, Alexander no me miró ni una sola vez. Ni siquiera un segundo. La ausencia de su mirada, esa que solía calmarme y darme un respiro en medio de la tormenta, ahora me pesa más que cualquier palabra que pudiera haber dicho. La clase termina y los futuros psicólogos se marchan, dejando el aula vacía. Solo quedamos él y yo. La tensión en el aire es palpable, casi asfixiante, pero también me da la oportunidad que he estado buscando. Alexander sigue sentado, escribiendo en su libreta con una calma exasperante, como si yo no existiera, como si el mundo no estuviera a punto de explotar dentro de mí. Me tomo unos segundos para reunir valor mientras finjo recoger mis cosas. Las manos me sudan y mi corazón late tan fuerte que temo que él pueda escucharlo. Tomo aire y me planto frente a él.

—¿Qué te pasa? —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, pero por dentro estoy temblando.

Alexander alza la vista, apenas un segundo, lo suficiente para que sus ojos azules se crucen con los míos. Pero lo que encuentro en ellos no es la calidez que solía desarmarme, sino una frialdad que no reconozco. Antes de responder, cierra su libreta con un chasquido seco, como si sellara algo más que sus notas.

—Debo irme, Abril. —Se levanta de un salto, como si quedarse un segundo más a mi lado fuera peligroso.

—¿Por qué huyes de mí? —las palabras escapan de mis labios antes de que pueda detenerlas.

Alexander se detiene, pero no me mira. Guarda sus cosas con movimientos mecánicos, y el silencio que deja en el aire es más doloroso que cualquier respuesta.

—No estoy huyendo —su tono es frío, distante, casi clínico.

—Entonces mírame —mi voz tiembla, pero sigo adelante—. Dime a la cara qué está pasando contigo.

Levanta la vista, pero su expresión es impenetrable, como si llevara puesta una máscara que lo separa de mí.

—No tengo tiempo para esto.

Sus palabras me atraviesan como un cuchillo. La indiferencia en su tono es un muro que no sé cómo escalar. Agarra su mochila y se dirige hacia la puerta sin darme otra oportunidad de detenerlo. No lo pienso más. No puedo dejarlo ir así.

—¿Acaso te enamoraste? —las palabras salen de mí como una bala, rápidas y desesperadas.

Alexander se congela a mitad del camino y el tiempo parece detenerse. Mi corazón está a punto de estallar. Se gira apenas, lo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—En tus sueños, tal vez.

Su respuesta cae como una piedra en mi pecho, hundiéndome en un silencio que no sé cómo llenar. La puerta está a centímetros de abrirse, pero corro para interponerme entre él y la salida. El pecho me sube y baja, tanto por el esfuerzo como por el nudo de palabras que pugnan por salir de mi garganta.

—Pues sabes que sí —mi voz tiembla, pero me obligo a sostenerle la mirada—. En mis sueños, al menos, tienes el valor de quedarte.

Mis palabras golpean su compostura. Aunque su rostro sigue siendo una máscara impenetrable, la tensión en su mandíbula delata

el impacto. Da un paso hacia mí y el aire entre nosotros se carga. El espacio se reduce tanto que el calor de su cuerpo me envuelve.

—Si en tus sueños soy tan valiente... —su voz es baja, casi un susurro, mientras inclina la cabeza hacia mí—, entonces sigue soñando.

El guiño que me dedica no tiene nada de encantador esta vez; duele. Y cuando su mano roza mi cintura al girarse hacia la puerta, el contacto me deja sin aliento. No sé si es una despedida o una advertencia, pero no voy a dejarlo así. Antes de que pueda abrir, me muevo rápido, apoyando mi espalda contra la puerta.

—¿Qué pasa, Alexander Allen? —las palabras salen temblorosas, pero no me detengo. Mi mano toma su brazo, deteniendo el movimiento de su mano en el pomo—. ¿Te asusta lo que sientes?

Él cierra los ojos y su respiración se vuelve pesada, como si estuviera librando una guerra interna. Cuando vuelve a abrirlos, algo en ellos cambia: una tormenta de emociones que no logra esconder.

—No sé de qué está hablando.

Su tono es frío, distante. Incluso cambia al «usted», como si eso pudiera levantar un muro entre nosotros.

—No te creo.

Mi voz sale más firme de lo que esperaba, pero mi interior tiembla. Su mirada se endurece. Sus siguientes palabras son como un golpe directo al pecho:

—Es mejor que se mantenga alejada de mí, Abril. —El temblor en su mandíbula traiciona su aparente indiferencia, pero sus palabras me atraviesan de todas formas—. A diferencia suya, yo no tengo tiempo que perder.

El peso de esa última frase me aplasta. No sé si fue más cruel la elección de palabras o el tono con el que las dijo. Intento buscar algo en su mirada, alguna señal de que esto es una mentira, una defensa, pero no encuentro nada más que determinación.

—Ahora, si me permite.

Baja la vista hacia mi mano, que sigue sujetando su brazo. La suelto despacio, como si aferrarme a él por un segundo más pudiera cambiar algo. Doy un paso a un lado, dejando el camino libre, pero mantengo la cabeza alta. No quiero que vea mis ojos vidriosos ni el temblor en mis labios. Alexander abre la puerta y desaparece en el pasillo sin mirar atrás. La corriente de aire frío que entra con la puerta abierta parece llevarse con él todo lo que llegué a pensar que éramos.

Cierro la puerta y me quedo inmóvil. Mi pecho pesa, mi garganta arde, pero las lágrimas no pueden contenerse más. Resbalo contra la puerta hasta que quedo sentada en el suelo, con las piernas dobladas y los brazos alrededor de mí misma, como si pudiera contener el vacío que crece dentro. Alexander acaba de decidir que no quiere estar conmigo. No necesitó decirlo de forma explícita; sus actos, su mirada, lo dejaron claro. Todo lo que pensé que podía ser, lo que creí que sentía por mí, se ha desmoronado en cuestión de segundos. Mis ojos, hinchados por las lágrimas, se clavan en la pared, pero no ven nada; solo veo a Alexander: su sonrisa, sus ojos profundos, la forma en que me hacía sentir que el mundo era un lugar menos caótico. Ahora todo parece una fantasía. ¿Cómo pude haber sido tan ingenua?

Unos golpes suaves en la puerta interrumpen mi espiral de autocompasión. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, aunque mi rostro debe parecer un desastre. Al asomarme por el vidrio superior, mi corazón da un pequeño vuelco: es Rachel. Un alivio, aunque efímero, recorre mi cuerpo. Abro la puerta y, antes de que pueda decir algo, ella entra y me envuelve en un abrazo cálido y firme. Ese simple gesto rompe lo poco que quedaba de mi resistencia y las lágrimas vuelven a desbordarse sin control.

—Shsh, calma, cariño —murmura, apretándome con fuerza.

Mis sollozos ahogan su camisa blanca, pero ella ni siquiera se inmuta. Sus brazos son un refugio, un lugar seguro donde el caos se

detiene, aunque sea por un instante.

—Estoy aquí. Llora lo que necesites —su voz es suave y el tono de sus palabras logra calmarme más que cualquier explicación lógica.

Sus palabras me estabilizan poco a poco. El dolor sigue ahí, punzante como un clavo incrustado, pero puedo respirar un poco mejor.

—Ven, siéntate conmigo. —Me toma de la mano y me guía hacia las sillas de la primera fila.

Nos acomodamos y, mientras intento recomponerme, Rachel me observa con paciencia infinita. No me presiona, no me juzga y las palabras salen solas. Le cuento todo lo que no le he contado hasta ahora: lo que Alexander dijo, lo que no dijo, lo que sus silencios me gritaron. Cada detalle se derrama de mi boca como si hubiera estado contenido demasiado tiempo. Rachel escucha en silencio, asintiendo ocasionalmente, como si cada palabra mía le doliera también. Se queda pensativa antes de hablar:

—No entiendo a Alexander. —Sacude la cabeza—. Hace tres días te abrazaba como si fueras su vida entera y ahora sale con estas idioteces. ¿Qué le pasa?

Su indignación debería hacerme reír, pero solo me hace sentir más cansada.

—Eso mismo me pregunto yo. —Respiro hondo, intentando mantener la calma—. Por más que trato de entenderlo, no tiene sentido.

Rachel frunce el ceño, cruzándose de brazos como si estuviera a punto de entrar en una discusión con Alexander, aunque él no esté aquí.

—Siempre dicen que las mujeres somos las complicadas, pero ellos son los reyes de las señales mixtas. —Rueda los ojos, pero su tono tiene un trasfondo de verdadera preocupación.

Dejo escapar un suspiro largo y pesado.

—Algo le pasa, pero no lo entiendo. —Miro mis manos, que descansan sobre mis rodillas, y trato de poner en palabras lo que llevo sintiendo todo este tiempo—. Es como si algo dentro de él estuviera roto. Lo veo en sus ojos, en la forma en que me mira cuando cree que no lo noto. Pero, en lugar de arreglarlo, se aleja. Me aleja.

Rachel guarda silencio antes de inclinarse hacia mí.

—¿Y si lo que le pasa es miedo? —pregunta con las cejas alzadas.

—¿Miedo?

—Sí, miedo de lo que siente por ti. Tal vez no sabe qué hacer con lo que siente.

Sus palabras prenden una chispa de esperanza en mi pecho, pero la apago. No puedo permitirme fantasear con algo que no sé si es real.

—Tal vez. —Me encojo de hombros—. Pero no puedo seguir viviendo de suposiciones.

Rachel me mira con una mezcla de tristeza y orgullo.

—Eso lo entiendo, pero no significa que debas rendirte del todo.

Casi me río. Rachel, siempre tan segura de que el amor puede arreglarlo todo.

—No es rendirme, Rach. —Acaricio el dobladillo de mi falda como si necesitara anclarme a algo—. Es aceptar que no puedo obligar a alguien a sentir lo mismo que yo. No puedo quedarme esperando eternamente por algo que tal vez nunca llegue.

Decirlo en voz alta me duele más de lo que imaginaba, como si esas palabras fueran una sentencia que finalmente me toca aceptar. Rachel extiende una mano y la pone sobre la mía.

—Abril, hagas lo que hagas; lo ames o lo olvides, estoy contigo. Siempre.

La calidez en su voz me reconforta. Me inclino hacia ella y la abrazo una vez más, dejando que su fuerza me sostenga por un momento más. Cuando salimos del salón, siento que algo quedó allí.

No sé si fue la esperanza, los recuerdos o simplemente una parte de mí que nunca recuperaré.

Llego a casa y llamo a Cristóbal para que venga a adelantar nuestro trabajo. Minutos después, el timbre suena, y corro a abrir. Cristóbal me espera parado en el umbral, pero no entra. Mira nerviosamente hacia todas direcciones, como si lo persiguiera un comando de fuerzas especiales.

—¿Qué ocurre? —Arqueo una ceja.

—Entremos y te lo explico.

Da un paso rápido, casi tropezándose, y yo cierro la puerta tras él, poniéndole el seguro con la seriedad de quien espera un apocalipsis zombi.

—Siéntate, voy por un café —digo, mientras camino hacia la cocina. Este chico es un caso perdido.

Regreso con las tazas humeantes y lo encuentro espiando por las persianas como si fuera un agente secreto en una misión de vida o muerte.

—¿Me vas a decir qué te pasa o hago que te registres con un detector de metales?

—¡Demonios, Abril! —Da un brinco y se lleva una mano al pecho—. ¡Me diste un susto de muerte!

Vuelve a asomarse por la ventana y yo coloco las tazas de café sobre la mesa de centro.

—¿Te están acechando los espíritus? —bromeo, tratando de calmar los nervios. Me siento y él se acomoda a mi lado.

—Ojalá fuera algo tan simple —dice con una mirada tan intensa que me recorre un escalofrío.

—Cristóbal, ¡por Dios! Habla de una vez. —Me cruzo de brazos, intentando parecer seria, aunque por dentro estoy considerando mudarme al Himalaya si me suelta una historia demasiado loca.

Él se frota las manos sobre los muslos como si fuera a darme una noticia que cambiará la humanidad.

—Es algo mucho más aterrador que un fantasma.

La piel se me pone de gallina y desvío la mirada hacia la ventana. ¡Señor, cuando digo que venga un ovni y me abduzca, solo bromeo!

—¿Más aterrador que tú husmeando por mis persianas como un acosador *amateur*? —Mi paciencia está en números rojos.

Suspira y me mira como si yo fuera una niña que no entenderá la gravedad de lo que está por venir.

—¿Me creerás si te lo cuento?

—Cristóbal, ¡si tengo que sacar mi bate de béisbol y llamar al 911, dilo ya!

Él suspira, traga saliva y se decide a soltarlo:

—¿Recuerdas que me preguntaste por qué me fui corriendo ese día?

—Sí y nunca respondiste.

—Bueno..., resulta que cuando estaba esperándote en el porche, apareció el hijo del director.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Alexander?

—Sí, él. Me preguntó qué hacía allí y, antes de que pudiera decir nada, me dijo que, si no me iba en ese mismo instante, sufriría las consecuencias.

Mi pulso vuelve a la normalidad.

—¿Y eso fue todo? —Lucho por no reírme.

—¡Por supuesto que no fue todo! —exclama, como si lo acabara de insultar—. ¿Sabes la mirada asesina que me lanzó?

—¿Le tienes miedo? —suelto la pregunta como si fuera obvia.

—¡Abril! —Cristóbal me mira como si hubiera dicho la tontería del siglo—. ¿No has visto cómo entrena en el gimnasio? ¡Ese tipo puede romperme en dos como si fuera un palillo!

—Por explicarle las cosas, ¿te rompería las costillas? —Arqueo una ceja.

—No te burles, pero sí. Además, es el hijo del director. ¿Tú sabes lo que eso significa? ¡Es un semidiós en esa institución!

Ya no puedo contenerme y estallo en carcajadas.

—Alexander tiene una contextura normal. Es fuerte, sí, pero no es Hulk. ¿No crees que podías haberle explicado todo sin parecer un cervatillo asustado?

—Tal vez, pero tú no viste esa mirada. ¡Dios mío, esa mirada! Me habría roto las bolas. Literalmente.

Me río tanto que casi derramo mi café.

—Entonces, ¿por qué aceptaste venir hoy?

—Porque ahora estoy aquí bajo tu protección. Si él aparece, tú te encargas. Yo solo valoro mi vida.

Le doy un golpe en el hombro mientras sigo riendo.

—Idiota. Bueno, si él está por ahí vigilando que no me acoses, ya verá que te dejé entrar sin problema.

Cristóbal asiente, más aliviado, y se calma. Nos terminamos el café en silencio, aunque de vez en cuando lo sorprendo mirando por la ventana, como si Alexander fuera a aparecer con un mazo de Thor. Mientras sacamos nuestros útiles y nos ponemos a trabajar, no dejo de pensar en lo que dijo. ¿Alexander se preocupa tanto por mi seguridad? Mi corazón late un poquito más rápido y una sonrisa queda sembrada en mi rostro.

...

Es el día de la exposición y todo mi cuerpo tiembla como gelatina en bandeja. Hace mucho que no hablo en público, pero me preparé tanto que tengo que hacerlo bien. Ayer, Cristóbal y yo repasamos hasta el cansancio y, cuando por fin terminamos, casi a las diez de la noche, él insistió en mirar nervioso por la ventana antes de salir, temiendo encontrarse con Alexander en alguna esquina. ¿Por qué le tiene tanto miedo? Si Alex es... Tan dulce. Pero también es un

enigma, una mezcla entre el chico que puede fundir tu corazón con una sonrisa y el que puede destrozarlo con un silencio.

La primera clase es neurociencia y, mientras esperamos al maestro Jack, mi compañero y yo ajustamos los últimos detalles. Trato de concentrarme, pero no puedo evitar que mi mirada se deslice constantemente hacia la puerta. Alex no ha llegado y ya las mariposas en mi estómago inician su habitual caos aéreo. Minutos después, aparece junto al maestro Jack y mi corazón se salta un latido. Alex camina con esa calma que tiene el descaro de ser elegante y devastadora al mismo tiempo. Su mirada parece buscar algo en el aula, y no puedo evitar preguntarme si acaso... No, mejor no pensar en eso.

Jack comienza a llamar a los grupos y, mientras los demás se presentan, anoto los nombres de las películas que mencionan para agregarlas a mi infinita colección de películas pendientes por ver. Llega nuestro turno. Las hormigas marchan sobre mi piel en cuanto Jack menciona nuestros nombres, pero al pararme frente al grupo, los nervios comienzan a disiparse. Cristóbal, con su encanto natural y su habilidad para arrancar carcajadas, convierte nuestra exposición en un éxito. Incluso el maestro Jack —el mismo Jack que tiene fama de no sonreír ni por un meme de gatitos— aplaude y nos regala una sonrisa sincera. Pero Alexander no. Él permanece inmóvil, serio, como si no estuviera viendo lo mismo que los demás. Trato de ignorarlo, pero siento su mirada fija en mí como un ancla y mi alma se hunde un poquito. ¿Qué está pasando? Ese no es el Alex que conozco.

Cuando llega su turno, la sala se inunda de murmullos. Para mi sorpresa, está solo. Ningún compañero lo acompaña, ni siquiera la asiática. Mi pecho se encoge al verlo tan serio, tan contenido. Alex comienza su presentación con una imagen que deja a todos sin aliento: la icónica escena de *Ghost: La sombra del amor*. Mi corazón

late como loco. Esa era nuestra película. La íbamos a elegir juntos, planearla juntos... hasta que todo cambió.

—Voy a hablar sobre el valor más importante de la humanidad —dice y sus ojos encuentran los míos—: el amor.

El aula guarda un silencio reverente. Cada palabra que sale de su boca parece escrita con fuego. Su voz es tan profunda y cautivadora que podría recitar la guía telefónica y aun así mantenerme hipnotizada. Mientras Alex narra la trama de *Ghost*, su mirada se posa en mí una y otra vez. Es imposible no verlo, no escuchar cómo describe cada escena con una intensidad que hace que los personajes cobren vida. Habla del último beso entre Sam y Molly y se me forma un nudo en la garganta. Cuando la vi hace dos años con Rachel, lloramos todo el día. Esa noche rogué a Dios que nunca me pasara lo mismo que a la protagonista y que mi amado chico fantasma no desapareciera nunca de mis sueños. Ahora mi mayor anhelo es que mi adorado Alexander no desaparezca de mi realidad.

—El amor verdadero no conoce fronteras ni obstáculos —dice, mirando a todos, pero con una intensidad especial cuando se detiene en mí—. Ni siquiera la muerte puede detener a un hombre enamorado.

Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho. El mundo deja de girar, y solo quedamos Alex y yo en esta sala abarrotada.

—Cuando encuentra a esa persona especial —continúa—, lo sabe, aunque intente negarlo. Su vida cambia; despierta pensando en ella y se duerme deseando su felicidad.

El salón permanece inmóvil, cada palabra cae como un susurro sagrado. Él sonríe, leve, pero devastador.

—Sin embargo, eso no es amor. Eso es solo enamoramiento.

Los murmullos vuelven como una ola, pero él levanta una mano, pidiendo silencio.

—El amor va más allá. Es desear el bienestar del otro por encima del propio, incluso si significa perderlo. Amar de verdad no siempre

se trata de quedarse; a veces, se trata de aprender a dejar ir.

Sus palabras me atraviesan como un rayo. Mi garganta se cierra y las lágrimas amenazan con caer. ¿Qué quiere decir con todo esto? ¿Por qué me mira así, como si todo el peso del universo estuviera atrapado en sus ojos?

—Por eso —concluye, con una sonrisa apenas perceptible, una sonrisa que le duele—, el amor, más que un sentimiento, es una elección. Elegir el bienestar de alguien, incluso cuando duele, cuando se opone a nuestra propia felicidad, porque tienes que dejarla ir.

Capítulo 23

El eco del rechazo

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Adivina quién es la primera en ponerse de pie y aplaudir. Sí, yo. Mis manos chocan una y otra vez, pero no por la exposición perfecta de Alexander, sino porque no sé qué más hacer con toda la tensión que se acumula en mi pecho. Aplaudo con fuerza, como si pudiera liberar todo lo que llevo dentro. El aula se llena de vítores y palmadas, pero para mí todo el ruido se siente lejano. Estoy atrapada en la forma en que Alex, serio y distante, recoge su memoria USB del proyector. Su mirada se fija en el suelo, y el ligero temblor de sus manos lo delata. Tal vez nadie más lo nota, pero yo sí.

Nuestras miradas se cruzan por un instante; breve, casi imperceptible, pero suficiente para que mi corazón salte en mi pecho. Hay algo en sus ojos, algo que no se atreve a mostrar del todo. Quiero correr hacia él, abrazarlo y decirle que está bien, que no tiene que guardarse nada. Pero no me muevo; me quedo en mi lugar, prisionera de mis dudas y mis miedos.

—Excelente trabajo, Alexander —la voz del maestro Jack interrumpe el momento—. Muy bien hecho. Es todo por hoy, pueden retirarse.

Mis compañeros celebran el cierre de las exposiciones con risas y bromas, pero yo apenas los registro. Mis movimientos son lentos, casi automáticos, mientras guardo mis cosas. Todo lo que acabo de

vivir sigue resonando en mi cabeza. Alex recoge sus cosas con la misma calma que mostró durante la clase. Su postura rígida y su rostro inmutable me hacen querer gritarle que deje de ocultarse, que me deje entrar. Lo sigo con la mirada mientras cruza la puerta, y antes de que pueda detenerme, mis pies ya lo están siguiendo. Él camina por los pasillos, con los hombros tensos y las manos metidas en los bolsillos. ¿Qué quiso decirme con esa mirada? ¿Con sus palabras? Quiero pensar que fue más que una simple exposición, que detrás de sus frases ensayadas había una verdad que no pudo contener. Pero... ¿y si me equivoco?

En la siguiente clase, Rachel se sienta detrás de mí, en el mismo lugar de siempre. El maestro permanece tan absorto en sus papeles que podría jurar que está escribiendo su renuncia. Aprovechamos su «estado zen» para charlar como si estuviéramos en un café. Hace días que no hablamos sobre Christopher y mi curiosidad está al borde del colapso.

—¿Entonces? ¿Vas a contarme el beso con tu detective guapo? —pregunto, girándome hacia ella.

Rachel sonríe como si estuviera recordando algo demasiado bueno.

—Bueno, cuando llegamos a mi casa y ustedes se fueron, tuve tiempo de darme una ducha y arreglarme un poco. Me quedé esperándolo afuera y llegó pronto. Se bajó del auto para abrirme la puerta del copiloto.

—Todo un caballero —digo, haciendo un gesto exagerado como si me desmayara.

—Así es. —Suspira, batiendo las pestañas—. Pero por alguna razón me puse tan nerviosa que empecé a hacer tonterías.

—¿Qué clase de tonterías? —Arqueo una ceja.

Rachel se remueve, arrugando las cejas como un cachorro regañado.

—No sé qué pasó, pero me trabé. La clase de conducción fue un desastre. Lo único que logré conducir fue mi dignidad directamente

al basurero.

—¿Qué hiciste? —Me acerco, desesperada por detalles.

—Cuando por fin logré arrancar el auto, lo manejé tres metros y lo estampé contra la fachada de mi casa.

Mis ojos se desorbitan.

—¿¡Qué!? ¡Tu mamá debe haberte desheredado!

—Por suerte, solo fue una pequeña abolladura en el auto. La casa está bien, aunque mi dignidad todavía tiene grietas estructurales.

Me río mientras Rachel me lanza una mirada asesina.

—¡No te rías! Fue terrible. Yo no podía ni mirarlo a la cara.

—Y él, ¿qué dijo?

Rachel sonríe y empieza a juguetear con un mechón de cabello.

—Nada, absolutamente nada. Solo dijo «vamos de nuevo» con la mayor calma del mundo. Y cuando lo logré, manejé unos metros y me detuve por mí misma.

—¡Eso es todo un logro! —exclamo, conteniendo las ganas de aplaudir.

—Me emocioné tanto que actué sin pensar. —Rachel se pone roja como un tomate—. Me abalancé sobre él, le tomé las mejillas y lo besé.

—¡¿Qué?! —grito, pero disimulo tosiendo. El maestro ni se inmuta.

—Fue un impulso de felicidad —dice, con una sonrisa—. Al principio, parecía confundido, como si no supiera qué hacer, pero justo cuando iba a retirarme, me agarró las manos y profundizó el beso.

—¡Ay, no puedo con esto! —suelto un chillido agudo y me vuelvo hacia el maestro para asegurarme de que no se ha percatado de mi momento fanática.

Nada. Sigue escribiendo lo que seguro es una denuncia contra el instituto por daños psicológicos. Irónico.

—Te juro que fue el beso más largo y hermoso de mi vida. —Rachel suspira y parece transportarse a otro mundo.

—¿Y qué pasó después?

—Justo cuando pensaba que ese momento sería eterno, Christopher tocó la bocina por accidente.

—¡Nooo! ¡La bocina! Siempre tiene que haber algo que arruine los momentos perfectos. —Me llevo las manos a la cabeza.

Rachel ríe, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Hubieras visto nuestras caras! Nos separamos de golpe como si la bocina nos hubiera despertado de un trance.

Me río tanto que el maestro por fin levanta la vista, pero como no estamos haciendo nada demasiado sospechoso, vuelve a sus papeles.

—No me arrepiento de nada —afirma Rachel, con una sonrisa triunfal—. Y sé que él tampoco.

—Eso era inevitable, Rach. Si no hubiera ocurrido naturalmente, yo lo habría forzado con un conjuro si era necesario.

Reímos y chocamos las palmas.

—¿Y después? ¿Lo invitaste a pasar?

—Quería, hasta tenía puesta mi tanga de encaje, pero me dijo que tenía turno en la noche, así que me dejó en casa. Le di un beso en la mejilla y me bajé del auto. Tomaré clases de *twerking* para la próxima vez.

Sonrío, feliz por mi amiga. Es su primera vez realmente ilusionada por alguien, y me encanta verla tan feliz. Pero Rachel se inclina y me susurra al oído:

—¿Y tú? ¿Qué hay de Alexander?

Me giro para mirarlo y suspiro.

—La verdad, no mucho —admito, arrugando los labios.

—¿Y qué esperas? ¡Haz algo! —Rachel me codea como si de repente fuera una coach de citas.

—¿Qué quieres que haga?

—Habla con Christopher —sugiere—. Él es detective. Puede averiguar por qué Alexander actúa tan raro.

Me río de su razonamiento, pero, pensándolo bien, no es una mala idea.

—Sí, quizá él pueda ayudar —asiento, mientras Rachel sonríe, victoriosa.

Y mientras la clase sigue su curso, no puedo evitar imaginarme a Christopher interrogando a Alexander con una lupa en la mano y Rachel detrás, dándole indicaciones con señas.

El profesor recogiendo sus cosas nos da una excusa perfecta para salir del aula. Rachel y yo vamos al baño, charlamos un poco y, después, decidimos dirigirnos al despacho abandonado para relajarnos un rato. Sin embargo, al abrir la puerta, me quedo inmóvil en el umbral. Alexander descansa recostado en el sofá, leyendo un libro.

—¿Tú... qué haces aquí? —mi voz traiciona mi sorpresa.

Levanta la vista despacio, como si no se hubiera dado cuenta de nuestra presencia hasta ahora. Sus ojos se encuentran con los míos, y deja el libro sobre su pecho.

—Leo —su tono es neutral, casi frío—. ¿Por qué?

¿Y la ternura en su mirada durante la exposición? ¿La olvidó en el aula o se la tragó el sofá? Mi estómago se revuelve.

—¿Por qué aquí? —insisto, tratando de mantenerme firme.

—Porque quiero. —Sus ojos parecen desafiarme y me arden las mejillas—. ¿Hay algún problema?

Rachel me mira de reojo, pero yo no puedo apartar la vista de él.

—El problema lo tienes tú —suelto, cruzando los brazos.

Alexander se incorpora con calma, bajando los pies del sofá.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese problema? —su tono adquiere un filo que me pone los nervios de punta.

—Este lugar es nuestro —mis palabras salen con más dureza de la que pretendía.

—¿Nuestro? —Una sonrisa ladeada se asoma en sus labios mientras se reclina hacia atrás, como si encontrara todo esto

divertido—. ¿Por eso me trajo el otro día?

Su pregunta me desarma. Mierda.

—Me refiero a que es de Rachel y mío —corrijo—. Además, eso fue por el trabajo, pero ya no tenemos nada que ver. —Me enderezo, intentando recuperar el control de la conversación—. Así que no tienes por qué estar aquí.

Sus ojos nunca se apartan de los míos y el ambiente se llena de una tensión que parece electrizar el aire.

—¿Todo lo que toca es automáticamente suyo? —replica, cruzando los brazos sobre el pecho—. Primero un libro, ahora este lugar... Parece que le cuesta mucho compartir.

—¿Y a ti no te enseñaron a pedir las cosas con respeto? —contraataco, sin bajar la guardia—. Comparto con quien pide amablemente las cosas, no con quien las roba.

Alexander frunce el ceño y siento que hemos llegado a un punto sin retorno. Rachel se interpone entre los dos antes de que la situación estalle.

—¡Ey, cálmense los dos! —exclama, levantando las manos—. No hay necesidad de discutir. Este sitio es lo suficientemente grande para que lo compartan. Paz y amor, chicos.

Hace un gesto con los dedos, pero ninguno de los dos se relaja. Alexander suspira y se pone de pie, guardando el libro en su mochila con movimientos precisos.

—No se preocupen, ya me voy —su voz es baja, pero su tono sale cargado de sarcasmo—. No soporto estar cerca de personas antipáticas.

Mi pecho se contrae. ¿«Antipática»? ¿En serio?

—¡¿Eso es lo que piensas de mí?! —Doy un paso hacia él.

Alexander me mira y en sus ojos hay algo que no logro descifrar: rabia, cansancio o tal vez algo más. Pero no dice nada.

—Hagan lo que quieran con este lugar. Quédenselo si tanto les importa —su tono es cortante mientras se coloca la mochila al

hombro.

Se gira hacia la puerta y, justo antes de salir, lanza una última frase:

—Disfrútelo, señorita. —Arruga el ceño y cierra la puerta tras de sí con un golpe seco.

El silencio que deja tras su partida es abrumador. Rachel me mira con una mezcla de preocupación y desconcierto, pero yo no puedo moverme. Algo dentro de mí se siente fracturado, pero no quiero darle a Alexander el poder de verme derrumbarme por su actitud. La ira y el dolor estallan en mí y las lágrimas comienzan a rodar sin control por mis mejillas. Rachel no tarda en acercarse y envolverme en un abrazo firme.

—¡Lo odio! —grito, tratando de arrancar el nudo que tengo en el pecho—. ¡Ya no lo amo! ¡Lo odio demasiado!

Me aparto de ella y me dejo caer boca abajo en el sofá, ahogando un sollozo contra el cojín.

—No digas eso, Abril. —Rachel se sienta a mi lado y me acaricia la espalda con suavidad.

—¡Me odio, Rach! Soy una idiota —mi voz suena rota, cargada de frustración y algo más profundo, algo que no quiero admitir.

—No puedes odiarte por sentir. —Suspira—. Ni a él, al menos no todavía. Ni siquiera sabemos qué le pasa.

—No quiero saberlo —intento sonar indiferente, pero incluso yo noto la mentira en mis palabras—. Que haga lo que quiera. Ya no pienso seguir queriéndolo. Estoy cansada, Rachel. Duele demasiado.

Mi voz se quiebra y me incorporo para mirarla con los ojos hinchados y las manos temblorosas.

—Cada vez que me ignora es como si me arrancara algo de mí misma solo para poder seguir respirando. ¿Cómo se olvida algo así?

Rachel me observa en silencio y temo que no tenga una respuesta. Suspira y toma mis manos entre las suyas.

—No es fácil, Abril. Si fuera tan sencillo como apagar un interruptor, todos lo haríamos.

—Entonces, ¿qué hago? —mi voz es apenas un susurro.

Rachel sonríe y sacude la cabeza.

—No puedo decirte qué hacer. Pero ya sea que decidas olvidarlo o averiguar qué le pasa, no vas a enfrentarlo sola. Estoy contigo, ¿vale?

Su promesa me da un pequeño respiro. Por primera vez en todo el día, siento que no estoy completamente perdida.

—Gracias, Rach. —Le devuelvo una sonrisa débil mientras me limpio las lágrimas.

Después de unos segundos de silencio, algo cambia en mí. Me enderezo y, sin pensarlo demasiado, suelto:

—¿Sabes qué? Vámonos de fiesta esta noche.

Rachel me mira como si acabara de decir que quiero mudarme a la Luna.

—¿De verdad?

—Sí. —Sonrío por primera vez en horas—. Quiero olvidarme de todo. Bailar, emborracharme..., lo que sea necesario.

Rachel suelta una carcajada.

—Creí que nunca lo dirías. —Se levanta y me tiende la mano—. Voy a llamar a los chicos.

Salimos juntas al patio trasero mientras mi mente empieza a despejarse, aunque no del todo. La brisa fresca me calma un poco, lo suficiente para volver a clase sin sentir que estoy a punto de romperme. Durante la última hora del día, me obligo a no mirar a Alexander, a ignorar su presencia. Y, aunque me cuesta cada segundo, logro mantener la vista fija en mi cuaderno. El reloj parece moverse más lento de lo habitual, pero finalmente el día termina. Esta noche no voy a pensar en Alexander. Esta noche me prometo algo diferente: olvidar, aunque sea por unas horas.

Capítulo 24

Sostenme en tus brazos

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

La sonrisa radiante de Rachel me espera en la entrada del instituto y, antes de que pueda siquiera saludarla, me toma de la mano como si acabara de ganar un maratón.

—¡Vamos de compras! —exclama, con la determinación de alguien que se acaba de inventar una urgencia.

—¿Y las tareas? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—¡La moda no espera! —declara, sacando la mano para detener un taxi con la elegancia de una diva en la alfombra roja.

Después de devorar unos tacos que casi me hacen llorar de lo buenos que estaban, llegamos a la tienda de ropa. Rachel y yo nos pasamos la tarde transformando los probadores en un desfile caótico de telas, lentejuelas y risas. Me pruebo un vestido tan ajustado que casi necesito la ayuda de un paramédico para quitármelo.

—¿Cómo me veo? —pregunto, mientras el vestido plateado me corta la circulación.

Rachel me observa como si estuviera evaluando una obra maestra en un museo.

—Si no te lo llevas, yo misma te encierro aquí hasta que lo hagas.

Tres horas después, ambas encontramos nuestros vestidos perfectos. El mío es plateado, ceñido, tipo sirena, con un escote en la espalda que grita «mírame pero no toques». Rachel elige uno rojo

que hace que parezca una mezcla de estrella de cine y heroína de telenovela.

—Vamos a romper corazones esta noche, aunque sea lunes —declara, mientras pagamos.

En su casa, Rachel saca sus pinceles de maquillaje y me convierte en una obra de arte viviente. Termino de alisar mi cabello castaño y le devuelvo el favor. La habitación huele a laca para el cabello, perfume y un toque de adrenalina. Nos ponemos nuestros abrigos y salimos al encuentro de los chicos. Christopher, apoyado en su auto, sonríe de oreja a oreja.

—Vaya, chicas, ¿a quién hay que agradecer por semejantes vistas? —dice, como si estuviera presentando un premio.

—Nosotras nacimos así —responde Rachel, guiñándole un ojo.

Entre bromas y música en el auto, llegamos al club. La música explota en cuanto cruzamos la entrada. Las luces de colores parpadean y la pista parece un mar de cuerpos en movimiento. Encontramos una mesa en la esquina y Rachel toma el mando del menú.

—Una botella de *whisky* y otra de ron —ordena, como si estuviera organizando una fiesta épica.

—¿Estás planeando dejarme inconsciente? —pregunto, cuando las enormes botellas que llegan.

—Tú misma dijiste que querías beber hasta olvidar. Yo solo soy tu hada madrina —responde con una sonrisa de villana cómplice.

—Te amo. —La abrazo antes de destapar la botella de ron.

Copa tras copa, el ron se convierte en mi nuevo confidente. Por cada pensamiento de Alexander, me sirvo un trago: «Uno por sus ojos, otro por su sonrisa, otro porque es un imbécil, y otro porque soy más imbécil por quererlo».

Mientras Rachel y los chicos charlan y ríen a carcajadas, yo me pierdo en mis pensamientos. La música de fondo y el murmullo de las conversaciones se desdibujan, dejando solo el eco de mis

emociones. Christopher, perceptivo como siempre, me lanza una mirada de curiosidad desde su asiento junto a mí.

—¿En qué piensas? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí con una sonrisa tranquila.

—Estoy enamorada —la confesión sale antes de que pueda detenerla y tomo otro trago para distraerme de mi propia vulnerabilidad.

Christopher finge sorpresa, llevándose una mano al pecho.

—¿Quién es el afortunado? —bromea, pero en su voz hay una nota de genuino interés.

—Ese es el problema. —Dejo el vaso en la mesa y suspiro. El alcohol empieza a soltar las palabras que siempre guardo bajo llave —. No creo que se sienta afortunado.

Su sonrisa se suaviza.

—¿Te rechazó?

—Sí..., aunque al principio me correspondió. —Mi mirada se pierde en el vaso frente a mí—. Nos besamos.

Christopher asiente, como si estuviera juntando las piezas de un rompecabezas.

—¿Pasó algo más?

—No. —Me río, pero el sonido suena más amargo que alegre—. Al menos, no en la realidad. En mis sueños, todo es diferente.

Él suelta una carcajada ligera y toma mi mano con un gesto que me reconforta.

—¿Por qué crees que te rechazó? —pregunta, con esa calma suya que siempre me hace sentir escuchada.

—Dijo que su corazón estaba roto, pero nunca me explicó por qué. Y ahora solo me ignora.

Christopher se frota la barbilla, adoptando su pose de «sabio consejero».

—Tal vez tiene miedo, o algo en su pasado todavía lo retiene.

Sus palabras me golpean con una extraña mezcla de alivio y frustración.

—¿Estás seguro de que no eres terapeuta? —bromeo, intentando aligerar el ambiente, aunque sus palabras empiezan a resonar en mi interior.

—Dale tiempo. —Me mira con una sonrisa tranquila, como si conociera algo que yo aun no entiendo—. Si realmente siente algo por ti, no podrá huir para siempre.

Sus palabras quedan flotando entre nosotros. Me pregunto si habla de Alexander o de sí mismo. Pero, antes de que pueda pensarlo demasiado, Christopher regresa a la conversación con los demás, su risa se mezcla con la de Rachel, Mateo y Leo. Tomo otro trago, dejando que el ron queme ligeramente mi garganta. Algo en mí se siente más ligero. Tal vez Christopher tenga razón. Tal vez, algún día, Alexander dejará de huir. Mientras tanto, tengo amigos a mi lado, risas que llenan el vacío y una sensación de que no todo está perdido. Quizás, por ahora, eso es suficiente.

Una hora más tarde... Alexander sigue en mi mente. Cada trago de alcohol aviva sus recuerdos como una chispa que incendia mi pecho. Intento reír con mis amigos, pero todo se siente borroso, como si estuviera atrapada en una pintura surrealista donde las cabezas se duplican y los brazos se multiplican. Necesito moverme, hacer algo antes de explotar.

Me levanto, agarro una mano al azar y arrastro a su dueño hacia la pista de baile. Ni siquiera miro quién es; solo necesito dejar de pensar en él. Mi «víctima» tropieza con una mesa en el camino y el sonido de algo rompiéndose detrás de nosotros me hace reír, aunque, la verdad, siento que estoy al borde de las lágrimas. La música empieza, lenta y melancólica, como si el universo se estuviera burlando de mi miseria.

—En serio, ¿esto es una broma? —murmuro, medio riendo, medio llorando.

Levanto la vista y me encuentro con los ojos grises de Leo, que me miran con paciencia infinita, como siempre. Su sonrisa, ligera y sin reproches, me hace bajar la guardia.

—Vamos, Abril, solo relájate —su tono es tranquilo, casi tierno.

No tengo palabras que ofrecerle. Solo quiero seguir bailando hasta que mis tacones me conviertan en una desgracia andante. Dejo que sus manos guíen las mías. Me dejo llevar, siguiendo el ritmo de la música. Su mano en mi cintura es firme pero no invasiva y sus rizos rebotan con cada movimiento. Bailamos en un silencio cómodo, una pausa en el caos de la noche. La canción termina y mi cuerpo pesa una tonelada. Leo me saca de la pista, con una expresión seria.

—Abril, ya basta —su voz es firme, pero no dura. Me toma del brazo y me arrastra hacia una esquina—. Estás muy borracha. Es mejor que Christopher te lleve a casa.

Su preocupación debería calmarme, pero me hace sentir aún más perdida. Estoy a punto de dejar que me lleve, pero suena *Kiss Me.* Esa canción. Mi canción. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente.

—¡Una más! —grito, plantándome como si la pista fuera el escenario de mi última batalla.

—Abril, no. —Leo suspira, frotándose la frente—. Es hora de irnos.

Pero... ¡No, no, no! Es como si un superpoder me hubiera poseído. ¿Quién se rinde cuando canta Ed Sheeran? Antes de que pueda convencerme, una mano se posa en su hombro y el tiempo parece detenerse.

—No te preocupes, yo bailaré con ella.

La voz es grave, firme y reconocible incluso a través del torbellino en mi cabeza. Mi corazón se detiene antes de latir con una fuerza que me sacude el pecho. Leo gira y yo hago lo mismo, aunque mi cuerpo entero parece resistirse a lo que voy a encontrar: Alexander.

Sus ojos azules me observan con una intensidad que corta la música, las luces, todo lo demás. No entiendo nada. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué se ofrece a bailar conmigo? Mi cerebro,

entumecido por el alcohol y las emociones, intenta darle sentido a lo imposible. Leo lo mira de arriba abajo, se vuelve hacia la mesa, donde Rachel hace una señal aprobatoria, y aunque parece dudar, me suelta el brazo y da un paso atrás.

—Cuídala —su advertencia es breve, pero cargada de significado.

Alexander asiente con un leve movimiento de cabeza antes de extender su mano hacia mí.

—¿Bailamos?

Estoy demasiado aturdida para responder. Mis pies se mueven automáticamente hacia él y sus manos se posan en mi cintura, guiándome al ritmo de la canción. Su cercanía es abrumadora, su mirada lo dice todo y nada al mismo tiempo.

—¿Por qué estás aquí? —mi voz apenas es un susurro.

Él me mira y su expresión se suaviza, como si quisiera decir algo importante. Pero, en lugar de responder, me acerca un poco más, y en su silencio, siento todo lo que no me dice. La música sigue envolviéndonos, pero mi corazón late con un ritmo que opaca incluso los versos de la canción. El calor de sus manos en mi cintura es tan tangible que parece deshacer cada duda, cada barrera que construí para protegerme de momentos como este. No digo nada, porque no hay nada que decir. El silencio lo dice todo. Sus ojos me observan con una intensidad que me desarma, como si estuviera viendo más allá de mis nervios, más allá de mis miedos. Dejo que mis brazos se deslicen por su cuello, acercándonos aún más. Su toque es delicado, como si temiera romper algo irremplazable. Mi respiración tiembla, pero no retrocedo. Cierro los ojos y apoyo mi frente contra su pecho. Su corazón late con fuerza bajo mi oído y ese sonido se convierte en mi ancla. La melodía de *Kiss Me* nos envuelve, susurrándonos secretos que solo nosotros entendemos:

Settle down with me (Quédate conmigo)
Cover me up (Cúbreme)

Cuddle me in (Abrázame)
Lie down with me, yeah (Acuéstate conmigo, sí)
And hold me in your arms (Y sostenme en tus brazos)

El eco de la canción parece sincronizarse con nuestros movimientos. Cada paso es torpe pero lleno de significado, como si ambos estuviéramos aprendiendo a ser vulnerables. Me atrevo a mirarlo otra vez, levantando la cabeza, y sus ojos me miran con algo que no puedo descifrar, algo tan poderoso que me deja sin aliento.

And your heart's against my chest (Y tu corazón está contra mi pecho)
Your lips pressed to my neck (Tus labios presionaron mi cuello)
I'm falling for your eyes (Me estoy enamorando de tus ojos)
But they don't know me yet (Pero aún no me conocen)
And with a feeling I'll forget (Y con un sentimiento que olvidaré)
I'm in love now (Estoy enamorado ahora)

—Abril... —murmura, como si quisiera decir algo más, pero las palabras no llegan.

El silencio entre nosotros pesa, pero no es incómodo. Es un espacio lleno de posibilidades. Él no se mueve, no me presiona. Me deja decidir, como si en este momento tuviera el poder de romperlo o completarlo.

Kiss me like you wanna be loved (Bésame como si quisieras ser amada)
You wanna be loved (Tú quieres ser amada)
You wanna be loved (Tú quieres ser amada)
This feels like falling in love (Esto se siente como enamorarse)
Falling in love (Estar enamorándose)
Falling in love, mm-mm (Enamorándonos)

El tiempo parece detenerse. Mis labios se entreabren con una mezcla de nerviosismo y deseo, y su mirada permanece fija en mí, paciente, como si me estuviera dando permiso para entrar en su

mundo. Un impulso me arrastra hacia adelante y me inclino, rozando sus labios con los míos.

Settle down with me (Quédate conmigo)
And I'll be your safety (Y seré tu guardián)
You'll be my lady (Tú serás mi dama)
I was made to keep your body warm (Fui hecho para mantener tu cuerpo cálido)
But I'm cold as the wind blows (Pero tengo frío mientras sopla el viento)
So hold me in your arms, oh, no (Así que envuélveme en tus brazos, oh, no)

El beso es suave, casi tímido, pero está cargado de todo lo que nunca he podido decirle. Es una pregunta, una respuesta, una declaración. Y cuando él responde, moviendo su boca contra la mía, mi pecho estalla en mil colores. Su abrazo se intensifica, cerrándome contra él como si temiera que me desvaneciera. Su calor me envuelve, y todo lo demás desaparece: las voces, el peso del mundo. Solo existimos nosotros, atrapados en un momento que desearía poder congelar para siempre.

Yeah, I've been feeling everything (Sí, he estado sintiendo todo)
From hate to love, from love to lust (Del odio al amor, del amor a la lujuria)
From lust to truth, I guess that's how I know you (De la lujuria a la verdad, supongo que así es como te conozco)
So I hold you close to help you give it up (Así que te mantendré cerca para ayudarte a renunciar)

Nos separamos con la respiración entrecortada, y sus ojos, esos ojos que tantas veces me han confundido, ahora brillan con una claridad nueva. No hay dudas, no hay barreras; me muestra todo lo que ha estado escondiendo. La canción termina, pero la conexión entre nosotros permanece. No sé qué viene después. No sé si este momento es un punto de partida o un adiós disfrazado. Pero no me importa. Estoy aquí, con él, y eso es suficiente.



Capítulo 25

Un paso atrás



Alexander

Los ojos de Abril se cierran despacio, su cuerpo se relaja y pierde fuerza. Se desploma entre mis brazos y la sujeto con firmeza. La levanto con cuidado, casi como si fuera de cristal, y la llevo entre la multitud hacia sus amigos. ¿De verdad bebió tanto? Me cuesta creer que esta mujer, tan intensa, tan llena de vida, ahora esté sumida en un sueño tan profundo que parece que han apagado su mente con un interruptor. Rachel es la primera en darse cuenta de que algo no va bien. Se levanta como si el mundo dependiera de ella y me lanza una mirada de alarma.

—¿Qué le pasó? —pregunta.

—Se durmió —respondo. No tiene mucho sentido, pero es lo único que puedo decir.

—¿No se habrá desmayado? —Rachel le pone la mano en la frente, como si así pudiera diagnosticarla con ese breve toque.

—Se quedó dormida —repito, con una paciencia que me sorprende a mí mismo—. Debió excederse con los tragos.

—Sí, lo hizo. —Frunce los labios—. Llevémosla al auto de Christopher.

Tres hombres se acercan y los evalúo de arriba abajo. ¿Son de fiar? No me fío ni de mi sombra últimamente.

—¿Son de confianza? —le pregunto a Rachel, mientras el peso de mi mirada escrutadora cae sobre ellos.

—Son viejos amigos nuestros, especialmente Christopher —responde Rachel, señalando al pelinegro, que intenta lucir tan serio como yo, pero con un toque de incomodidad.

—¿Alguien está sobrio? —pregunto, como si fuera el único ser racional.

—Yo manejaré —responde Christopher, acercándose con calma. Seguramente ha tenido muchas noches como esta—. ¿Qué le pasó?

Mira a Abril como si intentara encontrar alguna respuesta en ella.

—Se durmió —responde Rachel.

—¿Pero está bien? —pregunta otro de los muchachos, mirándome de reojo.

—Sí —respondo y sigo caminando hacia la salida, cargando a Abril en mis brazos.

Christopher me guía hasta su auto y abre la puerta trasera. Acomodo a Abril en el asiento con delicadeza y me quedo mirándola.

—¿Estás saliendo con ella? —pregunta Christopher, rompiendo mis pensamientos.

Me tomo un momento para procesar su pregunta. ¿Saliendo con ella? La frase se siente extraña, no encaja con lo que vivo en este preciso instante. Le ajusto el cinturón de seguridad a Abril con una mano. Su respiración es tranquila, ajena a la tormenta que ocurre fuera de su mente.

—No —respondo en voz baja.

Cierro la puerta y me giro hacia Christopher. Su expresión sigue siendo seria, aunque ya no tiene ese aire de juicio que tenía al principio. La pregunta me sorprendió; no tengo idea de cómo manejar esto.

—¿De dónde saliste? —Enarca una ceja—. No te había visto nunca.

—Soy su compañero de instituto —respondo, sin poder evitar que mi tono suene algo incómodo.

—¿Y sientes algo por ella? —insiste, apoyando el antebrazo en el techo del auto.

No me gusta que me interroguen, pero ¿qué demonios?

—¿Eres su padre o algo así? —replico, casi con un toque de humor negro. Necesito que se detenga antes de que me haga preguntas que no quiero contestar.

—No, soy su mejor amigo. —Se cruza de brazos, como si estuviera mostrando su estatus de «protector oficial»—. Ella es como mi hermana menor.

Su mirada es familiar, la que yo mismo uso con los pretendientes desconocidos de Hannah. Me rasco la nuca. Este tipo me inspira confianza.

—Nos llevábamos bien al principio, pero ahora es complicado.

—Entiendo. —Desvía la mirada hacia el suelo—. No te conozco, pero a ella sí.

Vuelve a mirarme, ahora sin la arruga en su frente.

—¿Tienes hermanas? —pregunta.

—Tengo una —respondo, sin darle demasiada importancia, aunque algo dentro de mí se sacude.

—Entonces sabrás cómo es protegerla —dice, con la seguridad de quien lleva años lidiando con la misma situación.

Asiento, aunque lo que realmente quiero hacer es preguntarle si en su cabeza hay el mismo torbellino que en la mía.

—Créeme, lo tengo muy claro. —Miro a Abril a través de la ventana del auto. Sus palabras resuenan en mi mente y el peso de la responsabilidad me cae sobre los hombros.

—Ella es única en este mundo —dice, casi en tono solemne—. Su valor no se compara ni con todas las piedras preciosas del planeta.

No me sorprende su devoción. Tiene razón, aunque no lo admita en voz alta.

—No hay ninguna duda —afirmo, mirando a Abril una vez más. ¿Qué haría sin ella?

—Si estás interesado en ella, solo cuídala y tendrás mi apoyo. —Me da una palmada en el hombro, con una sonrisa débil que, por alguna razón, me hace sentir menos solo en este caos.

Sube al asiento del conductor, y enciende el motor. Rachel aparece con su sonrisa familiar y sube al asiento del copiloto. Me doy la vuelta, caminando hacia mi coche. Los otros dos amigos salen del club y se suben a un taxi. Arranco el coche y conduzco detrás de Christopher hasta que se desvían por otra calle. Mi mente sigue dando vueltas, pero mi cuerpo me exige un descanso. El reloj en mi mesa de noche marca casi las diez de la noche y me dejo caer en la cama, por el peso de todo lo ocurrido. Nunca imaginé que la vería en este estado y, sin embargo, no me arrepiento de lo que hice. No creo en coincidencias, pero lo nuestro desafía cualquier lógica. Y si tuviera que repetir ese momento, lo haría sin pensarlo dos veces, aunque solo haya durado cinco minutos.

Cuando la vi bailando con ese hombre, mi instinto me obligó a acercarme, a sacarla de sus manos, especialmente con la música que sonaba. Espero que mañana no recuerde nada. Mi comportamiento es extraño y contradictorio, pero no puedo hacer otra cosa. Ella busca un sueño en el instituto, al igual que yo, y no permitiré que mi padre lo destruya con sus manipulaciones. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en lo que Alejandro Miller me dijo. Aunque no quiero admitir que tiene razón, es cierto que temo ser herido de nuevo. Mi deseo de protegerla y mi miedo a ser lastimado me mantienen alejado de ella. Pero, por más que lo intente, no puedo dejar de pensar en ella. El teléfono suena a las cinco de la mañana. El nombre de Hannah alumbra en la pantalla. Mi cama y yo vamos a tener que despedirnos prematuramente. Respondo, todavía con la voz ronca.

—¿Me llevas a la academia? —pregunta.

Claro que no puedo negarme. Nunca puedo negarme. Tras una ducha fría, me dirijo a la portería, donde ella me espera. Hannah

aparece radiante, como si no fueran las cinco y cuarto de la madrugada, y me saluda con un beso en la mejilla.

—¿Qué te pasa, hermanito? —pregunta mientras caminamos hacia el auto—. Tienes cara de que no has tomado café, pero, por supuesto no es eso.

—No es nada —miento—. Anoche no dormí bien.

Ella hace un puchero.

—Me lo hubieras dicho, no te habría molestado.

—Nunca me molestas —sonrío—. Además, debo ir al instituto.

Hannah entrecierra los ojos.

—Podrías haber dormido una hora más.

—No era una buena noche.

No se va a rendir. Hannah tiene ese talento irritante para cavar hasta encontrar la verdad, como un detective privado, pero con una sonrisa que desarmaría a cualquier criminal.

—Algo me dice que no es eso —dice, con la seguridad de quien está a punto de ganar una discusión.

—¿Qué crees que es, entonces? —replico, dándole una media sonrisa.

—No me lo preguntes. Cuéntame qué hiciste anoche.

Respiro hondo.

—Fui a un club para despejarme.

Su expresión cambia de curiosidad a alarma, como si acabara de confesar que asalté un banco.

—¿Tú? ¿En un club? —Arquea una ceja—. Eso es más sospechoso que cuando papá dice que está orgulloso de nosotros.

Me rio sin querer. Ella siempre sabe cómo sacarme una sonrisa, incluso cuando no quiero.

—Pasó algo, ¿verdad? —insiste, cruzando los brazos mientras me mira fijamente.

No respondo de inmediato. Abro la puerta del copiloto para que suba y rodeo el auto, ganando tiempo.

—Hannah, ¿alguna vez has sentido que lo que quieres está justo frente a ti, pero alguien lo arranca de tus manos antes de que puedas tocarlo?

Ella ladea la cabeza.

—¿Esto tiene que ver con papá?

Asiento, encendiendo el motor.

—Quiere controlar mi vida otra vez.

—¿Qué hizo ahora? —Pone los ojos en blanco.

—Hay una chica que me interesa.

Sus ojos se iluminan, como si acabara de contarle un gran secreto.

—¿Quién es? ¿La conozco?

—Sí. Es la chica de la heladería.

—¡Lo sabía! —exclama, dándome un pequeño golpe en el hombro —. Eres pésimo disimulando; esa sonrisa tuya cuando salimos de allá te delató.

—Sí, me atrapaste —sonrío brevemente, pero la sonrisa se desvanece al instante—. El problema es que nuestro padre ya encontró la forma de entrometerse.

Le cuento sobre las amenazas de Alejandro Miller y cómo temo que Abril se vea atrapada en su red de manipulación.

—Voy a hablar con él —determina.

—No creo que puedas hacer mucho, Han. Para él, todo se trata de negocios, y lo último que quiero es que ella sufra por mi culpa.

Se queda pensativa, mirándome con una mezcla de compasión y preocupación.

—¿Y qué pasa con Mon-Ki? —pregunta, cambiando de tema.

—Esa mujer parece disfrutar complicar la vida de Abril. Ya logró que nos separaran en el proyecto de neurociencia, como si estuviéramos en la secundaria, y ella tuvo que exponer con Cristóbal.

—¿Estás celoso? —pregunta con una sonrisa ladina que me hace sentir como un adolescente atrapado.

—No sé si son celos... —me rasco la cabeza—, solo no me gusta cómo ese crio se comporta con ella.

—Bueno, al menos Mon-Ki se va esta semana. Por fin podremos respirar.

Eso es un pequeño alivio, pero el peso en mi pecho no desaparece.

—Hay algo más —digo casi en un susurro.

—¿Todavía te atormenta lo de mamá? —Su tono cambia a uno más suave.

Asiento.

—Alejandro me lo recordó cuando mencionó a Abril. No puedo dejar de pensar en cómo mamá nos abandonó y el daño que nos hizo. Me aterra repetir esa historia.

Hannah suspira, colocando su mano sobre la mía.

—Alexander, no eres como él. No tienes por qué cargar con esa historia.

—¿Y si está en mi sangre? —pregunto, más para mí que para ella —. Viene ocurriendo desde siempre: nuestro tatarabuelo, bisabuelo, abuelo y mi padre; ahora soy yo quien sigue en el árbol genealógico.

—¿Sabes qué? —responde con una sonrisa—. Quizás sí. Quizás llevamos en nuestra sangre los errores de todo el árbol genealógico, pero también llevamos algo más. Nuestra decisión.

Me quedo en silencio mientras sus palabras resuenan. No estoy seguro de creer en esa teoría, pero la sinceridad en su voz hace que lo considere, al menos por un momento. Hannah suspira y agacha la mirada.

—Tal vez yo herede la maldición de las infidelidades —agrega.

La miro con el ceño fruncido y aprieto la mandíbula.

—Si alguien intenta hacerte sufrir, no vivirá para contarlo.

Ella me mira con sus ojos brillantes, como si ya le hubiera ocurrido algo muy malo.

—No puedes evitarlo, Alex.

Me muerdo el interior de las mejillas.

—Claro que puedo, además, las infieles siempre han sido las mujeres de la familia.

Sus ojos se agrandan, como si insinuara que ella no cargará con esa herencia.

—Eso no lo sabemos porque solo conocemos la versión masculina.

Una chispa se enciende en mi cabeza. No había pensado en eso. El rostro de mi madre aparece frente a mí, claro como la luz del día. Quisiera creer en su inocencia; sin embargo, la verdad es innegable. Me duele su ausencia, pero el rencor que siento es casi tan intenso como el dolor. Dejo a Hannah en la academia y me quedo un rato estacionado, con el motor apagado. Cierro los ojos y respiro hondo. Al menos tengo una persona honesta en mi vida. ¿De quién heredamos nuestros valores? Tal vez tiene razón. Tal vez no estoy condenado a repetir los mismos errores. Pero una voz en mi cabeza, una que suena mucho como la de mi padre, me susurra que no será tan fácil.

En la entrada, la maestra Eva supervisa el ingreso de los estudiantes con una postura tan recta que parece haber tomado clases de ballet. Intento pasar desapercibido, pero fracaso. Me detiene, sujetándome del brazo.

—¡Alexander! —exclama, con su típica sonrisa amplia—. Supe lo de tu maravillosa exposición.

Eso no suena tan malo, pero algo en su tono me pone en alerta.

—Gracias, maestra —respondo, esperando que me suelte para seguir mi camino.

—Te felicito, corazón. —Me acaricia el hombro con un gesto maternal que debería ser reconfortante, pero que ahora me resulta sospechoso—. Eres el chico más inteligente de este instituto.

—Gracias otra vez.

Intento mantener mi rostro neutral, pero una minúscula curva se forma en la esquina de mi boca y sus ojos se iluminan.

—¡Sonreíste! —grita, llevándose las manos a las mejillas como si acabara de presenciar un milagro.

Antes de que pueda negarlo, empieza a rebuscar en sus bolsillos.

—¿Qué buscas? —pregunto. Ya me temo lo peor.

—¡Voy a sacarte una foto! Esto no pasa todos los días.

Saca su móvil y lo apunta hacia mí.

—Sabía que te traías algo entre manos. —Ruedo los ojos, justo cuando suena el clic de la cámara.

—¡Mira nada más qué guapo! —Me muestra la pantalla—. Incluso torciendo los ojos pareces modelo de revista. Un chico sexi mirando al horizonte.

Levanta el brazo, trazando una línea invisible con la palma. Los estudiantes que pasan clavan sus miradas en nosotros. Mi cara arde y no por halagos.

—No es cierto, quedé horrible —protesto, aunque ya sé que no sirve de nada.

—Cariño, tú no puedes salir mal en una foto. Eres un Adonis moderno. Acéptalo de una vez.

Esto se está saliendo de control. Retrocedo un paso, alzando las manos.

—Creo que debería irme a clase.

—Por hoy te lo permito, pero no creas que escaparás para siempre. Tarde o temprano tendrás que contarme quién es tu musa.

—¿Mi musa? —repito, arqueando una ceja.

—La chica que te inspira a escribir cosas tan bonitas sobre el amor. —Me lanza una mirada significativa. ¿Cómo lo descubrió?

Me quedo mirándola con el ceño fruncido, sin saber cómo responder.

—No te preocupes, a veces suelo espiar en las clases de Jack. —Me guiña un ojo y se aleja con un elegante movimiento de mano—. Que tengas un buen día, Alex.

—Adiós, maestra.

Sigo mi camino por el pasillo, ignorando las miradas de mis compañeros. Sin embargo, al entrar al salón, mi mente se instala en otra parte: Abril no ha llegado y su ausencia me inquieta. Me siento en mi pupitre y abro mi libreta, tratando de distraerme hasta que una sombra femenina cubre mi escritorio.

—¡Hola, Alex!

Levanto la vista. Una chica que no conozco, sonríe como si fuera una vendedora a punto de ofrecerme su producto.

—Buenos días —respondo, desviando la mirada.

—¿Te gustaría ir al cine conmigo? —su voz suena demasiado entusiasta—. Quiero ver una película de amor.

Arqueo una ceja.

—No suelo ver películas románticas.

—Pensé que, después de tu exposición... —Empieza a jugar con un mechón de su cabello, enrollándolo en su dedo.

—Ese tema no fue mi elección —la interrumpo—. Fue una asignación del maestro. Tal vez deberías invitarlo a él.

Su sonrisa se desvanece y casi me siento culpable. Casi.

—Entonces invitaré a Cristóbal —dice y su mirada se posa en el susodicho, que está en la puerta, rodeado de su grupo de amigos.

Le lanza una mirada coqueta y él, tras un instante de confusión, le devuelve un guiño.

—Buena elección —comento, volviendo a mi libreta.

—Quizás algún día tú y yo... —sugiere, dejando la frase en el aire.

—No —cierro la conversación con una sola palabra y, por suerte, se da por vencida.

El resto de la clase transcurre sin incidentes, pero mi mente sigue dando vueltas a lo que ocurrió ayer. En el receso, camino hacia el árbol de siempre, con la intención de encontrar algo de paz. Pero mi tranquilidad dura poco: Rachel aparece, demasiado sonriente para mi gusto.

—¡Hola! Sexy Gh... —se detiene, carraspea y se corrige—: ¡Alexander! ¿Cómo estás?

—Supongo que bien. ¿Y tú?

—¡Supongo que también! —replica, encogiéndose de hombros. Pero antes de que pueda seguir, la interrumpo.

—¿Cómo está Abril?

Rachel se detiene, con los ojos muy abiertos.

—Vaya, qué atento. —Sonríe—. Está en casa, recuperándose.

—¿Recuperándose?

—De la resaca. Ayer bebió demasiado.

¿Tan mal le sentó? Porque Rachel parece intacta. Eso me deja en silencio por un momento.

—¿Está bien?

—Sí, solo un poco avergonzada. No suele beber tanto.

—Rachel... —empiezo, con un nudo en la garganta—. ¿Ella mencionó algo sobre lo de ayer?

—¿Te refieres a la discusión o al beso?

—Al beso.

Rachel sonríe, pero luego niega con la cabeza.

—No recuerda nada.

Por fortuna.

—¿Puedo pedirte un favor?

Rachel se cruza de brazos, expectante.

—Claro.

—No se lo cuentes.

Sus ojos se entrecierran.

—¿Por qué debería ocultarle algo a mi mejor amiga?

—Solo no quiero que ella se sienta mal.

Rachel me estudia en silencio antes de suspirar.

—Alexander, no entiendo qué te pasa. ¿Ella te hizo algo malo?

—No es mi intención lastimarla, jamás haría algo para hacerla sentir mal, pero... —Me detengo. Las palabras se atascan en mi

garganta.

—Pero ¿qué? —insiste.

Suspiro, encogiéndome de hombros.

—No tengo otra opción.

—¿Y se puede saber por qué? —su voz se suaviza.

Casi puedo ver mis ojos brillando, a través del reflejo de los suyos.

—Ella merece un corazón entero y sano —respondo, con más firmeza de la que esperaba—. No puedo darle algo que no tengo.

Rachel me mira, atónita, pero no espero a que replique. Me alejo. Se lo contará a Abril. Y quizá eso sea lo mejor.

Capítulo 26

Recuerdos borrosos, realidad clara

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Abril

Son las cinco y media de la mañana y el dolor punzante en la sien que me despertó, hace parecer al canto del gallo vecino una melodía relajante. Mi cabeza late como si en lugar de cerebro tuviera un tambor africano dentro del cráneo, y cada golpe amenaza con hacerla rodar por el suelo. Podría competir con una calabaza en un concurso de pesos pesados... y perder.

—¡Maldito ron! —reniego, aunque mi voz suena como un croar de rana deshidratada.

Creo que la próxima vez beberé gasolina; al menos con eso me ahorraría la resaca, porque estaría muerta. Me siento en la cama, sosteniéndome la cabeza como si fuera una lámpara a punto de caerse del buró. Intento recordar qué pasó anoche, pero mi mente está más fragmentada que un rompecabezas de mil piezas con tres perdidas. Lo único que tengo claro es que le dije algo a Christopher sobre Alexander, pero ni idea de cómo terminó esa conversación. Tendré que pedirle a Rachel un resumen, aunque seguro no será bonito.

Con el paso más digno que mi cuerpo permite (que es un «gateo evolucionado»), llego a la cocina. El agua fría de la nevera me salpica la cara mientras sirvo un vaso, pero no importa: la necesito

como si fuera el elixir de la vida. Me tomo dos pastillas para la migraña. El alivio llegará en algún momento, pero yo quiero que llegue ya. Tengo un hambre feroz. Tomo un tomate y una cebolla para preparar huevos pericos. La cebolla me hace llorar más que la última película romántica que vi, pero no me detengo; el desayuno es sagrado. Me siento en el sillón de la sala, sosteniendo mi plato como si fuera un tesoro. Enciendo el televisor y dejo que el ruido de un *reality show* cualquiera llene el silencio. Me llevo el último bocado a la boca y mi teléfono suena. Contesto sin mirar la pantalla.

—¿Quién se atreve a molestar a un alma en pena?

—Buen día para ti también, *drama queen*. —Es Rachel.

—Ah, hola. ¿Cómo estás? —intento sonar casual, pero mi voz aún parece la de un villano en una caricatura.

—Yo estoy bien porque no me bebí una botella entera de ron como si fuera agua. ¿Y tú?

—Terrible —admito—. Pero al menos sobreviví.

—Si por «sobrevivir» entiendes estar a un paso de la autopsia, sí.

—Rach, tú fuiste quien trajo la maldita botella.

—Para compartir, no para que te la bebieras tú sola. —Puedo sentir cómo arquea una ceja a través del teléfono—. ¿Vas a clases hoy?

—¿Qué clases? —pregunto, genuinamente perdida.

Rachel hace una pausa que dura más de lo normal.

—¿Todo bien, Abril? Hablo de las clases de psicología.

—¡Mierda!

Casi lanzo el teléfono por los aires.

—Tranquila, te cubriré. Hoy no estás en condiciones ni de salir de tu casa, mucho menos de pasar lista.

—Gracias, Rach. Eres mi salvadora.

—Lo sé. Cuídate.

Cuelgo y suelto un suspiro. Todo en la casa está patas arriba, así que aprovecharé mi encierro forzoso para hacer una limpieza general. Empiezo con mi cuarto, barriendo bajo la cama como si

estuviera cazando roedores, y paso al resto de la casa. Mientras limpio el baño, mi mente decide ponerme banda sonora:

—*Kiss me like you wanna be loved...* —canto suavemente.

Es una de mis canciones favoritas de Ed Sheeran y hace siglos que no la escuchaba. ¿Por qué apareció ahora? ¿Será que estoy enamorada? Ah, sí, gran descubrimiento, eso ya lo sé hace más de tres años. Debe ser el efecto residual del ron. La mañana se pasa volando entre trapos, escobas y la vergüenza ocasional al encontrar rastros de mi desastre nocturno, como el maquillaje corrido. Mi reflejo en el espejo parece salido de una película de terror.

—¿Cómo llegó el labial a la punta de mi nariz? —me pregunto en voz alta.

Tomo toallas húmedas y me limpio como si estuviera restaurando una pintura renacentista. Después de una ducha larga y reconfortante, regreso al sillón, agotada. Le escribiré a Rachel: «Por favor, trae comida china y dulces cuando salgas de clases. Gracias».

Mis antojos son insaciables. ¿Por qué tengo tanta hambre? Una idea atraviesa mi mente como un rayo: «¿Embarazada?».

—No, no, no... imposible. —Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar el pánico momentáneo.

Intento tranquilizarme; no hay manera. Además, ¿los antojos no se sienten semanas después? ¿O días? ¿O... horas? Mejor no busco en Google, porque terminaré autodiagnosticándome con algo ridículo, como siempre. Me río sola de mi drama, recostándome a ver una película. Sea lo que sea, la resaca pasará, pero mi capacidad para meterme en líos parece eterna. La película apenas empieza cuando mi teléfono suena. Maldigo mi suerte y pauso la escena justo en el momento en que un hombre musculoso declara su amor eterno. La voz inconfundible de Christopher, me habla desde el otro lado.

—Hola, niña alegre. ¿Cómo estás? —pregunta, aunque el tono sugiere que ya sabe la respuesta.

—Hola, guapo. Resistiendo un malestar digno de una película de zombis después de beber ron como si no hubiera un mañana, pero, fuera de eso, todo bien. ¿Y tú?

—Lamento oír eso, aunque un poco te lo buscaste. Por eso no quise beber, no quería llegar despedido al trabajo. ¿Estás en casa?

—Sí, en modo vegetal. ¿Por qué?

—Nada importante. Iba a saludarte, pero me reclaman en la oficina. Cuídate, princesa. Adiós.

Cuelga tan rápido que ni alcanzo a despedirme. Me quedo mirando el teléfono, recordando las clásicas escenas de chicas borrachas de las películas. ¿Habré bailado en una mesa? ¿Cantado con la botella como micrófono? ¿Besado a alguien? ¡No, qué horror! Estoy segura de que mis amigos evitaron que hiciera el ridículo. Aunque, conociendo a Rachel, probablemente me animó a hacer alguna tontería solo para tener material de burla por semanas.

Me acomodo en el sillón, pero justo cuando el sueño me atrapa, el timbre suena como una alarma de bomberos. A la una y media de la tarde, Rachel aparece cargando paquetes y con el aroma celestial de comida china envolviendo el aire.

—¡Gracias, te adoro! —exclamo, casi llorando de emoción mientras recibo los paquetes.

—No es nada. Aunque admito que no traje esto solo por ti. Me encanta la comida china.

—Cuando tengas resaca, te traeré comida mexicana con una montaña de papas fritas.

—Y con mucho picante, por favor. Pero ahora comamos antes de que esto se enfríe —dice Rachel, ya abriendo uno de los paquetes.

Nos sentamos en el comedor y atacamos los rollitos primavera y el arroz frito como si no hubiéramos comido en días. Entre bocado y bocado, abordo el tema que más me inquieta:

—Rach, necesito que me cuentes qué hice anoche.

Ella sonríe de una forma que no me gusta nada.

—Te besaste con Sexy Ghost.

¡¿Quéeeeeeeeeee?! El agua que bebo decide explorar nuevas vías de escape y se cuela por mi tráquea. Empiezo a toser como si estuviera a punto de morir. Rachel se levanta, alarmada, y me da golpes en la espalda que se sienten más como un entrenamiento militar.

—¡Por Dios, Rachel! —gimo entre toses—. ¿Intentas salvarme o rematarme?

—Lo siento, lo siento —se disculpa con las manos en alto—. Pero es la verdad. Ayer te besaste con Sexy Ghost.

Me quedo petrificada, mirando a mi amiga como si me hubiera dicho que ganó la lotería y quemó el boleto.

—Estás bromeando, ¿verdad? —pregunto, con los ojos como platos.

—No, hablo en serio. Hasta bailaste con él.

—¡Pero él no estaba en el club!

—Pues resulta que sí —responde con una sonrisa traviesa—. Y, además, fuiste tú quien lo besó.

Mi cerebro entra en cortocircuito.

—¡¿Yo?! —chillo, mientras mi cara se convierte en un tomate humano.

—Sí, fue muy romántico. Estabas bailando esa canción de Ed Sheeran que te encanta, ¿cómo se llama?

—*Kiss Me* —murmuramos al unísono.

Los recuerdos empiezan a llegar como fragmentos de un sueño: sus manos en mi cintura, mi cabeza apoyada en su pecho, su perfume embriagándome.

—Fue mágico —añade Rachel, suspirando—. Tanto que tomé una foto.

—¿¡Qué hiciste qué!?

—Tranquila, Sherlock. La revelé esta mañana.

Saca una foto de su bolso y me la pasa como quien entrega una evidencia crucial. En la imagen, Alexander y yo bailamos, rodeados de una luz que parece salir de una película romántica.

—Es... hermosa —admito, sin poder apartar la vista.

—Por supuesto. Soy una fotógrafa de momentos icónicos.

—Eres una ladrona de mi privacidad, pero gracias. —Suspiro, sin poder quitarle la mirada de encima a la foto—. ¿Puedo quedarme con ella?

—¡Pero claro! —Me guiña un ojo.

Nos reímos mientras devoramos los últimos restos de comida, y después pasamos la tarde recordando viejas anécdotas. Rachel, como siempre, saca su historia favorita: cómo conoció a Christopher.

—Ya sé cómo acaba —la interrumpo, pero ella me ignora y sigue contando con la emoción de siempre.

—Mi mamá me engañó, diciéndome que íbamos a una fiesta llena de juguetes, pero en realidad era mi primer día de escuela.

Aunque ya me sé el final, en el que Christopher la salva del *bullying* con una caja de dulces y su compañía, me dejo llevar por su relato, emocionándome como si fuera la primera vez.

—Él siempre ha querido protegerte. —Pestañeo.

—Siempre ha cuidado de las dos —suspira Rachel.

—Gracias por ser mi familia, Rach. —La miro con una sonrisa y los ojos aguados.

—Gracias a ti, loquita.

Y, como siempre, terminamos abrazándonos, llorando un poco y riéndonos de nuestra propia cursilería. No importa qué locuras haga o qué resacas enfrente, siempre tendré a Rachel y Christopher para recordarme que, al final, todo estará bien..., incluso si besé a Sexy Ghost y no lo recuerdo.

Capítulo 27

Afinando el corazón

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Es 13 de febrero, y los maestros nos reúnen en la sala de profesores para discutir «el acontecimiento del año»: la celebración del cumpleaños del director. Sí, el mismo 14 de febrero. En un golpe maestro de ironía cósmica, el Día de San Valentín y el cumpleaños del director se alinean para formar el evento escolar más absurdo: una mezcla entre amor juvenil y reverencias al jefe supremo.

—La mañana será libre de clases —anuncia el profesor Jack, y un coro de suspiros emocionados inunda la sala.

—Pero... —continúa la maestra Eva con una sonrisa que ya huele a trampa— por la tarde tendrán que asistir al instituto para la celebración.

«Adiós, emoción. Hola, caras largas». Y no solo eso. Habrá una fiesta nocturna para conmemorar el Día de los Enamorados, porque, aparentemente, en este instituto no creemos en el descanso. El profesor Jack nos elige a Rachel y a mí como organizadoras. Nosotras, como valientes solteras sin compromisos románticos, aceptamos la misión como si estuviéramos a punto de salvar el mundo.

—Bueno, ¿qué más vamos a hacer? —Me encojo de hombros.

—Llorar en casa por no tener novio no cuenta como plan, así que esto es mejor —responde Rachel, guiñándome un ojo.

Para nuestra suerte (o desgracia), también asignaron a Alexander y Cristóbal para ayudarnos. Cristóbal aceptó de inmediato, probablemente porque vio una oportunidad de caerle mejor a la maestra Eva. Alexander, en cambio, puso cara de «esto no va conmigo» y desapareció, como siempre. Mi amor platónico sigue en su cruzada personal de ignorarme. Lo peor es que parece estar enojado con el mundo entero, incluido su propio padre, el director. Mientras tanto, Rachel, Cristóbal y yo comenzamos los preparativos. El auditorio es tan grande que parece el escenario perfecto para una entrega de premios o una batalla épica contra un dragón. Cristóbal, con su humor ácido, convierte cada tarea en una oportunidad para hacernos reír.

—¿Sabían que este auditorio tiene mejor acústica que mi ducha? —comenta mientras prueba los altavoces.

—¿Deberíamos preocuparnos porque sepas eso? —le respondo, arqueando una ceja.

Rachel y yo decoramos con globos plateados y cintas doradas. Para ser sincera, los globos se ven tan elegantes que parece que preparamos una boda de lujo en lugar del cumpleaños de un director. Cristóbal, mientras tanto, pelea con los cables de los micrófonos como si estuviera luchando con una anaconda.

—¿Por qué siempre se enredan como si tuvieran vida propia? —gruñe.

—Tal vez sienten tu energía y entran en pánico —comenta Rachel, con una sonrisa maliciosa.

Después de horas de trabajo, el auditorio queda impecable y listo para la primera fase del evento. Nos trasladamos al patio trasero para inscribir a los estudiantes en las presentaciones de talentos. La fila crece más rápido de lo que esperábamos, con estudiantes proponiendo desde bailes de TikTok hasta imitaciones de animales.

—¿Ese chico dijo que va a hacer sonidos de ballena? —pregunto, arqueando una ceja.

—Sí, y no sé si preocuparme o estar emocionada. —Rachel intenta no reírse.

Terminamos y Rachel lanza la pregunta que cambiará el rumbo de la tarde:

—¿Te vas a inscribir en la presentación?

—¿Yo? —Me señalo a mí misma como si estuviera comprobando mi propia existencia.

—¿Acaso Cristóbal se llama Abril? —ironiza Rachel, rodando los ojos.

—Mi nombre completo es Cristóbal el Suculento, gracias por preguntar —interviene él, estirándose el cuello de la camiseta con aire de superioridad.

Rachel y yo estallamos en carcajadas.

—Bueno, ¿qué se supone que haga? —pregunto, secándome las lágrimas de risa.

—¡Cantar, tonta! —responde Rachel, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

La idea no me parece mala. Hace mucho que no canto, y esta podría ser una oportunidad para recordarle al mundo (o al menos a este instituto) que tengo talento escondido.

—Está bien, pero seré la última para tener tiempo de ayudarles con el resto —propongo.

Rachel choca palmas conmigo.

—¡Serás la mejor, Abril! —exclama con su típica sonrisa entusiasta.

Cristóbal me mira entrecerrando los ojos, como si acabara de confesar que soy un extraterrestre.

—No sabía que cantabas.

—Canta como los ángeles —interviene Rachel, haciendo que me sonroje un poco.

—Mañana estaré en primera fila para comprobarlo —dice Cristóbal, con una sonrisa que podría derretir glaciares.

—Más te vale no lanzarme tomates si fallo —respondo, nerviosa, pero tratando de mantener la compostura.

Mientras tanto, mi piel se pone de gallina y mi mente empieza a repasar la lista de canciones posibles. Tal vez esta no sea una oportunidad cualquiera. Tal vez mañana, frente a todos, pueda mostrar algo más que mi voz. Quién sabe, incluso Alexander podría notar que existo. Por ahora, todo está en marcha. Solo espero no desafinar... ni morir de nervios en el intento.

...

Mi fiel gallo madrugador, al que con cariño y un poco de sarcasmo bauticé como el Señor Clock, inicia su rutina matutina con un canto inspirado en una ópera desafinada. Hoy, sin embargo, no me molesta tanto. Es el Día de los Enamorados y tengo tantas cosas que hacer que ni siquiera su chirrido infernal logra perturbarme. Después de una ducha rápida, me pongo un *jean* azul claro y una camiseta negra tipo polo, combinados con mis botas de cuero favoritas, esas que me hacen sentir como una vaquera lista para enfrentar cualquier desafío... incluso uno tan monumental como declararle indirectamente mi amor a Alexander en una canción. También guardo en mi mochila mi as bajo la manga: un vestido blanco inspirado en el que Avril Lavigne usó en *When You're Gone*. Porque si vas a hacer una declaración de amor, al menos hazlo con estilo. Frente al espejo, me maquillo con cuidado. Rímel, sombra carmesí para resaltar mis ojos marrones, y un labial del mismo tono que me da ese aire de «hoy podría conquistar el mundo... o al menos a un chico». Me hago dos trenzas laterales que uno en una corona improvisada, un peinado que combina con las ondas suaves de mi cabello. La chica del espejo sonríe y yo también. Hoy es el día.

Son las nueve de la mañana, el aire es fresco en el porche y mi lista de tareas, tan larga como una tesis universitaria, me espera.

Rachel, Cristóbal y yo habíamos quedado a las nueve y media para dar los últimos toques a la organización junto con la maestra Eva. Como siempre, Cristóbal llega tarde, pero con una excusa tan absurda que no podemos evitar perdonarlo.

—¡Perdón! —Se acerca corriendo—. Me distraje ayudando a una ancianita.

—¿Le ayudaste a cruzar la calle o la convenciste de que te adoptara? —responde Rachel, con una ceja levantada.

—Ambas cosas —dice él, moviendo las cejas de arriba abajo, ganándose nuestra risa y una patada suave en la espinilla por parte de Rachel.

El evento inicia a tiempo y todo marcha según lo planeado; desde los emotivos discursos al director hasta el pastel blanco digno de una boda real. La primera fase es un éxito. Terminamos de recoger las mesas y preparar el auditorio para la segunda parte, y me siento en un rincón, cansada pero satisfecha. El director aparece acompañado de Alexander y... ella. La chica rubia del otro día. Mi estómago se retuerce hasta que las palabras de la maestra Eva hacen ruido: es su hermana mayor. Con razón se parecen tanto, pero la revelación no evita que mis celos hagan un pequeño baile antes de disiparse.

Alexander me lanza una mirada rápida, como si intentara descifrar si tengo tres cabezas o si siempre he tenido este peinado. Yo, por supuesto, finjo no estar afectada mientras mi corazón compite por el oro olímpico en salto de obstáculos. «Relájate, Abril. No es el momento de perder la compostura». La segunda fase comienza y las presentaciones de talentos superan mis expectativas. Hay de todo: desde un chico que hace imitaciones de gatos hasta un dúo de hiphop que logra que incluso los profesores muevan la cabeza al ritmo. Me entretengo con el espectáculo y Rachel decide salir a tomar aire, dejándome sola. Claro, porque no hay mejor momento para abandonar a tu amiga que cuando está a punto de colapsar de

nervios. Para mi sorpresa, Hannah, la hermana de Alexander, se acerca a mí y se sienta con una sonrisa amigable que me toma desprevenida.

—Hola, Abril —dice como si ya fuéramos viejas conocidas.

—Hola... —respondo, algo insegura.

—Creo que no nos hemos presentado formalmente. Soy Hannah, la hermana de Alexander.

Extiende su delicada mano y yo se la estrecho con suavidad, temiendo rompérsela.

—Un gusto, Hannah.

—Quería saber si podrías incluirnos en las presentaciones. Mi grupo de teatro y yo preparamos algo especial para mi padre, pero no alcanzamos a inscribirnos.

—¡Claro! —respondo, tratando de no sonar demasiado sorprendida de que la hermana del chico que me gusta me esté pidiendo un favor—. Los puedo poner justo antes de mí.

—¡Perfecto! Gracias, Abril. —Su sonrisa es tan cálida. No puedo creer cómo fue que alguna vez la consideré una amenaza.

Llega su turno y Hannah, junto a su grupo presentan una obra breve pero conmovedora. Los gestos del director, sentado en primera fila, van de la risa a las lágrimas en cuestión de minutos. Es hermoso y aplaudo con todas mis fuerzas. El momento llega. Mi momento. Con Rachel aún perdida en acción, voy al camerino a cambiarme. El vestido blanco que había comprado para un concierto al que nunca asistí parece brillar bajo las luces. Lo acomodo con cuidado frente al espejo. Puedes hacerlo, Abril. Es solo una canción... y quizás una confesión encubierta de amor.

Salgo al escenario y las luces me ciegan, pero encuentro entre el público a Cristóbal, levantando ambos pulgares como si estuviera animando a una estrella de *rock*. La maestra Eva sonríe y yo respiro hondo. El DJ me hace una seña. La pista empieza y las primeras notas de la canción llenan el auditorio. Alexander no está, sin

embargo, espero que, con la ayuda de los altavoces, mi mensaje llegue a su destino.

Capítulo 28

Un paso hacia la verdad



Alexander

Son las 8:30 del 14 de febrero y mi mañana empieza con una sensación de pesadez en el pecho. Día de San Valentín y cumpleaños de mi padre: una ironía cruel, considerando que el amor es lo último que encarna Alejandro Miller. A lo largo de los años, he llegado a la conclusión de que, si existe un santo del desamor, mi padre sería su máximo devoto. Incluso cuando hablaba de su «relación perfecta» con mi madre, era evidente que no era más que un espectáculo montado para sus socios y asociados.

Me siento en el borde de la cama, pasando una mano por mi rostro. Otro día sin sentido. Desde que decidí alejarme de Abril, los días han perdido su color, como si alguien hubiera bajado el brillo en la pantalla de mi vida. Dejo escapar un suspiro y me dirijo al baño. Una ducha fría me espera; el agua caliente es un lujo que no me permito desde aquel día en el callejón. Cada gota caliente es un recordatorio de sus labios, de su cercanía... y de mi estupidez.

—¡Maldita sea! —Golpeo la pared del baño y el eco resuena en el pequeño espacio.

Todo sobre ella se ha infiltrado en mi mente como una melodía que no puedo dejar de escuchar. Quiero olvidarla, pero cada intento solo la hace más presente. Me visto con lo primero que encuentro:

camiseta negra, *jeans* oscuros y tenis. Nada especial, y ciertamente nada que diga «celebración de cumpleaños». Camino hacia la cocina, donde una hoja de papel púrpura brilla sobre el mesón, como si se burlara de mi intención de mantenerme alejado de cualquier drama.

> Hola, hermanito, sé que tienes planes para hoy, pero quiero que me acompañes a la celebración del cumpleaños de papá en el instituto. Te espero a la una en punto en la portería.
>
> P. D.: No lo hagas por él, sino por mí. Te tengo una sorpresa.
>
> Hannah

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué le di una llave de mi apartamento? Esto es claramente una invasión de mi espacio personal, pero con Hannah siempre termino cediendo. La leo de nuevo, buscando alguna pista oculta entre las palabras, pero solo encuentro la promesa de algo que probablemente implique arrepentimiento de mi parte. «Una sorpresa». Por supuesto, porque la vida no tiene ya suficientes sobresaltos. Paso la mañana nadando en la piscina del edificio, intentando distraerme. El agua es mi único refugio, el único lugar donde mi mente puede encontrar algo de calma. Pero incluso bajo el agua, su recuerdo me persigue. Hannah me espera en la portería, radiante como siempre. Lleva un vestido rojo que resalta su personalidad vibrante, y su sonrisa es tan amplia que creo que algo explotará si no me cuenta de inmediato lo que trama.

—Hola, hermanito guapo. —Se lanza a abrazarme como si no me hubiera visto en años.

—Hola, Han. —Le devuelvo el abrazo, porque a pesar de todo, Hannah siempre logra derretir mi fachada.

—¿Preparado? —pregunta, examinándome con un brillo travieso en los ojos—. Te ves perfecto.

—¿De qué hablas? —Levanto una ceja.

—Tú siempre luces increíble, incluso con el cabello mojado. Pero hoy, más que nunca, necesitas estarlo.

—¿Y eso por qué? —pregunto, aunque ya sé que no obtendré una respuesta directa.

—Es una sorpresa, Alex. No me hagas arruinarlo —su tono es ligero, pero hay algo en su mirada que me intriga. Algo más profundo.

El camino al instituto se llena de su usual charla, pero no puedo concentrarme. Su «sorpresa» flota entre nosotros como una nube cargada de misterio. Llegamos y me recibe la visión de Abril, sentada en la tarima, iluminada por los focos. El mundo se detiene. Su presencia es un golpe directo al estómago y no puedo apartar la mirada. No sé si es el peinado que lleva, su postura segura, o simplemente el hecho de que es ella. Abril. Aquí. Y mi resolución de mantenerme alejado se tambalea peligrosamente. Nos sentamos en una mesa cercana. Mientras los maestros y estudiantes halagan a mi padre, trato de no mirar en dirección a Abril, pero es inútil. Sus risas, su sonrisa... todo de ella me llama.

Mi padre sube al escenario para dar su discurso y mi humor se oscurece. El hombre que se gana los aplausos con palabras cuidadosamente ensayadas es el mismo que destruyó tantas cosas. Mi confianza, mi infancia... y ahora parece dispuesto a destruir cualquier posibilidad que yo tenga con Abril. Me remuevo en mi asiento. Deseo que este día termine.

Después del almuerzo, me excuso con mi hermana para escapar del auditorio. Bajo al despacho abandonado con el libro que Abril me devolvió. Este lugar fue mi refugio durante años, pero hoy se siente su vacío con más fuerza. Paso las páginas del libro sin leerlas realmente, reviviendo nuestras discusiones y cómo ella se enfrentó a mí sin miedo. Ojalá pudiera ser como ella, tan valiente, tan dispuesta a luchar por lo que quiere. El tiempo parece estirarse como si alguien hubiera decidido ralentizar el día solo para fastidiarme.

Después de leer unas cuantas páginas del libro —o, más bien, fingir que leía— decido salir a tomar aire. Necesito escapar de esa celebración hueca que no tiene nada que ver conmigo, aunque solo sea por unos minutos.

El aire frío del parque es un alivio, al menos en comparación con el ambiente sofocante del instituto. Cruzo la calle y me apoyo en una baranda. El mundo sigue girando ajeno a mis problemas. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo aquí, absorto en nada, cuando una figura conocida emerge del edificio: Rachel. Creo que me ignorará, pero sus ojos se cruzan con los míos y sonríe antes de cruzar la calle hacia mí.

—Hola, Alex —su tono es ligero, amigable, como si no notara la nube de tormenta que parece seguirme.

—Hola. —Intento forzar una sonrisa, pero sospecho que mi esfuerzo fracasa estrepitosamente.

—¿Aburrido? —pregunta con una mirada cómplice.

—Más bien sofocado —admito.

—Yo también estoy un poco estresada —comenta, aunque su voz sugiere que el estrés es lo último que la detendría.

La conversación se detiene, dejando un silencio que cuelga entre nosotros como una cuerda floja. Es incómodo, pero Rachel no tarda en romperlo.

—Ya casi le toca a Abril.

Sus palabras son como una piedra cayendo en un estanque: provocan un pequeño, pero potente caos en mi interior. Mi estómago se contrae y no sé si quiero más detalles o si debería correr en dirección opuesta.

—¿A qué te refieres? —Elijo la primera opción con cautela.

—Falta poco para su presentación —responde con la misma naturalidad con la que alguien anunciaría la hora.

—¿Qué hará?

—Va a cantar.

Imaginar a Abril cantando es como conjurar una imagen demasiado perfecta para ser real. Sin quererlo, esbozo una sonrisa, algo que Rachel nota al instante.

—Con esa voz tan hermosa, no dudo que le salga perfecto —comento antes de poder detenerme.

Rachel alza una ceja y su frente se arruga ligeramente. Su radar de mejor amiga se activa.

—Alexander... —dice con ese tono que las personas reservan para las conversaciones serias—. ¿Por qué te alejas de Abril?

Sabía que esta pregunta llegaría tarde o temprano, pero esperaba tener un poco más de tiempo para prepararme. O para inventar una excusa convincente.

—No sé si pueda responder eso ahora mismo. —Desvío la mirada hacia el suelo.

Rachel cruza los brazos y suspira, pero no parece sorprendida por mi evasiva.

—Entiendo que sea difícil para ti —admite—, pero yo puedo escucharte. Y, si lo necesitas, también puedo aconsejarte.

Trato de evaluar si realmente puedo confiar en ella. Rachel siempre ha sido directa, incluso brutalmente honesta, pero no parece tener malas intenciones ahora.

—Eres su mejor amiga; no quiero arriesgarme a que se lo cuentes todo.

Ella agacha la mirada.

—Lo siento —murmura—. Lamento lo que te dije ese día. No fui empática contigo, pero... —me mira de nuevo, esta vez con intensidad— creo que sería mejor que ella lo supiera.

—¿Para qué? —replico. Es un callejón sin salida; Rachel no puede darme la respuesta que necesito.

—¿Por qué no?

—Porque no cambiaría nada. —Desvío la mirada, soltando un suspiro.

—Alexander. —Da un paso hacia mí, reduciendo la distancia—. Puedo entender que sea complicado para ti hablar de lo que te sucede, pero estás solo en esto. ¿No te gustaría compartirlo con alguien?

Sus ojos brillan con algo que me resulta extrañamente reconfortante. No es lástima; es empatía, pura y sincera. Algo en su tono, en su postura, me hace bajar la guardia, aunque sea un poco.

—Te aseguro que tendrás mi apoyo completamente —añade, sonriendo con la mirada.

¿Debería arriesgarme? Las palabras flotan en mi garganta, pero el miedo aún tiene una mano apretada alrededor de ellas.

—Mi padre no está de acuerdo con que Abril y yo tengamos una relación —confieso. La expresión de Rachel se congela, pero asiente, como si las piezas encajaran en su mente—. Me amenazó con arruinar su carrera. Prefiero alejarme antes de que algo así pase.

Rachel parpadea, procesando lo que acabo de decir, antes de sonreírme con una calidez inesperada.

—Me alegra que hayas podido contármelo —sonríe—. No lo digo por mí ni por Abril, sino por ti. —Me da un golpecito en el pecho con su dedo índice—. Es como soltar un peso que llevas cargando, ¿no? Créeme, lo sé por experiencia.

Se gira y camina hacia una banca cercana. La sigo, porque, aunque me incomoda, hay algo en su tono que me obliga a escucharla.

—¿Por experiencia? —Me siento a su lado.

Rachel se ríe suavemente y sus mejillas adquieren un ligero tono rosado.

—He estado enamorada de mi mejor amigo desde que tenía cinco años. Jamás se lo había confesado ni me había atrevido a dar un paso más allá de la amistad.

—¿Y ya lo hiciste?

—Le di un beso hace poco —sonríe, mirando al frente como si reviviera ese momento en su mente—. ¿Sabes cómo me sentí?

Niego con la cabeza, aunque puedo imaginarlo.

—Como si hubiera estado cargando una mochila llena de ladrillos durante años y de repente la soltara —suspira—. Y lo mejor es que él me correspondió.

—Me alegro por ti. —Mi sonrisa, esta vez, no es forzada. Hay algo genuino en la felicidad ajena que logra colarse entre mis propias dudas.

Rachel me mira de reojo, como si analizara cuánto de lo que dice realmente me llega.

—Nuestras situaciones son diferentes, pero en el fondo es lo mismo. —Inclina la cabeza hacia mí—. Guardarte todo solo te hace más daño.

Asiento.

—No le has contado a Abril lo que ocurre, pero me lo has dicho a mí —añade—. Seguro ahora sientes lo mismo que yo sentí al desahogarme; como si pudieras respirar de nuevo.

—Sí, un poco —admito. Y es cierto; aunque el nudo en mi estómago sigue ahí, ahora es más pequeño, más soportable.

—Me alegra mucho poder ayudarte. —Rachel hace un gesto de cerrar una cremallera en su boca—. Prometido, esto queda entre nosotros.

—Gracias.

—De nada. Pero... —su tono se vuelve un poco más firme— sigo creyendo que deberías considerar decírselo tú mismo.

—Quizás lo haga —digo, aunque más como una idea que como un plan.

—Estoy segura de que lo entendería. Porque, al final, el problema no eres tú ni lo que sientes por ella, sino lo que otros intentan imponer.

Me recuesto en el espaldar de la banca.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Rachel me observa en silencio antes de hablar.

—Alexander, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Hay algo más que te impida acercarte a Abril?

Dudo, pero decido responder.

—El amor me aterra —confieso, frotándome las manos.

Rachel no reacciona de inmediato y lo hace con una sonrisa que no esperaba.

—¿Sabes algo? Eso nos pasa a todos. Enamorarnos es como saltar desde un avión confiando en que el paracaídas abrirá a tiempo.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces caes de cabeza. Pero ¿sabes qué? —Rachel me da un codazo suave—. La mayoría de las veces, el paracaídas abre, y la caída vale la pena.

Su respuesta debería sonarme cursi, pero de alguna manera logra arrancarme una risa seca.

—Eres buena consejera.

—No es nada. —Se encoge de hombros—. Por algo Abril siempre dice que soy su brújula moral. Aunque, sinceramente, creo que soy más bien su mapa del tesoro.

No puedo evitar sonreír ante eso.

—Gracias, Rachel. De verdad.

—Para eso están los amigos. Por cierto, ¿te confieso algo más?

—¿Qué?

—Creo que acabas de encontrar a tu primer amigo verdadero.

Levanto la mirada.

—¿Mi primer amigo?

—Sospecho que jamás has tenido uno, ¿no es así? —Enarca las cejas.

—No, nunca sentí que lo necesitara. Hasta que mi madre se fue.

Sus ojos brillan.

—¿Puedo preguntar por qué se fue?

—Se marchó con otro hombre después de engañar a mi padre.

—Oh. Lo siento mucho, Alex.

—Ella era mi modelo de lealtad y me falló.

—Las personas no son perfectas, Alex; todos cometemos errores. Quizás sería bueno que intentaras perdonarla.

Me levanto abruptamente.

—Hace frío. Deberíamos volver.

—Tienes razón. Y no podemos perdernos la presentación de Abril.

Corremos hacia el instituto. Rachel atraviesa las puertas del auditorio y yo me quedo detrás de la puerta; la suave melodía de un piano llena el aire. Doy un paso adentro y mis ojos la enfocan a ella. Sobre la tarima, Abril sostiene el micrófono con ambas manos. Lleva un vestido blanco que parece atrapar la luz y devolverla multiplicada. Nuestros ojos se encuentran y todo se reduce. La letra debió haber comenzado algunos acordes antes, pero ella detiene su comienzo, mirándome. La primera nota de su voz me golpea como una corriente de aire cálido en un día helado. No importa cuánto intente evitarlo; estoy perdido. No solo en su voz, sino en todo lo que representa. Tal vez, solo tal vez, debería saltar del avión.

Capítulo 29

Una y única

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Abril

La melodía de *One and Only* de Adele envuelve el auditorio como un abrazo invisible, y aunque cientos de ojos me enfocan, solo existen los suyos: esos luceros azules que siempre logran desnudar mi alma. Mi mundo se reduce a Alexander. Todo el público desaparece, el murmullo de la multitud se desvanece, y la letra de la canción toma vida propia, saliendo de mis labios directamente hacia él. Cada palabra, cada nota, lleva un mensaje que jamás me atreví a pronunciar:

You've been on my mind (Has estado en mi mente)
I grow fonder every day (Cada día me encariño más)
Lose myself in time (Me pierdo en el tiempo)
Just thinking of your fase (Solo pensando en tu cara)
God only knows why it's taken me (Solo Dios sabe por qué me ha llevado)
So long to let my doubts go (Tanto tiempo para dejar ir mis dudas)
You're the only one that I want (Eres el único que quiero)

Mi voz tiembla, pero no porque esté nerviosa; tiembla porque él está aquí, porque me escucha. No aparta los ojos de mí, y su mirada es tan intensa que el escenario desaparece bajo mis pies. Y comienzo a flotar al ritmo de la melodía...

I don't know why I'm scared (No sé por qué tengo miedo)
I've been here before (He estado aquí antes)
Every feeling, every Word (Cada sentimiento, cada palabra)
I've imagined it all (Lo he imaginado todo)
You'll never know if you never try (Nunca lo sabrás si nunca lo intentas)
To forget your past and simply be mine (Para olvidar tu pasado y simplemente ser mío)

Mis dedos se aferran al micrófono como si fuera un salvavidas, porque si lo suelto, el peso de mis sentimientos podría arrastrarme al abismo. Pero, al mismo tiempo, estoy segura de que, si él se acercara ahora y me tomara de la mano, no dudaría en dejarme caer.

I dare you to let me be your, your one and only (Te reto a que me dejes ser tuya, la única)
I promise I'm worthy (Prometo que soy digna)
To hold in your arms (De estar en tus brazos)
So come on and give me the chance (Así que ven y dame la oportunidad)
To prove I am the one who can walk that mile (Para demostrar que soy la que puede caminar esa milla)
Until the end starts (Hasta que comience el final)

¿Lo entiende? ¿Sabe que le estoy hablando a él? He intentado decírselo con miradas, con gestos, incluso con silencios. Ahora se lo digo con mi voz. Le pido, le ruego, que sea mío, así como yo he sido suya desde que descubrí que mi corazón late diferente cuando está cerca.

If I've been on your mind (Si he estado en tu mente)
You hang on every word I say (Esperas cada palabra que digo)
Lose yourself in time (Te pierdes en el tiempo)
At the mention of my name (Al mencionar mi nombre)
Will I ever know how it feels to hold you close (¿Alguna vez sabré cómo se siente tenerte cerca?)

And have you tell me (Y que me digas)
Whichever road I choose, you'll go? (Cualquiera que sea el camino que elija, ¿irás?)

Los acordes finales resuenan y el auditorio estalla en aplausos, pero yo apenas los oigo. Mi respiración es errática, mi pecho sube y baja como si acabara de correr una maratón. Busco a Alexander entre la multitud que se levanta de sus asientos, pero ya no lo encuentro. Sin embargo, percibo su presencia. Él cruza el auditorio, abriéndose paso entre la gente, subiendo los escalones de la tarima con una determinación que me roba el aliento. Mi corazón late desbocado, y mis piernas parecen incapaces de moverse.

Llega a mi lado y no dice nada. Sus ojos, esos ojos azules que tantas veces me han desarmado, me sostienen con una intensidad que no deja lugar para dudas. Sus manos se enganchan a mi cintura, firmes pero cuidadosas, y acerca sus labios. Me besa. Un beso que incendia todo lo que soy. Mis ojos se cierran, y mis manos suben instintivamente a sus mejillas, aferrándome a él como si fuera lo único real en este momento. El mundo entero podría desmoronarse a nuestro alrededor y no me importaría, porque aquí, en este instante, estoy con él.

Los aplausos se transforman en chiflidos y exclamaciones y, aunque son imposibles de ignorar, Alexander no se detiene. Su boca vuelve a buscar la mía con más pasión, más urgencia, como si quisiera recuperar todo el tiempo que perdimos al mantenernos lejos. Me pierdo en su olor, en su sabor, en la fuerza de sus brazos rodeándome. Este beso no es solo un beso. Es una confesión, una promesa, una entrega total. Se separa, apenas unos centímetros, y nuestras respiraciones se sincronizan, rápidas y erráticas. Sus ojos me sostienen de nuevo, y apoya su frente contra la mía, antes de susurrar:

—Abril, tú ya eres la única para mí —su voz tiembla mientras su manzana de Adán se mueve—. Déjame ser el único para ti —me besa con ternura—. Sé mi amor, mi chica, mi mitad… y seamos uno.

Mi corazón se arruga y mis ojos se humedecen. Asiento y él captura mis labios en un beso apasionado que me roba el aliento. No importa lo que venga después; estoy en el lugar al que siempre quise llegar. En sus brazos, con sus palabras susurradas entre besos, descubriendo un universo que siempre estuvo esperándome. Si esto es amar, estoy dispuesta a correr cualquier riesgo. Las luces del auditorio se encienden, interrumpiendo la magia del momento, y los aplausos cesan casi al instante. Nuestros labios se separan con suavidad, pero nuestras frentes permanecen unidas, compartiendo un último suspiro. El mundo sigue girando, pero nosotros solo estamos el uno para el otro.

Alexander toma mi mano con firmeza, guiándome fuera de la tarima. El sonido de nuestros pasos apresurados se mezcla con el eco de nuestras risas nerviosas, mientras las miradas curiosas de los demás nos atraviesan, pero ya no importa. Ni siquiera el bullicio del instituto puede hacernos dejar de mirarnos. Solo existimos nosotros dos. Atravesamos varios pasillos y llegamos a las enormes puertas abiertas del instituto, hacia la libertad. Un jardín tranquilo nos espera, casi como una promesa de escape.

—¡Alexander! —una voz femenina lo llama desde la entrada.

Frenamos en seco nuestra huida y nos damos la vuelta. Hannah viene corriendo hacia nosotros. Su pelo rubio vuela desordenado mientras trata de recuperar el aliento, como si acabara de atravesar un campo de batalla.

—Hola, Abril —dice con una sonrisa apenas formada cuando llega frente a nosotros, jadeando. Sus ojos brillan—. Tu presentación fue preciosa.

—Gracias —correspondo la sonrisa. Su tono es tan sincero que me alaga.

—¿Puedo robarte a mi hermano un minuto? —Junta las manos, guiñándome un ojo.

—Sí, claro.

—No es necesario —interrumpe Alexander, con ese tono despreocupado que me exaspera y me encanta al mismo tiempo.

Lo miro, arrugando la frente.

—Puedes decírmelo aquí, hermanita —añade él, cruzándose de brazos.

Hannah no se inmuta. Su sonrisa se ensancha, y una chispa traviesa se asoma en su mirada.

—De acuerdo, cariño, como prefieras. —Se inclina un poco hacia él —. ¿Recuerdas que te mencioné una sorpresa?

—Sí, claro, aunque espero que no sea otro gorro de lana blanco.

Espera... Eso me suena a *déjà vu*.

—Esta vez es algo mejor. O peor, depende de cómo lo mires —responde ella, con un brillo de diversión maliciosa—. Prepárate porque vas a quedarte de piedra.

Alexander arquea una ceja, mientras yo sigo con la mirada perdida, tratando de recordar qué tiene que ver un gorro de lana blanco conmigo.

—Hannah, mi paciencia no es infinita, linda. Además, tengo planes importantes con esta encantadora mujer. —Toma mi mano y la besa con un aire de caballero del siglo XVIII. No puedo evitar el sonrojo.

—Lo siento —dice Hannah con un toque de urgencia—. Mi padre va a matarme por esto, pero necesito decírtelo.

Alexander baja la mano y su expresión se endurece.

—Te escucho. —Se cruza de brazos.

Hannah suelta la bomba:

—Nuestro padre no es el único dueño del instituto.

Las venas de los brazos de Alexander se marcan aún más y la atmósfera se carga con algo eléctrico. Mis ojos se desorbitan, pero me quedo callada, esperando la reacción de Alexander.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta con la mirada fija en su hermana, más sombría ahora.

—Nuestro padre es dueño solo del cincuenta por ciento del instituto —responde Hannah, mirando a su hermano con seriedad—. La otra mitad pertenece a Raquel, nuestra madre.

—¿Qué? —Alexander se inclina hacia ella, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—Lo sé porque ayer estuve en su despacho recogiendo unos documentos —continúa Hannah—. Encontré las escrituras. Claramente, figura Raquel Lucía Allen como la propietaria del cincuenta por ciento.

No sé qué decir. Me quedo muda, con los ojos tan abiertos que deben parecer huevos fritos quemados. Alexander se frota el mentón, sumido en un pensamiento tan intenso que me asusta un poco.

—¿Tienes copia de esos documentos? —su voz es grave, cortante.

—Sí, están en mi apartamento.

—Bien. Mañana pasaré por ellos. —Relaja los brazos, llevándose las manos a los bolsillos.

Hannah sonríe, como si acabara de cumplir una misión imposible.

—Me alegra verlos juntos. Son una pareja hermosa.

Le devuelvo la sonrisa, aunque aún proceso todo. Alexander la atrae hacia él y le planta un beso en la frente.

—Gracias por el dato, hermanita.

Hannah me dedica una última mirada llena de ternura.

—Es mejor que se vayan ya. Papá está furioso por lo que hiciste, Alex.

—Ya nos íbamos —responde Alex, con una tranquilidad que solo él posee.

Hannah nos abraza a ambos y se despide.

—Adiós, tortolitos. Y sigan..., bueno, en lo que estaban. —Nos guiña un ojo antes de correr hacia el instituto.

Me giro hacia Alexander. Me mata la curiosidad.

—¿A qué se refería? —pregunto, incapaz de contenerme más.

Él me mira con un brillo en los ojos que es tan protector como pícaro.

—Estás conmigo ahora y no voy a dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Mi corazón da un vuelco. Me detengo, lo atraigo hacia mí y lo beso. Mis manos encuentran su cuello, mientras él me envuelve por la cintura. Todo desaparece.

—Espera, aquí no. —Corta el beso con una sonrisa que promete de todo menos tranquilidad.

Me toma de la mano y me guía hacia el costado izquierdo del instituto, donde la oscuridad nos abraza, ofreciéndonos la privacidad que necesitamos. Este es nuestro momento y nada ni nadie puede arrebatárnoslo.

Capítulo 30

La noche del impacto

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Alex me empuja contra el muro y se apodera de mi boca con una pasión que me deja sin aliento. Sus labios son cálidos, exigentes, y me pierdo completamente en él. Su lengua juguetea con la mía, mientras sus brazos me envuelven con fuerza, como si quisiera que fuéramos uno solo. Yo, entre risas nerviosas y ganas de perderme más en su beso, acaricio el cabello de su nuca. Atrapada entre su cuerpo y el muro, el único sonido que penetra mis oídos es el de nuestros latidos, acelerados, chocando en el aire. Todo a nuestro alrededor desaparece. Es solo él, yo y el susurro de nuestras respiraciones entrecortadas.

Nos separamos, tomando distancia para recuperar el aliento. Alex me toma de la mano, arrastrándome hacia un árbol cercano, y se sienta, recostando su espalda en el tronco. Me atrae hacia él y me siento sobre sus piernas. Su abrazo es el único refugio que necesito. Entierro mi cara en su cuello, inhalando su aroma; su calor me envuelve.

—Lo que quiso decir mi hermana —empieza, con tono grave—. Tiene que ver con la razón por la cual me alejé de ti.

Levanto la cabeza y nuestros ojos se encuentran, con una intensidad que me hace temblar un poco.

—Mi padre no quiere que estemos juntos, Abril —revela, como si soltara una bomba nuclear que vuela directo a mi cerebro.

¿Qué? No lo vi venir. Había considerado varias posibilidades, pero esa nunca se me ocurrió. Me quedo muda, incapaz de encontrar las palabras correctas.

—Yo creí que el señor Miller era una buena persona —digo, casi riendo para calmar la tensión. Aunque mi tono suene ligero, la confusión en mi voz es clara.

—Sí, pequeña, todos piensan lo mismo cuando lo conocen —ladea una sonrisa irónica—, pero esa no es su verdadera naturaleza.

—¿Por qué no quiere? —pregunto. El misterio engulle mis pensamientos.

—Piensa que vas a distraerme de los grandes planes que tiene para mí —explica, apretando la mandíbula. Sus ojos se tornan oscuros—. Como si yo fuera un simple peón en su juego.

—¿Distraerte? —Frunzo el ceño.

—Sí. —Se muerde el interior de las mejillas—. Quiere que herede el instituto y sus otros negocios.

Mi mente da vueltas.

—¿Negocios? —Lo miro de reojo.

—No sé cuáles son —responde, torciendo la boca—. Ni siquiera tengo idea de lo que espera de mí.

La tristeza en sus palabras es palpable, pero lo entiendo. Un padre tratando de imponer su voluntad en su hijo, ¿cuántas veces he visto esto en las telenovelas?

—Por eso te alejaste —descubro. Mi corazón duele por él.

—Sí, pequeña, sé que no debí... —Me mira, elevando el interior de las cejas con una leve arruga en la frente.

—No me hubiera importado eso —lo interrumpo, acariciando su mejilla.

—A mí sí —responde, con una seriedad que me estremece—. Tu bienestar es lo único que me importa.

—¿Por qué lo dices? —mi voz tiembla un poco. Empiezo a comprender el peso de sus palabras.

—Abril, él me amenazó con expulsarte —pronuncia como si fuera una condena.

—De igual forma no me hubiera importado. —Me encojo de hombros, sonriendo—. Hay otros institutos en la ciudad, podríamos irnos juntos, sin que nadie nos diga qué hacer.

Alex esboza una sonrisa, aunque la tristeza aún se asoma en sus ojos. Me acaricia la mejilla con su pulgar, como si esa simple acción pudiera devolverle algo de paz.

—Me gusta la forma en que encuentras soluciones, pequeña, pero, no conoces a mi padre.

Su sonrisa se desvanece y la tensión en su cuerpo aumenta.

—Cuando se propone algo, hará cualquier cosa para lograrlo —agrega; la angustia nubla su mirada.

—Eso no es malo —objeto, levantando una ceja—. La determinación es una virtud.

Alex suelta una risa nerviosa, mostrando sus dientes blancos, y las esquinas de sus ojos se arrugan.

—Pero la suya es un defecto, pequeña —concluye y su sonrisa se tiñe de melancolía.

Mi mente corre. Tal vez él tiene razón. La determinación, cuando se convierte en obsesión, deja de ser virtud. Lo miro a los ojos y esta vez el ritmo acelerado de mi corazón no tiene nada que ver con inseguridades ni dudas. Es la intensidad en su mirada, ese peso invisible que parece cargar, lo que me mueve a hablar.

—Me dijiste que tu corazón está roto —mi voz es baja, cuidadosa, pero directa. Necesito entenderlo—. ¿Puedo saber a qué te referías?

La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda detenerla. Mi mirada busca la suya con urgencia.

—¿Quién te lastimó? —agrego.

Alex desvía la mirada, y el leve temblor en su respiración me confirma que toqué una herida profunda. Un suspiro pesado se escapa de sus labios y parece que está decidiendo si dejarme entrar o no.

—Mi madre —dice, en un tono tan bajo que casi no lo escucho. Sus ojos reflejan un dolor antiguo.

El nudo en mi pecho se aprieta. ¿Su madre? No esperaba eso.

—¿Qué te hizo? —pregunto con la mayor suavidad posible, incapaz de quedarme callada.

—Engañó a mi padre —su voz se quiebra ligeramente, como si cada palabra fuera un paso doloroso hacia un lugar oscuro.

Recuesta la cabeza contra el tronco del árbol, cerrando los ojos, como si hablar de ello le exigiera demasiado. Mi corazón se contrae con fuerza. ¿Cómo respondes a algo así?

—No solo eso —su tono es más tembloroso esta vez y abre los ojos para mirarme con una franqueza que me desarma—. También nos engañó a Hannah y a mí. Nos hizo creer que jamás rompería lo que para ella era sagrado… y luego lo rompió.

Mi mente se inunda de preguntas, pero solo una logra salir de mis labios:

—¿Cómo te enteraste?

Su mirada se cruza con la mía antes de volver a perderse en la nada. Comienza a relatarme cómo sucedió todo, cómo descubrió la infidelidad de su madre y las mentiras que desmoronaron todo lo que él creía seguro. Cada palabra es un golpe seco y, aunque intenta mantener la compostura, hay devastación escrita en su rostro. Quiero abrazarlo, sostenerlo, protegerlo de ese dolor que parece estar a punto de consumirlo, pero no estoy segura de que lo permita.

—Si no te sientes cómodo hablando de esto, podemos posponer la conversación —ofrezco, porque lo último que quiero es forzarlo a revivir algo que lo hiere tanto.

—No —su respuesta es firme, aunque sus ojos se nublaron—. Contártelo me hace bien.

Sus palabras me sorprenden y me acerco un poco más, apoyando mi mano en su brazo. Mis ojos también empiezan a arder, pero intento mantenerme fuerte por él. La rabia y el dolor son palpables en su voz y en la manera en que aprieta los puños. Una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Lo lamento tanto, Alex —mis palabras son un susurro mientras mi mano acaricia su mejilla con delicadeza.

Él suspira y se pasa una mano por el rostro, como si intentara borrar el peso de todos esos recuerdos.

—No volví a llamarla. Ni siquiera se despidió de mí, así que no lo merecía —su voz sale cargada de una tristeza que parece tan vieja como la herida misma.

—Cariño... —Mi pecho se aprieta; me duele verlo tan roto.

Recuesto mi cabeza contra la suya, entrelazando sus dedos con los míos. Su piel está fría, pero trato de transmitirle algo de calidez. Mi propuesta no será fácil de aceptar, pero tengo que intentarlo.

—¿No crees que deberías escucharla? —pregunto.

Sus ojos permanecen fijos en un punto distante, como si intentara descifrar algo demasiado grande para abarcarlo.

—Lo he pensado, pero no tengo el valor para enfrentarla —su tono se endurece, pero el temblor en su voz delata su fragilidad—. Ella me defraudó.

Sus dedos se tensan contra los míos y los acaricio, intentando calmarlo.

—Tal vez deberías leer sus cartas primero —insisto, esperando que mis palabras encuentren algún eco en su mente—. Quizás comprendas algo que te haga cambiar de opinión.

Se queda en silencio y temo haber dicho lo equivocado. Pero asiente, como si mis palabras hubieran plantado una semilla de duda.

—Si quieres, puedo acompañarte —agrego. Mi voz es tranquila, pero mi corazón late con fuerza, como si cada palabra fuera un salto al vacío.

—Está bien —su respuesta es suave, pero mi pecho se llena de una mezcla de alivio y alegría. Sus ojos se fijan en los míos, serios, pero llenos de algo que no puedo identificar.

Las palabras se quedan suspendidas entre nosotros. Pero antes de que pueda preguntarle algo más, Alexander levanta la cabeza hacia el cielo nocturno. Sus ojos, normalmente intensos y serios, parecen relajarse al observar las estrellas.

—¿Ves esa estrella de ahí? —pregunta, señalando un punto brillante en el cielo.

Levanto la vista, siguiendo la dirección de su dedo. Hay una estrella que brilla con un tono azul intenso, diferente a las demás. Es pequeña, pero tiene algo especial, como si destacara a pesar de su tamaño.

—¿La azul? —pregunto.

—Esa misma —asiente y una sonrisa melancólica cruza su rostro. Sus ojos tienen un brillo diferente ahora, como si estuviera viendo algo que solo él puede entender.



—Es preciosa. ¿Tiene algo de especial?

Alexander suelta un suspiro y sus hombros se relajan. Parece más accesible, más dispuesto a compartir algo profundo.

—Para mí, sí. —Se apoya en el tronco del árbol, con la mirada aún clavada en el cielo—. Desde que era niño, cada vez que cumplía años, mi madre y yo íbamos a la playa por la noche, buscábamos esta estrella y ella me decía que pidiera un deseo.

Mi pecho se aprieta. Habla con tanto cariño en su voz, dejando atrás el dolor para recordar algo realmente hermoso.

—¿Lo hacías? —pregunto en un susurro, temiendo romper el hechizo de ese recuerdo.

—Siempre. —Se encoge de hombros, una sonrisa leve asoma en sus labios—. Ella decía que las estrellas tienen un poder especial, pero solo si realmente crees en tus deseos.

—¿Y los deseos se cumplían? —sonrío, tratando de animarlo a seguir hablando.

Alexander me mira y, aunque su sonrisa no desaparece, hay un matiz de tristeza en sus ojos.

—Sí. Todos —su tono es más bajo, más serio.

No sé qué decir. ¿Qué tan fuerte debía ser su fe en aquella estrella para que cada deseo se hiciera realidad?

—La llamaba mi estrella azul. —Vuelve a mirar al cielo, como si buscara fuerzas en ese pequeño punto de luz—. Cuando todo en mi vida era sencillo, cuando mi madre aún estaba con nosotros, esa estrella significaba esperanza. Me recordaba que siempre habría algo bueno esperando, sin importar lo que pasara.

Mis labios se entreabren, pero no digo nada; no quiero interrumpirlo.

—Pero cuando ella se fue... —hace una pausa y su voz se quiebra apenas perceptiblemente— dejé de pedir deseos. Pensé que las estrellas ya no tenían sentido.

—Es un recuerdo hermoso, Alex. —Acaricio la piel de su brazo, fría por la brisa nocturna, pero no se aparta—. A veces, aferrarse a algo así nos ayuda a no perdernos por completo.

Alexander asiente, volviendo la mirada al cielo. La estrella azul brilla con una intensidad que parece rivalizar con todo lo que nos rodea. No solo ilumina la noche, sino también a nosotros.

—Tal vez tengas razón —susurra y una sonrisa más cálida se dibuja en sus labios—. Quizás, después de todo, las estrellas aún tienen algo que ofrecer.

Nos quedamos mirando el cielo en silencio, pero el momento está lejos de ser incómodo. Es como si ambos estuviéramos encontrando algo en esa pequeña estrella azul, algo que nos conecta de una forma que ninguno de los dos entiende completamente. Alexander vuelve a mirarme.

—Tengo algunas preguntas para ti, pequeña.

Mis nervios se disparan como fuegos artificiales.

—Lo que quieras saber —sonrío, intentando parecer más tranquila de lo que realmente estoy, aunque por dentro mi mente da vueltas como una licuadora en velocidad máxima.

Alexander mantiene su mirada fija en la mía, y su tono bajo y tranquilo no hace más que encender un torbellino en mi interior.

—Cuando te vi por primera vez, sentí algo inexplicable —su voz es un susurro que parece llenarlo todo, como si cada palabra pesara más que la anterior—. Fue como si ya te conociera desde siempre.

Mi respiración se corta y las palabras no llegan a mis labios. Mis mejillas arden, pero no solo por la intensidad de su mirada. Esas palabras... son peligrosas. Me llevan al borde de decirle la verdad.

—El día que nos quedamos encerrados en el despacho me dijiste cosas que aún no puedo sacar de mi mente —su confesión suena casi como un desafío y mi corazón late tan rápido que temo que lo escuche.

¿Qué dije? ¡¿Qué demonios dije ese día?! Mi memoria se queda en blanco mientras él da un paso más hacia mí.

—¿Puedo saber por qué hablaste así de mí? —pregunta, alzando una ceja. Su tono es sereno, pero sus ojos me examinan con intensidad, como si pudiera ver a través de mí.

—¿Cómo? —logro decir, aunque mi voz apenas es un hilo.

—Dijiste que creías haberme confundido con alguien más, pero no te creí. —La curva de sus labios revela una sonrisa ladina, pero no hay burla en su expresión, solo una genuina curiosidad.

¡Santo Dios, ya me descubrió! Trato de aclararme la garganta, pero el único sonido que sale de mí parece más un chillido ridículo.

—Volveré a hacerte la misma pregunta. —Se inclina ligeramente hacia mí, clavando sus ojos en los míos—. ¿Quién soy yo para ti?

El aire parece espesarse y el peso de sus palabras me deja paralizada. Mi mente da vueltas, atrapada entre mi deseo de contarle la verdad y el miedo de que me tome por loca. Quiero decirle todo. Que he soñado con él desde hace años. Que, incluso antes de conocerlo, ya lo amaba de una forma que no puedo explicar. Pero no puedo. Si lo hago, ¿qué pasará después? Tomo aire y trato de calmarme. Necesito tiempo, aunque sea solo un momento para pensar con claridad.

—La verdad es que... —balbuceo y mi garganta se siente seca como el desierto— hay algo que he querido decirte desde que te vi, pero antes necesito que cumplas con una condición.

Él frunce el ceño, aunque su sonrisa permanece.

—Tus deseos son órdenes, princesa. —La calidez de su sonrisa hace que mi corazón se desboque aún más.

Quiero besarlo. Quiero borrar todas las dudas y el miedo con un solo gesto. Pero no puedo. Primero debo proteger lo que llevo dentro.

—Primero iremos a buscar las cartas de tu madre —le digo, tratando de mantener la compostura—. Las leerás y, después de

conocer sus razones, considerarás llamarla.

Su expresión se endurece. El brillo en sus ojos se apaga, y aparece una sombra en su rostro.

—Acepto leer las cartas..., pero llamarla... —su voz se quiebra apenas perceptiblemente antes de soltar un suspiro profundo—. No sé si pueda hacerlo.

—Algo me dice que después de leerlas vas a querer perdonarla. —Le sonrío con más seguridad de la que realmente siento.

Alexander se queda en silencio, pero mis palabras se filtran en su mente. Asiente y algo en mi interior se enciende.

—Está bien, estoy de acuerdo —su voz es firme, pero sus ojos no dejan de observarme con esa mezcla de vulnerabilidad y confianza que me desarma.

Y sus labios se encuentran con los míos. El beso no es apresurado ni tímido. Es cálido, lento, lleno de una certeza que me deja sin aliento. Mis manos suben por inercia, enredándose en su cabello mientras él me rodea con sus brazos, acercándome más a él. Al separarnos, sus ojos brillan con una intensidad que me hace temblar.

—Es un trato, pequeña —su voz suena suave, pero hay algo en ella que me llena de calidez.

—Es un trato —respondo, entrelazando mi meñique con el suyo como si acabáramos de sellar el pacto más importante de mi vida.

—Creo que es hora de irnos —susurra, pero no hay prisa en su tono.

Nos quedamos un momento más en silencio, bajo el cielo iluminado por su estrella azul, como si el universo mismo estuviera guardando este instante solo para nosotros. Nos levantamos del suelo, de la forma más elegante posible, aunque dudo que se vea muy glamoroso con el césped pegado a nuestra ropa. Caminamos de la mano por el jardín, un paso tras otro, como si fuéramos los protagonistas de un cuento, hasta que...

—¡Alexander!

Un grito masculino nos hace detenernos en seco. Nos damos la vuelta. El director cruza el umbral de las enormes puertas del instituto. Y con él, tres hombres grandes y serios que parecen haber salido directamente de una película de espías. La arruga en su entrecejo amenaza con comerse su cara. Alexander me mira, sonríe y reanuda su andar, llevándome de la mano, ignorando el llamado de su padre.

—¡Deténganlos! —grita el director y me dan escalofríos. ¡Esto no va a terminar bien!

—¡Corre, pequeña! —Alex agarra mi mano con fuerza y empiezo a correr a su lado.

Nuestros pasos resuenan por todo el jardín mientras nos alejamos a toda velocidad. Las luces blancas de un coche nos iluminan y el chirrido de las llantas sobre el asfalto me hace estremecer. Todo ocurre demasiado rápido. Un fuerte empujón en mi espalda me hace volar hacia la acera de enfrente. Reboto contra el suelo y, en el proceso, algo seco me golpea el tobillo. ¡Dolor! Es como si me hubieran golpeado con una roca. Trato de levantarme, pero el dolor me lo impide. Mi cuerpo se paraliza, pero mis ojos no se apartan de la figura que yace en la carretera. Alexander. Su cuerpo, tirado en el asfalto, hace que el corazón se me salga por la boca. Mi pecho se hunde. El aire se me va. Y todo lo que puedo hacer es mirar, impotente, mientras el miedo me consume.

Capítulo 31

El peso de un segundo

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Una fina línea de sangre cruza la frente de Alexander y mi mundo se detiene. Mi respiración se corta, el dolor se apodera de mi pecho y mis piernas tiemblan. «¡No, no, no!». El miedo me consume como un incendio. Un hombre mayor se baja de un auto gris y se lleva las manos a la cabeza, enfocando a Alexander. Mis ojos se clavan en su rostro, pero es como si todo fuera un mal sueño. «¡Dios mío! ¡No, por favor! ¡Despiértame!». Me arrastro hasta él con el cuerpo rígido. Mi corazón late fuera de mi pecho, retumbando en mis oídos. Tomo su mano entre las mías. «¡Alex, despierta!». Las lágrimas caen en cascada, empañando mi visión, pero no puedo apartarme. La angustia me ahoga.

—¡Amor, resiste, por favor! —Mi voz tiembla mientras beso el dorso de su mano, como si de esa manera pudiera mantenerlo con vida.

El dolor en mi pecho se mezcla con el nudo en mi garganta. La visión borrosa del director corriendo hacia nosotros, mientras teclea en el móvil que tiembla en sus manos, me obliga a soltar la mano de Alex para limpiarme las lágrimas. Su rostro luce pálido y tenso. Recuesto mi cabeza sobre el pecho de Alex y mi corazón vuelve a acomodarse dentro del mío. Su corazón late fuerte, su pulso sigue allí, pero la sensación de que su vida se desliza entre mis dedos, no

me abandona. Vuelvo a apretar su mano, a pesar de que mis lágrimas caen sobre su camiseta, empapándola. «¡Dios, por favor!».

—Resiste, hijo, ya viene la ambulancia —la voz quebrada del señor Miller me hace estremecer.

Se acurruca para tocar el cuello de su hijo con sus manos temblorosas.

—Tiene pulso —balbuceo, apenas consciente de lo que digo. Me mira y asiente con la cabeza, levantándose con una rapidez que me parece irreal.

El conductor del auto se queda a distancia, tembloroso, sudando. Sus ojos, llenos de terror, se desvían hacia el señor Miller, quien se acerca con los puños apretados. El aire se corta de tensión y el instinto de proteger a mi amor parece desbordar al padre.

—¡Hijo de puta! —La ira desfigura su rostro.

¡No más tragedias, por favor! Mis ojos se desorbitan. Sin embargo, los guardaespaldas del director intervienen, sujetándolo con fuerza para evitar que explote contra el anciano. Los hombres lo arrastran, luchando por controlarlo, mientras yo permanezco congelada, con el corazón en un hilo.

—¡Lo siento, lo siento! —grita el hombre del auto, juntando las manos en un gesto de súplica. Sus ojos se humedecen—. ¡No fue mi intención!

El señor Alejandro sigue luchando, maldiciendo a sus hombres, pero ellos lo mantienen apartado con firmeza. La angustia en su rostro se mezcla con la desesperación de no poder hacer nada por su hijo. El director deja de luchar y el aire, aunque aún pesado, comienza a calmarse. Cada segundo que pasa la angustia presiona en mi pecho. El pulso en la muñeca de Alexander es mi única conexión con la realidad.

El anciano, sentado en la acera, esconde el rostro entre sus manos. Me duele verlo así; no merece ser parte de este caos, especialmente cuando todo fue culpa nuestra por no haber tenido más cuidado al

cruzar. Un error fatal. Si no fuera por Alexander, yo ahora estaría en la carretera, inconsciente, sin poder gritar, como él. Me salvó, de nuevo. La sirena de la ambulancia y el ruido de los neumáticos, rompen la quietud nocturna. A mi lado, el señor Miller habla con los agentes, pero mis ojos no se apartan de Alexander. No quiero dejar de sostener su mano, aunque los paramédicos tienen que hacer su trabajo.

Mi tobillo arde, pero es lo último en lo que puedo pensar. Suben a Alexander a una camilla, trabajando de forma meticulosa, y me ayudan a subir a la ambulancia también. El monitor conecta con su cuerpo, los cables lo envuelven y los paramédicos le limpian la herida en la frente. El vidrio oscuro de la ambulancia se cierra entre nosotros, escondiendo la fachada del instituto; tan tranquila, ajena a todo lo que ha sucedido, probablemente por el bullicio de la fiesta. La sirena se enciende de nuevo y el vehículo se mueve. El señor Alejandro Miller nos sigue en su auto, como una sombra. Alexander sigue inconsciente. Su rostro es sereno, como si estuviera durmiendo, pero no es el sueño el que lo envuelve, sino algo mucho más grave. Mis manos tiemblan, sosteniendo la suya.

—Está bien, ¿verdad? —mi voz quebrada apenas sale.

—Se encuentra estable —responde el paramédico con calma, pero sus ojos también reflejan una preocupación que me congela.

Acerco mis labios al oído de Alex:

—Estoy aquí, mi vida, no te dejaré.

La ambulancia no parece una común y corriente; es diferente. Mi sospecha se confirma frente a la fachada del hospital, el más caro y reconocido de la ciudad. Las luces blancas de neón iluminan el edificio, pero no me tranquiliza, ni un poco. No puedo apartar los ojos de Alexander mientras lo bajan de la ambulancia en la camilla. Una enfermera se acerca con una silla de ruedas y, con la ayuda de un paramédico, me ayudan a bajar y sentarme. Me conducen a su lado por el pasillo y tomo su mano con fuerza, pero el contacto no

dura más de dos segundos; deben llevarlo a una sala privada, donde le darán la atención que necesita.

Mi cuerpo se resiste a alejarse, pero no tengo opción. Dos lágrimas escapan de mis ojos, rodando por mis mejillas, mientras los doctores se lo llevan. Solo será por un momento, te lo prometo. Volveré por ti. La enfermera que maneja mi silla me lleva por un largo pasillo hasta una habitación amplia, grande, casi lujosa. El hospital parece imponente, pero nada de eso calma el nudo en mi garganta. Me aplican un medicamento anestésico y cubren mi tobillo con una venda elástica. La torcedura no parece grave, pero el dolor es punzante, aunque debe ser insignificante comparado con la herida de Alexander. El reloj avanza con desesperante lentitud. Cada segundo se estira como si el tiempo quisiera torturarme. Una enfermera entra en la habitación y me enderezo. Su expresión es seria, pero en sus ojos hay una amabilidad que no sé si me consuela o me preocupa más.

—¿Cómo está Alexander? ¿Ya despertó? No es nada grave, ¿verdad? —las preguntas salen disparadas.

Ella mantiene la calma.

—Tuvo una lesión cerebral traumática, pero está estable.

Mi cuerpo se paraliza y el aire se espesa a mi alrededor.

—No te preocupes, no es grave —agrega, con una sonrisa tranquilizadora—, pero necesita permanecer en observación.

No es grave. Respiro hondo, intentando aferrarme a esas palabras, pero el miedo sigue ahí, como un nudo en mi pecho.

—¿Cuánto tiempo deberá quedarse aquí? —mi voz tiembla.

—El tiempo que sea necesario.

Deja una pequeña bandeja con un aperitivo sobre la mesa y se dispone a marcharse.

—¡Espere!

La enfermera se gira.

—¿Puedo verlo?

—Ahora está con su padre y sigue dormido. No creo que sea posible esta noche.

Mi corazón se aprieta. No poder verlo me angustia más de lo que esperaba.

—Gracias... —murmuro, aunque lo único que quiero es estar a su lado.

Ella asiente con una sonrisa y sale de la habitación. El silencio que deja tras de sí es ensordecedor. Me dejo caer sobre la cama, pero el sueño no llega. Mi mente sigue atrapada en la imagen de Alex, inmóvil, frágil, como nunca antes lo había visto. Me giro hacia la ventana y corro las cortinas. La ciudad brilla con su caos habitual, pero mis ojos buscan algo más allá de las luces artificiales. La estrella azul. La misma que Alex me enseñó hace un rato. Cierro los ojos y susurro:

—No soy él, pero... —suspiro— cuídalo, por favor. Protégelo.

El viento sacude ligeramente la ventana, como si el universo respondiera. Exhalo y dejo que el cansancio me venza. Me acurruco entre las sábanas con la esperanza de que, cuando despierte, Alexander ya esté bien.

...

Despierto alrededor de las siete de la mañana, el ruido suave de los pasos de la enfermera interrumpe mi sueño agitado. Ella se acerca como una profesional, pero sus ojos se entrecierran sobre mi cara de tragedia.

—Voy a revisar su tobillo —me dice, estirando los labios en una corta sonrisa, y lo examina con delicadeza—. La hinchazón ha disminuido, le darán el alta pronto.

Es una pequeña victoria, pero en mi mente solo hay una cosa: Alexander.

—Disculpe, antes de irme, ¿puedo visitar a Alexander Allen? —mi voz tiembla al pronunciar su nombre, como si pudiera invocar su presencia con solo hablar de él.

La enfermera me mira, pensativa.

—Debo consultar eso, espéreme aquí.

Sale de la habitación, pero mi cuerpo se tensa y mi respiración se acelera. El dolor de mi tobillo parece desvanecerse con cada latido de mi corazón. Me levanto con cuidado de la cama, dejando que mis pies toquen el suelo, pero el peso de la angustia me tira al suelo con más fuerza que cualquier herida física. No pasan ni diez minutos cuando ella regresa y la esperanza que había alimentado se desmorona.

—Me informan que él se fue hace media hora a su casa —sus palabras caen sobre mí como un balde de agua fría.

—i¿Qué?! —Me quedo boquiabierta—. ¿Cómo que se fue?

—Es lo que me informó su doctor personal —responde, casi indiferente.

—¡Pero ¿por qué?! —insisto—. Él tuvo una lesión en la cabeza. ¿Cómo puede ser que se haya ido? ¿Se fue solo?

La incomodidad en su rostro aumenta mi impotencia.

—Su padre solicitó el traslado para que reciba atención domiciliaria mientras se recupera —me explica, mirándome carente de emociones.

Ahora sí, me llevó el diablo. La rabia y el miedo se mezclan en mi pecho. ¿Cómo podría haber ocurrido esto? ¿Cómo pude no saberlo? ¿Y cómo puedo ver a Alexander si ni siquiera sé dónde vive?

—Disculpe, ¿podría darme la dirección de su casa? —pregunto, casi suplicándole.

La enfermera me observa con sus ojos fríos y profesionales. Se le nota que no va a ceder.

—¿Qué relación tiene usted con él? —Frunce el ceño.

—Soy su novia —la respuesta me sale sin pensarlo. Soy su novia y aún no puedo creer lo que ha sucedido entre nosotros en tan poco tiempo.

Sus ojos se entrecierran y su actitud cambia, como si una barrera invisible se alzara entre nosotras.

—Lo lamento, señorita, pero no podemos brindarle esa información —responde con una calma inquietante.

—¡¿Por qué?! ¡Soy su novia! —Un nudo se forma en mi garganta; mi voz se alza, pero no tengo fuerzas para seguir gritando.

Ella se mantiene firme.

—Si usted es su novia, debería tener su dirección —dice, elevando la barbilla—. En este hospital protegemos estrictamente los datos personales de nuestros pacientes.

¡Es injusto! ¡Esto es una pesadilla!

—¡Sí, somos novios! —grito, al borde de las lágrimas—. Lo que pasa es que no tenemos ni veinticuatro horas de serlo. ¡Por favor, no sea tan injusta!

Ella suspira, negando con la cabeza, y sus palabras me atraviesan como dagas.

—Lo lamento, señorita Abril. Le recomiendo que busque a algún familiar que le pueda ayudar. Con permiso.

Se da la vuelta y se va, dejando una sensación helada en el aire. ¿Y ahora qué hago? Estoy sola, completamente perdida. Un vacío enorme se abre bajo mis pies, no sé qué hacer. Minutos después, entra otra enfermera con mi desayuno y el documento del alta, pero todo en mí se siente lejano, difuso. No tengo hambre, no puedo pensar en nada más que en Alexander. Le suplico que me ayude, que me diga algo que me permita verlo, pero la respuesta es la misma.

—Lo siento, no puedo hacer nada —dice con una mirada carente de compasión—. Desayune y váyase a su casa, necesita descansar.

La puerta se cierra tras ella y me quedo sin respuestas, sin consuelo. El aire del hospital me pesa como un plomo. Este lugar ya no me pertenece. Es como si me estuviera aplastando bajo su indiferencia. Salgo de la habitación con el tobillo vendado, pero mi corazón no puede salir de allí. Rachel y Christopher me esperan en la entrada del hospital. Una pequeña chispa de calor en medio de la oscuridad. Sus sonrisas me dan un poco de esperanza, pero el miedo por Alexander se agarra a mi garganta como un nudo.

—¡Amiga! ¿Cómo estás? —Rachel es la primera en abrazarme; sus manos me rodean con la calidez que tanto necesito—. Esos guardias no nos dejaron entrar, pero estamos aquí desde anoche.

—¿Dónde pasaron la noche? —pregunto, tratando de encontrar algo, cualquier cosa que me aleje de este vacío.

—En el auto de Chris. —Rachel deja escapar una leve sonrisa.

Christopher me abraza; su preocupación es evidente en su mirada.

—¿Qué pasó, hermosa?

—Tranquilos, estoy bien —sonrío, aunque mis ojos no pueden esconder la tormenta que se desata dentro de mí—. Solo me torcí un tobillo.

—¿Y Alexander? ¿Está bien? —Los ojos de Rachel se agrandan.

—Sí, se lo llevaron a su casa hace rato —trato de sonar tranquila, pero el nudo en mi garganta apenas me deja hablar.

—¿No es muy pronto? —cuestiona Christopher con el ceño fruncido.

—Eso mismo pensé —susurro—. Pero su padre hizo la solicitud para que reciba atención domiciliaria.

La realidad golpea con la fuerza de una bofetada. ¿Por qué no me dijeron nada? ¿Por qué no me dejaron estar con él?

—Gracias a Dios que resultaste casi completamente ilesa —dice Rachel.

—Alexander me empujó justo antes de que el auto lo impactara —mi voz tiembla—. Así me salvó de correr su misma suerte.

Un nudo se forma en mi garganta, y una lágrima cae por mi mejilla.

—En cuanto pueda, se lo agradeceré. —Mi mejor amigo limpia la humedad en mis mejillas con sus pulgares—. Lo que hizo por ti fue increíblemente valiente, un verdadero acto de amor.

—Lo fue. —Asiento, secándome las esquinas de los ojos—. Y yo no sé cómo agradecerle.

Rachel me abraza de nuevo y sus manos acarician mi espalda con suavidad, como si intentara calmarme, pero nada en el mundo puede calmar mi ansiedad.

—Pobre Alex —susurra—. Vimos a su hermana Hannah hace un rato.

Mis ojos se agrandan.

—¿Les dijo algo? —pregunto, incapaz de controlar la urgencia en mi voz.

—Lo mismo que tú acabas de decirnos. —El rostro de Christopher se oscurece.

—¿No les dijo si él ya despertó? —insisto, casi suplicando una respuesta que me devuelva algo de esperanza.

—Estaba dormido aun cuando se lo llevaron —responde Rachel.

—¡Necesito verlo! —Mi voz se quiebra y mis manos se enredan en mi cabello, arrancándome un suspiro de desesperación.

—Vamos, nena. —Christopher me rodea los hombros—. Tienes que ir a casa a descansar; luego podrás verlo.

Asiento sin fuerza, dejándome llevar hacia el auto.

El viaje hacia mi casa es eterno. El silencio entre nosotros pesa y yo no puedo dejar de pensar en Alexander, en sus ojos cerrados, en su herida, en cómo me salvó. Llegamos y me refugio en una larga ducha, con la esperanza de que el agua caliente calme mi ansiedad, pero no hay manera de que mi mente deje de dar vueltas. Enciendo el televisor, pero ni siquiera puedo concentrarme en lo que pasa en la pantalla.

Rachel y Christopher se encargan del desayuno y tomo un analgésico, pero el dolor de mi tobillo es lo menos importante ahora. Lo único que quiero es verlo, estar con él, asegurarme de que está bien. La imagen de Alexander tirado en el pavimento, con esa herida en la frente, me persigue. Mi corazón se acelera cada vez que cierro los ojos, cada vez que pienso en él. Rachel me acompaña a la cama y me acurruco bajo las mantas, tratando de encontrar un poco de consuelo. Christopher me aplica el medicamento en el tobillo, pero el dolor de mi cuerpo es nada comparado con la agonía que hay en mi pecho.

—Váyanse, puedo seguir sola —mi voz suena quebrada, pero no quiero ser una carga.

Después de algunas insistencias, se van y el sueño comienza a consumir mi mente.

Capítulo 32

En el umbral de su piel

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Una mano cálida roza mi mejilla y me encuentro con sus ojos; azules, brillantes, como un cielo sin fin. Acostado a mi lado, Alexander me mira con una intensidad que me envuelve. Ya no hay sombras ni dudas, solo él, tan real que duele.

—Estás aquí —murmuro, sin atreverme a moverme, como si cualquier gesto pudiera hacerlo desaparecer.

—Siempre he estado aquí —su voz tan baja, es un susurro contra mi piel.

Me acerco y el calor de su aliento choca con el mío. Su mano se desliza por mi cuello, mi hombro, hasta mi cintura, como si memorizara cada parte de mí. No necesito palabras para entender lo que sus caricias dicen: te quiero, te deseo, no quiero perderte. Su boca encuentra la mía y cierro los ojos. Su beso es dulce, pero urgente, como si tratara de aferrarse a algo que no puede retener. Sus labios recorren mi piel, encendiendo cada rincón de mi cuerpo. Todo en mí reacciona a él, a su toque, a su proximidad.

—Abril... —susurra contra mi oído, su aliento sale tembloroso.

Mi nombre en su voz me desarma; es un ancla y una tormenta al mismo tiempo. Sus dedos trazan caminos invisibles sobre mi piel y mis manos se pierden en su cabello. Pero el aire a nuestro alrededor cambia. La calidez de su cuerpo comienza a desvanecerse.

—No... —susurro, aferrándome a él.

Alexander me mira, pero su rostro se torna borroso. Como si él estuviera siendo arrancado de mí.

—No quiero despertar. —El vacío empieza a tragarnos.

—Siempre me encontrarás aquí. —Toca mi pecho, justo sobre mi corazón.

Y se desvanece.

—¡Alexander! —Abro los ojos de golpe, con la respiración agitada.

El eco de su voz aún vibra en mi piel, en mi pecho, en cada latido de mi corazón. Me incorporo de un salto en la cama, bañada en sudor y con el corazón desbocado. Mis ojos lo buscan desesperadamente en la oscuridad, como si él pudiera estar escondido bajo las sábanas o, quién sabe, en la mesita de noche. Palpo la cama a mi alrededor, pero la realidad me golpea: fue solo un sueño. Dios mío, ¿qué está mal conmigo? Mi teléfono marca las 22:30. La incertidumbre me carcome. ¡No puedo más! Me levanto de un salto, dispuesta a encontrarlo, aunque tenga que revolver cielo, tierra y dimensiones alternas. Me visto en un abrir y cerrar de ojos. Tomo mi bolso y me miro en el espejo; aunque esté hecha un desastre (cabello de loca, camiseta al revés), ¡nada me detendrá! ¡Voy a encontrar a mi Alexander!

Una vez en la carretera, me detengo. ¿Y ahora qué? La noche es tan desierta que hasta las farolas parecen estar en huelga. ¿Por dónde empiezo? ¡Hannah! Claro, su hermana es mi boleto directo a Alexander. Tengo su número en la planilla de inscripción del teatro, pero esa planilla está en el instituto. «¡Mierda! ¡Perfecto, Abril! Ahora toca jugar a *Misión imposible* en horario nocturno. ¡Allá voy!».

Llego al instituto y golpeo la puerta con tanta fuerza que los nudillos me empiezan a doler. El guardia de seguridad aparece con cara de haber sido despertado de una siesta gloriosa.

—Buenas noches —esbozo mi mejor sonrisa. Él me mira como si estuviera a punto de llamar a la policía.

—¿Qué desea? —pregunta, con el ceño tan fruncido que temo que sus cejas se fusionen.

—Soy Abril Harrison, organizadora del evento de ayer —empiezo, tratando de sonar profesional—. Necesito recoger unos documentos urgentes.

—Es muy tarde, señorita.

—Lo sé, pero es una emergencia de vida o muerte.

—¿Tiene autorización?

Respiro hondo y suelto el primer disparate que me viene a la mente:

—Sí, Hannah Miller, la hija del director, me pidió que viniera.

El nombre mágico surte efecto. Su ceño se relaja, y me deja pasar con una advertencia: «No se demore». Como si yo fuera a montar un campamento en el auditorio. Corro como una loca por los pasillos. Encuentro la planilla entre un montón de maquillaje y disfraces. «¡Gracias, universo!». Anoto el número de Hannah y su dirección también. Intento llamarla, pero me manda al buzón varias veces. Plan B: ir directamente a su casa. Porque, ¿qué podría salir mal?

—¡Taxi! —Corro hacia la carretera, extendiendo el brazo.

Ni siquiera me fijo en que el conductor no tenga cara de asesino serial. Antes les huía a estos vehículos amarillos, pero ahora, con tal de ver a Alexander, podría venderle mi alma al diablo, si fuera necesario. Me subo y le doy la dirección al conductor, quien parece más que feliz de llevarme a un barrio tan exclusivo. El taxista resulta ser un hombre perfectamente normal, sin intenciones de iniciar un monólogo sobre teorías conspirativas ni de preguntarme si creo en los extraterrestres. El conjunto residencial es lujoso. El portero me recibe con una mezcla de amabilidad y firmeza.

—Buenas noches —sonrío con mi mejor cara de «soy una persona completamente normal»—. Busco a Hannah Miller.

—La señorita Hannah no recibe visitas después de las ocho —dice. ¿Y qué? ¿Es Cenicienta?

Intento mantener la calma mientras le explico mi caso, pero termino marcándole a Hannah otra vez. Su voz ronca me devuelve la paz, aunque también me hace sentir un poco culpable por despertarla.

—¿Diga?

—Hannah, soy Abril. Estoy en la entrada de tu edificio. Necesito ver a Alexander.

—¿Abril?

—¿Puedes autorizar mi entrada, por favor?

—Está bien, hablaré con portería.

Premio para la mejor cuñada. Una vez dentro, tomo el ascensor hasta el cuarto piso, pero... ¡Carajo! Olvidé preguntarle el número del apartamento. ¡Brillante, Abril! Llamo de nuevo.

—Perdón, Hannah, es lo último, lo juro: ¿cuál es el número del apartamento?

—El 411 —se ríe.

—¡Gracias! Te dejo dormir, lo prometo.

Escondida entre las sombras, espero que salga el médico, quien ni siquiera se percata de mi presencia y se mete al ascensor del que salí. Me acerco con el corazón en la garganta. Muevo el pomo y la puerta se abre sin resistencia. La empujo gradualmente y las luces se encienden, iluminando completamente el espacio. Me quedo momentáneamente ciega. Huele a mandarina, mar y bosque. El piso es espacioso y lujoso, con paredes blancas y lámparas de techo modernas y gigantes. Hay muebles blancos en forma de L, una mesa de centro de madera clara con un diseño en espiral y un televisor de pared enorme. Las esquinas adornadas con plantas exóticas y los cuadros en las paredes son impresionantes. El suelo de mármol brilla con tanta perfección que me devuelve mi reflejo. El espacio es tan

impecable que mi sola presencia lo ensucia. Quisiera contemplarlo todo, pero no tengo tiempo para admirar más detalles.

Subo al segundo piso, siguiendo el rastro de su aroma, empujo la puerta y lo encuentro recostado en la cama, con el torso desnudo, un parche en la frente y esa expresión adormilada que lo hace ver vulnerable y letalmente hermoso al mismo tiempo. Mi corazón late con tanta fuerza que temo despertarlo, pero es muy tarde; sus ojos comienzan a abrirse y su mirada somnolienta me atrapa.

—¿Abril? —su voz ronca me desarma.

Su boca se curva en una sonrisa débil, pero es suficiente para hacer que mis ojos se humedezcan.

—¿Estás llorando? —pregunta.

—No —respondo con la peor mentira de la historia, sorbiendo por la nariz mientras me acerco despacio—. Solo... ¿qué clase de hombre deja a su novia desvelándose por él?

Él suelta una risita y mi pecho se encoge de alivio.

—Un hombre que sueña contigo, incluso medio muerto.

La risa me escapa entre lágrimas, porque eso es ridículo... y perfecto.

—Ven aquí, pequeña.

Eso es todo lo que necesito para correr hacia él. Me hundo en su pecho. Su calor me envuelve y mis labios encuentran su piel en besos cortos y desesperados. Lo tengo aquí. Vivo. Y eso es suficiente para que mi cuerpo se rinda al llanto.

—Tuve mucho miedo —balbuceo, enredando mis dedos en su cabello.

—No llores, amor. —Sus pulgares secan mis mejillas con ternura—. Te extrañé tanto.

Respiro su aroma, aferrándome a él, asegurándome de que es real.

—¿Cómo estás?

Sus dedos apartan un mechón de mi rostro y sus labios rozan los míos.

—Mucho mejor ahora que estás aquí.

Todo desaparece. Pero la culpa regresa y me alejo un poco.

—Perdóname por no ir a verte en el hospital —susurro, haciendo un puchero que sale muy natural—. Rogué, pero no me dejaron ir.

—No te preocupes —sonríe—. Estuve inconsciente casi todo el tiempo. Aunque, ahora que lo pienso, podrías haber aprovechado para confesarme tus más oscuros secretos.

—Sí, claro. Lo que necesitabas mientras te recuperabas: más drama.

Él ríe y yo aprovecho para limpiar los restos de mis lágrimas.

—¿Tú cómo estás? —pregunta, más serio.

—Solo mi dignidad está herida después de llorar como loca y de mi humillación en el hospital.

—Mm —asiente con una sonrisita, como si fuera un héroe satisfecho con su misión—. ¿Necesitas algo?

—No, tú eres el que necesita descansar.

—Entonces quédate aquí. —Me jala con suavidad hasta que mi cabeza queda apoyada en su pecho.

—Alexander...

—Tranquila, pequeña, no voy a aprovecharme de ti, aunque —exhala una risa— no me tientes demasiado.

Sus dedos trazan círculos sobre mi espalda, y mi piel se estremece. Lo miro a los ojos y el calor se acumula en mi pecho. ¡El sueño! El aire se vuelve pesado y mi respiración se acelera. Necesito levantarme. Necesito espacio. Con esfuerzo, me separo de su abrazo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Tienes algo cómodo que pueda ponerme? —pregunto, tratando de sonar casual, aunque mi voz me traiciona un poco.

Alexander sonríe; esa sonrisa traviesa que parece hecha para derretir corazones.

—En el armario hay camisetas y pantalonetas. Elige lo que quieras. —Sus ojos chispean, como si disfrutara más de lo que debería verme

así de nerviosa.

Mi rostro arde mientras rebusco en el armario, con las manos un poco torpes. Encuentro una camiseta negra y una pantaloneta, y me doy la vuelta, topándome con su mirada fija en mí; una mezcla de curiosidad y algo más profundo que me corta la respiración.

—Voy a cambiarme —mi voz sale más rápida de lo normal y me apresuro hacia el baño antes de que el rubor me consuma.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, tratando de calmar el caos dentro de mí. Me quito la ropa con movimientos rápidos y me pongo su camiseta, que me queda grande, pero es increíblemente suave y huele a él. La pantaloneta también me queda un poco floja, pero es cómoda. El sostén... ¿realmente tengo que usarlo? Suspiro. Si me lo dejo, no voy a poder dormir, pero si me lo quito... Bueno, podría ser aún más incómodo. Lo dejo a un lado, eligiendo la comodidad, aunque mi corazón late más rápido con esa decisión. Salgo del baño y Alex levanta la vista de su celular para mirarme. Sus ojos recorren mi figura con una sonrisa que ilumina la habitación y deja el móvil en la mesita de noche.

—Mi ropa te queda demasiado bien —su voz grave tiene un efecto inmediato en mi sistema nervioso.

—Gracias —intento sonar tranquila mientras doblo mi ropa y la coloco en un sillón, pero su mirada me perfora la espalda.

Él apaga la luz y yo me tumbo a su lado, intentando mantener una distancia prudente, aunque su presencia hace que eso sea casi imposible; más cuando, sin previo aviso, su brazo se desliza sobre mi abdomen, pegándome más a él.

—Buenas noches, pequeña —su voz es un susurro cálido, seguido de un suave beso en mi mejilla.

—Buenas noches, Alex —mi respuesta suena más firme de lo que me siento.

El cuarto se llena de su respiración tranquila y constante, pero mi mente es todo menos tranquila. Su brazo sobre mi abdomen, su

aliento acariciando mi oído... todo se siente tan abrumador, tan Alex. Intento concentrarme en algo que no sea la cercanía de su cuerpo, pero es inútil. Su aroma, una mezcla de jabón celestial y ese algo que es únicamente suyo, me envuelve y hace que mi cabeza dé vueltas. Cierro los ojos, buscando refugio en el sueño, pero lo único que consigo es enfocarme en cómo mi corazón parece sincronizarse con su respiración. Amo a este hombre y la certeza de ese amor es tan grande que me asusta.

Alex ya se durmió y el cansancio empieza a vencerme. Me giro ligeramente para observarlo. Su rostro relajado, la forma en que su cabello cae sobre su frente, todo en él me parece perfecto. La estrella azul, su estrella, me concedió mi deseo. Le pedí que lo protegiera y aquí está, descansando junto a mí, vivo, respirando. Una sensación cálida y llena de gratitud me envuelve al cerrar los ojos.

—Gracias —susurro al cielo, imaginando esa estrella brillando allá arriba—. Por favor, sigue cuidándolo.

Con el corazón y el alma en paz, me dejo llevar por el sueño, abrazada por el suave compás de su respiración.

Capítulo 33

Despertar en el paraíso con un demonio

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

—Rulitos, despierta —su voz ronca sacude mi sueño y me retuerzo entre las sábanas, murmurando algo incoherente.

—Cinco minutos más. —Me cubro el rostro con las manos, intentando aferrarme a los últimos fragmentos de descanso.

Un suave beso en mi frente interrumpe mi tregua con el sueño.

—Faltan diez minutos para las seis. El doctor estará aquí en nada, así que arriba, dormilona —su tono es amable, pero cargado de esa autoridad juguetona que me desarma.

—¿Qué hora es? —pregunto, todavía medio dormida, frotándome los ojos.

—La hora del mañanero. —Una sonrisa ladeada cruza su rostro.

¿El qué? Mis ojos se abren de golpe, más rápido que un parpadeo.

—¿Mañanero? —Mis mejillas se calientan.

—Sí, amor. —Se inclina y deja un beso suave en mis labios—. Tu beso mañanero. ¿Qué más podría ser?

Dejo escapar un suspiro, pero intento disimular mi vergüenza rascándome la cabeza.

—Ah, claro, eso...

Su risa suave llena la habitación silenciosa y, aunque debería irritarme, no puedo evitar reír con él.

—En serio, Abril, despierta. —Hace un gesto hacia la mesita de noche—. El médico llega a las seis.

Me estiro con la gracia de un gato después de una siesta y me siento en la cama, pero Alexander se pone de pie más rápido que yo.

—¡¿Qué haces?! —Mis cejas se levantan tanto que podrían tocar el techo—. ¡Acuéstate ahora mismo!

Gateo sobre la enorme cama y lo agarro del brazo, jalándolo con suavidad.

—Alexander, no puedes levantarte. Tienes una herida en la cabeza, por Dios. ¿Es que no te tomas nada en serio? —mi voz suena a regaño.

Él frunce los labios, pero la chispa traviesa en sus ojos lo delata.

—Estoy bien, gruñona. Además, ¿cómo crees que voy a ir al baño a orinar? ¿Levitando?

La picardía en su sonrisa me golpea de lleno y mis mejillas vuelven a arder.

—No necesitas levantarte. Te traeré algo. —Me incorporo y lo señalo con un dedo acusador—: Pero ni se te ocurra moverte.

—Como usted ordene, señorita Harrison. —Su sonrisa se ensancha y sus ojos brillan con diversión.

Me apresuro al baño en busca de algo que pueda servirle, con su mirada clavada en mi espalda. Regreso y, para su salvación, lo encuentro recostado, jugando con su celular como si nada hubiera pasado.

—Toma. —Le tiendo un recipiente de aluminio con una expresión que intenta decir: «No me hagas lamentar esto».

Alexander lo acepta con una sonrisa tan descarada que me deja al borde de rodar los ojos.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba. Aunque... —levanta la mirada hacia mí, con una ceja arqueada— ¿vas a quedarte a supervisar?

—¡¿Qué?! —mi voz sube una octava y él se encoge de hombros con una tranquilidad irritante.

—No tengo problema con que te quedes, digo, por si necesitas asegurarte de que no me mueva mucho —su tono es la definición misma de provocación.

Eso es todo lo que necesito para girarme hacia el baño y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Dios! —Cierro la puerta tras de mí y me dejo caer contra ella, intentando calmar la risa nerviosa que amenaza con estallar.

El silencio se interrumpe por un sonido que me hace apretar los ojos con fuerza: el líquido golpeando el aluminio. Trato de no imaginar la escena, pero mi cerebro, ese traidor, no coopera.

—¡No puedo con esto! —murmuro para mí misma, apoyando la frente en la puerta, entre risas nerviosas y resignación.

Su voz suena desde el otro lado:

—¡Ya puedes salir, señorita inspectora! Todo está bajo control.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar sonreír. Este hombre, incluso en sus peores bromas, tiene la capacidad de desarmarme por completo.

—Me daré una ducha —voceo.

—Mi baño es todo tuyo —contesta.

Me concentro en el espacio a mi alrededor, en la magnitud de la belleza de este baño: la enorme tina frente a la ventana, la ducha de vidrio transparente, los gabinetes llenos de toallas suaves... todo es tan elegante, como si estuviera en un *spa* de lujo. Inhalo profundamente y comienzo a quitarme la pijama improvisada. El olor a lavanda me envuelve y, al activar uno de los tres grifos, una lluvia de agua helada me ataca. ¡Aaaaaah! Intento escapar de los delgados chorros de agua, pero no lo logro. ¡Voy a morir congelada! Mis dientes chocan y mi cuerpo se estremece, pero, con los ojos

cerrados, por fin logro ajustar los grifos. El agua se vuelve tibia y luego caliente; un alivio divino.

Salgo de la ducha, completamente relajada, envuelta en una de las toallas blancas. Si hubiera muerto en este baño, seguro que el título de la noticia sería algo como «Trágico accidente en el baño del novio». Saco un cepillo de dientes sin estrenar de uno de los gabinetes y lo uso. Me pongo de nuevo la ropa de Alex, esa que ya había usado como pijama, ya que se me olvidó traer la mía al baño. Pero... ¡rayos! No encuentro las bragas. Mi panti empapado en el suelo de la ducha parece mirarme como diciendo «me abandonaste». ¡Qué torpe! Ahora tendré que andar por ahí sin calzones.

Salgo del baño y el mismo doctor de anoche ya se encuentra examinando a Alexander con el estetoscopio. Su expresión es tan seria que parece estar operándolo con la mirada.

—Buenos días —le sonrío.

—Buenos días. —Ni siquiera me mira. Genial.

—Ella es Abril, mi novia. —Alex me presenta con una sonrisa que contrasta con la frialdad del médico—. Y él es el doctor Robles.

—Un placer —su tono es seco y su rostro tan inexpresivo que bien podría estar tallado en piedra.

Intento devolverle el gesto con una sonrisa, pero no hay reacción. Bien, este hombre definitivamente no es de los que ganan premios a la simpatía. Termina la revisión y Alexander se levanta de la cama con la agilidad de alguien que nunca estuvo herido.

—¡Quieto! —Extiendo el brazo, bloqueando su camino como si pudiera retener a una fuerza de la naturaleza—. Te vi, quédate ahí.

Él pone los ojos en blanco y mira al doctor con una mezcla de resignación y diversión.

—Doctor, por favor, dígale a esta hermosa chica lo mismo que me dijo hace unos minutos.

El médico me lanza una mirada fulminante antes de soltar con su característico entusiasmo inexistente:

—Alexander ya puede levantarse. Le acabo de dar de alta.

Parpadeo varias veces.

—¿Tan rápido?

—Completamente —afirma el doctor, con paciencia forzada—, a menos que prefiera quedarse acostado.

—¡Ni en broma! —Alex frunce el ceño como si lo hubiera sentenciado a una eternidad de aburrimiento.

No puedo evitar sonreír.

—Bueno, no siendo más, me retiro. —El doctor recoge su maletín con la misma emoción con la que alguien recoge la basura.

—Gracias por todo, doctor Robles. —Alexander le tiende la mano.

El médico le devuelve el apretón con la misma expresión pétrea de antes.

—Gracias por cuidarlo. —Intento, una vez más, darle una sonrisa cordial.

—Es mi trabajo —responde sin más y, con una última mirada de «esto no me impresiona», sale de la habitación.

La puerta se cierra y dejo escapar un suspiro.

—Qué carácter.

Alexander se acerca con una sonrisa traviesa y me envuelve por la cintura.

—¿Incluso más que el mío?

—Tú eres serio pero hermoso —sonrío—. En cambio, él parece que no lo vacunaron contra la rabia.

Alex exhala una risa antes de besarme con una pasión que me hace olvidar todo lo demás. Sus labios me atrapan e intento separarme, pero él me sigue, profundizando el beso. Mi cuerpo responde, el calor sube... ¡Alto ahí! Me aparto un poco, con la respiración entrecortada.

—Creo que es hora de irme. —Acuno su rostro con mis manos—. Necesito cambiarme de ropa.

—Te llevo.

—No es necesario, pediré un taxi.

—Está bien, como ordene su majestad. —Me besa una vez más, como si quisiera retenerme un poco más.

—¿Pedirás algo para desayunar?

—Sí, señora. —Hace un gesto exagerado de obediencia, haciéndome reír.

Me inclino para darle un beso rápido.

—Volveré más tarde para hacer lo que acordamos.

—Te espero, pequeña.

Recojo mi ropa y me cambio en el baño. Ya vestida y acicalada, salgo y lo encuentro recostado en la cama, viendo televisión con una expresión relajada. Me detengo un momento en la puerta, grabando la imagen en mi mente. Es oficial: este hombre va a volverme loca. Pero, sinceramente, no me molestaría.

...

Llego a casa tan radiante de felicidad que podría iluminar una ciudad entera. Mi primer impulso es llamar a Rachel para contarle todo y, como buena amiga, la invito a desayunar. Mientras espero su llegada, me cambio de ropa y preparo el desayuno, aunque mi concentración está más en el móvil que en los huevos revueltos. Estoy como una niña esperando un regalo de Navidad. A las nueve en punto, Rachel aparece en mi puerta, y antes de que pueda decir «hola», le cuento todo lo que ocurrió, como si no pudiera guardarme ni un solo detalle.

—No puedo creer que te hayas quedado a dormir con él y no haya pasado nada —dice, negando con la cabeza y arrugando la frente

como si estuviera intentando resolver un acertijo imposible—. ¿Acaso no quieres hacer tus sueños realidad?

—Mis sueños ya se cumplieron con el simple hecho de que él sea mi novio ahora; el sexo no es importante —miento, con la cara más seria del mundo, mientras en mi interior, doy vueltas en círculos como un hámster obsesionado.

Rachel me observa con los ojos llenos de incredulidad.

—No te entiendo, Abril. —Se cruza de brazos, dándome la mirada de «te voy a hacer una intervención»—. Siempre me hablas de lo que quieres hacer con él, y cuando tienes la oportunidad, la desperdicias.

Mi amiga pone los ojos en blanco, como si hubieran omitido la escena *spicy* de una película.

—Es muy pronto para eso, Rach —me excuso, rascándome la cabeza. —Solo llevamos un poco más de dos días de novios.

—Pero se conocen desde hace un montón de tiempo —objeta—. Y a mí sí me querías metida en la cama con Christopher en cuanto volvió; eres una sinvergüenza.

Me echo a reír. La imagen de Rachel saltando sobre Christopher como si fuera un trampolín me hace perder la compostura.

—Es diferente —mi voz vacila un poco más de lo que quisiera.

Rachel frunce el ceño y decide dejar el tema, pero seguramente toma nota mental para el futuro, lista para sacarme esto en cualquier conversación. Pasamos el resto de la mañana charlando y riendo como siempre. Me siento bien, tan tranquila como si fuera un día normal, pero lo que realmente quiero es que llegue el momento de verlo de nuevo. Al mediodía, cocino algo delicioso para almorzar y guardo la porción de Alex, más otra que sobro para que no se desperdicie.

El portero me recibe con una cálida sonrisa y me permite entrar sin demora. Le entrego la porción de comida que me sobró, todavía caliente. Parece que no había almorzado, ya que la acepta con una

sonrisa demasiado entusiasta y comienza a comer. Subo al cuarto piso y, en su apartamento, el silencio me envuelve. Dirijo mis pasos hacia la cocina para dejar su almuerzo sobre el mesón y subo a la habitación. La calma envuelve todo, excepto por el sonido del agua cayendo de la ducha; me siento en un mueble para esperarlo hasta que se detiene. ¡Oh, por Dios!

Alex aparece como un dios griego salido de una película de Hollywood, con la cintura envuelta en una toalla blanca y otra en la cabeza. ¡Madre santa! ¡¿Esto es un sueño o estoy viendo el paraíso?! Me levanto del sillón, boquiabierta, como si estuviera presenciando una obra de arte en vivo. Ahora entiendo por qué Monkey le tomó esa foto. No puedo dejar de mirarlo. Se me hace agua la boca... y no es de hambre.

—Hola, princesa. —Se acerca con esa mirada de «acabo de ganar el premio al novio más guapo del mundo». Ladea el rostro y, como si su cercanía no fuera suficiente, succiona mi labio inferior con tanta suavidad que me quedo sin aliento.

Mi juramento de castidad puede ser mandado al carajo, como quien tira un papel al cesto de la basura. ¿En serio pensaba que esto era suficiente para mantener la compostura? Claro que no. Mi cerebro entra en un cortocircuito mientras mi corazón late como un tambor. Intento hacer un esfuerzo para decir algo coherente, pero solo me sale un «Eh... eh...» que claramente no convence a nadie, ni a mí misma. Mi cara arde como un tomate. Y Alex, con su sonrisa de vencedor, parece disfrutar cada segundo de mi tormento. ¡¿Qué demonios acaba de hacerme?! No me importa nada, solo quiero besar a este hombre hasta perder el sentido.



Capítulo 34

Te estuve esperando

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Mi hombre se gira, desplegando la magnificencia de su cuerpo como si lo hiciera solo para mí. La resistencia se vuelve un concepto ajeno. Me arrojo sobre él, trepando por su espalda, mis manos exploran la dureza de sus hombros mientras mis piernas lo encierran con ansia. La toalla amenaza con deslizarse, pero él la sujeta con un movimiento ágil.

—¿Para qué? —murmuro contra su piel—. De todos modos, voy a quitártela.

Deposito un beso en su nuca antes de descender. Él se gira y sus dedos se aferran a la toalla como si supiera que la batalla está perdida. Sus cejas se arquean, su garganta ondula en un intento de contener la respiración. No le dejo oportunidad de reaccionar. Me adueño de su boca con hambre voraz. Lo empujo hacia la cama y, cuando sus pantorrillas tropiezan con el borde, se desploma, arrastrándome con él en un torbellino de labios y jadeos. Me acomodo sobre su regazo, a horcajadas, sin romper el beso que nos consume. Sus manos se cierran en mi cintura con una fuerza que electriza.

—No lo soporto más —jadeo, mi aliento entrecortado choca contra su boca—. Quiero que seas mío ahora.

—Ven, pequeña.

Una de sus manos asciende por mi espalda, atrayéndome con una urgencia que me enciende aún más. Su boca devora la mía, sus besos me roban el aire, la razón. Un gemido escapa de mis labios cuando el calor se intensifica entre nosotros. Su dureza presiona contra mí, exigiendo, inflamando cada rincón de mi piel. Sus dedos encuentran el borde de mi blusa y, con un movimiento decidido, la desliza por mi torso. Sus ojos se clavan en mi pecho, devorándome sin reservas; sin embargo, no le permito admirarme por mucho tiempo. Me inclino sobre él, hundiendo mi rostro en su cuello, dejando un rastro de besos húmedos que bajan, trazando un camino ardiente sobre su piel. Desciendo, lento pero seguro, mi lengua absorbe las últimas gotas de agua en su abdomen. Al llegar al borde de la toalla, mis ojos tropiezan con la prominente erección que se insinúa tras la tela y mi deseo se dispara. Con un tirón decidido, la aparto y su dureza queda expuesta ante mis ojos.

¡Dios santo! Pero ¿qué es esto? Mis pupilas se dilatan, recorriéndolo de arriba abajo y un rubor incandescente trepa por mis mejillas. Me inclino, impulsada por el anhelo de probarlo, pero antes de que mis labios lo alcancen, su mano se cierra en mi cuello y se incorpora con una sonrisa traviesa curvando su boca.

—No tan rápido, nena —su voz es un ronroneo oscuro que hace vibrar cada fibra de mi ser.

Me toma con firmeza por la cintura y me arrastra hacia la cama como si fuera de porcelana en sus manos. De un tirón, desliza mis pantalones por mis piernas, llevándose también la última barrera de tela que nos separaba. Expuesta, mi piel arde bajo su mirada. Doblo las piernas, atrapando mi labio entre los dientes. Alexander se inclina, besando mi tobillo con una delicadeza que contrasta con la tormenta en sus ojos. Su boca sigue un sendero ascendente, lamiendo, mordiendo suavemente, deteniéndose solo para separarme las piernas con la autoridad de quien sabe exactamente lo que quiere. Se adentra en mi piel, sus labios rinden culto a cada

centímetro de mis muslos. Me arqueo; un gemido vibra en mi garganta cuando se aproxima peligrosamente a mi centro. Mi mirada se aferra a la suya, pero justo cuando creo que me tomará, su boca desciende a la curva interna de mi muslo izquierdo, arrastrando su lengua en una caricia tortuosa. Un estremecimiento me sacude y lo agarro del cabello, tirando de él para devorar su boca con desesperación. No puedo más. Necesito que acabe con esta agonía. Que me haga suya de una vez. Su mirada arde mientras arranca mi sostén y captura mis muñecas, inmovilizándolas sobre mi cabeza. La punta rígida de su miembro roza mis pliegues húmedos, enviando una descarga de deseo a través de mi cuerpo.

—Alex, por favor —suplico, arqueando las caderas, ansiosa por sentirlo más profundo.

—Eres tan impaciente, pequeña —musita con una sonrisa torcida.

Coloca la punta en mi entrada y comienza a adentrarse en mí con una lentitud exasperante. El placer se mezcla con un dolor punzante que me obliga a apretar los ojos y fruncir el ceño. Me invade una oleada de vulnerabilidad y emoción pura.

—¿Estás bien? —pregunta, deteniéndose a mitad de camino, sus ojos azules rebosan preocupación.

—Sí —respondo con un leve asentimiento, atrayéndolo hacia mí para un beso que busca aliviar la tensión.

Mis músculos se expanden, acomodándose a su tamaño, y el dolor crece, arrancándome un gemido que él captura con su boca. Alex interrumpe su movimiento, frunciendo el ceño mientras examina mi rostro con atención. Una lágrima escapa de la comisura de mi ojo derecho y jadeo.

—¿Te lastimé? —pregunta, aflojando su abrazo.

—¡No, no te detengas! —Le sujeto la nuca, buscando su boca con urgencia, pero él me lo impide con un leve movimiento.

—¿Es... tu primera vez?

¡Rayos! Ya me descubrió. Mis mejillas arden más que nunca mientras asiento con mis ojos atrapados en los suyos.

—Sí.

Sus labios encuentran los míos en un beso tierno, prolongado, que parece envolvernos en una burbuja de intimidad absoluta.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —susurra contra mi boca, sus ojos brillan con una mezcla de emoción y deseo. Comienza a besar mis mejillas, mi frente, mi cuello, sin dejar un solo rincón de mi piel sin atención.

—Te estuve esperando —respondo con un hilo de voz. Mis ojos se humedecen.

—Deberías-haberme-dicho-antes —susurra entre besos, cada palabra acentuada con un roce de sus labios—. Habría sido más delicado desde el principio.

—Lo estás haciendo perfecto —sonrío, aferrándome a su boca con dulzura—. Eres perfecto.

Vuelve a besarme con devoción y enredo mis piernas a su cintura, atrayéndolo aún más cerca. Se hunde en mí y gruñe contra mi boca. La presión de su erección es sublime, llenándome hasta donde jamás imaginé posible. Un dolor agudo me hace gemir cuando nuestras pelvis se encuentran, pero la sensación se disipa en segundos, dando paso a un placer arrebatador. Cierro los ojos, entregándome por completo. Alexander se mueve dentro y fuera de mí con una cadencia lenta, casi reverente. Cada empuje me sumerge en un océano de sensaciones y él se asegura de besarme a cada instante, cubriéndome de caricias embriagadoras. Pero la paciencia no es mi fuerte. Mi cuerpo pide más. Comienzo a mover mis caderas, guiándolo con urgencia, buscando más fricción, más intensidad.

—Tranquila, pequeña… todo a su tiempo. —gruñe con diversión, pero su autocontrol se desvanece en segundos.

Su embestida me roba el aliento, mi sonrisa se disuelve en un gemido desgarrador. No hay más contención. Cada vez que se retira casi por completo y vuelve a llenarme con una fuerza devastadora, el placer se multiplica. Nuestras pelvis chocan con un ritmo frenético, mis uñas se clavan en su espalda mientras mi cuerpo se abandona a su dominio absoluto. Sus gruñidos graves y masculinos se funden con mis gemidos entrecortados. Besos ardientes recorren mi cuello y mi pecho, encendiendo cada nervio con su toque. Mi humedad lo envuelve, mi piel se incendia con su roce y mis pensamientos se disuelven en la intensidad del momento. Nunca había experimentado un placer tan abrumador, ni siquiera en mis fantasías más atrevidas. Y, sin embargo, hay algo familiar en esta conexión, en esta entrega, como si siempre hubiera pertenecido a él. Sus embestidas se vuelven más frenéticas, más profundas. Lloro de placer cuando su ingle choca con el punto más sensible. Enlazo mis brazos alrededor de su cuello, rindiéndome al vaivén que nos consume a ambos. Mi cuerpo se tensa, los espasmos de un orgasmo imparable comienzan a recorrerme desde dentro.

—Alex... yo... —mi voz se corta en jadeos desesperados.

El clímax me golpea con una intensidad devastadora. Mis piernas tiemblan, mi espalda se arquea y la ola de placer se prolonga mientras él sigue empujando, implacable, llevándome más allá de cualquier límite que conociera. Se inclina sobre mí, succionando mis pezones con avidez, prolongando mi éxtasis hasta el delirio. La presión crece en su interior, su cuerpo se tensa y, con un gruñido gutural, se derrama dentro de mí, estremeciéndose con los últimos espasmos de su propio clímax. Entierra el rostro en mi cuello, jadeando, su ritmo desacelera mientras recupera el aliento. Su calor me envuelve por completo, y mi cuerpo sigue temblando con las descargas eléctricas de placer que recorren cada rincón de mi piel. Nos besamos una y otra vez, perdiéndonos en el resplandor de nuestro éxtasis compartido. Dejo que su cuerpo repose sobre el mío,

disfrutando del calor, la intimidad, la conexión irrepetible que acabamos de sellar.

—Amor, levántate, necesitas comer —murmuro, con el sueño pegado al cuerpo.

Intento incorporarme, pero Alexander me jala de vuelta con un movimiento ágil, atrapándome entre sus brazos.

—Ya calmé el hambre —su voz ronca me roza el cuello y su sonrisa pícara me hace rodar los ojos.

—¡No bromees! —Le lanzo una almohada directo al pecho, pero él apenas se inmuta.

—Oye, pequeña. —Frunce los labios, aparentando seriedad—. Acuéstate un rato más.

—¿Ahora sí quieres quedarte en la cama? —Arqueo una ceja—. Hablo en serio, te traje comida.

—¿Qué preparó mi princesa? —pregunta, mordiéndome el cuello con descaro.

—Levántate y lo verás.

Tiro de su muñeca, obligándolo a salir de la cama.

—Está bien, tú ganas. —Se rinde con una sonrisa que me hace querer lanzarme sobre él.

Recojo mi ropa del suelo mientras él camina hacia el armario y mis ojos quedan fijos en su trasero. ¡Dios santo!

—¡Qué nalgas tan bonitas! —exclamo sin pensar, llevándome la mano a la boca inmediatamente después.

Alexander se gira, frunciendo el ceño, pero su sonrisa lo delata.

—La hora de la morbosidad ya terminó, niña pervertida.

Me echo a reír y lo ayudo a ponerse la camiseta, que se le ajusta al torso. Me muerdo el labio. ¿Es normal que alguien luzca tan increíble solo con una camiseta? Levanto la vista y lo encuentro observándome con diversión.

—¿Por qué tan seria? —pregunta.

¡Oh, Dios! ¡Sigo desnuda! Me cubro con ambas manos, pero él solo sonríe, disfrutando del espectáculo.

—No es necesario, ya vi todo. —Me guiña un ojo antes de dejar un beso en mi frente y salir de la habitación.

Casi tropiezo en mi intento desesperado por ponerme la bata y seguirlo. Bajamos a la cocina y, como era de esperarse, la comida ya se enfrió. Me apresuro a calentarla mientras él me observa con esa mirada ladina que me hace perder la concentración.

—Te ves radiante en mi cocina.

—¿Tramas algo? —Lo miro de reojo.

—Solo digo la verdad. —Se acerca por detrás, rodeándome con los brazos—. Siempre luces hermosa.

Su aliento acaricia mi oreja y mi cuerpo reacciona antes de que pueda controlarlo.

—Aunque te verías aún más bella abierta de piernas sobre este mesón... —susurra contra mi oído antes de mordisquear suavemente mi lóbulo.

El calor sube por mi cuerpo como una avalancha.

—Mejor deja de hablar y ven a comer. —Consigo zafarme de su agarre y dejo el plato sobre la encimera.

Él sigue mis instrucciones, pero su sonrisa traviesa sigue en su lugar. Tomo el tenedor, lo enredo con espaguetis y lo acerco a su boca.

—Abre, Allen.

—¿Vas a alimentarme como a un bebé? —Arquea una ceja.

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros, inclinando la cabeza—. Quiero consentirte, aunque no lo merezcas.

—¿Y por qué no lo merezco? —Pone cara de inocente, pero solo quiere provocarme.

—Tuve que esperar demasiado. —Arrugo la nariz—. Tú debiste ser quien sufriera la espera.

—Nena, tú te aprovechaste de mí —sonríe de lado, abre la boca y le meto el tenedor con espaguetis.

—¿Perdón? —Alzo una ceja—. Te recuerdo que acabo de perder mi inocencia gracias a ti.

—Lo sé, pero no fuiste la única.

El tenedor resbala de mis dedos y choca con el plato.

—¿Qué? —Mi pecho se aprieta mientras lo miro fijamente.

Alexander se ríe.

—Relájate, pequeña. —Niega con la cabeza, sonriendo—. No eres la primera en lo que estás pensando, pero sí la única dueña de mi corazón.

El nudo en mi garganta se deshace. Mis ojos comienzan a picar y el corazón se me llena de algo cálido.

—Le quitaste la virginidad a mi corazón —agrega.

Esa frase termina de desarmarme. Me lanzo a sus brazos, besándolo con tanta emoción que casi lo hago caer de la silla.

—Me alegra escuchar eso. —Lo miro, sin poder contener la sonrisa boba que tengo pegada en la cara.

—También acabo de perder mi castidad. —Se rasca la nuca, con un gesto algo avergonzado—. Hace mucho que no había estado con alguien.

—¿De verdad? —Parpadeo, boquiabierta.

—Solo estuve un par de veces con una compañera del colegio.

La sinceridad en su voz me toma desprevenida. No sé qué responder.

—Vaya. —Parpadeo un par de veces—. Lo hiciste tan bien como en...

«Cuidado, Abril! Él aún no debe saber que es el protagonista de tus sueños húmedos».

Alexander arquea una ceja.

—Nada. —Sacudo la cabeza, obligándome a concentrarme—. Mejor termina de comer.

Le acerco el tenedor, pero él me lo quita y empieza a comer por su cuenta. Disfruto de la escena con la barbilla apoyada en mis manos. No hay manera de ocultarlo: estoy completamente perdida por este hombre. Termina y se ofrece a lavar los platos. Me recargo en la encimera, mirándolo con ternura. Apenas acaba, me levanta en brazos sin previo aviso.

—¡Bájame! —grito entre risas, golpeándolo suavemente en el hombro—. Es hora de que cumplas tu parte del trato.

Le sonrío con aire de superioridad y él me baja al suelo. Su expresión cambia. Suspira y se rasca la cabeza.

—No sé si sea buena idea... No me atrevo.

—Ya te decepcionaste de ella, ¿qué puede ser peor? —intento sonar más segura de lo que me siento.

Se cubre la cara con las manos y me mira a través de los espacios entre sus dedos.

—Está bien. —Exhala profundo, dejando caer los brazos, como si estuviera a punto de saltar al vacío—. ¿Vienes conmigo?

—Mejor no. —Le acaricio los hombros con suavidad—. Es algo que debes hacer solo.

Asiente.

—Si me necesitas, solo grita mi nombre —añado.

—Lo haré. —Me besa con delicadeza antes de subir las escaleras.

Intento distraerme con la televisión, pero el tiempo se estira. Más tarde, subo a su cuarto y lo encuentro sentado en la cama, rodeado de papeles arrugados, con uno entre las manos. Su expresión es... diferente. No es enojo, ni tristeza. Es algo más profundo.

—¿Qué pasa? —Me acerco, preocupada.

Alex levanta la mirada. Sus pupilas lucen dilatadas, y su mandíbula tensa.

—¿Alex? —Me arrodillo frente a él y le acaricio la mejilla.

Sus ojos se cristalizan antes de que su voz salga, apenas en un susurro:

—Mi hermana Hannah. —Traga saliva, como si las palabras le quemaran—. Ella también me engañó.

Capítulo 35

Nosotros contra el caos

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Sus palabras son un golpe seco en el pecho. Pero lo que más me destroza no es lo que dice, sino cómo lo dice. Como si cada sílaba lo desgarrara por dentro. Su rostro se oculta en mi cuello antes de que pueda reaccionar, buscando algo —o alguien— que lo sostenga. Y yo lo hago. Lo abrazo con todas mis fuerzas, como si pudiera contener su dolor entre mis brazos.

—¿Por qué? —susurro, con la voz temblorosa.

Él respira hondo, como si reunir las palabras fuera un esfuerzo titánico.

—Mi padre tiene un hijo fuera del matrimonio —murmura.

Mi cuerpo se tensa.

—Engañó a mi madre durante años —agrega.

El impacto de sus palabras me deja sin aire. Mi mente intenta procesarlo, pero es demasiado. Su padre no solo destruyó a su madre, sino también la confianza de Alexander en todo lo que creía cierto.

—Ella no lo amaba cuando lo dejó —continúa, con un tono vacío—. Porque él ya la había traicionado primero.

Cierro los ojos, tratando de contener el nudo que se forma en mi garganta. No sé qué decir. No hay palabras que puedan arreglar esto.

—Alex... —mi voz es apenas un susurro.

Acaricio su rostro con ternura, mis dedos recorren su mandíbula tensa, intentando transmitirle algo más fuerte que cualquier promesa.

—Estoy aquí —digo, con firmeza—. Siempre voy a estar aquí.

No sé si mis palabras pueden aliviar algo, pero su agarre en mi cintura se vuelve más fuerte, como si temiera que soltara su peso. Le beso la sien con suavidad y dejo que mis dedos borren las lágrimas que se acumulan en las esquinas de sus ojos. El silencio se instala entre nosotros, pero no es incómodo. Es el tipo de silencio que sana, que permite respirar. Nos quedamos así, compartiendo la carga, dejando que el tiempo haga su parte.

Cuando finalmente nos separamos, él exhala profundo y asiente. No hay mucho más que decir. Juntos, recogemos las cartas que revelaron una verdad demasiado pesada. Ninguno de los dos habla mientras bajamos al primer piso, pero este momento nos ha cambiado. Y sé que, aunque no lo diga en voz alta, Alex sabe que no está solo. Nos acurrucamos en el sofá y recuesto mi cabeza sobre su pecho. El ritmo pausado de su respiración me arrulla. Su cuerpo sigue tenso, pero su brazo rodea mi cintura con la misma necesidad con la que yo me aferro a él.

—¿Qué piensas hacer ahora? —rompo el silencio, levantando la vista para encontrarme con sus ojos nublados.

Él suspira y se frota la frente.

—No lo sé —admite—. Tal vez enfrentar a Hannah... o no volver a hablarle nunca más.

Mis dedos se enredan en su cabello en una caricia pausada. No quiero que se sienta solo, pero esta es una decisión que solo él puede tomar.

—No tienes que apresurarte —digo con suavidad—. Tómate tu tiempo y, cuando estés listo, harás lo correcto.

Asiente, pero la duda sigue reflejada en su mirada.

—¿Y tu madre? —pregunto, jugando distraídamente con la cadena de plata que cuelga de su cuello—. ¿La llamarás?

Su mandíbula se tensa.

—No quiero —responde en voz baja—. No todavía.

—Lo entiendo. —Acaricio su mejilla con el dorso de mi mano.

Sus ojos se cierran, como si mis caricias calmaran, aunque sea un poco, el caos en su interior.

—Tal vez ella tuvo sus razones para quedarse tanto tiempo con tu padre —digo con cautela—. Pero aún puedes preguntárselo.

Él no responde de inmediato. Pero aprieta mi mano entre las suyas.

—Lo haré, te lo aseguro —dice, mirándome con una determinación cansada—. Pero no hoy.

—¿Quieres que me quede contigo? —No quiero dejarlo solo cuando más me necesita.

—Sí, pero no quiero detenerte —susurra, besando el dorso de mi mano—. Debes tener cosas que hacer.

Lo sé, pero la idea de separarme de él ahora se siente mal. Suspiro y le acaricio la mejilla una última vez.

—¿Irás mañana al instituto?

—Sí —responde con firmeza—. No voy a darle el gusto a mi padre de creer que le tengo miedo.

Pero la arruga en su entrecejo me dice que aún no lo tiene todo resuelto.

—Voy a estudiar Psicología —añade, soltando un suspiro—. Así podré alejarme de mi familia..., si es que se les puede llamar así.

Lo miro con ternura y lo beso en los labios, no solo para despedirme, sino para recordarle que no está solo.

—No dejes que esto te consuma. —Apoyo mi frente contra la suya —. Nos vemos mañana.

Me levanto, tomando mi bolso. Quisiera dejarle algo más que palabras, algo que lo haga sentir acompañado cuando yo no esté.

—Si necesitas algo, llámame.

Él asiente y extiende su celular.

—Aún no tengo tu número.

Me llevo la mano a la frente.

—¡Changos!

Se ríe mientras me pasa el teléfono y lo guardo con rapidez.

—Guárdate como «Mi pequeña corrompida» —bromea, con una sonrisa pícara.

Ruedo los ojos, pero no puedo evitar reír.

—Solo puse mi nombre. —Le devuelvo el teléfono.

—Yo lo arreglo. —Me guiña un ojo antes de guardarlo en el bolsillo.

Lo miro entrecerrando los ojos, pero su sonrisa es mi punto débil. Nos besamos una última vez, suave, pausado, sin prisas. Salgo de su apartamento, dejando una parte de mí con él, pero en el fondo, sé que todo lo que soy ya le pertenece.

Llego a casa agotada, con la mente hecha un caos y los hombros pesados. Solo quiero lanzarme a la cama y olvidar todo por unas horas. Pero al cerrar la puerta, un llanto desgarrador atraviesa el aire, rasgando el silencio como un trueno. Mis pies se mueven solos hacia el sonido. Me detengo frente a la puerta entreabierta del baño y los sollozos se vuelven más claros. Empujo suavemente. Rachel, sentada en el retrete, abraza una caja de toallas de cocina como si fuera su salvavidas. Las lágrimas empapan su rostro y su cuerpo tiembla con cada respiración entrecortada.

—¿Qué pasa, Rach? —pregunto, agachándome frente a ella, tratando de no sonar alarmada.

Alza la mirada, con los ojos hinchados, y se lanza sobre mí, rodeándome con un abrazo tan fuerte que casi caigo de espaldas.

—Chris... —sorbe por la nariz—. Christopher se va.

Mis manos se tensan en su espalda.

—¿Cómo que se va?

Pero ella solo sacude la cabeza, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real. La ayudo a ponerse de pie y la llevo hasta el sofá, sosteniéndola con el mismo cuidado con el que se carga a un pájaro herido. Ella se deja caer sobre los cojines y voy a la cocina por un vaso de agua. Sus lágrimas disminuyeron, pero su expresión sigue siendo la de alguien al borde del colapso.

—Bebe. —Le tiendo el vaso.

—Gracias —murmura, con la voz aún temblorosa.

Bebe algunos sorbos y su respiración poco a poco se estabiliza.

—¿Te sientes mejor?

Asiente, pero su mirada sigue clavada en un punto fijo.

—Su jefe lo llamó —susurra—. Lo necesitan de vuelta, pero esta vez suena definitivo.

—¡Carajo! —exhalo, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá.

Me encantaría decir algo alentador, pero lo único que quiero es encontrar al jefe de Christopher y darle un discurso sobre lo importante que es el amor.

—Volveré a perderlo, Abril, otra vez. —Una nueva lágrima resbala por su mejilla.

—Tal vez sea solo por unos días —intento consolarla, aunque la duda se instala en mi estómago.

Rachel suelta una risa amarga, dejando el vaso en la mesita de centro.

—Eso pensé, pero cuando me lo dijo —se pasa las manos por el rostro, tratando de ahogar un sollozo—, parecía que se estaba despidiendo de verdad. Y tengo miedo.

Me inclino y le aprieto la mano.

—Él te ama, Rach.

Ella traga saliva y aprieta los labios, como si tratara de convencerse.

—Nuestra relación ni siquiera se ha consolidado —susurra—. ¿Y si conoce a alguien más allá?

—Si eso pasa, juro que lo castraré personalmente.

Rachel deja escapar una risa entrecortada, pero su expresión sigue sombría.

—Lo digo en serio. —Levanto la mano como si hiciera un juramento solemne—. Le haré vudú si es necesario.

—Dios... —suspira, sacudiendo la cabeza con una sonrisa débil.

Pero en su mirada aún hay una sombra.

—¿Y si no soy suficiente para que se quede? —pregunta, bajando la voz, casi como si se avergonzara de admitirlo.

Ese es su verdadero miedo. Aprieto su mano con más fuerza.

—No se trata de ser suficiente, Rach. Se trata de que la vida a veces nos jode los planes.

Ella me observa con los ojos vidriosos, como si buscara algo en mí, una certeza que no puedo darle.

—Pero, pase lo que pase, no estás sola —añado, abrazándola—. Aquí estaré para darte tequila, helado o un bate de béisbol. Lo que necesites.

Rachel suelta un suspiro y apoya la cabeza en mi hombro.

—Gracias, Abril. —Rachel sorbe por la nariz y esboza una sonrisa temblorosa—. Hoy estuvo toda la tarde conmigo.

—¿Pasó algo entre ustedes? —pregunto.

Sus mejillas se tiñen de rojo y baja la mirada a sus manos entrelazadas.

—Sí. —Muerde su labio, como si estuviera confesando un pecado —. Ayer hicimos el amor.

Parpadeo varias veces antes de procesarlo.

—¡¿Qué?! —Mis ojos se agrandan como platos—. ¿¡Por qué no me lo contaste esta mañana!?

Rachel se encoge de hombros entre risas y sollozos.

—Tú tenías que volver con Alex, no quería interrumpir tu momento.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, llevándome las manos a la cara.

—¡Madre santa! —exclamo, dramatizando la situación—. ¡Esto es información de prioridad nacional!

Ella ríe con más ganas, pero sus ojos siguen brillando con esa mezcla de felicidad y vulnerabilidad.

—Fue increíble, Abril —admite en un susurro, como si quisiera guardar el momento solo para ella—. No puedo dejar de pensar en eso. Fue tierno, intenso, diferente.

La observo con una sonrisa cómplice, pero algo en su mirada me dice que hay más detrás de su emoción.

—Rach, escúchame. —Tomo sus manos, obligándola a mirarme—. Ese hombre es tuyo y lo sabes.

Su expresión se suaviza, pero aún hay un atisbo de duda en sus ojos.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé.

Rachel exhala despacio, pero su postura sigue rígida.

—No lo dirás solo para animarme, ¿verdad? —Frunce el ceño.

—Por supuesto que no, tontita. —Le pellizco la nariz con dos dedos, y su rostro se ilumina con una sonrisa.

Le paso un brazo por los hombros y la atraigo hacia mí.

—No te preocupes. Christopher no es un idiota. No va a dejar que la distancia le quite lo que tiene contigo.

Rachel asiente, pero aún no parece completamente convencida.

—Es solo que... —hace una pausa, jugando con el borde de su suéter—, cuando algo es demasiado bueno, siento que se me va a escapar de las manos.

Su confesión me toma por sorpresa. Rachel siempre ha sido la fuerte, la que nunca duda. Pero aquí está, con miedo a perderlo.

—Eso se llama estar enamorada, Rach —le digo con una sonrisa tierna—. Y es normal sentir miedo.

Ella apoya la cabeza en mi hombro y suspira.

—No sé qué haría sin ti.

—Probablemente terminarías rodeada de más cajas de toallas de cocina —bromeo.

Nos reímos y las imágenes de hace un rato aparecen como un torrente incontrolable: jadeos, gruñidos, besos, mordiscos, arañazos, embestidas... Mi espalda se tensa y Rachel se percata.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta, levantando la cabeza y arrugando el entrecejo.

Trago saliva. No puedo guardármelo más.

—Hay algo que quiero contarte. —Mi corazón late más rápido.

Rachel me mira fijamente, hasta que su expresión cambia por completo.

—No. No me digas que... —Se cubre la boca con las manos.

Sonrío. Me siento descubierta.

—Sí —asiento.

—¡¿Qué?! —su grito casi me deja sorda—. ¡No me lo puedo creer!

—Pues créelo. —Me muerdo el labio, conteniendo la risa.

Rachel me sujeta del brazo como si necesitara estabilizarse.

—¿Cómo pasó?

—No lo sé, simplemente pasó.

Ella me mira con una ceja arqueada.

—Abril, hace unas horas dijiste que el sexo no era lo más importante.

Hago una mueca.

—Te mentí.

Rachel suelta una carcajada.

—¡Lo sabía!

Me cubro la cara con las manos.

—Es que salió de la ducha con la cintura envuelta en la toalla y... —suelto un suspiro— no pude resistirme.

Rachel me mira como si acabara de confesar un crimen.

—Eres peor de lo que pensaba.

Me río, incapaz de negar la verdad.

—¿Y qué sentiste? —pregunta. Sus ojos brillan de emoción genuina.

Muerdo mi labio, reviviendo cada instante.

—Más bien, ¿qué no sentí?

Rachel se lleva la mano al pecho, como si compartiera mi emoción.

—Eso es increíble.

—Superó todas mis expectativas. —Cierro los ojos, suspirando con una sonrisa—. Fui la mujer más feliz del mundo.

—Creo que estamos compitiendo en eso.

Nos miramos y estallamos en carcajadas, abrazándonos como dos adolescentes que acaban de descubrir los secretos del universo.

...

El canto del gallo nos despierta abruptamente y Rachel emite un gruñido que podría asustar a un león. Se revuelca en la cama como si hubiera sido atacada por una legión de almohadas traidoras.

—¡¿Por qué?! —se queja, con la cara metida en la almohada, luchando por escapar de la luz del sol.

Es lógico. Nos quedamos hablando hasta pasada la medianoche, discutiendo sobre todo y nada, como siempre. ¿Quién necesita dormir cuando tienes una amiga con la que compartir teorías absurdas sobre el universo? Me levanto primero, aunque mi cuerpo parece estar en huelga. Me arrastro hasta el baño y luego a la cocina en busca de mi dosis de café; Rachel hace lo mismo, pero con más quejas que un gato al que le cortan las uñas. Me pongo un *jean* ceñido que me deja sin aliento y una camisa roja de botones

que, aunque elegante, es un desafío para mis dedos torpes. Rachel, en cambio, se enfrenta a un enemigo mucho más grande: un enterizo. Un enterizo con tiras, y no de las simples, no, este tiene un sistema de tiras que parece sacado de una película de *Misión imposible*. Rachel, al igual que yo, nunca ha usado algo así, y no entendemos por qué lo compré. ¡Ni siquiera sabía cómo ponérmelo!

—¡¿Qué demonios hago con esto?! —dice, con una pierna atrapada en una tira, y un brazo metido en un agujero que no es el que corresponde. Parece Peter quitándose el simbionte.

Me río de lo mal que le va, pero, al final, con una última y épica lucha, Rachel logra dominar la prenda. Salimos juntas de mi casa, pero a un par de pasos de la puerta, mi amiga me sacude por el brazo, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunto, sin poder quitarme la sonrisa del rostro y miro hacia donde señalan sus ojos.

Alexander me espera en la puerta con un ramo de rosas coloridas en la mano derecha, sonriendo de esa manera que me derrite.

—¡Dios mío! —Me quedo boquiabierta. ¿Qué hice para merecer a este hombre?

Rachel me empuja suavemente hacia él y yo doy pasos rápidos y torpes, lanzándome en sus brazos como si no hubiera un mañana, casi haciendo que las flores caigan de sus manos. ¡Qué torpe! Pero no importa. Él me abraza, sosteniendo el ramo con fuerza. Me suelta un poco, me mira con esos ojos que me vuelven loca, y me ofrece el ramo. Entro en una especie de trance floral y, antes de pensar, entierro mi cara en su cuello, inhalando su aroma.

—Mm, qué rico hueles —murmuro, mientras un viento huracanado sopla en mi corazón.

—Son las flores, pequeña —responde, con una sonrisa ladina.

Acerco la nariz al ramo. ¡Qué delicia! Pero... él huele mejor. Mucho mejor.

—Las flores huelen bien, pero no tanto como tú. —Rodeo su cuello con mis brazos y lo beso en los labios—. Gracias, son preciosas.

—Tomaron prestado un pedacito de tu belleza. —Sonríe y sus labios vuelven a encontrar los míos.

¡Ay, lo amooo! Nos separamos un poco, y tomo su mano, lista para entrar juntitos al instituto, pero...

—¡Carajo! ¿Dónde está Rachel?

La busco con la mirada, sin resultado.

—No te preocupes. —Alex me agarra por la cintura, suavemente, guiándome al aula—. Más tarde la encontraremos, no creo que quiera ser nuestra violinista.

Río caminando a su lado, aferrada a su brazo, mientras las miradas curiosas de nuestros compañeros de clase se clavan en nosotros. Las chicas no hacen un esfuerzo por disimular sus celos, pero la maestra Eva, siempre tan simpática, nos lanza una sonrisa aprobatoria. Las clases son largas, tediosas y completamente irrelevantes cuando esperas lo que está por venir. El día llega a su fin, y camino de la mano con Alex hacia la salida. Pero, justo cuando cruzamos las puertas del instituto, me detengo en seco.

En el jardín frontal, sobre el césped, hay un montón de pétalos de rosa perfectamente dispuestos formando la pregunta*:* «¿Quieres ser mi novia?». Mis ojos se desorbitan. Levanto la vista, encontrándome con la mirada de Christopher, de pie, con un par de globos en una mano y un oso de peluche en la otra. ¡Qué romántico! Alex y yo nos hacemos a un lado para dejar pasar a Rachel, que viene detrás de nosotros. Su rostro se ilumina, mirando el césped, y la alegría en su mirada se intensifica aún más cuando lo ve a él, esperándola con una sonrisa tímida, pero llena de amor. Los dos se miran como si el mundo entero desapareciera a su alrededor. Mi amiga se acerca a él y lo abraza y lo besa antes de asentir. ¡¡Dijo que sí!! ¿Acaso podría decir que no? ¡Sería un crimen!

—*I adore you* —dice Christopher, acariciando su rostro entre sus manos antes de besarla nuevamente.

—No sé mucho inglés, pero... *I love you too* —responde Rachel, abrazándolo con fuerza.

Alex comienza a aplaudir y, como en una película, todos lo siguen. Una lluvia de aplausos cae desde todos los rincones del jardín. Mis ojos se llenan de lágrimas, mientras aplaudo también y lo miro sonriente.

—Sabía que Christopher encontraría la manera de asegurarle a Rachel que no hay nada que temer, porque está perdidamente enamorado de ella. Son almas gemelas —le susurro a Alex, abrazándolo.

—Como nosotros. —Sonríe y me besa en los labios.



Capítulo 36

Un domingo lluvioso y un pollo valiente

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Estoy hastiada de este domingo aburrido y frío. Hasta el cielo decidió llorar hoy. La lluvia cae al otro lado de la ventana y Rachel, acurrucada a mi lado, pasa canales como si estuviera buscando el sentido de la vida en la tele. Desde que Christopher se fue, mi mejor amiga parece una planta sin agua. Han pasado solo siete días, pero la falta de mensajes y llamadas la tiene al borde de declararse viuda emocional. Suspiro y rompo el silencio:

—¿Qué tal si salimos?

Rachel me responde con una mueca que podría resignar al más optimista.

—¿Con esta lluvia? Por favor, Abril, qué pereza.

—Podemos llevar un paraguas —intento sonar animada.

—¿Y congelarnos de frío? Prefiero morir en la comodidad de mi depresión. —Se envuelve aún más en su manta. Parece un burrito humano.

—Tengo varias chaquetas calentitas. —Me encojo de hombros.

—Qué fastidio salir envueltas en trapos. —Se cruza de brazos.

Suspiro, más largo esta vez. ¡Oh, Dios, estoy perdiendo a mi mejor amiga!

—Podemos hablar de tus aventuras con chicos. —La idea se me escapa con una sonrisa nerviosa.

Rachel me lanza una mirada que podría frenar un tren.

—¿En serio? ¿Milésima repetición de «Rachel y sus *excrushes*»? ¡Qué emocionante!

—¡Claro que sí! Siempre me emociono igual. —Le lanzo una sonrisa.

Pero Rachel solo encoge los hombros y baja la mirada. Su silencio me hace trizas. Me rindo, creo que ser terapeuta no es lo mío. Considero la última opción: tirarme sobre ella y hacerle cosquillas, pero un sonido inesperado corta el aire: el chillido de un gallo. Me enderezo como un resorte en el sofá.

—¡Un momento! —Levanto el dedo índice.

Rachel arquea una ceja.

—¿Qué te pasa ahora?

—Ese gallo... —murmuro, ladeando la cabeza para escuchar mejor.

—¿Qué gallo? —Arruga el entrecejo, mirándome como si hubiera perdido la cordura.

—¡Mi gallo vecino! Es el Señor Clock.

Rachel me mira boquiabierta, como si estuviera calculando cuántas neuronas me quedan activas.

—¿Lo bautizaste? —pregunta.

—Por supuesto. Es mi despertador viviente. —Cruzo los brazos y levanto la barbilla.

Otro chillido corta el aire, esta vez más urgente. Frunzo el ceño.

—¿Por qué chilla así? —pregunto, más para mí misma que para Rachel.

—Tal vez porque es un gallo, Abril. Es lo que hacen. —Rachel ya se ríe y mi corazón da un pequeño brinco.

—No sé... Algo no me cuadra. —Me levanto del sofá y corro hacia la ventana. Rachel, me sigue.

Corro las persianas. Nuestro vecino corre por el jardín, persiguiendo al pobre Señor Clock con una determinación que parece sacada de una película de acción.

—¿Qué rayos hace ese hombre? —pregunta Rachel.

—Solo hay una forma de saberlo. —Agarro mi chaqueta y me la pongo.

Rachel protesta, pero no me detengo. Cruzamos la calle bajo la llovizna; yo con la adrenalina disparada y Rachel tratando de no resbalarse. Me apoyo en el cercado para ver mejor.

—¡Buenas tardes! —saludo, casi gritando para que me escuche.

El hombre se detiene, jadeando. Su expresión lo dice todo: está al borde de perder la paciencia y los pulmones.

—Mis tardes no son tan buenas, jovencita.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¿Es que acaso no lo ve? Estoy persiguiendo mi almuerzo. —Señala al pobre Señor Clock, que se mueve a toda velocidad como si supiera lo que le espera.

Mis ojos se desorbitan.

—¡¿Cómo que almuerzo?! —grito.

—Abril, cálmate. —Rachel me sujeta del brazo.

—Es mi pollo y lo voy a cocinar —dice el vecino con la mayor tranquilidad del mundo, frotándose la barriga, y se da la vuelta, reiniciando la persecución.

Pero ¿quién se cree?

—¡No se lo permitiré! —grito, sacudiendo el cercado con más fuerza—. ¡Corre, Señor Clock, corre!

Mi frente suda. El frío se fue. ¡Qué angustia!

—¿Qué le pasa, niña? —El vecino me fulmina con la mirada, recuperando aliento.

No puedo con tanta injusticia.

—¡¿Cómo puede hacer algo tan horrible?! —Lo señalo como si fuera un villano de película.

—¿Acaso usted no come pollo? —replica, arqueando una ceja.

Rachel, que hasta este momento había sido mi aliada, decide cambiar de equipo:

—Tiene razón, Abril. Tú comes pollo casi a diario.

La miro con el nivel de traición digno de un drama histórico.

—¡Pero yo no los mato! —grito.

El Señor Clock, como si entendiera el drama, decide caminar con calma hacia una esquina del jardín, ignorando por completo la persecución.

—Mire, haremos un trato. —Junto las manos en señal de súplica—. Le traeré un pollo asado del mejor restaurante. ¡Pero deje en paz al Señor Clock!

El vecino enfoca la mirada en un punto de la nada, cruzando los brazos.

—Tiene diez minutos.

—¡Reto aceptado!

Tomo su bicicleta y salgo pedaleando como si me persiguieran mil perros.

—¡Oye, devuelve mi bicicleta! —El vecino protesta, pero ya no hay quien me pare.

Si puedo salvar al Señor Clock, todo valdrá la pena.

Llego al restaurante, pido el pollo más grande y el encargado me entrega una caja que apenas pesa. La abro y mi cara se arruga. ¡Ese pollo no alimenta ni a una ardilla!

—¿Tiene algo más grande? —pregunto.

—Esto es lo mejor que tenemos.

Con el alma rota, pago, tomo dos minipollos y regreso pedaleando bajo la lluvia. Lo que haré para convencer al vecino es un misterio, pero estoy dispuesta a negociar hasta mi virginidad por mi gallo vecino. Ah, cierto que ya la perdí. Estaciono la bici en el cercado de la casa del vecino, con los dos pollos aún humeantes en las cajas. Una hoja cruje en el suelo al caer de un árbol cercano. Me asomo por encima de la cerca, con el corazón latiendo a mil. ¿Y el vecino? ¿Y el Señor Clock? ¡¿Y Rachel?! ¡Oh, no! ¿Lo atrapó? ¿Y si ya lo metió al horno? Un escalofrío recorre mi espalda. Me aterroriza la

horrible imagen del gallo gritando «¡Socorro!» en idioma polluno, mientras el despiadado vecino afila un cuchillo gigante como un villano de caricatura.

Mi barbilla choca con mi pecho. El Señor Clock no merecía este destino tan cruel. Le fallé. Espero que tenga paz en su tumba, aunque sea el estómago de ese despiadado hombre. Su esqueleto, seguramente, terminará en la basura, y luego, roído por perros callejeros. Ojalá exista un cielo de pollos donde su alma descanse en paz. Extrañaré su canto chirriante a las cinco y media de la mañana. Fue el mejor despertador que tuve.

Cruzo la calle hacia mi casa bajo la lluvia, cabizbaja. Las gotas se mezclan con mis lágrimas, haciéndome sentir como la protagonista de un drama épico. Una banda sonora melancólica comienza a sonar mientras sostengo las cajas de pollo como si fueran el cuerpo inerte del mejor amigo que nunca supe que tenía. Entro a la casa y Rachel me mira con el ceño fruncido, acurrucada en el sofá y arropada hasta el cuello.

—¿Qué pasa? —pregunta, alzando una ceja—. ¿Por qué lloras?

—Lo extrañaré —susurro con la voz quebrada, dejando las cajas sobre la mesa de centro.

Rachel me mira como si hubiera dicho que pienso adoptar a un oso polar y se destapa, dejando ver... ¡una jaula con el Señor Clock dentro! Mis ojos se desorbitan.

—¡Dios bendito! —Corro hacia la jaula.

Rachel sonríe de lado.

—Saluda, Señor Clock.

—¡Mi despertador! —Me acuclillo frente a la jaula y meto los dedos entre las rendijas para acariciar al gallo, que me ignora olímpicamente, como si estuviera ofendido por todo el drama.

Mis ojos se llenan de lágrimas, esta vez de felicidad.

—Creí que nunca más escucharía tu canto chirriante.

Rachel se ríe entre dientes.

—Estás completamente loca.

Me seco las lágrimas.

—No sabes lo que sufrí. ¡Estaba lista para hacerle un altar con maíz y una veladora!

Rachel niega con la cabeza, riendo.

—¿No crees que está un poco apretado ahí dentro? —pregunta, señalando la jaula diminuta.

—Es verdad —asiento—. Voy por algo más grande.

Corro a mi cuarto y regreso con una caja que armamos entre risas y forcejeos. Instalamos al Señor Clock en su nuevo «palacio», donde se sacude y se estira como si estuviera agradeciendo a sus súbditos.

—¡Es enorme! —Rachel abre mucho los ojos.

—¿Cómo lo recuperaste? —pregunto, todavía incrédula.

—No hice nada especial. —Se encoge de hombros—. El vecino se aburrió de perseguirlo y me lo regaló si podía atraparlo.

—¿Y cómo lo atrapaste? —insisto, apoyando la barbilla en la mano.

—Tu «adorado despertador» no huyó de mí. —Se ríe—. Se acurrucó en un rincón como si estuviera esperando un Uber. Aunque casi me hernio levantándolo.

Me río. Su lucha con el gallo gigante debió ser muy cómica.

—¿Tan pesado es?

—¡Muchísimo! —Estira el brazo como si aún lo sintiera entumido—. No culpo al vecino por querer comérselo. Debe estar tan jugoso que...

—¡Ni lo pienses! —la interrumpo.

Rachel se suelta a reír y yo la sigo, contagiada por su alegría. Aprovechando que la lluvia amaina, voy a casa del vecino con las cajas de pollo. No quiero que se quede sin almuerzo, aunque todavía sigo un poco resentida con él. Me asomo por el cercado. El hombre recoge plumas y ramas rotas del jardín, con cara de alguien que ha pasado por una batalla épica.

—Buenas —carraspeo.

Me mira torciendo la boca.

—¿Otra vez usted?

Levanto las cajas.

—Le traje lo prometido.

Su cara se alisa y se acerca con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

Le entrego las cajas con una sonrisa.

—Gracias por perdonarle la vida al Señor Clock.

El vecino abre una de las cajas y la examina como si estuviera evaluando un diamante falso.

—Bueno, esto me ahorra el trabajo de desplumar y cocinar. —Se ríe.

Aprieto los dientes.

—Adiós. —Me doy la vuelta antes de perder la paciencia.

Rachel y yo pasamos la tarde construyendo un hogar para el Señor Clock en el porche. Aunque mi jardín es pequeño, el porche es lo suficientemente amplio para que se sienta cómodo y pueda cantar al amanecer.

—Abril, ¿tienes comida para él? —pregunta Rachel, examinando la casita improvisada, que parece más la de un perro.

—¡Ups! —Me llevo la mano a la boca—. No pensé en eso.

Voy a la cocina y abro los gabinetes. Rachel me sigue.

—¿Qué piensas darle?

—Unos huevos rancheros.

Mi amiga me mira como si acabara de sugerir cocinar al Señor Clock.

—¡¿Qué?! ¡Es un gallo, no un caníbal!

Me echo a reír y Rachel se sujeta el estómago mientras ambas nos doblamos de risa.

—¿Crees que esto funcione? —Levanto el paquete de maíz pira que encontré en la despensa.

—No tengo idea. —Se encoge de hombros—. Pero, si el gallo empieza a botar palomitas en vez de plumas, avísame.

—¿Y si mejor le preparo palomitas de maíz acarameladas? —sugiero.

Rachel suelta otra carcajada y hace una mueca, sujetándose el pecho.

—Ya basta, Abril, me duele.

Salimos al porche para alimentar al Señor Clock, quien picotea el maíz, acabando con este en cuestión de segundos. Verlo feliz me hace sentir un calorcito en el corazón. Este gallo no es solo un despertador, es oficialmente parte de mi vida. La tarde termina con un gallo rescatado, una amistad fortalecida y la promesa de muchas mañanas chirriantes por venir.



Capítulo 37

Un «te amo» y un gallo en el porche

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El sol se esconde en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y violetas, pero el atardecer se siente incompleto sin Alexander. No hemos hablado en todo el día y la ansiedad me carcome. Tomo el teléfono y marco su número.

—Hola, pequeña —su voz llega al instante, pero hay una nota de cansancio en ella que no puedo ignorar.

—¿Estás bien?

—Ha sido un día difícil —suspira, como si intentara soltar el peso que lleva encima.

—¿Quieres hablar de eso?

—Sí, pero no por teléfono. ¿Puedo ir a verte?

—Siempre.

Diez minutos después, toca la puerta. Abro y me encuentro con una mirada que mezcla ternura y agotamiento. Me da un beso fugaz que me deja sonriendo.

—¿Y ese gallo? —pregunta, señalando la casita de madera en el porche.

—Es mi nuevo inquilino. Lo rescaté de convertirse en sopa.

Alexander arquea una ceja y su boca se curva en una sonrisa.

—Eres increíble. —Toma mi rostro entre sus manos y me besa con dulzura.

—¿Quieres conocerlo? —Lo arrastro de la mano hasta la caja-palacio donde Rachel y yo instalamos al gallo despertador.

—Alexander, él es el Señor Clock, el gallo del que te hablé. Señor Clock, él es el hombre al que amo.

Alexander me mira. Sus ojos azules, siempre tan expresivos, se desorbitan.

—¿Qué... qué dijiste?

—Que este es el Señor Clock.

—No, lo otro.

Tomo aire y sonrío.

—Te amo.

Alexander parpadea, como si necesitara asegurarse de que escuchó bien. Antes de que pueda decir algo más, me sujeta de la nuca, atrayéndome hacia él, y me besa. Es un beso lento, casi reverente, pero la forma en que me sostiene por la cintura con una mano, y aprieta mi nuca con la otra, me dice más de lo que cualquier palabra podría expresar. Me toma en brazos sin esfuerzo y, entre risas y besos, entramos a la casa. Nos acomodamos en el sofá y su expresión cambia. Su mirada se apaga un poco, reflejando la carga en sus hombros.

—Tengo algo que contarte —su voz es baja, casi un susurro—. Tuve una discusión con mi hermana.

Toma mis manos y yo le doy un apretón suave.

—¿Puedo quedarme contigo un tiempo?

Mi corazón se detiene, pero la respuesta sale antes de que pueda pensarlo:

—Por supuesto.

Él exhala y besa mis manos.

—Gracias, pequeña. No quiero ser una carga, solo será hasta que encuentre otro lugar.

Le sostengo la mirada y sacudo la cabeza.

—Quédate todo el tiempo que quieras.

La sonrisa que se dibuja en su rostro es tan sincera que ilumina toda la habitación.

—¿No te importa que ronque o que deje la tapa del retrete levantada?

—Ni roncas ni eres desordenado. —Le beso la nariz—. Pero, aunque lo hicieras, lo soportaría.

Su abrazo me envuelve con calidez y su aliento roza mi cuello.

—Debí haber hecho algo muy bueno para merecerte.

Le acaricio el cabello y sonrío.

—No me mereces —bajo la voz—, nos merecemos.

Después de un rato entre caricias, palabras dulces y risas, la conversación toma otro rumbo:

—¿Qué relación tienes con Monkey? —pregunto, sin rodeos.

Alexander frunce el ceño, pero sostiene mi mirada.

—Ninguna.

Su respuesta es demasiado corta. Sé que hay más.

—¿Quién es?

Suspira, pasándose una mano por el cabello.

—La conozco desde la adolescencia. Siempre ha estado interesada en mí, pero nunca le di motivos.

Su sinceridad me tranquiliza, pero solo un poco.

—¿Entonces por qué parece tan segura de que tiene algún derecho sobre ti?

Su mandíbula se tensa.

—Porque mi padre la favorece. —Aprieta los labios antes de continuar—: Cuando vivía en Corea, ella se ganó su confianza hasta que la nombró directora de la otra sede de A.M.R.A. Nos visitaba constantemente con cualquier excusa.

—¿Por ti? —intuyo.

—Sí.

Mis manos se cierran en puños.

—Hizo que Jack nos separara en la exposición.

—A ella no se le escapa nada. —Su expresión es una mezcla de fastidio y resignación—. Le vino bien que Cristóbal se quedara sin compañera para decir que yo podía trabajar solo.

—¡Metiche! —Frunzo el ceño y recuesto mi sien contra la suya para calmarme.

—Le reclamé a mi padre, pero, como siempre, la defendió. —Alexander niega con la cabeza, su frustración es evidente—. Por eso concerté una cita con ella. Le exigí que dejara de meterse en mi vida y le dejé claro que estoy enamorado de ti.

Mi corazón se detiene un segundo antes de empezar a latir con más fuerza.

—Gracias por decírmelo. —Lo miro a los ojos y acaricio su mejilla.

Alexander toma mi mano y la aprieta con suavidad.

—Tú eres la única persona en quien confío ahora.

Nos abrazamos y el mundo deja de ser complicado.

...

El canto del Señor Clock me despierta antes del amanecer. Me levanto con cuidado, dejando a Alexander dormido, y me meto a la ducha. Salgo envuelta en una toalla y me encuentro con sus ojos clavados en mí. Fríos. Analíticos. En sus manos sostiene la foto. La que le robé a Monkey. Mi cuerpo se tensa. Mi mente se queda en blanco.

—¿Qué hace esto debajo de tu almohada? —su voz es baja pero firme.

Trago saliva.

—Yo... —tartamudeo, intentando pensar en una excusa, pero ninguna es lo suficientemente buena.

—Abril. —Se pone de pie, con la foto aún entre sus dedos. Su figura imponente parece llenar toda la habitación—. ¿Puedes explicarme qué significa esto?

No hay escapatoria. Le debo la verdad.

—Se la robé a Monkey —las palabras salen apresuradas, como si soltarlas hiciera que todo pareciera menos grave.

Alexander parpadea.

—¿Qué?

Respiro hondo y trato de explicarme sin sonar como una lunática:

—Ese día en el restaurante, estaba con Rachel y ustedes aparecieron. —Me humedezco los labios—. Ella intentó besarte.

Su expresión no cambia, pero su mandíbula se tensa.

—No lo soporté. —Bajo la mirada—. Cuando se distrajo, Rachel y yo tomamos su bolso y encontramos esa foto.

Silencio. Él la mira como si fuera un objeto extraño y la deja sobre la cama.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque te alejaste de mí —mi voz apenas es un susurro—. Me ignorabas.

Alexander asiente, procesando mis palabras, pero la decepción sigue en sus ojos.

—Abril... —su tono es grave y cada palabra pesa como una losa sobre mi pecho—. ¿Recuerdas lo que te dije anoche?

—Sí, Alex, yo no...

—Eres la única persona en quien confío —me interrumpe con suavidad, pero su mirada me deja sin aire—. No hagas que me arrepienta de eso.

El nudo en mi garganta se aprieta. Me acerco y tomo sus manos.

—Lo siento. Perdóname.

Él suspira. Su pulgar acaricia mis nudillos, disipando parte de la tensión.

—No es la gran cosa, pero cada detalle cuenta, Abril. Espero que lo recuerdes la próxima vez.

Asiento.

—Te lo juro, no volverá a pasar.

Su expresión se suaviza y una sonrisa ligera curva sus labios.

—Está bien. —Me jala con ternura, haciéndome sentar en su regazo.

Lo abrazo con fuerza, su calor disipa mis miedos.

—Esa mujer no deja de entrometerse —murmuro, alzando la mirada hacia él—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Por ahora, nada. —Se encoge de hombros—. Está en Corea. Desde allá no puede hacer mucho.

—¿Por qué tenía esa foto?

Su expresión se endurece.

—No lo sé. Tal vez la tomó cuando visitaba mi casa en Corea.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Cuántos años tenías?

—Veinte, quizás. —Aprieta los labios—. Pudo haber sido hace poco.

Me muerdo la lengua para no maldecir en voz alta. Necesito cambiar de tema.

—Eres colombiano, ¿verdad?

Alexander me sonríe, como si agradeciera la distracción.

—Sí. Viví la misma cantidad de años en Corea y aquí.

—Eso explica por qué eres tan encantador —sonrío.

Su sonrisa se ensancha y me besa con tanta intensidad que todo lo demás desaparece. Pero, como siempre, el tiempo nos alcanza.

—Será mejor que te vistas o llegaremos tarde a clases —susurra contra mis labios.

Hago un puchero exagerado.

—Está bien.

Me levanto y camino hacia el armario, buscando mis bragas favoritas. Alexander carraspea.

—¿Buscas esto?

Me doy la vuelta y mi boca se entreabre. Él sostiene mis bragas con dos dedos, balanceándolas en el aire con una sonrisa ladina.

—¡Devuélvemelas! —Me lanzo hacia él, pero mi estatura juega en mi contra.

—Ya son mías. —Levanta la prenda fuera de mi alcance, examinándola como si fuera un trofeo.

Cruzo los brazos, fingiendo indignación.

—¿Qué piensas hacer con ellas?

—Usarlas para espantar a mis *fans*.

—¿Vas a mostrarles mis bragas a tus acosadoras?

—Claro, así sabrán que tengo novia. —Las arruga y las desliza en el bolsillo de su pantalón.

Frunzo el ceño.

—Ni se te ocurra.

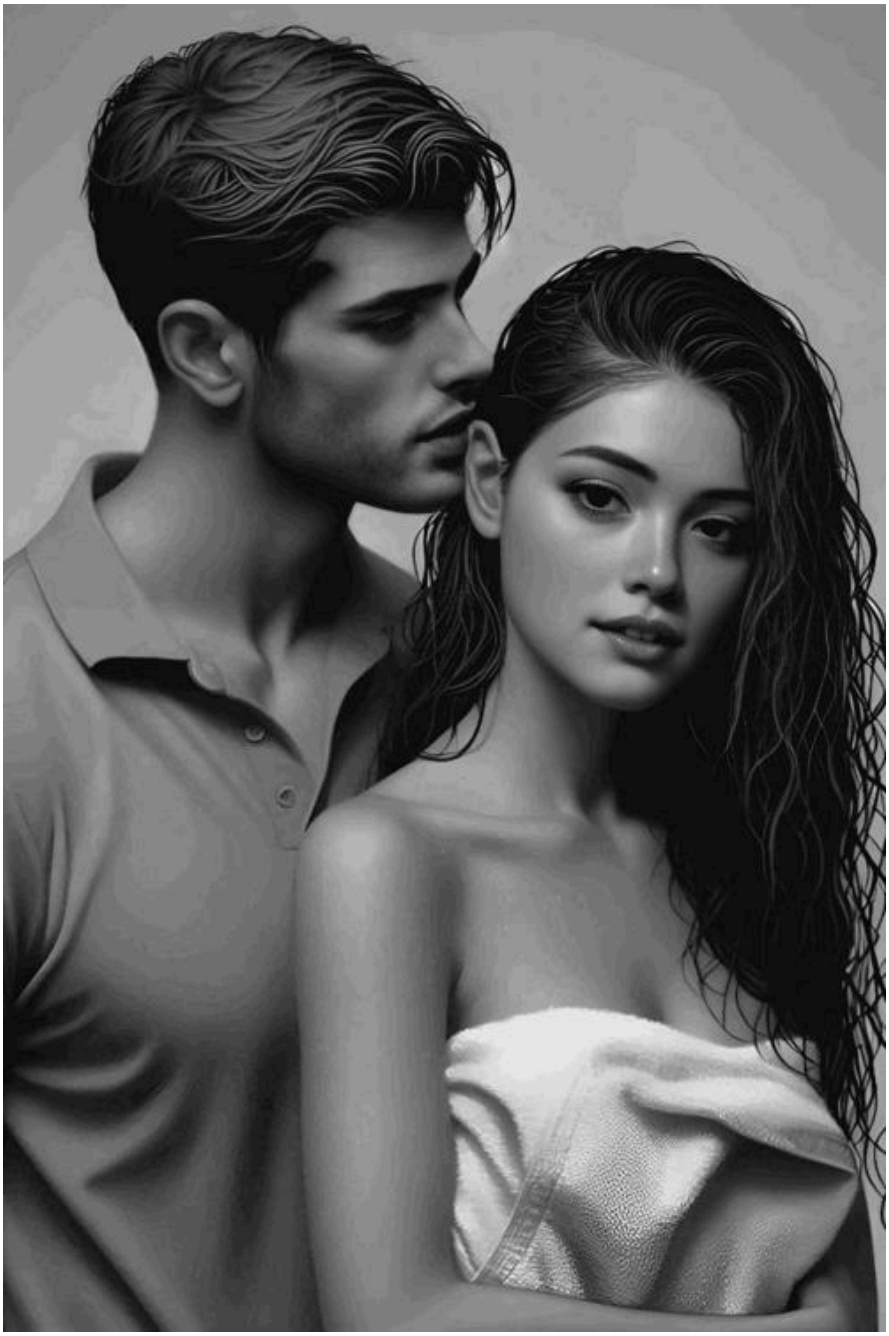
—Demasiado tarde. —Chasquea la lengua con picardía—. Las llevaré conmigo todo el tiempo.

Aprovecho su distracción y corro hacia él en un intento desesperado por recuperar mi dignidad.

—¡Dame eso!

Intento meter la mano en su bolsillo, pero él es más rápido. En un movimiento fluido, sujeta mis muñecas y me inmoviliza contra su pecho. Su aliento cálido acaricia mi oído y un escalofrío me recorre la espalda. Su cuerpo se amolda contra el mío, su ingle me roza justo en la parte baja de la espalda. Este juego empieza a gustarme demasiado.

—Puedo devolvértelas si quieres —su voz es un roce ardiente contra mi piel—, pero dime, ¿cómo ahuyento a mis *fans*?



—Alexander... —mi voz tiembla, y no estoy segura si es advertencia o rendición—. No juegues con fuego.

—¿Me puedo quemar? —su tono es bajo, ronco, provocador.

Mi cuerpo responde antes que mi mente.

—Nadie va a acosarme, pequeña. —Levanta mi barbilla, guiando mi mirada hacia la suya—. Y si eso sucediera, yo mismo lo impediría.

Asiento, pero sigo atrapada en sus ojos.

—¿Las quieres de vuelta? —pregunta de nuevo, rozando mis labios con los suyos.

Niego con la cabeza. Sonríe.

—Así me gusta.

Su boca se apodera de la mía y un calor abrasador me consume. Con un solo movimiento, me arranca la toalla y mi respiración se detiene. Mi piel desnuda se eriza al contacto con el aire y, cuando intento cubrirme, su mirada intensa me lo impide. Alexander se desviste con la misma naturalidad con la que respira. Mi pulso se acelera. Su cuerpo majestuoso, su piel ardiente, la forma en que me mira... Todo en él me atrae como un imán. Su torso es una obra de arte, cada línea, cada músculo esculpido con una precisión que me deja boquiabierta. Se libera de la última prenda y mi mirada recorre su figura imponente de pies a cabeza.

Santo cielo. Su erección apunta directo hacia mí y mi estómago da un vuelco. En un movimiento rápido, me toma de los glúteos y me alza contra su cuerpo. Su glande se desliza en mi entrada y un gemido escapa de mis labios. Me tumba sobre la cama y, sin aviso, se hunde en mí hasta lo más profundo, sacándome un grito ahogado. Alexander se mueve con una urgencia fiera, abriéndome por completo. Su boca devora la mía y sus gruñidos reverberan en mi piel, haciéndome perder la razón. Mis piernas se abren al máximo y mi cuerpo se rinde a su dominio. Lágrimas de placer escapan de mis ojos. Es demasiado. Es exquisito. Alexander atrapa mis pechos con una mano y envuelve mi cuello con la otra. Me posee. Me

consume. ¡Es salvaje! ¡No puedo respirar! ¡Me encanta! Mi aliento se corta. Mi pulso se dispara.

—Este es tu castigo —gruñe contra mi oído, su voz grave vibra en mis entrañas— por dejar tus bragas en mi baño.

Cierro los ojos, rindiéndome a él. Sus labios me atrapan en un beso rudo, dominante. Muerde, chupa, lame. Me roba el aire. Me arrastra con él a la locura. Su mano afloja el agarre en mi cuello, dejándome tomar un respiro justo cuando mi orgasmo se despliega como una ola arrolladora. Me aferro a su cabello, anclándome a él mientras el placer me hace trizas. Alexander gime ronco en mi oído, hundiéndose en mí con una intensidad brutal. Su cuerpo se tensa sobre el mío, sus labios se abren en un jadeo entrecortado. Con un último embate, se derrama dentro de mí. Un gruñido bajo y espeso le escapa de los labios mientras los muerde casi hasta sangrar. Se desploma sobre mí, escondiendo el rostro en la curva de mi cuello y lo beso detrás de la oreja, todavía atrapada en el torbellino de espasmos. Recobramos el aliento. Intento moverme, pero mis piernas tiemblan como gelatina. La risa de Alexander, gutural y satisfecha, retumba contra mi piel.

—Tendrás que darme algo tuyo también —le digo, sin dejar de mirarlo fijamente. Quiero el bóxer que se quitó.

Él adivina mis intenciones y sonríe. Se levanta de un salto y recoge la prenda del suelo.

—No, nena, yo no dejo mi ropa interior tirada en baños ajenos —dice con una sonrisa pícara.

—Eres odioso. —Me cruzo de brazos y lo miro con el ceño fruncido.

—Y tú, descuidada. —Recoge el resto de su ropa y la tira en la cesta—. Además, ya tienes una foto mía, encuerado. ¿Qué más quieres?

Lo miro de arriba abajo, admirando su figura. ¡Qué hombre!

—Ojalá lo fuera. —Me muerdo el labio—. Quizás debería sacarte una foto ahora.

Posiciono mis manos como si fueran una cámara y lo enfoco justo ahí.

—Clic. —Le saco la foto imaginaria y él se pone la toalla alrededor de la cintura.

—Ya estamos a mano —me guiña un ojo—; ahora iré a ducharme.

—Tramposo. —Le saco la lengua.

—Preciosa. —Me lanza un beso por el aire y sale del cuarto, dejándome desnuda y nuevamente acalorada.

Capítulo 38

Tres contra una

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Más tarde, en clase, todas las miradas se anclan en Alexander. Por supuesto. Hoy parece que se levantó con la misión de provocar desmayos colectivos. Me revuelvo en mi asiento, tratando de ignorar a las mujeres que no disimulan sus suspiros. Una en particular me llama la atención: cabello perfectamente peinado, pestañas que podrían barrer el suelo y una actitud de superioridad que no puedo soportar. De vez en cuando me lanza miradas despectivas, pero me obligo a ignorarla. Sin embargo, cuando termina la clase y salimos del aula, ella parece seguirnos. Camino al lado de Alex, con nuestras manos entrelazadas, hasta que un golpe en mi hombro me tambalea.

—¡Auch! —Me detengo, llevándome una mano al hombro.

Alexander me sostiene con firmeza y me mira elevando el interior de las cejas.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque el dolor aún late en mi brazo. Levanto la vista y la chica de las miradas despectivas camina frente a nosotros con una actitud casual, como si nada hubiera pasado.

—Espérame aquí. —Alex suelta mi mano y avanza hacia ella.

La detiene, tomándola del hombro, y ella se da la vuelta con una sonrisa inocente. Sin embargo, la expresión de Alexander es pura

seriedad. Le dice algo que no alcanzo a escuchar, pero su postura lo dice todo: firme, protector, inquebrantable. Ella niega con la cabeza, llevándose una mano al pecho en un gesto dramático que me da ganas de reír. Lanza una última mirada de odio en mi dirección antes de marcharse. Alexander regresa y, antes de que pueda decir algo, toma mi barbilla entre sus dedos, obligándome a mirarlo a los ojos.

—No permitiré que nadie te toque —su voz es baja, casi un susurro, pero la intensidad de sus palabras hace que mi corazón se encoja y explote en mi pecho.

Sonrío, aunque se me forma un nudo en la garganta, y asiento.

—Gracias —susurro—. Aunque yo misma podría haberla enfrentado.

—No tienes que hacerlo cuando me tienes a mí. —Sus ojos se suavizan mientras acerca su frente a la mía—. No quiero que estés cerca de gente como ella.

—Bueno, como tú digas —sonrío, más por el efecto que tiene en mí que por estar de acuerdo.

Antes de que pueda decir algo más, me envuelve en un abrazo y deja un beso suave en mi coronilla.

—Debo ir al baño, pequeña.

—Iré a buscar a Rachel —respondo, separándome a regañadientes —. Te espero en el aula.

Él asiente y me da un beso rápido en los labios antes de alejarse. Caminando por el pasillo, una sonrisa tonta se extiende por mi rostro. No sé si se debe al beso, a cómo me defendió o simplemente al hecho de que, por increíble que parezca, Alexander es mío. Giro a la izquierda al final del pasillo y freno en seco. La mujer que me empujó se planta como una pared frente a mí. ¡Casi me mata del susto! Su sonrisa hipócrita me da ganas de rodar los ojos hasta Marte.

—Hola, Abril —dice con una dulzura tan falsa que casi puedo oler el plástico—. ¿Cómo va tu misión de conquista?

—¿De qué estás hablando? —Arqueo una ceja.

—No te hagas. —Se cruza de brazos, inclinando la cabeza—. Sé perfectamente lo que estás haciendo.

La fulmino con la mirada.

—Permiso.

Intento rodearla, pero ella bloquea mi camino.

—Quítate, no tengo tiempo que perder. —Clavo mis ojos en los suyos, frunciendo el ceño.

—Puedes hacerte la santa con cualquiera, pero a mí no me engañas —su tono destila veneno mientras me examina de pies a cabeza.

¿Qué se cree esta maldita?

—Apártate de mi camino —le advierto, esta vez con un tono firme que ni yo sabía que tenía.

Pero no se mueve. En lugar de eso, suelta la bomba:

—Sé que estás seduciendo a Alexander porque es el hijo del director. Solo lo usas para obtener una ventaja en tu carrera —sus palabras me golpean como una bofetada.

La rabia sube por mi pecho como un volcán a punto de hacer erupción.

—Mira bien. —Doy un paso hacia ella, consciente de mi diminuto tamaño, pero dispuesta a hacer valer mi voz—. Escúchame, porque será la primera y última vez que tendrás el placer de oírme.

Ella parpadea, sorprendida, aunque intenta cubrirlo con una sonrisa sarcástica.

—No sé quién eres y, claramente, tú no sabes quién soy yo —continúo—. Si estás frustrada porque Alexander no te presta atención, ese no es mi problema.

Cruza los brazos, fingiendo desinterés, pero su mirada hostil me grita que mis palabras van directo al blanco.

—Te sugiero que te mantengas alejada de mí —añado, con una sonrisa que no llega a los ojos—, si no quieres perder esas

extensiones que adornan tu cabeza vacía.

La rodeo, esperando que el mensaje haya sido claro, pero un tirón brusco en mi cabello me detiene. «¡Hija de puta!». Me giro y mi puño vuela directo a su cara. ¡Plaf! El impacto resuena como un eco en el pasillo. La chica retrocede, llevándose ambas manos a la nariz, que ahora gotea sangre. Mi corazón late tan rápido que va a salirse de mi pecho, pero no tengo tiempo para pensarlo. Ella lanza un chillido furioso y se abalanza sobre mí como un toro desbocado. Reacciono instintivamente, sacando una pierna adelante y empujándola con todas mis fuerzas. Da un traspié y cae de espaldas al suelo. Pero la victoria es breve. De la nada, dos mujeres más aparecen entre la multitud que se ha formado a nuestro alrededor. Una corre hacia mi agresora para ayudarla a levantarse, mientras la otra viene directo hacia mí con una expresión que podría asustar a un león. Me empuja con tanta fuerza que pierdo el equilibrio y me estrello contra el círculo de estudiantes que miran boquiabiertos el espectáculo. Un par de manos me agarran por detrás, inmovilizándome.

—¡Déjenme! —grito, tratando de liberarme, pero es inútil.

Mi primera agresora se acerca y, antes de que pueda defenderme, su puño se entierra en mi estómago.

—¡Argh! —Me doblo hacia adelante por un dolor agudo que se expande por mi abdomen.

Estoy acabada. Mi cabeza da vueltas y apenas puedo mantenerme en pie. Entre mi visión borrosa, la multitud se abre paso y alguien entra corriendo. ¡Rachel! Su cabello vuela detrás de ella mientras agarra a mi agresora por el pelo y la arrastra por el suelo como si fuera un muñeco de trapo. La sangre que gotea de la nariz de la chica deja un rastro rojo en el piso. Las otras dos mujeres no duran mucho más. Varios estudiantes las sujetan y Rachel vuelve corriendo hacia mí.

—¡Abril! —Se agacha para ayudarme a levantarme.

—Me duele... —balbuceo, llevándome una mano al estómago. El dolor es insoportable.

—¡Dios mío! —Rachel parece a punto de entrar en pánico—. Te llevaré a la enfermería.

Coloca mi brazo sobre sus hombros y me ayuda a caminar, pero cada paso es un tormento. A mitad del camino, una voz que conozco a la perfección retumba en el pasillo:

—¡¿Qué pasó?!

Alexander aparece frente a nosotras y, aunque no puedo verle bien la cara, el tono de su voz sale cargado de furia y desesperación.

—Una tipa la golpeó en el estómago —responde Rachel con voz temblorosa.

Alexander no dice nada más. Me levanta en sus brazos como si fuera una pluma y empieza a correr. Rachel nos sigue, pero sus pasos parecen lejanos.

—Abril, resiste. Estoy aquí —su voz es suave, pero la tensión en su mandíbula revela que está al borde de explotar.

Llegamos a la enfermería y la doctora ya está lista.

—¿Qué ocurrió? —pregunta, poniéndose los guantes y el estetoscopio.

—La golpearon en el estómago. —Alexander me coloca en la camilla con extremo cuidado, como si temiera que fuera a romperme.

—Esto no se ve bien. —La doctora levanta mi blusa para examinarme y su expresión se endurece—. Hay que llevarla al hospital de inmediato.

Alexander aprieta los puños.

Capítulo 39

En el borde del abismo

✲★•——••♥☆♥••——•★✲

Alexander

Mi corazón se detiene. Abril, tendida en la camilla, respira con dificultad, tiene un hematoma oscuro justo debajo de las costillas y el abdomen ligeramente inflamado. Cada segundo que pasa me falta el aire. ¡Mi pequeña!

—Doctora, ¿qué está pasando? —pregunto con voz temblorosa. Mis manos tiemblan y a duras penas las mantengo en mi regazo para no perder la compostura.

—Por la apariencia del hematoma, podría tratarse de una lesión interna, no solo superficial —responde con serenidad profesional.

¿Lesión interna? Las palabras caen sobre mí como una tonelada de ladrillos.

—¡Dios, no! —Me llevo las manos al pelo, en un intento inútil de calmarme. Mi mente es un caos.

La voz débil de Abril corta el aire:

—Amor... tranquilo.

Miro su rostro pálido; su pequeña mano busca la mía y apenas tiene fuerzas para sostenerla. Un nudo se forma en mi garganta.

—No puedo, Abril... No puedo estar tranquilo —mi voz tiembla mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

—Abril, ¿tienes algún otro síntoma? —pregunta la doctora, inclinándose hacia ella.

—Sí —su voz es apenas un susurro—. Me duele el hombro izquierdo.

La doctora se endereza, su expresión se vuelve más seria.

—Presenta síntomas de un posible trauma en el hígado o bazo. También tiene la frecuencia cardiaca elevada.

Rachel, que hasta ahora había estado en silencio, suelta un jadeo ahogado y se cubre la boca con las manos.

—¿Qué tan peligroso es? —pregunto. Mis rodillas pueden ceder en cualquier momento.

—Si la llevamos al hospital de inmediato, podemos evitar un daño mayor —explica.

Saco el celular para llamar a nuestro servicio ambulatorio privado.

—¿No podemos llevarla nosotros mismos? —propone Rachel—. Las ambulancias tardan mucho.

—No esta vez —mi voz es firme mientras hablo con la operadora—. Estarán aquí en cinco minutos.

Mientras esperamos, la doctora intenta aliviar la tensión:

—Abril va a estar bien. Es fuerte. Cualquiera en su lugar ya se habría desmayado.

Mi pequeña luce tan vulnerable. Cuánto dolor estará soportando y cuánto daría yo por tomarlo en su lugar.

—¿No viste con qué te golpeó esa chica? —pregunta Rachel con sus ojos escupiendo fuego.

Abril niega con la cabeza.

—Cuando la agarré del pelo, tenía algo en la mano. —Rachel frunce el ceño—. Era de un color rojizo, como un ladrillo.

¿Un ladrillo? Mi sangre hierve.

—¡Maldita psicópata! —Me levanto de golpe.

—Alexander, ¿adónde vas? —Rachel me detiene.

—Quédate con ella. Iré a hablar con mi padre.

Salgo de la enfermería con pasos largos y cada músculo de mi cuerpo tenso.

Esa mujer va a pagar. Abro la puerta de su oficina de un empujón.

—¡Necesito que expulses a esa maldita loca! —grito, parándome frente a su escritorio con los puños apretados.

Él me mira por encima de sus gafas con una calma irritante.

—¿A quién? —pregunta, como si no tuviera idea de lo que hablo.

—¡¿No eres el maldito director?! —voceo, con los nervios al límite —. Acaban de herir a Abril. ¡Demonios!

—Ah, la pelea. —Se recuesta en su silla, como si fuera un asunto trivial—. Entiendo tu enfado, pero si expulso a esa estudiante, tendría que expulsar también a Abril; ambas están heridas.

—¿Estás demente? —Me inclino hacia él, apoyando las manos en su escritorio—. ¡Ella solo se defendió! Esa trastornada inició la pelea y la lesionó gravemente.

Golpeo la mesa con el puño, incapaz de contenerme.

—¡Actúa con justicia al menos una vez en tu miserable vida!

—Alexander, las cosas no son tan simples. Si expulso solo a una, habrá quejas de los padres.

—¿Qué esperabas? ¿Que Abril se quedara de brazos cruzados y pusiera la otra mejilla?

Mi padre suspira y vuelve a su computadora, como si la conversación hubiera terminado.

—Esperemos que ambas se recuperen y luego hablaremos de esto.

—Olvídalo. Lo arreglaré yo mismo. —Me doy la vuelta para irme.

—Alexander, vuelve a clases —dice con un tono firme.

Me detengo en la puerta y me giro.

—¿Eso es lo que más te preocupa? ¿Las malditas clases? —Le lanzo una mirada llena de desprecio—. Nunca has sido capaz de cumplir con tus responsabilidades como padre. ¿Cómo puedo esperar que seas justo?

Salgo, cerrando la puerta con un golpe que hace eco en el pasillo. Corro de regreso a la enfermería, pero me recibe la camilla vacía. ¡Mierda! Afuera, la ambulancia se aleja.

—Rachel se fue con ella —me informa la doctora al pasar.

Corro al estacionamiento, entro a mi auto y piso el acelerador, ignorando todo excepto la necesidad de llegar al hospital. Rachel se come las uñas en la sala de espera.

—¡Alex! —Se levanta—. Abril no deja de preguntar por ti.

—¿Qué han dicho los médicos?

—Aún están evaluándola.

Me apresuro hacia la habitación que Rachel señala. Abril duerme mientras un doctor la revisa.

—Buenos días —mi voz suena ronca—. ¿Cómo está?

—Estable. Le haremos estudios para descartar lesiones graves.

Sus palabras alivian un poco la tensión en mi pecho. Me acerco a la cama y tomo la mano de Abril con suavidad.

—Estoy aquí, mi amor. No me iré. —Le acaricio el cabello. No dejaré que nadie más la lastime.

Minutos después, se llevan a Abril para realizarle la tomografía. Su figura frágil sobre la camilla, desaparece al final del pasillo. El sonido de las ruedas se mezcla con el eco de mis pasos al regresar a la sala de espera, donde Rachel y yo intentamos encontrar consuelo en la incertidumbre. Pero no hay palabras, ni miradas que puedan aliviar el vacío opresivo en el aire. Rachel sigue removiendo el esmalte de sus uñas con movimientos obsesivos y yo me aferro a mis mangas, desabotonándolas y volviéndolas a abotonar en un ciclo que no puedo detener. Me lleno de tantos pensamientos que no puedo formular uno claro.

—¿Quieres un café? —rompo el silencio con una voz apagada—. ¿Algo de comer?

—No, gracias. —Rachel no me mira, sus ojos siguen fijos en algún punto lejano.

Un par de minutos pasan como siglos hasta que ella decide hablar:

—Alex... —su voz es vacilante—, ¿sabes por qué le hicieron esto a Abril?

Mis manos dejan de moverse y mi garganta se cierra. La culpa es como un puño apretando mi pecho. Sé perfectamente por qué ocurrió, pero decirlo en voz alta es aceptar que, una vez más, he fallado.

—Por mí —mi respuesta es seca, apenas un murmullo.

—¿Por qué? —Sus ojos buscan los míos, pero no puedo sostenerle la mirada.

—Por celos. —Respiro profundamente antes de continuar—: Esa chica me pidió salir hace unas semanas. La rechacé.

Rachel chasquea la lengua y sacude la cabeza.

—Eres un imán para mujeres inestables —su tono es sarcástico, pero detrás de esas palabras hay preocupación.

Esbozo una sonrisa amarga.

—Sí, bueno, eso parece. —Mis dedos juegan con la costura de mi pantalón, buscando una distracción.

—Entiendo que eres muy atractivo y te siguen las mujeres, pero ¿por qué siempre son psicóticas, obsesivas y acosadoras? —inquiere, arrugando la nariz.

—No lo sé. —La miro—. No he hecho nada para que se obsesionen conmigo, te lo juro.

—Es que no es necesario que hagas algo —dice—. Alex, ¿entiendes lo peligroso que es eso? —su tono se endurece—. Estas cosas no terminan con un simple rechazo. Esa chica está loca y Abril pagó el precio. Debes tener cuidado con personas así; es mejor denunciarlas.

Asiento. Rachel tiene razón, pero esa certeza no hace más que alimentar mi frustración. Todo en mi vida parece estar diseñado para lastimar a quien amo.

—Debe ser muy difícil para ti. —Rachel estira los labios en una línea fina.

Suspiro.

—Lo es.

—¿Puedo saber qué ha pasado con lo de tu madre?

Le resumo lo que encontré en las cartas.

—Lo lamento, Alex, de verdad. —Toca mi hombro—. Todo eso debe ser demasiado estresante para ti; me sorprende que todavía puedas mantener la calma.

—No todo es como lo ves, créeme. —La miro—. Ante todos puedo estar aparentemente bien, pero en mi interior siempre hay un vacío.

—No sé cómo te las arreglas. —Niega con la cabeza—. Entre tu familia y ahora esto, no entiendo cómo sigues de pie.

—No estoy seguro de que lo haga —mi voz tiembla, reflejando el caos en mi interior—. Abril es lo único que me mantiene a flote, pero ahora... ahora ella sufre por mi culpa.

—No es tu culpa —replica Rachel, mirándome con esa expresión mezcla de ternura y sarcasmo que la caracteriza—. Son cosas que pasan y, créeme, no eres ni serás el único hombre perseguido por mujeres locas.

Suelto una risa nerviosa.

—¿Eso debería consolarme o preocuparme más?

Rachel se encoge de hombros, como diciendo: «Yo solo doy las noticias, no las soluciones». Pero tiene esa habilidad mágica de hacerte reír incluso cuando sientes que el mundo está en tu contra. Me gusta escucharla, especialmente cuando logra transformar mis dramas en chistes.

—Tus problemas familiares tampoco son algo de otro planeta, Alex —añade, como si estuviera entregándome el premio al Hombre Más Común del Año.

—Gracias por escucharme y consolarme con tanto tacto —mi tono sale cargado de ironía, pero la sonrisa que le dedico es sincera.

Rachel me mira con intensidad, dejando de bromear.

—Abril te adora, Alex —su voz es suave pero firme—. Ella siempre ha estado enamorada de ti.

Frunzo el ceño, procesando esas palabras. La forma en que enfatiza el «siempre» no suena casual. Hay algo detrás de esa declaración, algo que ella sabe y yo no.

—Rachel... —Miro sus ojos, intentando desentrañar el misterio en su mirada—. Hay cosas que Abril no me ha contado y tengo el presentimiento de que tú sabes exactamente de qué se tratan.

Sus hombros se tensan como si acabara de lanzarle una bomba emocional. Desvía la mirada y comienza a jugar con los bordes de su blusa.

—Tengo la sensación de que no es algo malo —añado, manteniendo la calma—, pero no entiendo por qué ella no me lo cuenta.

Rachel traga saliva antes de mirarme nuevamente.

—Alexander, ella...

—¿A qué le teme? —la interrumpo, incapaz de ocultar mi frustración.

Su expresión se suaviza, pero su respuesta me deja más confundido:

—A que tú pienses que ella es una loca más en tu vida.

—¿Qué? —Mi ceño se arruga. No entiendo absolutamente nada—. ¿Pero por qué pensaría eso?

Rachel suspira, como si estuviera a punto de entrar en un terreno peligroso.

—Mira, no debería darte pistas sobre algo que no me corresponde contarte, pero... —hace una pausa, mordiéndose el labio— es que es algo muy difícil de creer.

—Rachel, ¿de qué demonios estás hablando? —insisto.

—Eso es todo lo que puedo decirte —replica, levantando una mano como si estuviera poniendo fin a la conversación. Pero, antes de que

me rinda, agrega con un tono más críptico—: Es un secreto que solo ella y yo compartimos. Ni siquiera su madre lo sabe porque, bueno, ella es la señora «Ciencia o nada».

Imita comillas en el aire al decir las dos últimas palabras, lo que me provoca una mezcla de irritación y ganas de reír.

—Rachel, no estoy bromeando. ¿Qué significa eso?

—Lo que significa es que, para mí, no es tan insólito, teniendo en cuenta que ustedes dos debían encontrarse.

—¿Hablas del destino? —pregunto, tratando de seguir su lógica, pero mi cerebro ya está trabajando horas extras.

—Básicamente, sí. Pero creo que ya he hablado demasiado y es mejor que cierre el pico antes de que Abril me mate.

Me enfoco en la expresión de su rostro, tratando de unir las piezas del rompecabezas. Mi mente está al borde del colapso.

—Acabas de convertirte en la segunda persona responsable de que no pueda dormir por las noches —murmuro, apoyando la frente en mi mano.

Rachel suelta una carcajada.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —pregunta, con una sonrisa astuta que no augura nada bueno.

—¿Qué? —Arqueo una ceja.

—Que ella ya te lo dijo. —Me guiña un ojo y se levanta del sofá.

—¡Espera! —Me pongo de pie de un salto.

—No diré más. —Se encoge de hombros, caminando hacia el baño con una tranquilidad exasperante.

—¡Rachel! —gruño, pero ella solo cierra la puerta y me deja con mil preguntas y ninguna respuesta.

Mi corazón late con fuerza mientras repaso cada conversación, cada detalle con Abril. ¿Qué significa que ella «ya me lo dijo»? Mi mente es un caos. Y, peor aún, mi razón está a punto de explotar mientras mi corazón, maldito traidor, parece saber exactamente de qué se trata todo esto.

—¿Familiares de Abril? —llama el médico unos minutos después y ambos nos levantamos.

Nos lleva a una pequeña sala privada y comienza a hablar; sus palabras son cuchillas que cortan mi frágil tranquilidad.

—Abril tiene un trauma cerrado en el hígado. La lesión no es crítica, pero requiere cirugía laparoscópica para evitar complicaciones mayores.

El aire se escapa de mis pulmones. «No es crítica», es una de sus frases, pero mi mente solo procesa «trauma», «hígado» y «cirugía». Cada una de esas palabras es un golpe directo a mi corazón.

—¿Cuánto tiempo tomará la operación? —pregunta Rachel, pero yo apenas puedo mantenerme en pie. Mi visión se nubla.

—Es un procedimiento relativamente rápido y seguro, pero necesitamos su autorización cuando despierte. Les avisaremos antes de llevarla al quirófano. —El médico nos mira con un gesto profesional antes de salir.

Me dejo caer en una silla, enterrando la cabeza entre mis manos. Mis pensamientos son un torbellino de culpa, miedo y desesperación. No puedo permitir que algo le pase a Abril. Si la pierdo...

—Alex, respira. —Rachel me pone una mano en el hombro, pero incluso ese gesto reconfortante parece lejano.

—Todo esto es mi culpa —susurro, más para mí que para ella—. Si no estuviera conmigo, si no estuviera en mi vida...

—¡Para! —La firmeza en la voz de Rachel me obliga a mirarla—. Abril está contigo porque te ama, no porque la obligaste. ¿Qué harías tú si estuvieras en su lugar? ¿Si ella fuera la que pensara que es un problema en tu vida?

No puedo responder. Mi garganta está demasiado cerrada.

—Si realmente la amas, Alex, tienes que ser fuerte por ella —agrega—. Ella no necesita a alguien que se derrumbe, sino a alguien que esté ahí, pase lo que pase.

Asiento débilmente. Rachel tiene razón, pero la idea de que Abril sufra por mi causa sigue clavada como un puñal. Regresamos a la habitación y Abril sigue inconsciente. Me acerco a ella y tomo su mano, fría y frágil contra la mía.

—Estoy aquí, mi amor —mi voz apenas es un susurro—. No voy a dejarte, pase lo que pase.

Pero mientras la observo, inmóvil sobre esa cama, el miedo me devora desde dentro. Abril es mi refugio, mi luz en medio de la tormenta, y la idea de perderla es como estar al borde de un precipicio. Un abismo oscuro y aterrador frente a mí, enorme y profundo, contiene un mar de espinas y estacas afiladas. Esa grieta representa mi vida sin ella. La caída sería demasiado dolorosa, incluso mortal. No quiero saltar.

Abril, detrás de mí, me mira con amor y ternura. La única mujer que ha logrado hacer florecer mi corazón, con sus ojos café y su semblante alegre de niña inocente; espera que camine hacia ella, pero no puede ver el abismo que tengo enfrente. Anhelo seguir a mi corazón y unirme a ella, pero a su espalda aparecen todas las personas tóxicas que me rodean. Parecen lobos hambrientos, dispuestos a atacar al menor movimiento de sus presas. Si alguno de los dos da un paso hacia el otro, no lo dudarán y ambos resultaremos heridos. La miro antes de darme vuelta hacia el abismo. ¿Tendré que saltar?

Capítulo 40

No me falles

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Abril

Las caricias en mi mano me despiertan. Parpadeo, desorientada, pero esos ojos azul profundo hacen que la confusión se desvanezca.

—¿Cómo te sientes, pequeña? —Su voz es suave, sin embargo, hay una sombra de preocupación en ella.

—Un poco atontada, pero mejor ahora que estás aquí.

Intento sonreír, aunque mi cuerpo todavía se siente pesado. Alexander me devuelve el gesto, pero la tensión en su mandíbula lo delata. Aprieta mi mano y deja un beso en el dorso, como si quisiera asegurarse de que sigo aquí.

—Rachel me contó lo que pasó —su tono es una mezcla de orgullo y culpa—. Mi pequeña valiente.

—Solo me defendí, amor.

Lo conozco demasiado bien. Sé que va a culparse por esto.

—Si ella no estuviera obsesionada conmigo, esto no habría pasado.

Resoplo y cruzo los brazos con el poco ánimo que tengo.

—Ah, claro, porque todo es culpa tuya, ¿no? También deberíamos culparte de la inflación y el calentamiento global.

Él suspira, pero la sombra de una sonrisa aparece en sus labios.

—Hablo en serio, Abril.

—Yo también. —Lo miro fijamente—. Hay gente que simplemente no soporta que no les den lo que quieren; eso no es tu culpa.

Parece querer discutir, pero se lo piensa mejor.

—¿Qué dijo el doctor? —pregunto, cambiando el tema—. ¿Puedo irme a casa?

Alexander se endereza y la tensión vuelve a sus facciones.

—Estaba esperando que despertaras para hablarte sobre eso.

Mi estómago se encoge.

—¿Qué pasa?

Aprieto su mano, como si así pudiera aferrarme a buenas noticias.

—Tienes una lesión hepática cerrada. No es grave, pero el doctor recomienda una cirugía para que te recuperes más rápido.

—¿Cirugía? —repito. Necesito escuchar la palabra de nuevo para procesarla.

—Sí, amor. —Sus dedos se enredan en mi cabello, buscando aliviar mi miedo con su tacto—. Es un procedimiento de bajo riesgo.

Trago saliva. No es que tenga pánico a los hospitales, pero tampoco es como si esto estuviera en mis planes.

—Hubiera preferido una cesárea, al menos, vienen con premio incluido.

Su risa rompe la tensión y todo se siente un poco más ligero.

—De preferencia, que sea en muchos años. —Me besa la frente con dulzura.

—Bueno, ¿podré quedarme unos días en casa sin hacer nada? —pregunto.

Su sonrisa se amplía, mostrando esos dientes perfectos que podrían ser utilizados como referencia para medir la blancura.

—Ojalá yo pudiera ver las cosas como tú. —Sus ojos brillan con un cariño que me desarma.

Intento animarlo.

—Así como eres estás perfecto.

Su expresión cambia, como si algo lo estuviera carcomiendo por dentro.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Pero su voz baja lo delata—. Solo pensaba que tal vez... tu vida era más tranquila antes de conocerme.

La punzada en mi pecho no tiene nada que ver con la herida.

—No digas eso.

Él se pasa una mano por el cabello.

—Si no fuera por mí, ahora no estarías aquí.

Intento moverme, pero el dolor me sorprende, haciéndome doblarme ligeramente.

—¡Amor! —Alexander se pone de pie—. ¿Te duele?

Asiento y eso es todo lo que necesita para desaparecer de la habitación. Vuelve segundos después, seguido por el médico y dos enfermeras.

—Señorita Abril, la llevaremos a la sala de cirugía. No podemos esperar más.

El médico apenas ha terminado de hablar cuando mi garganta se cierra.

—¿Puedo ver a Rachel antes de irme? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Solo cinco minutos —responde.

Las enfermeras comienzan a prepararme mientras Alexander se inclina sobre mí, con sus manos en mi rostro como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel.

—Te espero afuera. —Su beso es lento, cálido, como si pudiera sellar en mis labios la promesa de que todo estará bien.

Sale con el ceño fruncido, reacio a dejarme, y la puerta no alcanza a cerrarse; Rachel entra casi atropellándose con el marco.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, sentándose junto a mí con el ceño fruncido y una energía inquieta.

—Lista para que conozcan mi belleza interior, supongo. Espero que al menos me dejen una cremallera para la próxima vez.

Rachel ignora mi intento de humor y me tiende una tabla con un bolígrafo.

—Firme aquí, señorita sarcasmo.

Ruedo los ojos, pero firmo.

—¿Quieres pedirme algo antes de que te lleven? —pregunta, como si esperara una solicitud razonable.

—Sí, que sea con estilo; pregúntales si pueden hacer la incisión en forma de rayo, como Harry Potter.

Rachel me fulmina con la mirada.

—No seas payasa. Hablo en serio, Abril.

—Entonces, si algo me pasa, quiero que le cuentes todo a Alex.

El bolígrafo se le resbala de los dedos.

—¿Qué?

—Dile la verdad. Todo lo que sabes y lo que yo nunca me atreví a decirle.

Rachel parpadea como si intentara procesar información en un idioma desconocido.

—¡Abril, deja de decir estupideces!

Ignoro su queja y sigo hablando:

—Dile que lo amé desde el primer momento en que apareció en mis sueños, que incluso sin verlo supe que era él. Que le entregué mi corazón mucho antes de conocerlo en la realidad.

Sus ojos comienzan a brillar, luchando por contener las lágrimas.

—Y dile también —respiro hondo, porque esto es lo más difícil— que agradezco que llegara a mi vida justo cuando había decidido que no iba a amar a nadie. Que no importa si él nunca soñó conmigo, porque en el momento en que me miró todo valió la pena.

Rachel aprieta los labios, pero una lágrima escapa de su control.

—Abril, te juro que si sigues hablando como si esto fuera una despedida me voy a desmayar aquí mismo.

—Solo prométemelo.

—No hay nada que prometer, porque no vas a irte a ningún lado —suelta, con un temblor en la voz—. Pero si me haces pasar por esto y luego sobrevives, voy a asegurarte una muerte lenta y dolorosa.

La puerta se abre de golpe y Alexander entra justo a tiempo para ver cómo Rachel intenta recomponerse, limpiándose las lágrimas con movimientos torpes. Aunque no haya escuchado nada, entendió que acabo de decir algo que lo involucra.

—¿Por qué lloras? —le pregunta Alex, arqueando una ceja.

—No estoy llorando, se me metió una mugre en el ojo —responde Rachel, pero lo dice tan mal que incluso un niño de cinco años lo notaría.

Alexander le lanza una mirada de incredulidad, pero no insiste. En su lugar, se acerca a mí, inclinándose para tomar mi rostro entre sus manos.

—¿Cómo te sientes, pequeña? Rachel no sabe mentir.

Mi mejor amiga abre la boca, frunciendo el ceño.

—Estoy bien, amor —sonrío, tratando de tranquilizarlo—. Solo nos estamos despidiendo. Ya sabes, por si muero.

—i¿Qué?! —Sus ojos se abren tanto que creo que va a hiperventilar—. ¡No digas eso ni en broma!

—Pero es una posibili...

—¡Que no, Abril! —me interrumpe, con el ceño fruncido—. No quiero volver a escuchar algo así, ¿entendido?

—Está bien, ya no lo diré. —Levanto las manos en señal de rendición, pero su expresión sigue siendo la de alguien que está a punto de ponerme un bozal—. Por favor, alguien que llame al médico, lo necesitamos más por Alex que por mí.

Rachel suelta una risa ahogada justo cuando el doctor entra con las enfermeras. Alexander no tiene tiempo de replicar.

—¿Lista? —pregunta el médico, con una calma que me resulta irritante.

Alexander aprieta mi mano con fuerza y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me desarma.

—Dios te protegerá, pequeña. —Besa mi mano, luego mis labios, y mi corazón se encoge un poco—. Eres lo mejor que me ha pasado.

—¡Alexander, basta! —exclama Rachel, exasperada—. ¡Parece que te estás despidiendo para siempre!

Él la ignora por completo, manteniendo su mirada en mí.

—Siempre serás la dueña de mi corazón.

Rachel resopla y lo observa como si quisiera darle un almohadazo.

—¡Dios mío, cállate ya! Me estás estresando.

No puedo evitar soltar una risa baja y Alex aprovecha para darme un último beso antes de que las enfermeras lo aparten. Rachel y él salen de la habitación y, aunque mi corazón late con fuerza, me reconforta saber que, pase lo que pase, estoy rodeada de amor.

Alexander

La noche se extiende sobre la ciudad como un manto silencioso. Conduzco sin rumbo fijo, con las manos aferradas al volante y la mente sumida en el caos. No quiero preocupar más a Rachel ni quedarme atrapado en la incertidumbre del hospital. Necesito aire, necesito estar solo. Detengo el auto frente al mirador que suelo visitar cuando el mundo parece derrumbarse. Abro la puerta y el viento frío corta mi piel. Me acerco al borde del precipicio y levanto la vista hacia el cielo despejado. Es fácil encontrar mi estrella. La misma a la que le he confiado mis deseos desde que era un niño. La que me ha concedido lo que más he querido, incluso cuando no entendía el precio de obtenerlo. Pero hoy no basta con pedirle un deseo. Hoy, necesito hablar con Él. Cierro los ojos y respiro hondo.

—Dios... —mi voz apenas es un susurro, pero en este silencio, cada palabra pesa—, aquí estoy de nuevo.

Exhalo con fuerza, como si con un suspiro pudiera soltar parte del miedo que me oprime el pecho.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que anhelé tanto que me escucharas —continúo—. A pesar de que todos los días te doy las gracias por lo que tengo, ahora hablo con el corazón porque necesito algo de ti.

Abro los ojos y vuelvo a mirar el cielo, buscando respuestas en su inmensidad.

—Lamento ser parte del montón de personas que solo te buscan sinceramente cuando requieren de tu ayuda. No sé si tengo derecho a pedirte algo, pero lo haré de todas formas. No por mí, sino por ella. —Trago saliva. Me arden los ojos—. Si tan solo me permites escuchar su corazón una vez más..., si me dejas ver su sonrisa y volver a perderme en su mirada, te prometo que la protegeré con todo lo que soy, incluso de mí mismo.

La brisa agita mi cabello y asumo que es la forma en que Dios me escucha.

—No soy bueno para entablar relaciones con las personas ni tengo las palabras correctas para dirigirme a ti, pero prometo que haré que te sientas orgulloso de mí. —Paso saliva, limpiando las esquinas de mis ojos—. Ella se adueñó de mi alma. La protegeré más que a mi propia vida, más que a mis propios deseos. No soy un héroe ni tengo superpoderes, pero intentaré serlo para ella.

Parpadeo varias veces para contener las lágrimas y levanto la vista hacia mi estrella.

—Sabes que siempre he creído en ella, aunque hace años decidí dejar de hacerlo. Pero hoy, Dios, no quiero pedirle un deseo solo a ella. Quiero confiar en que eres tú quien actúa. Quiero que seas Tú quien la guarde. Que seas Tú quien la proteja... Y, si me dejas, prométeme que me darás la fuerza para hacerlo también. Si me escuchas..., no me falles.

La estrella parpadea en el cielo y una extraña paz me envuelve. No sé si es una respuesta, pero decido creer que lo es.

Una hora más tarde, regreso al hospital. El pasillo del tercer piso es un océano de murmullos y luces frías. Me encuentro con Rachel en la sala de espera y subimos juntos al piso donde operan a Abril. Una mujer de unos cuarenta y tantos años, delgada, de cabello castaño y ojos azules, aparece al final del pasillo y se acerca a nosotros con una sonrisa. Se parece mucho a mi pequeña, debe ser su madre. Rachel y yo nos levantamos. Ella la saluda con un abrazo y le informa que Abril no tarda en salir de la cirugía, e inmediatamente me presenta como el novio de su amiga.

—Señora Harrison, es un placer. —Trato de sonar seguro.

Me estrecha la mano con firmeza y, aunque su expresión es cálida, sus ojos no ocultan la preocupación.

—Alexander, encantada de conocerte.

Nos sentamos y Rachel y ella se enfrascan en una conversación que abarca desde anécdotas infantiles de Abril hasta preguntas incómodas sobre mi relación con ella.

—¿Siempre ha sido así de terca? —pregunto con una sonrisa.

—Desde que aprendió a hablar —responde su madre con un suspiro de resignación—. Supongo que eso es bueno, en la mayoría de los casos.

Rachel se ríe y yo asiento. Esa terquedad de Abril me ha sacado de quicio unas cuantas veces y algunas otras me ha hecho enamorarme más. El tiempo que corre lento empieza a pesarme. Necesito despejarme un momento.

—Voy al baño —anuncio, levantándome.

Mis pasos resuenan por el pasillo vacío en la fría serenidad del hospital. Me detengo junto a una ventana y levanto la vista. Mi estrella brilla más fuerte que nunca, como si velara por ella. Cierro los ojos y exhalo.

—Gracias.

Con una última mirada al cielo, regreso a la sala de espera.

Abril

Un rostro familiar aparece ante mí y, a medida que abro los ojos, la imagen de mi madre se vuelve más nítida.

—¡Abril, cariño! —exclama—. ¿Cómo te sientes?!

—Hola, mamá. —Me refriego los ojos—. No sabría explicar eso ahora.

Ni siquiera sé cómo se siente sentirse bien. ¡Qué locura! Mi madre sonríe, acariciando mi cabello.

—Me tenías muy preocupada. —Frunce los labios—. ¿Qué sucedió? ¿Por qué esa niña te golpeó así?

—No tengo idea, mamá. —Asiento—. Ni siquiera sé si soy chica o chico.

¿Qué me pasa? Mi madre se ríe.

—Está resentida porque tengo un novio guapo —aclaro.

¡Qué coraje! Sus ojos se desorbitan y frunce el ceño, pero inmediatamente vuelve a sonreír. ¿También drogaron a mi madre?

—Es común que eso pase, pero no es normal que esa niña te haya golpeado. —Niega con la cabeza, arrugando la frente—. Tendré que denunciarla.

—Alex lo hará —respondo.

Ya no hay elefantitos de colores flotando. ¡Vuelvo a ser yo!

—Lo tenías bien escondido, ¿no? —Me mira con una sonrisa ladina —. ¡Está guapísimo! Tienes los mismos gustos que tu madre.

—Es el amor de mi vida, mamá. —Pestañeo.

Ahora mi madre me mira como si no me visitara en un hospital, sino en un psiquiátrico.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? —Arquea una ceja.

—Menos de un mes. —Suspiro.

—Ay, cariño. —Ladea la cabeza y alza el interior de las cejas, sonriendo—. ¿Te enamoraste tan pronto?

—No, mamá, me enamoré hace mucho.

¡Cállate! Mi madre entrecierra los ojos.

—Pero él me dijo que se mudó al país en diciembre. —Se frota la barbilla.

—Olvídalo, mamá. —Sacudo la mano—. ¿Dónde están los chicos?

—¿Por qué tanta prisa por echarme? —Me mira haciendo un puchero—. Hace tanto que no nos veíamos y ya te quieres deshacer de mí. ¡Qué odiosa eres!

—De tal palo, tal astilla —me burlo.

—Estás equivocada —dice—. Eso seguramente se lo heredaste a tu padre.

—Claro, todos mis defectos son culpa de mi padre. —Pongo los ojos en blanco y ella levanta la barbilla con orgullo.

—No entiendo por qué me quieres echar tan pronto —dice, frunciendo los labios.

—No, mamá, no es eso —aclaro—. Solo quiero que Rach y Alex sepan que ya engañé a la muerte.

—Bueno —se levanta—, entonces iré por ellos.

Se marcha y saco mi móvil para mirarme frente a la cámara. ¡Qué pálida! Parezco momia. La primera en entrar junto a mi madre es Rachel.

—¡Amiga! —Se precipita hacia mí, sonriendo de oreja a oreja y me abraza—. ¡Gracias a Dios estás bien!

La estrecho entre mis brazos, encontrándome con la mirada azul de Alex, quien permanece en la puerta.

—¿Qué haces ahí? —pregunto por encima del hombro de Rachel. Mi amiga me suelta y se aparta—. ¡Ven aquí!

Extiendo los brazos y Alex vuela hacia mí, enterrando la cara en el hueco entre mi cuello y mi clavícula. No dice nada, pero no hacen

falta las palabras. Inhalo profundo su delicioso aroma y sonrío, pero la humedad de sus lágrimas toca mi piel y mi sonrisa se desvanece.

—Tranquilo, mi amor —susurro, acariciando su espalda—. Estoy bien.

Él no pronuncia palabra. Su respiración cálida me acaricia la piel.

—Saldré a tomar un poco de aire —musita, besando mi cuello, se aparta y sale de la habitación.

—Qué precioso es ese muchacho. —Mi madre sonríe, mirando la puerta.

—Es encantador. —Rachel asiente.

—Ahora entiendo por qué te enamoraste tan rápido, hija. —Martina me mira y sonríe.

Suspiro y empiezo a contar los segundos para volver a tenerlo cerca.

Capítulo 41

La elección más difícil



Alexander

Llevo días atrapado en mis propios pensamientos, como si estuviera caminando en círculos dentro de un laberinto sin salida. Abril es la mujer que amo, mi razón para sonreír incluso en los días más oscuros. Pero el amor... el amor no ha sido suficiente para arreglar todo lo que está roto dentro de mí. Esa noche en que miré al cielo y pedí mi deseo, fue su rostro el que imaginé, incluso antes de conocerla. Era ella. Es ella. La mujer que tanto anhelé. Pero ahora que la tengo el miedo a perderla es insoportable. El miedo a ser yo quien termine arruinándolo todo.

Hoy le darán el alta en el hospital. Debería estar feliz. Debería sentirme aliviado. Pero, en cambio, me siento como un impostor, como si estuviera a punto de fallarle de la peor manera. Porque, aunque he intentado convencerme de que puedo darle todo lo que merece, una parte de mí sabe que aún no estoy listo. Sacudo la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos. Primero, lo primero. Necesito asegurarme de que nunca más tendrá que preocuparse por esa maldita mujer. Mi abogado ha estado negociando con mi padre para que la expulsen del instituto. Se abrió un proceso legal en su contra, pero no es suficiente. No quiero que vuelva a estar cerca de Abril jamás.

El receso terminó hace cinco minutos. Es hora de enfrentar lo que venga. Camino hacia la oficina de mi padre con el pulso acelerado. Mi abogado cierra la puerta y me lanza una mirada enigmática antes de darme una palmada en el hombro.

—Será mejor que tu padre te lo diga.

Y se va. Un nudo se forma en mi garganta. Respiro hondo y giro la manija de la puerta. Sentado detrás de su escritorio, Alejandro examina un montón de papeles. Ni siquiera levanta la vista, pero sé que me ha oído.

—¿Cuál fue tu decisión? —pregunto sin rodeos.

Levanta la mirada y se apoya en el respaldo de su silla.

—Será expulsada.

Me quedo inmóvil.

—Los testigos confirmaron que Abril solo se defendió —añade—. Tenías razón.

El peso que llevo días cargando se desprende de golpe. Puedo respirar otra vez.

—Gracias —mi voz suena más baja de lo que pretendía.

—No hay de qué, hijo. —Su expresión se suaviza—. Espero que tu novia se recupere pronto.

Asiento, incapaz de decir más. Salgo de la oficina con un alivio a medias. Abril estará fuera del hospital hoy, pero me aterra que ahora sea su corazón el que resulte herido por mi culpa.

Abril

El hospital es un agujero negro de tiempo. Los días se repiten en un ciclo interminable de comida insípida, ruido de máquinas y visitas de mis seres queridos. Mi madre, Alexander y Rachel se turnan para acompañarme, cada uno con su propia estrategia para hacerme olvidar que estoy atrapada aquí. Alexander llega siempre con una sonrisa y besos que intentan convencerme de que todo está bien.

Pero no lo está. Lo digo por la forma en que evita mi mirada cuando cree que no me doy cuenta, por la manera en que su risa se apaga demasiado rápido. Algo lo atormenta, pero cada vez que intento preguntarle, cambia el tema con una broma o un «te ves hermosa incluso en bata de hospital». No me quejo..., pero no soy tonta; algo trama. Por suerte, hoy es el gran día. Mi libertad. Mi madre tuvo que volver al trabajo, pero Alexander y Rachel ya me advirtieron que vendrán a buscarme. A las dos en punto, entran como dos héroes perfectamente sincronizados. Alexander con sus besos listos y Rachel con un paquete de galletas porque, según ella, «nada dice "bienvenida a casa" como los carbohidratos».

—Buenas noticias, pequeña —anuncia Alexander, envolviéndome en un abrazo—. La chica que te agredió fue expulsada.

Sus palabras deberían hacerme sentir mejor, y en parte lo hacen, pero hay algo en su tono..., una tensión apenas perceptible que no logro identificar.

—Me alegra oírlo —respondo—, aunque todavía no entiendo por qué lo hizo. ¿Acaso mi cara gritaba: «¡Si me golpeas con un ladrillo, Alexander será tuyo!»?

Rachel suelta una carcajada ahogada, pero intenta recomponerse.

—A ver, Abril —dice, haciéndose la pensativa—, nadie que tenga ojos puede odiarte. Lo de esa chica no tiene sentido, excepto si su cerebro está decorado con escarcha.

Alexander sonríe, pero no me mira. Otra vez. Mi corazón se aprieta un poco, pero no digo nada. Es momento de salir, pero apenas me pongo de pie, la voz de Alexander me detiene en seco.

—¡No, no, no! ¿Qué crees que haces? —su tono es una mezcla de horror y autoridad paternal.

Lo miro arqueando una ceja.

—¿Caminar? Como cualquier ser humano.

Pero, antes de que pueda dar otro paso, me carga en brazos como si fuera de cristal.

—Alexander, puedo caminar perfectamente. El médico lo dijo. —Me cruzo de brazos, fulminándolo con la mirada.

—¿Y también dijo que eras buena paciente? Porque claramente no lo eres —sonríe con aire triunfal.

Rachel nos sigue con calma, disfrutando su galleta.

—Oye, ¿esto significa que también la vas a cargar al baño? —pregunta con fingida curiosidad.

—Ya lo intentó —lo miro, entrecerrando los ojos—, pero dibujé una línea ahí.

—Es por tu bien —se defiende él, encogiéndose de hombros.

No respondo. Solo lo observo. Su sonrisa sigue ahí, su voz sigue siendo cálida, pero hay algo en la forma en que me sostiene que no encaja. Como si intentara retenerme antes de que sea demasiado tarde. Como si estuviera despidiéndose sin decirlo en voz alta. Llegamos a casa y Rachel se despide, alegando que tiene trabajo atrasado. Pero, antes de irse, me lanza un beso en el aire y una mirada cómplice.

—No hagas tonterías, te veo mañana —me dice, pero su tono sugiere que su mensaje va más allá de un simple «descansa».

Alexander, en cambio, no parece tener intención de moverse de mi lado. En los días siguientes, se convierte en mi sombra personal, siguiéndome por cada rincón de la casa. No me malinterpretes, amo su atención, pero hay momentos en que su nivel de cuidado roza lo absurdo.

—Amor, creo que puedo caminar al baño sola —digo, mientras se levanta para seguirme otra vez.

—Y yo creo que subestimas los peligros del suelo mojado —responde con una sonrisa irónica.

—¿Qué vas a hacer si me caigo, eh? ¿Pedirle al médico que me dé dos años más de incapacidad?

Se queda pensativo, como si la idea no le pareciera del todo descabellada.

—No. Iría contigo y me tiraría al suelo también. Así sufriríamos juntos.

Cierro la puerta antes de que pueda agregar más dramatismo. No me molesta su compañía, pero tampoco me divierte la idea de que quiera limpiarme el trasero también. Así que lo dejo esperándome afuera, como un guardaespaldas sin nada mejor que hacer. Rachel aparece por las tardes para ayudarme a limpiar el espacio del Señor Clock, mi gallo rescatado, que ahora vive con más comodidades que yo. Alexander, por su parte, se encarga de absolutamente todo en la casa, como si estuviera dirigiendo un operativo militar de limpieza. Cocina, barre, reorganiza los muebles, dobla la ropa con una precisión que ni yo tengo.

—Amor, no es necesario que hagas todo tú —le digo, mientras él dobla mis calzones con una dedicación casi obsesiva.

—¿En serio? —pregunta, quitándome la blusa que intento doblar—. Porque la última vez que intentaste levantar algo casi pierdo tres años de vida.

—¡Era un vaso! —protesto, cruzándome de brazos.

—¡De cristal! —exclama, como si estuviera narrando una tragedia épica.

Me río. Alexander es... increíble. Es como si quisiera ser no solo mi novio, sino también mi enfermero, chef, psicólogo y guardaespaldas. Exagera, sí, pero no cambiaría ni una sola cosa de él. Sin embargo, algo me dice que esto no es solo él siendo exagerado. Está... diferente. No puedo señalar exactamente qué es, pero hay algo en la forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta. En la manera en que sus abrazos duran un poco más de lo normal, como si intentara memorizarme.

Las dos semanas de incapacidad se sienten como un abrir y cerrar de ojos. Él hace que todo sea más fácil, y a pesar de lo frustrante que es no tener total libertad, me encuentro agradeciendo cada segundo. Pero esa sensación extraña no desaparece. Es como si

Alexander estuviera preparando el terreno para algo que no me va a gustar.

Alexander

Mis días con Abril son un torbellino de emociones. Cada segundo con ella parece diseñado para recordarme cuánto la amo. Ya sea en medio de nuestras risas o en esos momentos de silencio donde no hace falta decir nada. Es mi hogar. Y luego están las noches. No sé si llamarlas descanso o tentación. «Amor, necesitas dormir», digo con convicción. Horas después, soy yo quien se levanta despeinado, desnudo y sudando como un volcán en erupción. Abril es mi debilidad, mi fuerza y todo en medio. Pero esa felicidad viene con su sombra. El miedo.

Cada vez que cierro los ojos, mi mente me atormenta con escenarios que no quiero imaginar. La idea de que algo o alguien pueda volver a lastimarla me carcome. Es un amor que pesa en el pecho, pero lo cargo sin dudarlo, porque ella es mi razón. Hoy, sin embargo, el peso es más grande. Esta mañana fui a la oficina de mi padre. Como siempre, habló en clave, dejando caer palabras con la intención de medir mi reacción. Pero esta vez no fue tan críptico: Mon-Ki. El nudo en mi pecho se apretó. Dijo que ella se mudará aquí por un tiempo. Sé perfectamente por qué. Es por Abril. Por nosotros. ¿Es tan obvio para todos que estoy perdidamente enamorado? ¿Tan evidente que incluso Mon-Ki cree que tiene derecho a irrumpir en mi vida, como si todavía pudiera reclamar algo de mí?

El aire se siente pesado mientras conduzco hacia casa de Abril. Las palabras de mi padre retumban en mi cabeza. No puedo permitir que Mon-Ki se acerque a ella. No con palabras, no con acciones; ni siquiera con una mirada que pueda romper su paz. Abril me recibe en el porche con esa sonrisa que ilumina todo a su alrededor. Tan ajena a las sombras que se avecinan; tan segura de que estamos

bien. Pero las sombras no siempre se ven. A veces, simplemente se sienten.

Abril

Alexander se acerca con pasos lentos. Su expresión es distinta hoy. La sonrisa que siempre ilumina su rostro apenas se asoma, como si le costara sostenerla. Me besa, pero no en los labios como siempre, sino en la frente. Un beso que se siente más a despedida que a bienvenida. Mi estómago se revuelve.

—¿Quieres almorzar? —pregunto, intentando sonar casual.

—No tengo hambre.

Su respuesta es seca, su mirada se queda fija en el suelo. Algo no está bien. Lo sé. Lo siento. Pero me trago las preguntas. Tal vez es su familia, su padre... su hermana. No ha llamado a su madre, quizá eso lo tiene así. Nos sentamos en el sofá, pero hay algo diferente. El espacio entre nosotros, por pequeño que sea, se siente inmenso. La televisión está encendida, pero ninguno de los dos la ve. Espero que me mire, pero no lo hace. Su mandíbula permanece tensa, y sus manos entrelazadas con fuerza sobre sus rodillas. Como si estuviera conteniendo algo. Algo que me va a doler.

—Alex... —empiezo, pero él me corta antes de que pueda seguir.

—Tenemos que hablar.

Tres palabras que hacen que todo dentro de mí se encoja. Mis manos comienzan a temblar, pero las escondo entre los cojines. Mi respiración se vuelve superficial, como si mi propio cuerpo intentara prepararse para el golpe que está por venir.

—¿De qué se trata? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

—De nosotros.

Me quedo sin aire. No. No puede estar pasando. Alexander se pasa una mano por el cabello; su postura es rígida, como si lo que va a

decir pesara demasiado.

—Abril... —su voz es baja, casi un susurro—. Eres lo mejor que me ha pasado.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero solo aumentan mi ansiedad. Porque sé lo que sigue. Sé que después de algo tan hermoso, viene el golpe.

—Dímelo de una vez —le suplico, incapaz de soportar esta tortura.

Él levanta la mirada y su dolor es tan palpable que casi me deja sin fuerzas. Sus ojos brillan con algo que no quiero reconocer.

—Quiero que terminemos.

El mundo se congela. El aire se me va de los pulmones, como si me hubieran golpeado en el pecho. ¿Así se siente morir? Recuerdo cuando me besó por primera vez en sueños. Estaba en mi habitación y su silueta apareció en la puerta, recortada por la penumbra. No sentí miedo. Lo esperé en silencio, con el presentimiento inexplicable de que él era lo que había estado esperando. Dio un paso hacia mí y yo di uno hacia él. Nos encontramos en el centro de la nada, de ese espacio etéreo donde no importaba quiénes éramos ni de dónde veníamos. No vi su rostro, pero sentí su esencia. Cerré los ojos y su aliento cálido rozó mis labios. Un beso. Dulce. Inocente. Atemporal. Desperté con el eco de su presencia en mi piel y la certeza de que, aunque aún no lo conocía, lo amaba. Y ahora está sentado frente a mí, diciendo que quiere que todo termine. El aire no llega a mis pulmones como aquella vez. Pero esta vez no es por la emoción, sino por el vacío que se expande en mi pecho. Mi corazón, que alguna vez latió por él en sueños, ahora se rompe en la realidad. No quiero aceptarlo. No quiero alejarme cuando lo único que deseo es aferrarme a él. Pero tampoco puedo retenerlo si su mente está en otro lugar, aunque su corazón siga conmigo. Lo amo demasiado para conformarme con una parte de él. Si necesita espacio para luchar contra sus propios demonios, debo dárselo. Pero mi alma,

desesperada, se aferra a la última posibilidad de que cambie de opinión.

—¿Estás seguro? —mi voz es un susurro, temblorosa pero firme.

Sus ojos se encuentran con los míos y en ellos se refleja la batalla que libra consigo mismo. Su amor, su miedo, su caos. Una pausa se instala entre nosotros, pesada, insoportable. El mundo exterior deja de existir. Solo quedamos él y yo, colgando de un hilo entre el amor y la despedida. Si me dice que sí, se romperá algo dentro de mí que tal vez nunca se repare por completo. Si me dice que no, temo que el miedo lo devore antes de que podamos encontrar un futuro juntos. No sé qué respuesta deseo más. Pero lo dejo en sus manos. Porque amar a alguien también es saber cuándo dejarlo ir. Sus labios se separan levemente y sus ojos me dicen que su decisión ya está tomada. Y yo... tendré que aceptarla.

Capítulo 42

Tan fuerte y tan roto



Alexander

Sus ojos reflejan exactamente lo que temía encontrar. Dolor. Confusión. Esperanza. Esa esperanza es lo que más me destroza, porque estoy a punto de arrancársela. Quiero retractarme, quiero decirle que no puedo hacerlo, que la amo demasiado como para dejarla. Pero ese mismo amor es lo que me obliga a quedarme en silencio. Mi pecho se cierra y, aunque intento respirar, el aire no llena mis pulmones. Abril no dice nada. Me mira, esperando, dándome la oportunidad de corregir mi error, de decirle que no, que no podemos terminar. Pero, si me quedo, seguiré fallándole. Tarde o temprano, le haré más daño del que puedo reparar. Así que pronuncio la palabra más difícil de mi vida:

—Sí.

Ella se quiebra frente a mí, pero no aparta la mirada. Ojalá me odiara. Ojalá me gritara que soy un cobarde. Pero no lo hace. Y eso es lo peor de todo. Mi corazón me suplica que tome la oportunidad que ella me está dando. Que luche por lo nuestro. Pero hice una promesa aquella noche, cuando pedí a Dios que la protegiera. Le prometí que la pondría por encima de todo, incluso de mí mismo. Si me alejo, nadie la lastimará más. Ni mi padre, ni Mon-Ki, ni las sombras que arrastro. Desde el momento en que la vi, supe que ella

era diferente. Algo dentro de mí susurró: «Es ella». Pero el amor no siempre es suficiente. A veces, amar significa saber cuándo dejar ir. Y aunque me rompa en pedazos, hoy es ese día.

Abril

Las lágrimas queman detrás de mis ojos, pero me niego a dejarlas salir. Me aferro a la promesa que alguna vez me hice: «No lloraré por un hombre que me rompa el corazón». Pero ¿cómo se cumple una promesa así cuando el hombre que me lo está rompiendo es Alexander? No hay forma de prepararse para esto. No hay estrategia que amortigüe el impacto de ver al amor de tu vida alejándose, de sentir cómo cada latido se fragmenta en pedazos que nunca volverán a encajar. Él también sufre. Se le nota en la mirada, en la tensión de sus hombros, en el ligero temblor de sus manos. Esto no es fácil para ninguno de los dos. Y, sin embargo, aquí estamos, en lados opuestos de una despedida que ninguno pidió. Dos corazones rotos frente a frente, tan conectados y tan distantes al mismo tiempo. Es cruel y hermoso, como si el destino quisiera saborear nuestra agonía.

—De acuerdo —murmuro, sorprendida de que mi voz no se quiebre.

Alexander cierra los ojos, como si mi respuesta lo golpeara más fuerte de lo que esperaba.

—Abril, yo...

—No —lo detengo antes de que siga. No quiero oírlo. No quiero que me dé razones, ni disculpas, ni intentos de consuelo que no cambiarán lo inevitable—. Si lo deseas, podemos hablar después, pero ahora es mejor que te vayas.

Mentira. No quiero que se vaya. Quiero que se quede, que me abrace, que me diga que esto es un error. Que me ama y que no puede imaginar su vida sin mí. Pero no lo hará. Si insisto, lo

retendría un poco más... y luego se iría de todas formas. Una canción, *Hush hush,* comienza a reproducirse en mi mente. Supongo que es obra de mi sistema de defensas para amortiguar el anhelo de pedirle que se quede. El eco de esa melodía me tortura, duele demasiado. Se repite una y otra vez en mi pecho. Puede parecer absurdo, pero Avril Lavigne no imagina que la escribió para este momento...

So go on, live your life (Así que sigue, vive tu vida)
So go on, and say goodbye (Así que continúa, di adiós)
So many questions but I don't ask why (Tantas preguntas, pero no pregunto por qué)
So this time I won't even try (Tal vez algún día, pero no esta noche)
Hush, hush now, mmm (Silencio, silencio ahora).

Su vacilación es una tortura. Si duda, si titubea, aunque sea un segundo más, voy a derrumbarme. Pero se levanta. Cada paso que da hacia la puerta es como un puñal en el pecho. Mis ojos siguen sus pies, incapaces de mirarlo. Porque si lo veo, si me encuentro con esos ojos que siempre fueron mi refugio, voy a correr hacia él. La puerta se cierra. El sonido retumba en la casa vacía, en el espacio que dejó dentro de mí. Mis piernas ceden. Me desplomo contra el suelo, y el primer sollozo escapa de mi garganta sin permiso.

No corro tras él. Ya es demasiado tarde. Pero camino hasta la puerta y giro la cerradura. No porque crea que vaya a volver, sino porque necesito sellar algo más que la entrada de mi casa. Necesito cerrarle el paso a la esperanza. Me dejo caer contra la madera fría, abrazando mis rodillas. Lloro sin contención, sin la pretensión de ser fuerte. Lloro porque no hay nada más que pueda hacer. Y mientras el silencio se adueña de todo, una verdad se instala en mi pecho como una herida abierta: «Lo amo más de lo que me amo a mí misma». Y por eso lo dejé ir.

Alexander

Creí que me detendría. Que pelearía, que exigiría respuestas. Que haría cualquier cosa excepto aceptar mi decisión sin más. Pero no. Abril simplemente dijo «De acuerdo» y me dejó ir. No me pidió explicaciones, no intentó convencerme de lo contrario. Y eso, de alguna manera, me destroza más. Porque, si me hubiera suplicado, si me hubiera pedido que me quedara, habría cedido. Tal vez habría admitido que estaba mintiendo, que la amo más de lo que soy capaz de soportar. Pero su fortaleza... su maldita fortaleza me dejó sin salida. Ella no peleó por nosotros. Porque, en el fondo, entendió que no había nada que pudiera hacer.

No recuerdo cómo llegué hasta la puerta, cómo mis pies se movieron cuando mi alma se quedó atrás, con ella. Cada paso que di fue una puñalada, un recordatorio de que estaba renunciando a lo mejor que me ha pasado. Y lo peor es que yo mismo lo provoqué. La puerta se cierra detrás de mí, pero no me voy. Apoyo la frente en la madera, tratando de respirar, tratando de no romperme por completo, sin embargo, el sonido de su llanto desde el otro lado, cambia mis planes. Mi cuerpo entero se tensa. Las lágrimas que me había jurado no derramar caen de golpe, como un torrente incontrolable. ¿Qué he hecho? Cada sollozo al otro lado de la puerta es una maldita tortura. Un cuchillo que se clava más profundo en mi pecho. Quiero abrir la puerta. Quiero correr hacia ella, abrazarla, decirle que lo siento, que no puedo vivir sin ella. Que la amo, que esto es un error, que no importa lo que me atormente, estar con ella es lo único que importa. Pero no lo hago. Porque Abril me pidió que me fuera.

Y, aunque me esté muriendo por dentro, aunque mi alma esté hecha pedazos, debo respetar su decisión. Aun así, mis piernas no responden. No puedo moverme. Estoy paralizado, atrapado en este infierno que yo mismo creé. Pero me obligo a caminar. Cada paso es

más difícil que el anterior, como si el suelo quisiera tragarse mis pies y devolverme con ella. Pero sigo adelante, alejándome de la única persona que me hizo sentir completo. Llego al conjunto sin saber cómo. Gabriel me abre la puerta, diciéndome algo, pero su voz suena lejana, como si estuviera bajo el agua. No le respondo. Paso de largo y subo las escaleras sin detenerme. Si paro un segundo, me derrumbaré por completo. Pero es inútil. Cruzo la puerta de mi habitación y mi cuerpo cede. Caigo de rodillas. No hay gritos. No hay rabia. Solo el sonido de mi propia respiración entrecortada y las lágrimas que no dejan de caer. Ella se fue. No. Yo fui el que se fue. Y ahora estoy solo.

Abril

El amor de mi vida se fue. Sigo pegada a la puerta, con los dedos apretados en la madera como si pudiera detener el tiempo, como si al sostenerme con fuerza evitara desmoronarme. Pero ya estoy rota. Las lágrimas siguen cayendo, una tras otra, sin control. Mi respiración es irregular, entrecortada, como si mi cuerpo estuviera tratando de aferrarse a algo que ya no existe. Mi mente grita su nombre, como si al hacerlo él pudiera escucharme y volver. Pero no vuelve. Me obligo a alejarme de la puerta, aunque cada paso me cuesta. El vacío en el pecho me duele, un peso frío y denso que me aplasta desde dentro. La parte racional de mí entiende que Alexander cree estar haciendo lo correcto. Pero la parte que lo ama, que lo necesita, que lo ha convertido en su hogar, se ahoga en este dolor insoportable.

El sonido del teléfono me saca de mi trance. Rachel. Mi primer impulso es contestar. Decirle que venga, que me abrace y me ayude a sostenerme antes de que me derrumbe por completo. Pero no lo hago. No quiero que me vea así. No quiero escuchar su voz y perder la poca compostura que me queda. Necesito estar sola. Porque,

aunque Rachel sea mi mejor amiga, hay dolores que solo pueden enfrentarse en silencio. Y este es uno de ellos. Me dejo caer en el sofá, abrazándome a mí misma. Cierro los ojos con fuerza, intentando encontrar refugio en mis recuerdos; en cada beso, en cada risa compartida, en la forma en que me miraba como si fuera lo más importante en su mundo. Pero la memoria más reciente lo eclipsa todo: su voz diciendo que terminemos. Un sollozo se me escapa antes de que pueda detenerlo. «¡Basta!». Me levanto de golpe, obligándome a moverme. No puedo quedarme aquí, hundiéndome. Camino hacia el baño y abro la llave de la ducha. El agua fría golpea mi piel, pero no es suficiente para calmar el ardor en mi pecho. Respiro hondo. «Vas a estar bien, Abril». Me repito la mentira una y otra vez, esperando que en algún momento se convierta en verdad.

Mañana tengo que ir al instituto. La idea de enfrentar a la gente, de fingir que todo está bien cuando mi mundo se ha venido abajo, me da náuseas. Pero tengo que hacerlo; no puedo quedarme aquí, en este pozo de tristeza, esperando que el dolor desaparezca por sí solo. Porque Alexander no querría verme así. Y si hay algo que todavía puedo hacer por él, es demostrarle que soy fuerte. Que seguiré adelante, aunque cada parte de mí grite lo contrario. La noche llega, pero el descanso no. Me meto en la cama, rodeándome con las sábanas, buscando un calor que ya no está. La almohada huele a él. La cama se siente demasiado grande. La soledad pesa más que nunca. Cierro los ojos, dejando que las lágrimas sigan cayendo en la oscuridad. No sé cuánto tiempo paso así, pero eventualmente, el agotamiento me vence. Y, en el último segundo antes de caer en el sueño, una sola certeza me golpea con fuerza: Alexander se fue. Y no sé si algún día volveré a sentirme completa sin él.

...

El canto del Señor Clock me arranca del sueño. Durante un segundo, solo uno, todo parece normal. Pero luego llega el golpe. Alexander. El pensamiento es inmediato, instintivo, como una respiración. Y con él, la realidad se estrella contra mí con toda su fuerza: ya no está. El peso en mi pecho es insoportable, una opresión constante que me acompaña incluso mientras me preparo para el día. Me miro en el espejo y apenas me reconozco. Mi piel luce pálida, mis ojos hinchados. Me obligo a respirar hondo, a arreglarme como si nada pasara, porque si me permito colapsar, no sé si podré levantarme de nuevo. Llego al instituto con la esperanza de perderme en la rutina, de que las paredes y los pasillos conocidos me brinden un mínimo de estabilidad. Pero Rachel me espera en la entrada y con una sola mirada sé que no podré evitar lo inevitable.

—No me preguntes qué me pasa, por favor —digo antes de que abra la boca.

Su ceja se arquea.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Aprieto los labios y suelto un suspiro. Rachel no tiene la culpa de nada, pero su curiosidad es un cuchillo que amenaza con desgarrarme.

—Más tarde te lo diré.

Ella me estudia y, para mi sorpresa, asiente.

—De acuerdo.

Caminamos en silencio por el pasillo, pero su inquietud es casi palpable. Conozco a Rachel lo suficiente para saber que está reuniendo fuerzas para preguntar lo que realmente quiere saber. Y no tarda en hacerlo.

—¿Por qué no viniste con Alexander?

Mi estómago se revuelve. Cierro los ojos, intentando preparar mi respuesta, pero el dolor es demasiado crudo. La respuesta es tan dolorosa que me cuesta tragar:

—Terminamos.

Una palabra. Pequeña, insignificante en comparación con el vacío que deja.

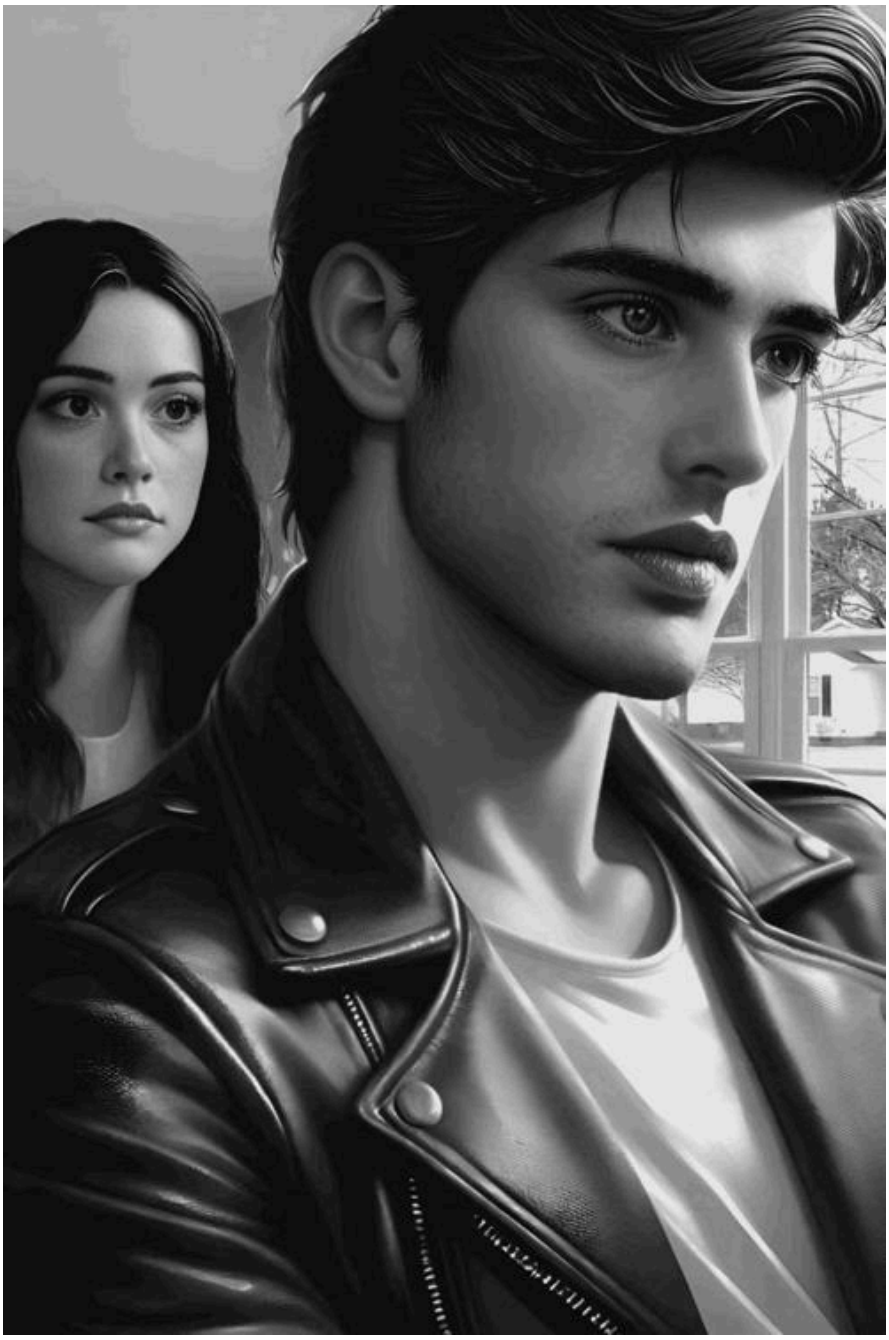
—¡¿Qué?! —Rachel se detiene en seco, su expresión es una mezcla de incredulidad y alarma—. ¿Cómo que terminaron?

Desvío la mirada. No quiero explicaciones aquí, en medio del pasillo, con tanta gente a nuestro alrededor. No quiero repetir lo que todavía no puedo procesar.

—Rach, no te alteres —murmuro, sin mucha convicción—. Hablamos después, ¿sí?

Me sorprende que, esta vez, no insista. Me lanza una última mirada preocupada, pero retoma el paso junto a mí sin más preguntas. Y llega el momento que he estado temiendo. Entro al aula y mis ojos lo buscan antes de que pueda detenerlos. Sentado en su lugar, con la espalda recta y los brazos cruzados, como si estuviera hecho de piedra, Alexander tiene la mirada fija en la nada, seria, impenetrable. Cualquiera pensaría que no le importa. Que sigue siendo el mismo Alexander frío y distante de antes. Pero yo sé la verdad. La revela la tensión de su mandíbula, la forma en que sus dedos aprietan su brazo con más fuerza de la necesaria, como si se estuviera sujetando a sí mismo para no romperse.

Él tampoco está bien y duele más de lo que imaginé. Porque verlo así, saber que sufre, que esta separación también lo está destrozando, no lo hace más fácil. Solo lo hace más cruel. Respiro hondo y me obligo a apartar la mirada. Si lo sigo observando, voy a llorar y no puedo hacerlo aquí, no ahora, no delante de todos. Me siento en mi lugar, con las manos apretadas sobre el escritorio, tratando de concentrarme en cualquier cosa que no sea él, pero no importa cuánto lo intente. Porque, aunque ahora haya distancia entre nosotros, aunque las palabras hayan puesto un punto final, él sigue siendo mi hogar. Y ya no sé cómo vivir sin él.



Capítulo 43

Un brindis por los que fingen que no les importa

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

—¡Abril! —Rachel me grita, sacándome de mis pensamientos. Me sobresalto, casi cayéndome de la banca.

Parpadeo varias veces, tratando de sacudir la neblina de mi mente, pero el eco de mis pensamientos sigue ahí: Alexander. Su nombre es un susurro constante dentro de mí, como una melodía que no puedo apagar.

—¿Qué pasa, Rach? —pregunto, intentando sonar normal.

Rachel me estudia con los ojos entrecerrados, cruzándose de brazos como si estuviera evaluando mi cordura.

—¿En qué estabas pensando? —inquiere, con esa mirada de quien ya conoce la respuesta, pero quiere que la diga en voz alta.

Aprieto los labios y le doy una sonrisa forzada.

—Ya sabes cómo soy de distraída —murmuro, pero ni yo misma me lo creo.

Rachel no dice nada, solo me observa con la paciencia de quien espera que caiga sola en mi propia trampa. Pero se decide a darme un empujón.

Alza una ceja y suelta la bomba:

—¿Te has fijado en que Alexander últimamente pasa mucho tiempo con el maestro Jack?

Giro la cabeza hacia ellos dos, como si mis ojos ya supieran exactamente dónde encontrarlos.

—Sí —respondo, tratando de no sonar afectada—. Ahora siempre están juntos en los recesos.

Rachel sigue mi mirada y sonríe.

—Tienen algo, ¿no crees? —dice con un tono travieso—. No sé qué es, pero ambos resaltan entre los demás; son como un imán para las miradas.

Un imán. Sí, claro. Especialmente para las de todas las mujeres del instituto. Mi mandíbula se tensa. No quiero compartirlo. Rachel, por supuesto, no capta mi estado de ánimo.

—¿Has notado cómo todas las chicas no les quitan los ojos de encima? —agrega, como si estuviera comentando algo inofensivo.

«Sí, Rach. Ya lo noté».

—No me interesa saber quién los devora con la mirada —miento, girando los ojos con fingida indiferencia.

Rachel suelta una carcajada.

—¡Pero sí lo notaste!

—Obvio, no soy ciega. —Muerdo el interior de mi mejilla para no explotar.

Ella se acomoda en la banca y sacude la cabeza con una sonrisa de diversión.

—Lo interesante no es que se fijen en él. Es que hasta las que tienen novio babean por los dos.

Mi paciencia se tambalea.

—Rachel...

—Y lo peor —continúa, sin notar mi creciente frustración—, es que algunas son descaradas. Seguro piensan que ahora que tú y Alex terminaron tienen una oportunidad.

La sangre me hierve. Mi piel hormiguea con la rabia contenida.

—¡Ya te dije que no me importa! —exclamo, más alto de lo que pretendía.

Rachel me mira con una sonrisa de suficiencia, como si mi reacción la confirmara.

—No te pongas celosa, Abril. —Encoge los hombros—. Alexander aún parece no tener ojos para nadie más.

Eso debería consolarme, pero no lo hace. Porque, aunque no tenga ojos para nadie más, tampoco los tiene para mí. Esa es la parte que me carcome. Que puedo estar aquí, a solo unos metros de él y, aun así..., siento que estamos a un millón de kilómetros de distancia. La ira en mi pecho cambia. Ya no es solo celos. Es tristeza. Es impotencia.

—¡Carajo, Rach, basta! —suelto, más cansada que enojada.

Rachel levanta las manos en señal de rendición.

—Abril... ¿qué es lo que realmente te enoja?

Tardo unos segundos en responder, porque no sé si quiero admitirlo en voz alta. Pero las palabras salen por sí solas:

—Que me duele verlo y que él no me mire.

Mi voz suena más pequeña de lo que esperaba. Rachel asiente despacio, como si por fin entendiera.

—Sí... eso sí debe doler.

Me atrevo a mirar en su dirección. Alexander sigue ahí, con la vista perdida, como si nada en el mundo pudiera tocarlo. Pero yo sé la verdad. Él está tan roto como yo. Y, sin embargo, aquí estamos. Tan cerca. Tan lejos.

—¿Recuerdas cuando estábamos en el bachillerato? —pregunta Rachel, como si el tema de Alexander ya fuera el más aburrido del mundo.

Levanto una ceja, intrigada.

—¿Algo en particular?

—Cuando me moría de celos por Christopher —dice, rodando los ojos con una sonrisa nostálgica.

—Ah, sí. Y yo me solidarizaba contigo porque ambas queríamos que él estuviera con nosotras.

Rachel asiente con un brillo en los ojos.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Como aquella vez que una chica lo besó y planeamos venganza poniéndole pimienta en su hidratante labial.

La imagen de aquella escena me golpea de lleno y la risa se me escapa antes de poder evitarlo.

—¡Se le inflamaron los labios tanto que parecía un pez napoleón! —añado y ambas estallamos en carcajadas.

La risa nos envuelve y todo el peso que cargo en el pecho desaparece.

—¡Qué divertido fue! —suspiro, frotándome los ojos.

—Chris nunca descubrió que fuimos nosotras. —Rachel se da una palmada en la pierna, aun riendo.

—Y tampoco pareció importarle mucho. —Me encojo de hombros —. Al final, esa chica lo besó sin su consentimiento.

—Desde entonces se volvió más precavido. —Rachel sonríe con satisfacción, como si hubiéramos hecho una obra maestra de justicia.

—Por eso, cuando nos vio después, puso esa cara de pánico y dijo: «¡Yo no fui, ella me besó, esa chica no es nadie!» —intento imitar su voz grave, pero el resultado es tan malo que Rachel se dobla de la risa.

—Y yo pensaba que nos lo decía a las dos por vergüenza —admite, secándose una lágrima.

Me invade una punzada de nostalgia.

—Extraño a Chris.

—Yo también. —Hace un puchero y apoya la cabeza en mi hombro —. Espero que vuelva pronto.

—Casi no hablamos con él —murmuro—, pero debe estar pasándolo difícil. A veces, hacer lo que te apasiona también duele.

Rachel asiente.

—Eso es cierto.

Un momento de silencio se instala entre nosotras. No es incómodo, sino lleno de recuerdos. Pero un pensamiento fuera del tema me golpea:

—Oye, a propósito. —Me enderezo en la banca—. Sigo sin trabajo y mis ahorros se están agotando.

Rachel arquea una ceja.

—¿Qué piensas hacer?

—Buscar empleo. —Me encojo de hombros—. Cualquier cosa que ocupe mis tardes o noches. Además de ganar dinero, me distraerá.

—Me parece una gran idea. —Se levanta y me ofrece la mano—. ¿Quieres que te ayude a buscar?

—Sí, claro —sonrío—. Vamos después de clases.

Por primera vez en días, algo en mi vida está avanzando. Después de la última clase, Rachel y yo almorzamos en un restaurante cerca del instituto y emprendemos nuestra «misión laboral». El optimismo inicial se evapora rápido. Tres horas de caminata, preguntas y miradas de lástima después, seguimos sin nada. Mi experiencia en la heladería de mamá parece haber sido inútil fuera de nuestro pequeño negocio familiar. Solo me sirvió para comer helados gratis. Me recuesto contra una pared y me paso una mano por la frente para limpiar el sudor.

—Creo que me rindo.

Rachel se abanica con un volante que le dieron.

—Tal vez por hoy sea suficiente. Pero mañana seguimos.

—Sí, claro. Mañana. Con las mismas ganas que un lunes a las siete de la mañana.

Ambas estamos deshidratadas y con los ánimos por el suelo.

—Ven. —La tomo de la muñeca antes de que colapse en la acera —. Te invito algo de beber.

Caminamos en busca de un café o cualquier lugar donde podamos recuperar un poco de energía. Y mientras lo hacemos, por primera vez en todo el día, me permito un pequeño respiro. Quizá no tengo todo resuelto, pero, al menos, estoy intentando seguir adelante. Después de veinte minutos, encontramos un *pub* elegante cerca de nuestro barrio. Es acogedor, con luces cálidas y música animada, lo suficientemente alta para disfrutar, pero no tanto como para quejarme... aún. Nos sentamos en una esquina, justo cuando un mesero rubio de ojos verde escandaloso se acerca con una sonrisa que debería pagar impuestos.

—Buenas noches, señoritas —su voz es tan suave que parece un susurro calculado.

Rachel, en cambio, olvida cómo cerrar la boca, literalmente. Su mandíbula está más cerca del suelo que de su cara. Le doy un codazo para que reaccione.

—Hola. —Al fin encuentra su voz, pero su expresión sigue siendo la misma que pone cuando ve un postre demasiado caro, pero irresistible—. Una cerveza, por favor.

—Buenas noches. —Carraspeo, antes de que Rachel se le tire encima—. Yo quiero un vaso de agua.

Mi amiga me mira como si acabara de decir que prefiero comer brócoli en vez de *pizza.*

—¿¡Un vaso de agua!?

El chico sonríe y esos hoyuelos en sus mejillas hacen que mi decisión flaquee por un segundo.

—Sí. —Me cruzo de brazos—. Sabes que casi no bebo. Además, estoy en modo responsable; no quiero repetir errores del pasado.

Rachel alza una ceja con una sonrisa ladina.

—¿Segura que fue un error?

Le lanzo una mirada asesina, pero ella estalla en carcajadas. Porque claro, la dignidad de su mejor amiga nunca es prioridad.

—Vamos, Abril. —Me sacude el hombro—. Tómate solo una, no seas tan aburrida.

El mesero sigue sonriendo, observándonos con curiosidad.

—Está bien. —Ruedo los ojos y cedo—. Tráeme una cerveza también.

—Con gusto. —Nos guiña un ojo antes de irse y Rachel lo sigue con la mirada como si estuviera viendo una escena de película.

—¡Qué guapo!

—¡Y qué coqueto! —Frunzo el ceño.

—Es lindo. —Se encoge de hombros, restándole importancia.

—Recuerda que tienes novio y Christopher es más atractivo.

Rachel me mira escandalizada.

—¡Obvio sé que mi novio es el más guapo! —Pone una mano en su pecho, como si yo hubiera cuestionado su honor—. Pero eso no significa que no pueda admirar el arte.

—Solo admira. Nada de tocar.

—¡Ay, por favor! —Me lanza una servilleta y ambas nos reímos.

El mesero regresa con las bebidas y seguimos en medio de un ataque de risa. Pero, después de algunas cervezas, nuestras vejigas deciden recordarnos que tienen un límite. Rachel regresa del baño y me levanto para tomar mi turno. Un letrero en la pared que dice «Se busca mesero» llama mi atención. ¡Trabajo! Casi salto de la emoción y me apresuro a hacer lo que tenía que hacer antes de ir a la barra.

—Buenas noches, ¿qué vas a tomar? —pregunta el barman, un hombre de treinta y tantos con una barba espesa digna de una película vikinga.

—Ya pedí mi cerveza —me siento en un taburete—, pero vine por el anuncio de la vacante de mesero.

Él me mira como si acabara de pedirle un unicornio.

—Lo siento, señorita; buscamos a un hombre para el puesto.

—¿Por qué? —pregunto, entre incrédula e indignada.

—Nuestra clientela principal son mujeres. Y, bueno... —se encoge de hombros—, queremos mantener la coherencia en el equipo.

Respiro hondo, intentando no soltarle un discurso sobre igualdad laboral.

—Por favor. Necesito el trabajo.

Suspira y desaparece. Al regresar minutos después, su expresión ha cambiado.

—No podemos darte el puesto de mesero, pero hay una vacante en la barra.

¡Victoria!

—Mi nombre es Antonio —me ofrece su mano—, pero puedes llamarme Toño.

—Abril Harrison. —Le estrecho la mano—. Mucho gusto, Toño.

—Encantado —sonríe—. ¿Cuándo puedes empezar?

—Mañana mismo.

—Bien. —Asiente—. El salario es el mínimo más propinas. Trabajarías de seis a once entre semana.

—Me parece perfecto.

—Ven mañana dos horas antes para que conozcas al equipo.

—¡Claro! —Mi sonrisa es tan amplia que duele.

Me levanto de un salto y regreso a la mesa con la energía de alguien que acaba de ganar la lotería. Rachel, en cambio, parece querer hundirse en su silla. Rodeada de vasos vacíos, me mira con ojos vidriosos y una expresión de puro sufrimiento, como si quisiera romper un vaso para cortarse las venas aquí mismo.

Capítulo 44

Bienvenidos al pub del destino

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Rachel apoya el mentón en una mano, mirando fijamente la mesa, como si pudiera encontrar las respuestas de la vida en las vetas de la madera.

—¡Rachel! —exclamo, chasqueando los dedos frente a su cara.

Da un respingo, como si la hubiera despertado de un sueño profundo, y me mira con ojos de cervatillo desamparado.

—Estoy triste. —Hace un puchero tan dramático que cualquier actriz de telenovela la envidiaría.

—Hace menos de veinte minutos que te dejé sola y ya estás en modo tragedia griega. —Cruzo los brazos y la miro con expresión de mamá cansada.

—Echo de menos a Christopher. Mucho —su voz tiembla un poco, parece realmente perdida.

Suspiro. La entiendo más de lo que quisiera admitir.

—Lo sé, pero este no es el lugar para ponernos sentimentales. —Me siento a su lado, bajando la voz, como si estuviera calmando a un bebé.

—Relájate, Abril. Aquí solo hay mujeres.

—¿Ah, sí? ¿Y esos tipos en la barra? —Señalo con la sutileza de un rinoceronte. Rachel parpadea, como si acabara de notar su existencia—. ¿Qué tal si uno de ellos es un psicópata? ¿O, peor aún, un pésimo bailarín que te saque a la pista?

Ella frunce el ceño, arrugando la nariz en ese gesto adorable que siempre usa cuando quiere evadirme.

—Deja de regañarme y mejor bebe conmigo. —Su dedo tamborilea sobre la mesa—. Yo ya te acompañé una vez, ¿recuerdas?

—Sí, pero ese día estábamos con los chicos. —Levanto una ceja.

—Es solo un ratito. —Pestañea con una dulzura que no le pega para nada cuando está borracha.

Resoplo y levanto las manos en señal de rendición.

—Está bien, pero solo una más.

—¡Ujú! —Aplaude y parece que le acabo de regalar un unicornio.

—Pero escúchame bien, Rachel. No podemos terminar las dos borrachas. ¿Quién nos va a sacar de aquí después? ¿El psicópata de la barra?

—Solo una más, lo prometo. —Levanta la palma como si estuviera jurando ante un juez. Se inclina hacia mí, mirándome con curiosidad —. ¿Por qué estás tan sonriente?

—Porque acabo de conseguir trabajo.

—¿Dónde?

Levanto mi cerveza vacía (porque ella se la tomó) y sonrío con orgullo.

—Aquí mismo.

Rachel se ríe tanto que casi se atraganta.

—¿Tú detrás de una barra? Esto tengo que verlo.

Antes de que pueda responder, le hace señas al chico rubio de ojos verdes, que se acerca con una sonrisa embelesadora y dos jarras de cerveza.

—¡Señoritas! —nos saluda con un tono tan encantador que hasta la cerveza parece espumar con más estilo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, intentando ser educada, pero con un ojo en Rachel, no vaya a hacer alguna locura.

—Sebastián, pero puedes llamarme Sebas. —Sonríe de lado y por alguna razón su cara me recuerda a Cristóbal, como si ambos

hubieran sido sacados del catálogo de «guapos genéricos».

—Mucho gusto, soy Abril. —Le tiendo la mano, queriendo mantener las cosas profesionales.

Él deja las jarras sobre la mesa y me la estrecha con entusiasmo.

—Encantado.

—A partir de mañana seré la nueva barman —lo digo con toda la seriedad del mundo, pero Rachel suelta una risita tonta detrás de mí.

—¿De verdad? —Sebas abre los ojos como si acabara de enterarse de que regalarán tacos gratis—. Bueno, entonces seremos colegas, Abril. —Me guiña un ojo y se inclina haciendo una reverencia tan exagerada que por poco me hace soltar una carcajada.

—No hace falta que seas tan formal. —Me rasco el cuello.

—Para mí es un honor servirte, mi futura colega. —Lanza una sonrisa ladina y mis mejillas se calientan. Genial, ahora parezco un semáforo.

—Está bien, pero solo porque hoy soy el cliente. —Intento sonreír con normalidad, aunque mi cara es un cartel luminoso que dice «¡AYUDA!».

—Si necesitan algo más, estaré por allá. —Señala con la cabeza hacia la barra y se aleja, dejando su aroma de colonia y carisma flotando.

Rachel le sonríe distraída, pero, en cuanto Sebas desaparece, su mirada vuelve a clavarse en la mesa. Sé en qué piensa o, mejor dicho, en quién.

—¿Qué estará haciendo Christopher en este momento? —pregunto en voz baja, más para mí que para ella.

Ambas nos quedamos calladas mientras terminamos nuestras cervezas. El ruido del *pub* se convierte en un eco distante, como si nuestra burbuja de melancolía fuera impermeable a la alegría de los demás. Hace poco, nuestros chicos llenaban nuestras vidas de risas

y bromas. Ahora estamos aquí, con corazones rotos y cerveza barata.

—Abril... —Rachel interrumpe mis pensamientos con un tono solemne, casi poético.

—¿Qué?

—¿Crees que Christopher también me extraña?

No le aparto la mirada. La respuesta que necesita no es solo un sí automático.

—Claro que sí —sonrío y le doy un codazo suave—. ¿Cómo no extrañaría a la culpable de todas sus erecciones?

Ella estalla en carcajadas y todo se siente bien: dos mejores amigas riéndose de lo absurdo, incluso con el corazón roto.

...

El reloj de mi mesita de noche pasó a mejor vida desde que mi gallo personal y despertador de carne y plumas, decidió que dormir más allá de las 5:30 a. m. es un crimen imperdonable. Guardo el viejo reloj en el cajón. No lo extrañaré, aunque el gallo me cobre su eficiencia con cantos a todo pulmón y «sorpresas» estratégicamente ubicadas en el porche. Después de una ducha rápida y un desayuno digno de una telenovela mexicana (huevos rancheros, pan tostado y chocolate caliente), me recojo el cabello en una cola alta y organizo mis útiles. Gracias a mi emplumado torturador matutino, tengo tiempo de sobra para repasar mentalmente mi plan del día: sobrevivir al instituto, esquivar a mi exnovio cuando llega en su carro de último modelo y no morir de celos. Nada podría salir mal.

Soy la primera en entrar al aula. ¿Tanto me afecta la ruptura de mi relación que ahora hasta llego temprano? En fin... Deposito mi mochila en mi asiento y me dispongo a sacar mi libreta de apuntes, pero... espera... ¿Qué hace un papel arrugado de color púrpura bajo el pupitre de Alexander? Mi instinto básico de metiche —digo, de

curiosa— entra en acción. Me levanto de un salto, levanto el papel del suelo y vuelvo a sentarme. No está de más echar un vistazo a la puerta antes de abrirlo. No viene nadie.

«Querido Alexander».

—Ya empezamos mal —mascullo, arrugando la hoja en un puño.

Pero no puedo resistirme. La desarrugo con un suspiro y empiezo a leer, avanzando entre frases empalagosas y drama digno de una película de los años cincuenta.

«Sé que esta te parece una manera absurda de expresar mis sentimientos...».

—Sí, completamente absurda. ¡Sigamos!

«No puedo soportar este dolor que me consume...».

—¿Por qué no puedes escribirle un mensaje de texto como la gente normal?

En la siguiente línea, mi mente se detiene en seco, como si hubiera chocado con un camión de helados en pleno verano.

«Extraño tus cálidos abrazos, tus besos cariñosos en las mañanas...».

—¿¡Qué!? —exclamo y me tapo la boca. Mi corazón da un vuelco.

Sigo leyendo con la angustia escalando en mi pecho. ¿Alexander tiene a otra? ¿Desde cuándo? ¿Cómo? ¿Quién demonios es ella? Y la revelación final:

«Déjame hablar contigo. Te extraño... Hannah».

—¡Oh, por Dios!

Su hermana. El alivio me golpea como una ola, pero la vergüenza me sigue de cerca. ¿En qué momento me convertí en una telenovela andante? El *plot twist* es tan intenso que casi espero que aparezca una orquesta dramática para remarcarlo. Pero no tengo tiempo de procesar mi crisis existencial, porque unos pasos se acercan. ¡Pánico! Arrugo la carta como si fuera un boleto a mi ejecución y la tiro de vuelta bajo el pupitre de Alexander. Me enderezo, tratando de parecer casual, aunque probablemente luzco como alguien que

acaba de robar una galleta y se siente culpable. El aula empieza a llenarse poco a poco. Un grupo de chicas entra, seguido por Alexander, quien pasa de largo sin siquiera mirarme. Bien. Mejor. Porque si me mirara, probablemente mi cara lo delataría todo. Giro hacia la ventana, buscando cualquier distracción... y la encuentro. Cristóbal viene corriendo por el jardín como si tuviera fuego en los talones. En cuanto me ve, se detiene en seco, pone los dedos en las comisuras de la boca y me saca la lengua, haciéndome reír. Es imposible estar de mal humor con él cerca. Desde el reflejo de la ventana, me topo con Alexander observándome. Lo enfoco para encontrar su mirada, pero la desvía, como un espía atrapado in fraganti. La maestra Eva entra al aula, seguida de Cristóbal, quien me saluda con un beso en la mejilla, y Alexander lo mira con una intensidad digna de una telenovela de venganza. Y otra vez. Esa tensión latente, ese vacío lleno de cosas no dichas. Su distancia. Mi pecho se aprieta. No debería doler, pero duele. Y lo peor es que sé que él también lo siente.

...

El Señor Clock me recibe en el porche con su propia obra de arte contemporáneo: un reguero de mierda, comida y agua estratégicamente mezclados.

—Gracias, campeón. Eres un verdadero rey del caos.

Con un suspiro, pospongo el almuerzo y me pongo los guantes y el delantal. Mientras limpio el desastre, el recuerdo de las veces que Alexander hacía esto por mí me golpea. Sí, con estos mismos guantes y delantal. Era raro, pero de alguna manera lograba lucir increíble, como si los guantes amarillos fueran un accesorio de pasarela.

—¡Qué rabia! —mascullo, restregando con más fuerza—. ¿Por qué alguien se ve tan sexi limpiando mierda de gallo?

La vida no es justa. Después de almorzar, el reloj marca las 15:30. ¡Hora de alistarme! Me doy una ducha rápida, más por necesidad que por placer (condenado Señor Clock y sus travesuras de la mañana), y elijo un atuendo digno de mi primer día de trabajo: pantalón negro bota campana, camisa blanca de botones, gabán negro y unos botines que gritan elegancia. A las cuatro en punto, Sebastián me espera en la entrada del Pub Estelar. Su sonrisa es tan brillante que podría alimentar un panel solar.

—¡Vamos, te presentaré al jefe! —anuncia, tomándome de la mano con la familiaridad de alguien que olvida el concepto de espacio personal.

Ah, el contacto físico. Mi archienemigo. Intento no parecer un cactus humano, pero por dentro estoy como un gato atrapado en una fiesta de perros. Caminamos hasta una puerta de madera oscura. Sebastián toca tres veces, como si estuviéramos a punto de entrar a una misión secreta, y un hombre de unos cuarenta años aparece en el umbral.

—Buenas tardes, jefe. Ella es Abril —dice Sebastián, con el mismo entusiasmo con el que alguien anunciaría el estreno de una serie de Netflix.

—Mucho gusto. —Le tiendo la mano.

—Alexander. El gusto es mío.

¿Qué clase de broma cósmica es esta? Mi estómago hace un triple mortal hacia atrás. ¿Alexander? No, no puede ser. Casi me atraganto con mi propia saliva, pero logro recomponerme. Es otro Alexander. No mi Alexander. No el hombre que me dejó con el corazón hecho añicos. Sigo viva.

—Pasa —dice el jefe y yo cruzo la puerta con la dignidad de quien entra a un *reality show,* rezando por no tropezar.

Para mi alivio, Alexander (el jefe, no el destructor de mi estabilidad emocional) resulta ser sorprendentemente amable. Me explica las condiciones del trabajo con paciencia y Sebastián me lleva a recorrer

el lugar y me presenta a mis compañeros. Toño, el tipo robusto y barbudo, me entrega mi uniforme. Saco el atuendo de la bolsa. Parece que alguien acaba de invitarme a un desfile de modas improvisado: camisa blanca, chaleco negro, falda ajustada unos centímetros por encima de la rodilla, medias translúcidas, corbata negra, un corbatín rojo para el cabello y zapatos mocasines. Me visto y me paro frente al espejo. No me veo nada mal.

—¡Sexi! —murmuro para mí misma, girando para admirarme desde todos los ángulos.

Salgo del vestidor y... las caras de Sebastián y Toño casi me hacen soltar una carcajada. Parecen haber olvidado cómo cerrar la boca.

—Estás... —Sebastián parpadea— radiante.

—Te queda perfecto. —Toño asiente como si estuviera evaluando una obra de arte.

—Gracias, chicos. —Intento no rodar los ojos.

Nos dirigimos al bar, donde empieza la parte divertida: aprender a preparar cócteles. Entre sacudidas de coctelera, decoraciones con rodajas de limón y nombres como «Sol de Medianoche» y «Besos de Frambuesa», el tiempo vuela. A las seis en punto, Sebastián y Toño se van, dejándome con una mezcla de emoción y nervios.

—Tranquila, solo respira —me digo a mí misma, como si estuviera a punto de saltar de un avión.

Los clientes empiezan a llegar. La mayoría son hombres que, al parecer, creen que el uniforme viene con un letrero de «¡Conózcame!». Respondo sus intentos de conversación con una sonrisa profesional y respuestas cortas, aunque algunas de sus ocurrencias me hacen reír.

—Oye, ¿tú haces el cóctel «Corazón Salvaje»? —pregunta uno, con una sonrisa de dientes perfectos.

—Claro, pero el ingrediente secreto es el drama. ¿Lo quieres extra?

El hombre se ríe y yo sigo atendiendo. ¡Qué trabajo tan genial! Pero... mi peor pesadilla se hace realidad. Alexander aparece

cruzando el umbral. No el jefe. Mi Alexander. Mi ex. El hombre que me rompió el corazón. El aire a mi alrededor se espesa. Mi sonrisa desaparece como si alguien hubiera apagado un interruptor. No esperaba verlo aquí. No hoy. Camina con su aura de misterio, con esa presencia que hace que el mundo se detenga y su mirada recorre el *pub*. «¡Respira, Abril, respira!». Pero el problema no es respirar. El problema es que verlo de nuevo lo revuelve todo. Esto no es un cóctel, pero lo que viene va a ser igual de explosivo.

Capítulo 45

Palabras atoradas



Alexander

Son las cinco de la tarde y yo soy un satélite sin órbita: perdido, sin dirección y dando vueltas en mi propia miseria. Abril no sale de mi cabeza. Es como un eco constante, un programa en bucle las 24 horas del día. Intento distraerme con el trabajo en el instituto, pero es inútil. Entre las tareas que mi padre me da y las diez llamadas perdidas de Hannah, que insiste en hablar conmigo, apenas puedo concentrarme. ¿Por qué todo el mundo exige respuestas de mí cuando ni siquiera entiendo lo que pasa dentro de mi propia cabeza?

Me levanto con un suspiro y decido salir a caminar. Quizá una vuelta por el barrio y mi *pub* favorito me ayuden a calmar esta tormenta interna. Me doy una ducha rápida, me visto y salgo del apartamento, asegurándome de que Hannah no esté rondando. No tengo energía para otro duelo verbal con ella. El Pub Estelar queda a solo unas calles y últimamente se ha convertido en mi refugio. Su tequila sunrise es mi segunda adicción. La primera es Abril. En el *pub*, el ambiente es más animado de lo normal. Suena una salsa romántica y las parejas bailan. Varias miradas femeninas se clavan en mí, pero las ignoro. No estoy aquí para ser el centro de atención. Solo quiero olvidar. Me siento en un taburete y busco al barman. Nada.

—Disculpe —le digo al tipo a mi lado, que parece muy entretenido con su copa—. ¿Dónde está el barman?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Había una chica linda aquí hace un momento, pero desapareció.

Mis músculos se tensan. Un presentimiento incómodo se instala en mi pecho. Espero unos minutos más, pero nadie aparece. Dejo caer mi brazo sobre la barra y, sin querer, golpeo un vaso de agua que alguien dejó allí. El líquido se derrama en todas direcciones.

—¡Maldita sea! —Me levanto, buscando algo con qué limpiarlo.

Y, como salida de un *sketch* cómico del destino, una cabeza asoma detrás de la barra. ¡Abril! Mis pulmones olvidan cómo funciona el oxígeno.

—¡Me mojaste! —exclama, con el agua goteando de su cabello y recorriendo su cara.

Mierda.

—Lo siento mucho, no sabía que tú eras...

Mi cerebro no logra articular una maldita oración.

—Trabajo aquí —su voz suena tensa mientras busca una toalla para secarse.

El tipo a mi lado sonríe como si acabara de ver el tráiler de su película favorita.

—Es la chica de la que te hablé. Muy simpática.

Abril sonríe nerviosa y responde con una reverencia exagerada.

—¡Mil disculpas! Le traeré su bebida de inmediato.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —pregunto, inclinándome hacia ella mientras empieza a preparar la bebida.

—Desde hoy —su respuesta es corta, seca. Sus manos tiemblan ligeramente.

—¿Por qué aquí?

—Porque necesito el trabajo.

Una respuesta obvia, pero no me la trago del todo. ¿De todos los lugares posibles, tenía que ser justo aquí?

Ella le entrega su bebida al hombre.

—¡Por fin, gracias! —Él levanta la copa en un brindis silencioso antes de dar un gran sorbo.

—Lo recompensaré con el tercero gratis. —Abril sonríe de manera profesional.

—¡Vaya!, qué amable, señorita. —El tipo le lanza una mirada que me hace querer estrellarle la copa en la cabeza—. Por eso me encanta este lugar.

Aprieto los dientes.

—¿No crees que este sitio no es muy adecuado para ti? —Frunzo el ceño.

Ella detiene su movimiento y se encoge de hombros con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—No lo creo. Me gusta.

¿Le gusta? Antes de que pueda decir algo más, le lanza una sonrisa a un mesero al otro lado del salón. Mi paciencia, ya colgando de un hilo, se tensa peligrosamente. ¿Acaso todos aquí piensan coquetear con ella?

—¿Qué te preocupa? —Su mirada se clava en la mía, desafiante—. Creí que habías decidido mantenerte alejado de mí.

Golpe justo en el pecho. Claro, tiene razón. Yo fui el que terminó todo. Yo fui quien se alejó. Pero eso no significa que sea fácil verla aquí, rodeada de desconocidos, en un ambiente que no puedo controlar.

—No sabía que trabajabas aquí. —Desvío la mirada hacia mi vaso vacío—. ¿Me preparas un tequila sunrise?

Asiente y comienza a mezclar los ingredientes. Sus movimientos son rápidos; demasiado eficientes, como si estuviera tratando de ignorarme. Deja la bebida frente a mí y su mirada se endurece.

—Para que quede claro —dice, con la voz baja—. Yo tampoco sabía que venías aquí.

—¿Por eso te estabas escondiendo detrás de la barra? —pregunto, con una sonrisa ladina.

Ella abre la boca para replicar, pero opta por poner los ojos en blanco. El primer cliente termina su brandi y ella le sirve el tercero. Atiende a los demás clientes, riendo, sonriendo, como si todo estuviera bien. Pero la conozco demasiado bien. Al igual que yo, solo finge. Me concentro en mi bebida y le doy un par de sorbos. Deliciosa. El tequila sabe mejor que antes y no es raro; las manos de esa mujer hacen maravillas. La ironía de la situación no me pasa desapercibida. Ella me mira con atención mientras termino el vaso en cuestión de segundos; solo queda el hielo.

—Estaba muy rico, gracias. —Me limpio las esquinas de la boca con una servilleta.

—¿Quieres otro? —pregunta con neutralidad.

—Sí, por favor.

Lo prepara rápido y lo pone frente a mí, pero ya no me mira como antes. Eso me revuelve el estómago más que el alcohol.

—Tenemos que hablar —digo en voz baja.

Ella suelta un suspiro antes de responder:

—¿De qué?

—De nosotros.

—Para mí, todo quedó claro.

Puñetazo directo al estómago. Pero no puedo rendirme.

—Dijiste que hablaríamos, pero no me has dirigido la palabra en un mes ni para mandarme a la mierda.

—Bueno, tú tampoco me has hablado. —Se cruza de brazos.

—Hay cosas que necesito decirte.

Lanza una mirada rápida al reloj, impaciente.

—Estoy trabajando. ¿Qué propones?

Ese tono. Desafiante, indiferente..., como si yo ya no significara nada. Pero, al mismo tiempo, esa pregunta; me trae un vago recuerdo de un momento feliz.

—¿A qué hora termina tu turno?

—A las once.

—Te esperaré.

Ella frunce el ceño.

—¿Piensas quedarte aquí cuatro horas más?

Me encojo de hombros y le doy un sorbo a mi bebida.

—Puedo beber más tequila.

Me mira como si fuera un completo imbécil. Y quizá lo soy.

—Está bien.

La noche será larga. Ella puede ser mi adicción más peligrosa, pero es la única que no puedo dejar. Las horas pasan volando o quizá es el tequila lo que distorsiona el tiempo. Perdí la cuenta de cuántos vasos he vaciado, pero sigo aquí, con la única función de observarla. Ella se mueve con una soltura que me jode el alma. Parece disfrutar su trabajo; ríe con los clientes, habla con el mesero rubio y con ese tal Toño, como si llevaran años trabajando juntos. Es increíble verla así, pero también insoportable, porque ya no soy parte de eso. Probablemente todos aquí la ven como yo. Por eso quiero estrellar sus cabezas contra la barra. El último cliente se va y yo ya no puedo más. Intento levantarme y todo me da vueltas. Mierda.

—¿Estás bien? —la voz de Abril me llega como un eco.

Asiento, aunque estoy seguro de que mi cabeza sigue moviéndose incluso cuando dejo de hacerlo. Abril desaparece y regresa poco después, ya cambiada y acompañada del mesero de antes. Ese idiota sigue sonriendo. Demasiado.

—Si quieres, puedo llevarte a casa, bonita —dice él, con una confianza que me dan ganas de arrancarle.

Mi mandíbula cruje.

—Me iré sola. No te preocupes —responde Abril.

¿Sola? ¿Y qué soy yo, el ficus decorativo de su salida triunfal?

—¿Nos vamos? —interrumpo, clavando mi mirada en la de Abril.

El rubio nota mi presencia y arquea una ceja.

—¿Es tu novio?

—¡No! —dice Abril.

—¡Sí! —digo yo, al mismo tiempo.

Ella me lanza una mirada que podría derretir el hielo en mi vaso vacío y, de paso romper, el cristal.

—No es mi novio, Sebas —aclara y yo ruedo los ojos.

Sebas. Solo el nombre suena como una excusa para usar camisas con estampados de flamencos.

—Nos vemos mañana —dice Abril, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

El tequila en mi sangre se evapora.

—Chao, bonita —responde él, con esa sonrisa de idiota que claramente no comprende el peligro que corre.

Ella camina delante de mí y yo la sigo como un perro guardián con tequila en lugar de sangre. Su pantalón resalta cada curva y me invade una necesidad primitiva de bloquear cualquier mirada ajena. No sé si es la borrachera o la furia. Probablemente ambas. El aire frío de la calle me golpea la cara. Me despeja lo justo para fingir que no estoy borracho, pero no lo suficiente para amortiguar el dolor en mi pecho. Abril se detiene unos pasos adelante y se gira para mirarme. Su expresión es tranquila, pero sus ojos cuentan otra historia.

—¿Qué es lo que tienes que decirme? —pregunta, cruzándose de brazos.

No suena enojada ni impaciente. Solo cansada. Como si no esperara nada de mí. Y eso duele más que cualquier grito. Doy un paso adelante, buscando palabras que no sé cómo ordenar. Tanteando como si fuera un campo minado.

—Primero quiero que sepas que nunca quise herirte —empiezo, pero la frase se siente incompleta, torpe—. Lo que hice fue... fue porque...

Mierda. Estoy hablando como un idiota.

—No quería arrastrarte a toda esta mierda que es mi vida. —Se me forma un nudo en la garganta—. Solo quiero que seas feliz.

Abril me observa en silencio, su pecho sube y baja con respiraciones medidas. Suelta un suspiro largo y pesado, como si llevara siglos cargando esto.

—Lamento haberte presionado —dice y su voz tiembla justo al final —. No estás en un buen momento y no quiero que pienses que te tengo rencor.

Rencor. Esa palabra me golpea más fuerte de lo que debería.

—Abril, no digas eso. Tú no me presionaste, me diste fuerza —mi voz se rompe, pero ya no me importa—. Eres lo mejor que me ha pasado y siempre lo serás.

Ella cierra los ojos con fuerza, como si mis palabras le dolieran. Vuelve a abrirlos y brillan con lágrimas contenidas.

—Alex, por favor. No hagamos esto más difícil.

El golpe final.

—Sabes lo que siento por ti —continúa, con una pequeña sonrisa rota—. Y yo sé lo que tú sientes. Pero decirlo no cambiará nada.

Mi cuerpo se tensa. Quiero acercarme, quiero tomar su rostro entre mis manos y gritarle que sí cambia todo, que aún podemos arreglarlo, que no quiero perderla. Pero no puedo. Porque tiene razón.

—Esto es difícil para mí. Muy difícil —las palabras apenas salen de mi boca y las lágrimas empiezan a llenar mis ojos.

Ella traga saliva con esfuerzo y aparta la mirada.

—Lo sé. Para mí también lo es —su voz se quiebra y el mundo entero se detiene.

Todo mi ser me grita que la abrace, que la bese, que le pida una segunda oportunidad. Pero mis piernas no se mueven. Y ella tampoco da un paso hacia mí. Se queda mirándome con el corazón en los ojos y sonríe, pero es la sonrisa más triste que he visto en mi vida.

—Siempre estaré aquí si me necesitas, Alex. Siempre.

Se da la vuelta, alejándose, y yo no hago nada. Mis piernas reaccionan, pero para tambalearse; no para correr tras ella, no para detenerla. Mi garganta se cierra. Quiero llamarla, pero no encuentro la voz. Quiero alcanzarla, pero algo más fuerte me mantiene en el sitio. Ella se aleja, llevándose consigo la única parte de mí que aún funcionaba. Me limpio las lágrimas con la manga de mi chaqueta, pero no sirve de nada porque brotan más. En el cielo oscuro, aquella estrella azul que me cumplió el deseo de encontrarla titila. Cómo quisiera que hoy fuera mi cumpleaños para pedirle un último deseo, solo uno. Abril tiene razón; decir lo que siento no cambiará nada, pero al menos esta noche me lo repetiré hasta que me lo crea.

Capítulo 46

Polvo de estrella



Abril

No quiero irme, pero mis piernas se mueven solas. Huyo antes de quebrarme. Las lágrimas caen sin permiso, quemando mi rostro mientras mi respiración se entrecorta. Tal vez soy una cobarde por no haberme quedado, por no haber peleado más, pero... ¿qué más podía hacer? El aire frío de la noche apenas me roza. No lo siento. Solo percibo el vacío en mi pecho, esa sensación de haber dejado atrás algo demasiado grande para cargarlo conmigo.

Camino sin rumbo fijo, hasta que la costumbre me guía a casa. Y, como si el universo no estuviera satisfecho con mi dolor, llega su presencia. Mi corazón se sobresalta y miro por encima del hombro. Alexander camina detrás de mí, a unos metros de distancia. Silencioso. Constante. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Me sigue? ¿Quiere decirme algo? Pero no. Sus manos descansan en los bolsillos de su pantalón y su mirada se mantiene fija en el suelo. No intenta alcanzarme; solo se asegura de que llegue bien. Un gesto tan suyo, tan Alexander, que me destroza. Me giro en la puerta. Él se detuvo en la acera de enfrente, apoyado contra un muro. Sus ojos oscuros, apagados, cargan el peso de todo lo que no nos dijimos. «Gracias». Le digo sin palabras; con una mirada que lleva el peso de mi amor, de mi despedida. Él asiente. Apenas con un leve

movimiento de cabeza, pero suficiente para entender. Mi garganta arde. Si me quedo un segundo más, correré hacia él.

Cruzo el umbral y cierro la puerta con una lentitud absurda, como si retrasar el sonido del cerrojo pudiera evitar que todo esto sea real. Pero lo es. No aguanto y corro a la ventana. Bajo la luz mortecina de la farola, parece un ángel caído. Con su ropa blanca y el rostro marcado por la tristeza, se ve... perdido.

Mi corazón grita su nombre, pero mis labios no se mueven. Él echa un vistazo a los alrededores, asegurándose de que todo está en orden, como si aún fuera su responsabilidad cuidarme. Y se va. Mis manos tiemblan al soltar la cortina.

—Dios, protégelo.

Las palabras salen solas, como un rezo ahogado en lágrimas. Quiero llamarlo. Quiero pedirle que regrese. Pero lo correcto es dejarlo ir. Lo correcto. Esa maldita palabra que me ha perseguido toda mi vida. Lo correcto es pensar en su bienestar. Lo correcto es no forzarlo a quedarse. Lo correcto es aceptar que me dejó porque pensó que era lo mejor para ambos. Pero lo correcto nunca es lo que me hace feliz. Me dejo caer al suelo, con la espalda pegada a la pared. Los sollozos me sacuden. No sé cuánto tiempo paso así, perdida en mi dolor. Hasta que mis dedos encuentran mi MP3 y, con un gesto automático, reproduzco la música. Mala idea. Las notas de *Remember When* de Avril Lavigne llenan la habitación.



I remember when (Recuerdo cuando)
It was "together 'til the end" (Fue «juntos hasta el final»)
Now I'm alone again (Ahora estoy sola otra vez)
Where do I begin? (¿Por dónde empiezo?)

Carajo. La canción me atraviesa como una daga, encajando en cada grieta de mi corazón y le da paso a la segunda; *When you're gone.*

When you walk away (Cuando te alejas)
I count the steps that you take (Cuento los pasos que das)
Do you see how much I need you right now? (¿Ves lo mucho que te necesito ahora mismo?)

Las lágrimas caen con más fuerza. Es una tortura autoimpuesta, pero no la detengo. Me acurruco bajo las cobijas, con los audífonos enterrados en mis oídos y dejo que ahora sea *Wish you were here*, la canción que me rompa por completo.

You're always there, you're everywhere (Siempre estás ahí, estás en todas partes)
But right now, I wish you were here (Pero ahora mismo desearía que estuvieras aquí)
Damn, damn, damn. What I'd do to have you here, here, here (¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! Lo que haría por tenerte aquí, aquí, aquí)

Una y otra vez. Porque esta noche... esta noche quiero llorar por lo que perdí. Por lo que dejé ir. Por lo que jamás podré recuperar.

...

Una luz tenue se filtra desde la puerta, obligándome a abrir los ojos. Alexander se encuentra de pie en el umbral, su silueta recortada contra la oscuridad de la habitación. No dice nada, no se mueve. Solo me observa, como si esperara algo. Mi pecho se agita. Esta vez, no haré lo correcto. Me levanto y camino hacia él; con cada paso la

distancia entre nosotros se reduce, aunque dentro de mí algo grita que en realidad nunca ha estado tan lejos. Tomo su mano con fuerza y lo guío dentro. No permitiré que se quede en el umbral. Cierro la puerta y lo empujo suavemente contra la pared, apoyando mis manos en su pecho. Es mío. Me inclino hacia él y su respiración se agita.

—Hola —susurro, rozando sus labios.

—Hola —responde, con esa voz grave que siempre ha sido mi debilidad.

No hay más palabras. Nos devoramos en un beso profundo, desesperado, como si ambos supiéramos que el tiempo se acaba. Lo atrapo entre mis labios, mordiendo con suavidad, y él me aferra por la cintura, acercándome con una necesidad que enciende algo dentro de mí. Sus manos recorren mi cuerpo, apretándome contra él, y yo me pierdo en la calidez de su torso. Con dedos diestros, desabrocho uno a uno los botones de su camisa, desde abajo hasta arriba, revelando poco a poco su piel ardiente. Deslizo la tela por sus hombros y la dejo caer al suelo sin prisa, disfrutando el momento. Mis manos exploran su cuerpo, deslizándose por su abdomen firme, deleitándome en cada contorno. Mis labios abandonan los suyos para descender por su cuello, su clavícula, hasta su pecho, y su respiración se agita. Su piel tiene un aroma embriagador, una mezcla de madera y deseo. Mi lengua traza un sendero húmedo sobre sus abdominales tensos, cada temblor de su cuerpo alimenta mi excitación. Un gemido grave escapa de su garganta y ese sonido me enloquece. No me detengo hasta que mis labios alcanzan el borde de su pantalón. Lo beso a través de la tela, bajo la cual palpita la dureza de su erección. Intenta moverse, pero mis dedos mantienen sus muñecas atrapadas contra la pared.

—No tan rápido... —murmuro contra su piel.

Se rinde, dejando que tome el control. Sonrío contra su vientre mientras desabrocho su pantalón y lo deslizo por sus piernas. Su

ropa cae al suelo con un murmullo de tela. Alzo la vista y lo contemplo desde abajo, desnudo ante mí, con su virilidad erguida en toda su gloria. Mis labios se entreabren en un gesto involuntario y mis dientes atrapan mi labio inferior. Envuelvo su erección entre mis manos, deslizando los dedos con lentitud desde la punta hasta la base. No aparto la mirada de ese punto rosado y sensible que me fascina. Una gota de lubricación brota y resbala por su tronco hasta llegar a la base. Alexander jadea, su pecho se expande deprisa y yo me inclino para seguir su rastro con la lengua.

Su piel es una combinación de suavidad y firmeza, una textura que me obsesiona. Paso la lengua de abajo hacia arriba, saboreando cada centímetro hasta alcanzar su glande. Mis labios lo envuelven en una succión pausada, mientras sigo sosteniendo sus muñecas contra la pared. Alexander suelta un gemido gutural y se muerde el labio inferior, con sus ojos fijos en los míos. Su expresión es un poema de placer contenido. Sus dedos se hunden en mi cabello a medida que mi lengua explora cada parte de él con deleite. Me siento poderosa teniéndolo completamente a mi merced. Introduzco su falo despacio en mi boca, deslizándolo hasta la garganta. Sus jadeos profundos me indican lo que ya sé: está al borde. Las arcadas son una molestia pasajera, una incomodidad que domino con destreza. Repito el movimiento, acompañándolo con la mano, subiendo y bajando con un ritmo lento y tortuoso. Me concentro en la punta, dibujando círculos con la lengua, succionándola con la suavidad exacta para que su cuerpo tiemble.

—Abril... —gime mi nombre, su voz sale rota por el deseo.

Su otra mano se desliza por su cabello en un intento de controlarse, pero su agarre en mi cabeza lo delata. No le respondo. Sigo absorta en mi tarea, en el placer de provocarlo, de llevarlo al límite. Cada sonido que escapa de sus labios es un triunfo, cada estremecimiento, un premio. Me abandono a la sensación. Esta noche apenas comienza. Sus muslos firmes me sostienen mientras lo

engullo por completo. Mis labios chocan contra su pelvis y la arcada regresa, más intensa esta vez, pero no cedo. Cierro los ojos y dejo que las lágrimas resbalen por las comisuras hasta que mi garganta se acostumbra a su presencia.

—¡Dios, Abril! —gruñe con un gemido ahogado, enredando los dedos en mi cabello y apretando con desesperación. Sus muslos tiemblan bajo mis manos y el placer en su voz me prende fuego por dentro.

Nunca antes me había atrevido a algo así, pero jamás imaginé que me encantaría, que lo disfrutaría hasta este punto, hasta perderme en la sensación, en su sabor, en la manera en que su cuerpo se rinde ante mí. Mis mejillas arden con la fricción, pero eso no me detiene. Lo quiero todo. Lo quiero rendido. Lo quiero temblando y sin aliento, derramándose en mi boca mientras lo devoro sin tregua. Sus jadeos se tornan erráticos y su respiración se quiebra mientras acelero el ritmo. Mi lengua, mi boca y mi garganta trabajan en sintonía, entregadas a su placer. No puedo evitar gemir contra él, mirándolo desde abajo, fascinada por su expresión de éxtasis, por la forma en que sus pupilas se dilatan y sus labios se entreabren en un gemido profundo. El calor de su clímax estalla en mi boca y Alexander gruñe con fuerza. Lo bebo todo, cada gota, saboreando su esencia con deleite, hasta que su mano en mi nuca me aparta con suavidad.

Me levanta con facilidad y me empuja contra la pared. Mi mejilla y mi pecho chocan con la frialdad del muro, mis pezones se endurecen al contacto con la superficie helada. Alexander aprovecha mi postura para inmovilizar mis manos sobre mi cabeza, atrapándome bajo su control. Con un movimiento decidido, arruga la tela de mi bata y la desliza fuera de mi cuerpo, dejándome completamente expuesta ante él. Sus manos grandes me aprisionan los pechos, los amasan con un hambre feroz, mientras sus labios recorren mi cuello con besos abrasadores, ascendiendo hasta el punto sensible detrás de

mi oreja. Un estremecimiento me sacude. Me aferra de las caderas y presiona su erección húmeda contra la curva de mi espalda. La anticipación me roba el aliento. Sin más preámbulos, me penetra de un solo golpe. Un grito se escapa de mis labios mientras mis paredes lo reciben, expandiéndose para darle paso.

—¡Dios! —gimo, arqueándome contra él.

Me llena por completo y no me da tregua. Se mueve dentro de mí con una intensidad brutal, marcando su territorio en cada embestida. La fuerza de su cuerpo me estrella una y otra vez contra la pared, haciendo que mis pechos choquen con esta. Me llevo la muñeca a la boca para ahogar mis gritos, pero no puedo ocultar el placer que me consume. Alexander gruñe en mi oído, su aliento cálido eriza mi piel. Me arqueo aún más, ofreciéndome a él sin reservas, y su agarre en mis caderas se vuelve más feroz. Mis piernas tiemblan, débiles por la oleada de sensaciones que me recorren. Cada choque de su pelvis contra mi trasero resuena en la habitación, un sonido húmedo, urgente, cargado de lujuria. Su mano derecha se desliza entre mis muslos y sus dedos encuentran mi punto más sensible. Un espiral de placer me sacude y me destroza.

—¡Aaah! —grito, incapaz de contener la explosión que se apodera de mi cuerpo.

Mis paredes lo aprisionan en una pulsación frenética, arrastrándolo conmigo al abismo. Alexander gruñe, derramándose dentro de mí con una embestida final que me deja temblando. Me sujeta con fuerza, como si no quisiera dejarme ir. Aún se mueve dentro de mí, alargando el placer, exprimiendo hasta la última gota de deseo.

—Cariño —balbuceo entre jadeos—, vamos a la cama.

Con un par de movimientos más, se separa de mi interior y me da la vuelta. Sus ojos, oscuros y nublados de placer, se clavan en los míos antes de que lo rodee con los brazos y lo bese con hambre. Sin soltarme, me sujeta de la cintura y me lleva a la cama, donde nos dejamos caer sobre el colchón. Nos cubrimos con las sábanas

blancas, envolviéndonos en el calor de nuestro propio caos. A través de la ventana, el cielo nocturno se extiende sobre mí. Busco su estrella y la encuentro en el mismo punto, como una promesa silenciosa. Un recordatorio de que él existe, de que nos pertenecemos. Pero esta noche hay algo extraño. La luz de su estrella parece más opaca, lejana, inestable. Mi mirada se encuentra con la suya. Paso la yema de mis dedos por sus mejillas, explorando su piel como si fuera un mapa que ya conozco pero que nunca me canso de recorrer.

—Eres un imbécil —murmuro, con una sonrisa ladeada.

—Pero soy tu imbécil —responde, antes de besarme de nuevo.

Mis manos se deslizan por su pecho, explorándolo como si intentara memorizar cada centímetro de su piel. No quiero olvidar cómo se siente tenerlo cerca, pero, antes de que pueda ir más allá, algo cambia. Su cuerpo, que hace un segundo ardía bajo mis dedos, se vuelve frío. Me separo ligeramente. No, no, no. Alexander sigue aquí, pero algo está mal. Su expresión ya no es la misma, su mirada azul se vuelve opaca, lejana, como la luz de la estrella.

—Alex... —mi voz es un eco tembloroso en la habitación.

No responde. No se mueve. Parece una sombra de sí mismo. Intento tocarlo de nuevo, pero cuando mis dedos rozan su piel, se siente más helada.

—No... —susurro, pero él sigue sin reaccionar.

Bajo la mirada y en su pecho desnudo aparece una grieta oscura, como si algo dentro de él se estuviera desmoronando. Mi respiración se acelera. Intento cubrir la grieta con mis manos, como si pudiera cerrarla, sanarlo.

—No te vayas.

Pero él no me oye. La grieta se extiende y su piel se desmorona entre mis dedos.

—¡Alex!

Intento sostenerlo, pero se deshace en polvo. La luz en la habitación parpadea. Estoy sola. Mi pecho duele. Quiero gritar, pero no puedo. A través de la ventana, el cielo se abre sobre mí y, en medio de la oscuridad, su estrella brilla con intensidad, pero empieza a caer. Y con ella, todo desaparece.

Capítulo 47

El ladrón de libros... y de mi cordura

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El chirriante canto del Señor Clock me arranca de golpe del sueño. Mi corazón late desbocado. La oscuridad envuelve el cuarto, pero mi respiración entrecortada resuena en el silencio. El tacto de Alexander permanece en mi piel. Su voz en mi oído. Sus labios sobre los míos. Pero no está aquí. Llevo una mano a mi pecho, justo donde él tenía aquella grieta en el sueño. La sensación de vacío sigue ahí. Me levanto con movimientos torpes, intentando sacudirme la pesadez del sueño. ¿Qué significó? Su estrella cayendo, su cuerpo desmoronándose... ¿Es una advertencia? Con cada paso hacia la ducha, la escena sigue repitiéndose en mi cabeza. Como si mi subconsciente intentara decirme algo que aún no logro entender. El agua caliente corre por mi cuerpo, relajándome lo justo para que el nudo en mi garganta se afloje. ¿Por qué siento que algo se me escapa?

Termino de arreglarme y el timbre suena. Mi corazón se acelera antes de que mi razón pueda detenerlo. ¿Alexander? Me odio a mí misma por la esperanza estúpida que brota sin permiso. Claro que no es él. Pero, aun así, mi pecho se aprieta de camino hacia la puerta. La sorpresa me golpea. Hannah me mira, con el rostro desencajado y unas ojeras tan marcadas que parece no haber dormido en días.

—Abril, necesito hablar contigo urgentemente —su voz tiembla—. Es de vida o muerte.

El aire se me queda atrapado en la garganta.

—¿Alexander está bien? —pregunto con los ojos desorbitados y el corazón iniciando una maratón.

—Sí, sí, él está bien —asegura, aunque su expresión sigue cargada de angustia.

Suelto un suspiro, pero la tensión en mi pecho no desaparece.

—Pasa y cuéntamelo.

Hannah asiente y entra. Se deja caer en el sofá con los hombros hundidos, como si llevara el peso del mundo sobre ellos. Yo hago lo mismo, preparándome para lo que sea que tenga que decirme.

—Es sobre mi hermano —comienza, con la voz tensa— o, mejor dicho, mi medio hermano.

El tono de su voz me pone en alerta.

—¿Qué sucede?

Hannah respira hondo y se frota los dedos, como si intentara darse valor para seguir hablando.

—Está enfermo y solo en Corea —explica, sin rodeos—. Tiene diecisiete años y vive en un pequeño apartamento que le compró mi padre, pero él ni siquiera lo llama.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque a mi padre nunca le ha importado realmente. Lo mantiene, sí, pero no lo cuida —su voz se vuelve más aguda, como si el enojo le impidiera controlarla—. Mi hermano sufre de hemofilia, una enfermedad hereditaria de su abuelo materno. Debido a su condición, tiene hemorragias frecuentes, muy peligrosas.

Mi estómago se revuelve.

—Dios...

Hannah aprieta los labios y baja la mirada.

—Ayer tuvo una hemorragia nasal muy fuerte y no podía detenerla. Me llamó asustado, sin saber qué hacer.

—¿Y está bien ahora? —El miedo ajeno se filtra en mi piel.

—Sí, la sangre se detuvo, pero... ¿qué pasa si la próxima vez no lo hace? —Sus ojos reflejan una angustia que me cala hasta los huesos —. No puedo quedarme de brazos cruzados.

Asiento despacio, comprendiendo lo que está a punto de pedirme.

—¿Qué piensas hacer?

Hannah cierra los ojos, como si reuniera fuerzas.

—Solo hay una solución, Abril. O yo me voy a Corea para cuidarlo, o él viene aquí.

—¿Y Alexander? —la pregunta sale sola, aunque ya intuyo la respuesta.

—Lo necesito. Solo él puede ayudarme.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una roca.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Convencerlo de que me escuche. —Su mirada es una súplica desesperada—. Eres su novia. Si alguien puede hacerlo, eres tú.

Mi corazón da un vuelco y mi garganta se cierra. Desvío la mirada, tragándome el nudo que amenaza con asfixiarme.

—Hannah... —La miro a los ojos, con más dolor del que quisiera admitir—. Alexander y yo ya no estamos juntos.

El silencio que se instala entre nosotras es tan pesado como el vacío en mi pecho. Hannah parpadea varias veces. No dice nada de inmediato, pero sus ojos se abren de par en par, como si le hubiera dicho que el mundo se está acabando.

—¡¿Qué?!

El temblor en su voz me deja claro que no esperaba esto en absoluto.

—Hace un mes terminó conmigo —repito, intentando sonar más firme de lo que me siento.

—¡¿Pero por qué?! —Se lleva una mano a la frente, frunciendo el ceño—. No puede ser.

Exhalo despacio.

—Dijo que está pasando por un mal momento y que no quiere involucrarme en sus problemas.

Hannah cierra los ojos, como si la respuesta le doliera más de lo que imaginaba. Y murmura algo que me deja helada:

—Se acerca su cumpleaños...

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué? —susurro. Se forma un extraño vacío en el estómago—. ¿Cuándo?

—En tres días.

Tres días...

—¿El once de abril?

—Sí. ¿No lo sabías?

Niego con la cabeza. No, no tenía ni idea. Alexander nunca mencionó su cumpleaños. Nunca.

—A él no le gusta hablar de esas cosas. —Me siento tonta por no haberlo notado antes.

—Es por lo que pasó con nuestra madre —responde Hannah, con su voz cargada de un peso que no puedo ignorar.

El aire en la sala se siente más denso y una punzada de tristeza me atraviesa el pecho.

—Yo... —Mi garganta se aprieta—. Hubiera querido pasar esa fecha a su lado.

Mis ojos arden. No quiero llorar. Pero la idea de Alexander pasando su cumpleaños solo, con todas sus sombras acechándolo, me destroza. Mi sueño cobra un nuevo significado. La grieta en el pecho de Alexander. Su cuerpo desmoronándose. Su estrella cayendo. No solo se estaba destruyendo a sí mismo. Está huyendo de algo más grande. Y, tal vez, acabo de encontrar la razón. Hannah baja la cabeza.

—Lo sé. Yo también. Ahora mi hermanito va a estar completamente solo.

No. No dejaré que eso pase.

—Espero que no sea así —murmuro, con un nudo en la garganta.

Ella suspira.

—No es por preocuparte, pero lo más probable es que sí. Él no tiene a nadie más.

La desesperanza en su voz hace que mi decisión se fortalezca. Yo siempre estaré para él.

—Ustedes hacen una pareja hermosa —dice, con una sonrisa nostálgica—. Creí que estarían juntos toda la vida.

Mi corazón duele. También lo creí.

—Gracias —fuerzo una sonrisa—, pero prefiero no hablar de eso.

Hannah asiente, comprendiendo que no quiero abrir otra herida. Pero una pregunta me carcome.

—¿Por qué no le habías contado lo de su hermano antes?

Hannah suspira, pasándose una mano por el cabello.

—Ni siquiera yo lo sabía, Abril. —Su expresión se endurece—. Me enteré hace poco, días antes de que nos mudáramos al país.

—¿Cómo?

—Por los estados de cuenta de mi padre. Encontré transferencias bancarias a nombre de mi hermano, consignaciones que llevan años.

Trago saliva.

—¿Entonces sus padres se lo ocultaron a ambos?

Hannah asiente.

—Nos lo ocultaron todo el tiempo. —Su mandíbula se tensa—. Si lo hubiera sabido antes, habría hecho algo por él.

El peso de la revelación cae sobre mí.

—Y cuando lo descubriste, ¿por qué no se lo dijiste a Alexander?

Hannah se muerde el labio, como si odiara la respuesta que está por darme.

—Porque si se lo decía antes de venir aquí, no habría viajado. Se habría quedado en Corea, completamente solo.

Sus palabras resuenan en mi mente, dándole aún más sentido a mi sueño. Alexander desmoronándose. Su estrella cayendo. Aprieto los labios.

—¿Y por qué no se lo dijiste después?

Hannah exhala un suspiro largo, como si aún se arrepintiera.

—El Día de San Valentín iba a contárselo. Ese era mi plan.

Mi estómago se encoge.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque lo vi contigo. Se veía feliz, Abril; por primera vez en mucho tiempo. —Me sostiene la mirada—. No quise arruinarlo.

Mi corazón se rompe un poco más. Alexander era feliz conmigo. Y lo perdió todo. Aprieto los labios en una línea fina.

—Entiendo que necesitas ayuda. Voy a tratar de convencerlo. —Me paso una mano por el cabello—. Pero no creo que me haga caso. Es muy terco.

Hannah sonríe débilmente.

—Con que lo intentes me conformo, Abril. —Me envuelve en un abrazo cálido—. Gracias.

Al principio me tensa el contacto, pero al final correspondo. Dura solo unos segundos, pero el gesto dice más que mil palabras. Hannah se aparta y se alisa la ropa.

—Imagino que debes ir a clases —dice con una sonrisa cansada—. No te quito más tiempo.

Me pongo de pie también.

—Está bien. Te acompaño.

Caminamos hacia la puerta y, antes de irse, se gira una última vez.

—Gracias de nuevo, Abril. Eres una chica increíble. —Sus palabras me toman por sorpresa, pero lo que dice después me deja helada—: Espero que mi hermano recapacite y no te deje escapar.

Me guiña un ojo antes de salir, cerrando la puerta detrás de ella. No me da tiempo de responder. Pero sus palabras me dejan con una sonrisa triste... y una determinación nueva latiendo en mi pecho.

...

Entro al aula como un tornado, con el corazón retumbando en mi pecho, y me encuentro con el dueño de las miradas que derriten, el ladrón de mi paz mental... y el ladrón de mi libro. Alexander lo sostiene con una mano, pasando páginas con la otra. Su expresión es tranquila, como si no estuviera cometiendo un crimen literario. Nuestros ojos se encuentran como un choque eléctrico. Pero hoy no me quedaré atrapada en su órbita. Con un esfuerzo sobrehumano, desvío la vista y me dirijo a mi pupitre con la determinación de un soldado en plena marcha.

La maestra Eva irradia felicidad. Quizás el maestro Jack finalmente la invitó a bailar algo más romántico que zumba en el gimnasio. Las dos primeras clases pasan en un suspiro. Y con varios de mi parte. Porque, seamos honestas: Alexander se ve devastadoramente guapo, incluso distraído. Pero cuando la clase termina, mi misión queda clara. Hannah necesita su ayuda. Y yo seré la que se lo diga. Es ahora o nunca. Me acerco a su mesa. Cada paso pesa.

—Hola.

Él levanta la mirada del libro. De mi libro. Y sonríe.

—Hola, pequeña.

Mi corazón decide traicionarme y empieza a bailar salsa. ¡No me llames «pequeña»! Trato de mantener la compostura.

—¿Podrías simplemente llamarme Abril? —mi voz suena firme, aunque me derrito—. Incluso podrías dejar de tutearme, como al principio.

Su mandíbula se tensa. Guarda el libro en su mochila, como si lo que acaba de decir fuera más grave que su robo en primer grado, y

me mira con intensidad; con ese algo en sus ojos que siempre logra dejarme sin aire.

—Ya no dejaré de tutearte, Abril.

Descarga eléctrica. ¿Esto es amor o un mal cableado en mis emociones? Trago saliva y me obligo a levantar la barbilla.

—Bueno, al menos así está mejor.

Lo que sea que signifique «así».

—Y bien. —Se cruza de brazos. Su camiseta se ajusta a su pecho de una manera que no es justa para mi concentración.—. ¿Tienes algo que decirme?

¡Mierda! ¿A qué vine? Ah, sí. Hannah. Respiro hondo.

—Necesito hablar contigo.

Él no se mueve, solo me observa. Su mirada se desliza por mi rostro, por mis labios, por todo.

—Estoy escuchando.

—Sería mejor discutir esto en un lugar más privado. —Miro alrededor, incómoda con las miradas ajenas—. ¿Podemos ir al despacho?

Sus labios se curvan en una sonrisa lenta. Peligrosa.

—¿Por qué quieres llevarme allí?

Su tono. Dios, su tono. «Aguanta, Abril. No caigas en su juego». Carraspeo, intentando despejar mi mente.

—Lo que tengo que decirte es muy personal.

Silencio. Él inclina la cabeza, evaluándome. Como si intentara leerme.

—Está bien. Vamos.

Se levanta y empieza a caminar conmigo por el pasillo. Su mirada me perfora la espalda y me pongo tensa. ¿Por qué demonios tuve que ponerme estos pantalones ceñidos? ¿Y quién inventó los espejos retrovisores humanos? «Concéntrate, Abril. Esta conversación no es sobre nosotros dos». Esta vez, se trata de algo más grande. Entro al despacho y el sonido del pestillo cerrándose me hace dar un

respingo. Me giro hacia él, intentando no parecer una presa atrapada.

—No era necesario poner el seguro —mi voz suena firme, pero en realidad evalúo la posibilidad de saltar por la ventana.

¡Pero no hay ventanas! Alexander se apoya contra la estantería con la tranquilidad de quien sabe que tiene el control de la situación.

—Es mejor evitar interrupciones —su voz grave vibra en mi pecho como un eco.

Ajá, claro. Camino hasta el sofá con pasos calculados y me siento como quien acaba de meterse en la jaula del león. Él, en cambio, se cruza de brazos, observándome desde arriba, con la expresión de alguien que puede ver a través de mí.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante?

Trago saliva. «Céntrate, Abril».

—Necesitas hablar con Hannah.

Todo cambia. El brillo juguetón en sus ojos desaparece. Sus rasgos se endurecen y su mandíbula se tensa.

—No tengo nada que discutir con ella.

Aquí vamos.

—¡Claro que sí! —mi tono es tan serio que hasta yo me sorprendo —. Ella necesita decirte algo urgente.

—¿Por qué no me lo dijo ese día cuando discutimos?

Su ceño se frunce y sé exactamente qué recuerda: su pelea con Hannah, las palabras no dichas, las heridas abiertas. Suelto un suspiro, apoyando las palmas en mis piernas.

—No puedes evadir a tu hermana para siempre.

—No la estoy evadiendo. —Desvía la mirada—. Simplemente, no quiero verla.

Misma cosa, diferente empaque. Resisto el impulso de poner los ojos en blanco y, en su lugar, lo miro con toda la determinación que me queda.

—Escúchame.

Sus ojos regresan a los míos.

—Tu hermana ha intentado contactarte de todas las formas posibles. —Hago una pausa—. Probablemente haya llenado varios cuadernos de hojas púrpura.

Maldición. No debí decir eso. Alexander se inclina levemente hacia adelante. Su expresión cambia.

—¿Qué dijiste?

Intento retroceder, pero sus ojos me tienen atrapada.

—Ella te ha escrito cartas y tú las arrugas, seguramente sin leerlas.

Oh, genial. Ahora, además de confrontarlo, también admití que soy una fisgona profesional.

—¿Cómo sabes eso, Abril?

Su mirada se entrecierra y mi cerebro lanza todas las alarmas. ¡Error! ¡Error! ¡Código rojo!

—No me cambies el tema. —Cruzo los brazos en un intento de recuperar el control—. Te estoy diciendo que hables con ella o te arrepentirás después.

Alexander no responde de inmediato. Solo me observa. Calculando. Y da un paso hacia mí.

—¿Qué sabes tú que yo no sé? —su tono baja. Se vuelve más grave y se acurruca frente a mí—. Dímelo.

Adiós a mi autocontrol. Está demasiado cerca. El calor de su cuerpo me envuelve, la energía que irradia, la intensidad de su mirada que me enciende la piel.

—Admito que esperaba otro tipo de conversación aquí. —Sus ojos se deslizan hacia mis labios y mi respiración se corta.

¡Diosito, ayúdame!

—Es algo que debes escuchar de su propia boca —mi voz tiembla como una hoja al viento.

—¿Y si me lo cuentas tú?

¡No!

Quiero levantarme y huir, pero mis piernas no responden. Cómo me gustaría poder teletransportarme. Su sonrisa se curva con ese aire peligroso, ese que me hace olvidar todo lo que no sea él.

—Mejor acepta que no me trajiste aquí solo por eso. —Su voz. Ese tono bajo y envolvente que siempre me mete en problemas.

—¿Por qué más te iba a traer aquí? —intento sonar indiferente, pero mi propio cuerpo me traiciona.

Él lo sabe. Por eso su sonrisa se ensancha apenas un poco. Su boca se acerca demasiado. Mis labios se humedecen automáticamente y su mirada se oscurece al seguir el movimiento de mi lengua. ¿Quieres tomar el relevo? ¡Qué carajos pienso! Dios. ¡Dios! Si no fuera porque estoy sentada, probablemente me caería de culo.

—Dile a tu cuerpo que no te delate —su voz ronca es pura dinamita.

¡Maldita sea! La descarga eléctrica se dispara entre nosotros. Estoy a punto de ceder, a punto de inclinarme, de perder la batalla. ¡Basta! Lo empujo suavemente y me levanto, tambaleándome como un ciervo recién nacido.

—Es hora de irnos —mi tono suena más a súplica que a decisión.

Él no dice nada, solo me observa con intensidad; como si esto no hubiera terminado. Me apresuro a la puerta antes de cometer una locura. Pero, en el último segundo, me atrevo a mirarlo por encima del hombro y su expresión me lo confirma. Esto no ha terminado.

Capítulo 48

Salvar vidas... y perder la cabeza

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El camino a casa transcurre en silencio. Rachel y yo avanzamos con los pies arrastrando el cansancio del día, cada una sumida en sus pensamientos. Hasta que unos chillidos agudos rompen la quietud de la tarde. Nos detenemos en seco.

—¿Oíste eso? —pregunta Rachel, con los ojos abiertos de par en par.

No le respondo y corro hacia el sonido. Junto a un poste de luz, una caja de cartón vibra con movimientos irregulares. Nos arrodillamos para mirar de cerca. Una perrita panzona yace acostada dentro, jadeando como si hubiera corrido un maratón.

—¡Está dando a luz! —grito.

Rachel se pone pálida.

—¿Sabes cómo ayudarla?

Buena pregunta.

—¿Sabía Newton cómo descubrir la gravedad? ¡No! Pero lo hizo. —Me remango las mangas—. ¡Manos a la obra!

Rachel me mira como si acabara de perder la cabeza, pero no objeta. Nos miramos, listas para convertirnos en comadronas caninas. Por lo menos, el día terminará con un milagro en lugar de un colapso emocional..., aunque no prometo nada.

—¿Estás segura de que podemos hacer esto? —pregunta Rachel, con voz temblorosa.

—No. —Trago saliva—. Pero no tenemos otra opción. Si no la ayudamos ahora, puede morir.

Rachel se tapa la boca como si fuera a gritar, pero en lugar de eso, susurra:

—Voy por guantes. —Sale disparada como un misil, dejándome a solas con la madre en apuros.

La perrita me mira con ojos rojos y suplicantes y mi corazón se aprieta.

—Tranquila, chiquita —intento que mi voz suene suave, aunque estoy en pánico absoluto.

No la voy a dejar sola. Rachel regresa con una caja de guantes de látex.

—Aquí están.

Me los pongo con la solemnidad de un cirujano, aunque mis manos tiemblan. Sujeto al primer cachorrito que intenta nacer, pero es más difícil de lo que imaginaba. Se resbala, se esconde, se me escapa entre los dedos como una pastilla de jabón viva.

—¡Maldición, quédate quieto! —siseo, pero el pequeño se desliza de nuevo.

—¿Qué están haciendo? —la voz profunda de Alexander me golpea como un rayo, haciéndome dar un respingo.

¿Qué demonios hace aquí? Me giro tan rápido que casi caigo de espaldas. Él me mira, con su postura relajada y su expresión de héroe casual, como si no fuera un problema que mi corazón acabara de salirse de órbita.

—¡La perrita está dando a luz! —digo, como si eso no fuera bastante evidente.

Rachel se adelanta, probablemente para evitar que hiperventile.

—Abril está intentando ayudarla, pero, bueno..., parece que la perra sabe más que ella.

¡Oye! Alexander se arrodilla junto a mí. Demasiado cerca. Sus *jeans* definitivamente no están hechos para esta posición, pero parece no importarle.

—Necesitas ayuda.

—Tus manos son demasiado grandes, no creo que funcione —me apresuro a objetar, porque, honestamente, si algo sale mal, no sé si podré manejar el drama.

Alexander no pestañea siquiera.

—Dos pares de manos son mejor que uno —su tono es firme. Definitivo.

Suspiro, rindiéndome, y Rachel le pasa un par de guantes. Se los pone con una concentración que me hace preguntarme si en su tiempo libre se dedica a asistir partos clandestinos.

—Sujeta aquí y presiona suavemente el abdomen —su voz es tan calmada que casi parece un arrullo para la mamá perruna.

Y sucede. Entre los dos, logramos que el primer cachorro asome más. Alexander lo sostiene con una delicadeza que me desarma y lo miro en silencio. ¿Es este el mismo chico que me sujeta del cuello y me embiste como si quisiera traspasarme? Porque ahora mismo, con ese cachorro en sus manos, parece otra persona. Un hombre capaz de sostener la vida con la misma intensidad con la que la consume. Y eso, de alguna manera, me aterra más que todo lo demás. Uno tras otro, los cachorros van saliendo y la expresión de Rachel pasa de asco absoluto a una mezcla de fascinación y pánico. ¡Misión cumplida! Los dos nos ponemos de pie y me quito los guantes con un movimiento rápido.

—¡Lo logramos! —grito.

Una oleada de alivio y emoción pura me atraviesa y me lanzo hacia Alexander. Mis brazos se cierran alrededor de su cuello y mi rostro termina enterrado en el hueco perfecto entre su clavícula y su cuello. Madera fresca y menta. Ese maldito olor suyo que siempre ha sido mi perdición. Todo desaparece; las calles, Rachel, la perrita... todo.

Solo estamos él y yo, temblando juntos en un abrazo que no sé si es celebración o nostalgia. Pero mi cerebro reacciona y enciende todas las alarmas. ¡Error! ¡Error! ¡Suéltalo ahora! Me aparto de golpe como si acabara de tocar un cable de alta tensión.

—¡Lo siento! —balbuceo, con las mejillas en llamas.

Alexander se quita los guantes con calma, sin apartar esos ojos de mí.

—No te preocupes. Fue un abrazo de celebración, ¿verdad? —su voz es tranquila, pero hay un brillo en su mirada que me hace querer correr en círculos.

Asiento con rapidez y me obligo a centrarme en los cachorros. Rachel se inclina hacia la caja y suspira con ternura.

—Son preciosos. —Señala a uno en particular—. ¡Mira ese! Parece un arcoíris en miniatura.

Mis ojos se posan en una bolita de pelos con manchas de todos los tonos posibles.

—Este es mi favorito. —Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Qué harás con ellos? —pregunta Alexander, cruzándose de brazos.

—No tengo idea. —Miro a Rachel, buscando apoyo.

—Por ahora, hay que llevarlos al veterinario. —Alexander se pone en movimiento antes de que pueda responder.

Desaparece y regresa minutos después con una canasta nueva y una cobija suave. Rachel se queda boquiabierta.

—¿De dónde sacaste eso?

Alexander sonríe.

—Tengo mis recursos.

Coloca la cobija con cuidado, como si estuviera preparando la cama de un bebé. La madre perruna y sus cachorros quedan instalados en la canasta, y nos dirigimos al auto. Rachel y yo nos acomodamos en el asiento trasero, dejando a Alexander solo en el asiento del

conductor. Su mirada en el espejo retrovisor no está en la carretera, sino en mí.

—¿Estás bien allá atrás? —pregunta con una mezcla de humor y... ¿decepción?

—Perfectamente. —Le sonrío y me acomodo entre los cachorros, pero el calor en mi pecho sigue ahí.

Rachel, con su sentido de la oportunidad siempre impecable, murmura:

—Tendrías que haberte sentado adelante. Ahora parece un taxista.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero no puedo evitar reírme. Alexander resopla, pero no dice nada. Durante el trayecto a la veterinaria, intenta concentrarse en la carretera, pero cada tanto su mirada me busca en el retrovisor. Y cada vez, como una idiota, le sostengo la mirada. Rachel, ajena al drama silencioso, acaricia a los cachorros dormidos como si fueran una torre de peluches. El veterinario examina a los pequeños. Después de una revisión rápida pero meticulosa, nos informa con una sonrisa profesional:

—Están en perfecto estado.

—¡Gracias a Dios! —suspiro. ¡Qué alivio!

—La mamá es una *shih tzu*, pero los cachorros parecen mestizos.

Rachel frunce el ceño.

—¿Mestizos?

—Probablemente el padre era un perro callejero. —El veterinario sacude la cabeza—. Alguien la abandonó cuando quedó preñada.

La indignación se me sube a la garganta como un nudo amargo.

—¡Qué desalmados! —Me cruzo de brazos.

La perrita parece solidarizarse, moviendo la cola con un pequeño gruñido de aprobación. Dejamos a los perritos en la clínica para que los limpien y alimenten. Mientras tanto, decidimos almorzar en un restaurante cercano. Un paseo lleno de tensión. Caminamos unas cuadras en una formación extraña: Alexander al frente, como líder de expedición; Rachel y yo a los lados, como dos soldados. Él y yo

intentamos no rozarnos, pero es imposible. Cada vez que nuestras manos se acercan, mi cerebro entra en modo alerta nuclear y salto hacia Rachel con cualquier excusa absurda:

—¡Rachel! ¿Ya viste esa tienda? ¡Tienen vestidos divinos!

Rachel me mira de reojo. Alexander exhala, haciendo una mueca, y su mandíbula se tensa, pero no dice nada. Es un juego silencioso, una batalla no declarada entre su paciencia y mi resistencia. Y no estoy segura de quién va a ganar. El restaurante parece un templo dedicado al derroche. Desde el suelo brillante hasta las lámparas que parecen sacadas de un castillo, todo grita lujo. Una mesera nos guía hasta una mesa para tres y, en cuanto nos sentamos, Alexander saca a relucir su caballerosidad:

—Pidan lo que quieran.

Rachel brinca en su asiento como niña en un parque de diversiones.

—¡Yuju! —exclama, frotándose las manos como villana de caricatura—. Entonces pediré algo que no haya probado nunca. ¿No te importa, Alex?

Le lanzo una mirada que debería perforarle el cráneo, pero ella sigue demasiado ocupada planeando su festín.

—Claro que no, pide lo que quieras.

La mesera nos entrega las cartas y mi alma abandona mi cuerpo mientras hojeo los precios. ¿Platos de oro? ¿Las vacas de estos filetes fueron masajeadas por monjes tibetanos? Intento no hiperventilar. Y Rachel lo empeora.

—¡Mira, Abril! Tienen esa sopa coreana que tanto querías probar —su voz rebosa entusiasmo—. La vimos el otro día cuando buscábamos trabajo, ¿recuerdas? Dijiste que era tu sueño probarla.

Mi sueño es que dejes de hablar.

—No recuerdo nada de eso. —Fuerzo una sonrisa.

—¡Claro que sí! Dijiste que costaba un riñón, pero que debía valer la pena.

—No tengo hambre. —Cierro la carta con firmeza—. Solo pediré agua.

Rachel me mira como si hubiera dicho que prefiero comer cartón, pero no dice nada más y señala algo en la carta, mostrándole a Alexander. Él interviene con la facilidad de quien tiene el control sin siquiera intentarlo.

—Tráiganos un *ossobuco alla milanese* para ella, un *boeuf bourguignon* para mí y un ramen para la señorita, por favor.

¡Ramen! Así se llama esa sopa. La mesera asiente con una sonrisa radiante y se aleja. Yo lo fulmino con la mirada.

—¡Yo no pedí eso!

—Pero lo querías. —Se encoge de hombros, con una expresión de lo más inocente.

¡Atrevido! Intento mantener mi indignación, pero llega la comida y el aroma del ramen me golpea como un abrazo cálido. Tomo la primera cucharada y mi alma abandona mi cuerpo por segunda vez.

—¿Qué tal? —pregunta Alexander, con esa mirada de «Te lo dije».

Mi orgullo se resiste, pero mis papilas gustativas ya se han vendido a la causa enemiga.

—Está... rico —lo admito a regañadientes, limpiándome los labios con la servilleta.

Rachel, sin ningún filtro, declara con la boca llena:

—¡Esto es glorioso! Alex, deberías invitarnos más seguido.

Alexander se ríe con suavidad, pero sus ojos no se apartan de mí. Nos miramos. Y aunque debería apartar la vista, no puedo. La comida pierde importancia, el ruido del restaurante se atenúa y todo lo que existe es este intercambio de miradas. Y lo que dice su mirada no es seguro. Ni para él. Ni para mí.

...

De regreso en la veterinaria, nos encontramos con una sorpresa. La perrita sale más limpia que un anuncio de detergentes y con un vestido rosa. Rachel se dobla de la risa.

—¡Mira esto! Parece una celebridad.

Yo acaricio su lomo, sonriendo.

—Apuesto a que ahora exige agua embotellada y comida *gourmet*.

Alexander paga la cuenta sin darnos tiempo a protestar y salimos con la canasta llena de cachorros rumbo al auto. Rachel, rápida como el viento, ocupa el asiento trasero conmigo. Lo que deja a Alexander solo en el frente, otra vez. Llevamos a los cachorros a un refugio y, después de dejar a Rachel en su casa, él y yo nos quedamos solos en el auto. Alexander me mira por el espejo retrovisor y, tras encender el motor, habla con ese tono grave que siempre me descoloca:

—¿Por qué no te pasas adelante?

Mi corazón se detiene.

—Aquí estoy bien.

—¿No quieres estar mejor? —pregunta con una sonrisa que promete peligro.

¡Di que sí, di que sí! En vez de huir, la mujer valiente que traigo dentro decide aparecer. Y las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas:

—¿De qué sirve estar a tu lado si no puedo acercarme como quiero?

Silencio. Yo contengo la vida. Y Alexander me observa por el retrovisor, pero esta vez su expresión cambia. Desbloquea el seguro del copiloto sin decir una palabra. Mi pecho sube y baja acelerado. ¿Me arriesgo o finjo que esto nunca pasó? Él no insiste. Solo espera. Y su boca se curva en una sonrisa tan oscura como tentadora. Esto no ha terminado. No importa cuántas veces intente huir. Después de él, ya no quiero nada.

Capítulo 49

Tengo café caliente

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

Me bajo del auto y subo al asiento del copiloto como quien está a punto de firmar un contrato con el destino. La sonrisa de Alexander podría iluminar un hoyo negro. Mientras me ajusto el cinturón, me mira con una satisfacción silenciosa, como si acabara de ganar una apuesta secreta.

—¿Cómoda? —pregunta, con una voz que lleva un rastro de diversión.

—No mucho, pero sobreviviré —intento sonar indiferente, pero mi corazón late con tanta fuerza que me sorprende que el auto no empiece a vibrar.

Desvío la vista, buscando algo, lo que sea, que me ayude a no centrarme en el hecho de que estamos solos en un espacio reducido, con su fragancia de bosque, frescura y cítricos envolviéndome como un hechizo. La hora que revela el panel de instrumentos me avisa que voy tarde al trabajo, como siempre.

—¡Demonios!

Mi mano vuela a mi boca y Alexander frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—¡Se me hizo tarde! —exclamo, mientras mi estómago se retuerce.

Alexander, por supuesto, se mantiene tan tranquilo como si hubiéramos estado discutiendo el clima.

—¿A qué hora empiezas?

—A las seis.

Mira el reloj del auto y sonríe.

—Son las 17:55. Llegaremos a tiempo.

Y antes de que pueda protestar, acelera. El motor ruge, el paisaje se vuelve borroso, y yo me aferro al asiento como si estuviéramos en una escena de *Rápidos y furiosos*. Mejor mantener las ventanas cerradas, porque si las abre, pierdo las pestañas. A las seis en punto, Alexander detiene el auto frente al *pub* con una precisión milimétrica. Me desabrocho el cinturón, lista para bajar, pero...

—Te acompaño adentro.

Mi cabeza gira en su dirección.

—No hace falta —replico. Si entra conmigo, mi día podría volverse aún más caótico—. Ya hiciste mucho por mí hoy.

—Vendré por ti a las once —dice, con una certeza que me desarma.

—No es necesario, de verdad...

—Claro que es necesario —me interrumpe con ese tono que no admite réplica—. Es peligroso que andes sola a esa hora.

Se inclina ligeramente sobre mí para abrir mi puerta desde su asiento y su proximidad me roba el aire. Su brazo roza el mío y mi piel enciende todas las alarmas.

—Vendré por ti y no se discute. —Su mirada atrapa la mía.

No es una pregunta, es una decisión; y la mía ya no importa. Me rindo con un suspiro.

—Está bien, pero no hace falta que seas tan caballeroso. —Sostengo la puerta, intentando ignorar el calor que se extiende por mi rostro.

Él se endereza y su sonrisa se ensancha, triunfante.

—Nos vemos en la noche.

—Ten cuidado y gracias. —Me bajo y camino hacia la entrada, con su mirada clavada en mi espalda.

En el umbral, algo más fuerte que yo me obliga a girarme. Ahí sigue él, viéndome. Y todo el ruido del mundo desaparece. Mi corazón late fuerte, pesado, insistente. Tal vez él siente lo mismo...

—¡Hola, bonita!

Sebastián. Porque, por supuesto, tenía que aparecer. Antes de que pueda moverme, me planta un beso en la mejilla. Quiero gruñir. Me giro hacia el auto, pero ya no está. Alexander se fue. Un suspiro frustrado escapa de mis labios. ¿Por qué siempre tiene que haber alguien o algo interrumpiendo nuestros momentos? Sigo a Sebastián al interior del *pub*.

—¿Cómo has estado? —pregunta con esa sonrisa despreocupada que, aunque simpática, no tiene nada que hacer frente a la de Alex.

—He estado mejor. —Me encojo de hombros, contando hasta diez.

Sebastián no capta la indirecta.

—No te preocupes. —Guiña un ojo—. Me encargaré de que tu día mejore.

Me esfuerzo en no poner los ojos en blanco. Lo dejo seguirme hasta el vestidor. Mientras me pongo el uniforme, la sonrisa de Alexander sigue haciendo estragos en mi cabeza. Su manera de querer cuidarme... Cómo mi corazón casi explota cada vez que está cerca. Cómo no importa cuántas veces nos alejemos, siempre volvemos a chocar. Me miro en el espejo y exhalo despacio; mi reflejo me devuelve una expresión de expectativa, como si supiera algo que yo no quiero admitir. A las once, él volverá por mí. Y no puedo evitar sonreír como una tonta. Las primeras dos horas, Sebastián no deja de parlotear junto a mí, como si su misión en la vida fuera levantarme el ánimo a base de chistes malos y comentarios innecesariamente coquetos. Es un buen intento, lo admito, pero, entre su risa contagiosa y sus bromas, lo único que consigue es hacerme reír de lo absurdo que es todo.

—Si necesitas a alguien que te escuche, ya sabes que aquí estoy, con estos musculitos incluidos —dice, flexionando el brazo con tanta

confianza que parece sacado de un infomercial de gimnasio.

—Gracias, pero no tengo tiempo para admirar tus bíceps de peluche —bromeo y él suelta una carcajada antes de irse a atender una mesa.

Apenas tengo un momento para recuperar la compostura cuando alguien se desploma en un taburete frente a la barra. Levanto la vista. Es un chico joven, de rasgos asiáticos, que luce como si el mundo entero acabara de declararle la guerra.



—¿Qué deseas tomar? —pregunto, activando mi sonrisa estándar de *bartender* en apuros.

—El trago más fuerte y caro que tengas —responde sin siquiera mirarme.

Oh, genial. Otro caso de «bebamos hasta olvidar nuestras malas decisiones» en proceso.

—¿Cuántos años tienes? —Frunzo el ceño, porque parece más un estudiante de bachillerato que un amante del *whisky*.

—Los suficientes como para beber lo que quiera —su tono es cortante, su expresión, pétrea.

—Claro, pero necesito ver tu identificación, campeón. —Extiendo la mano, como una guardiana de la moral.

El chico resopla.

—No tengo tiempo para esto. Solo tráeme lo que quiero. Tengo dinero, ¿qué más da?

—Aquí servimos más que tragos, servimos responsabilidad social. ¿Te interesa un cóctel sin alcohol? Te lo adorno con un paraguas, gratis.

Sus ojos se llenan de lágrimas. ¿Qué? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está el manual para lidiar con clientes emocionalmente inestables?

—¿Por qué nadie me comprende? —su voz tiembla y mi instinto de «madre gallina de personas tristes» se activa.

—Eh, tranquilo. ¿Qué te pasa? —Me inclino ligeramente, bajando el tono de voz.

En qué momento pasé de *bartender* a terapeuta, no lo sé. El chico suelta un suspiro tembloroso.

—Nadie puede ayudarme. No soy importante para nadie.

Mi corazón se aprieta. No sé lo que es sentirse así, pero su tristeza cala profundo.

—Eso no es cierto. —Le alcanzo una servilleta, porque las lágrimas parecen a punto de desbordarse.

Entre sollozos, me cuenta su vida: una madre ausente, un padre aún más ausente pero con mucho dinero y un vacío del tamaño de un estadio en el centro de su pecho. Intento escuchar sin juzgar, hasta que menciona un nombre que me congela la sangre: «Alejandro Miller». Mi garganta se cierra. No. No puede ser.

—¿Tienes hermanos? —pregunto, intentando que mi voz no tiemble.

El chico parpadea.

—Una hermana. O eso creo.

Suelto el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo. ¿Cómo que «una» hermana? ¿Y Alexander? ¡Dios! ¿Qué he hecho? Me aferro al mesón como si fuera un salvavidas.

—Conozco a tu padre. Y a tus hermanos.

Él me mira con el ceño fruncido.

—¿Hermanos? Solo tengo una hermana.

¡Mierda! Metí las dos patas y una rodilla.

—Espera aquí —balbuceo antes de salir disparada al vestidor.

Con las manos temblando, marco el número de Hannah. La llamada es un desastre lleno de preguntas nerviosas, respuestas atropelladas y exclamaciones de incredulidad.

—¿Choi-won está ahí? —grita Hannah al otro lado.

—Sí, estaba aquí hace un segundo, pero... —Regreso corriendo al bar. Y se ha ido.

¡No! Maldición, maldición, maldición. Miro alrededor frenéticamente. Nada. Salgo a la calle, escaneo las aceras, vuelvo y reviso las mesas, pregunto a los clientes. Desaparecido. La llamada se corta. Minutos más tarde, Hannah llega como un huracán de cabello rubio y desesperación.

—¿Dónde está?

—No lo sé, ¡se escapó!

—¡Carajo, Abril! ¿Qué voy a hacer? —Se lleva las manos a la cabeza, su expresión es una mezcla de angustia y frustración.

Intento calmarla y propongo buscarlo juntas, pero me detiene con un suspiro cansado.

—Es tarde. Ya debe estar lejos. —Se queda en silencio unos segundos, antes de añadir—: Probablemente usó el dinero mensual de mi padre para viajar sin avisar. —Aprieta los labios.

—¿Cuánto tiempo lleva huyendo?

—Si supiera la respuesta, no estaría a punto de un colapso nervioso.

—¿Crees que está en peligro?

Hannah exhala un largo suspiro y se frota la sien.

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que Alexander tiene que ayudarme con esto.

Y aquí vamos, cambiando de un drama a otro.

—Hablando de Alexander, intenta seducirme otra vez.

Hannah me mira con incredulidad y se ríe.

—¿En serio?

—Sí. Es como si tuviera un interruptor de *on/off* para sus sentimientos.

Hannah se limpia las lágrimas de risa y me observa con algo más que diversión.

—Abril, si está intentando seducirte es porque no puede evitarlo. —Cruza los brazos con aire de suficiencia—. Dale tiempo.

—Darle tiempo es mi segundo trabajo.

Nos despedimos con la promesa de estar atentas por si Choi-won aparece de nuevo. Entro agotada. Sebastián me lanza una mirada desde detrás de la barra, moviendo un *shaker* como si fuera un DJ.

—¿Y tú qué? —Enarca una ceja—. ¿Otra novela de amor o problemas internacionales?

—Ambas. —Me dejo caer en un taburete.

Sebastián sonríe y me pasa un vaso de agua.

—Eres un imán para el drama.

—Y para los líos familiares. —Tomo un sorbo de agua, preparándome mentalmente para el resto de la noche. Porque parece que esto es solo el comienzo.

Mi turno termina antes de lo esperado, pero la noche fue un torbellino de clientes gruñones, cócteles mal agitados y revelaciones familiares que aún no sé cómo procesar. Alexander me espera afuera, apoyado contra su auto como si fuera el protagonista de una maldita película. La luz de los faroles le dibuja sombras en el rostro y su chaqueta negra se ciñe a su cuerpo como si la hubieran diseñado para convertirlo en una distracción andante. Se endereza al verme y, con toda la naturalidad del mundo, abre la puerta del copiloto para mí.

—Siempre tan caballero —bromeo, aunque mi corazón esté haciendo acrobacias mortales.

—No sé hacerlo de otra forma —sonríe y, maldita sea, esa sonrisa debería estar prohibida.

Me subo al auto y él ocupa su lugar al volante. Hay algo en su mirada que me desarma.

—Hola.

—Hola.

Es increíble cómo una sola palabra puede llevar tanto peso. Alexander enarca una ceja.

—Pensé que querías sentarte atrás.

Su tono juguetón me hace sonreír, pero no estamos aquí para jueguitos.

—Me senté aquí porque necesito hablar contigo.

Su sonrisa se apaga y su mandíbula se tensa.

—¿Qué pasa? ¿Te sucedió algo?

Tomo aire y voy al grano:

—No se trata de mí. Se trata de tu hermano.

Algo dentro de él se rompe. No es visible a simple vista, pero lo siento. El aire en el auto se vuelve más denso, como si hubiéramos

entrado en una zona de turbulencia emocional.

—No insistas. No quiero hablar de eso —su voz es seca, cortante. Pero no me detendré.

—Alexander, no puedes ignorarlo para siempre —replico. Él aprieta el volante con fuerza—. A tu hermano pequeño no lo conoces, así que no puedes juzgarlo sin más.

Algo en mi tono parece quebrar su resistencia. Suelta un largo suspiro y sus hombros se relajan ligeramente.

—Está bien. ¿Qué pasa con él?

Lo miro fijamente antes de responder:

—Está enfermo.

Alexander gira el rostro hacia mí. Sus ojos oscuros brillan con una mezcla de alarma y negación.

—¿Enfermo? ¿Cómo?

Trago saliva.

—Tiene... —¿Cómo era? Demonios, lo olvidé. Parpadeo varias veces y me obligo a concentrarme—: Es una enfermedad hereditaria. Su madre lo abandonó y tu padre..., bueno, ya sabes cómo es.

Alexander aprieta los dientes.

—Le paga todo, pero no está ahí para él —agrego—. Nadie lo está, salvo tu hermana, y apenas puede con tanto. —Dejo salir un suspiro tembloroso—. Él está solo, Alexander.

Silencio. Uno largo, insoportable. Su mandíbula se tensa de nuevo, pero esta vez no es para huir del tema. Es porque está conteniendo algo mucho más grande.

—¿Por qué Hannah no me lo había dicho y a ti sí? —su tono tiene un dejo de reproche, pero yo no me echo para atrás.

—Porque yo no la ignoro ni huyo de ella —las palabras salen antes de que pueda medirlas.

Alexander me lanza una mirada entre sorpresa y aceptación. No se enoja, no replica; solo desvía la vista, con el ceño fruncido.

—Ella pudo habérmelo dicho en una de esas cartas púrpura que me deja en el apartamento.

Ruedo los ojos.

—Esto no es algo que se pueda resolver con tinta y papel.

—Mierda. —Su puño golpea el volante. El claxon suena, sobresaltándonos a ambos.

Nos quedamos viéndonos en silencio, con el eco del bocinazo aun vibrando en el aire. Él suelta un resoplido y se pasa una mano por el cabello.

—Tienes que hacer algo —mi voz es suave, pero contundente—. No puedes dejarlos solos con esto.

Alexander me mira y asiente despacio, como si el peso de la responsabilidad estuviera hundiéndose en él.

—No voy a quedarme de brazos cruzados. —Su mirada se endurece—. Encontraremos a ese chico.

—Tu hermano —corrijo con delicadeza.

Alexander cierra los ojos antes de repetir, en un susurro casi inaudible:

—Mi hermano.

El viaje transcurre en silencio, pero no es incómodo. Es un silencio que habla por sí solo; uno que dice más de lo que cualquiera de nosotros se atrevería a pronunciar en voz alta. La luna brilla con intensidad y el viento fresco se cuela por la ventana. Me aferro a mi regazo. En cuanto cruce esa puerta, todo volverá a la normalidad. Llegamos, pero no quiero bajarme todavía, no sin antes intentar una última cosa:

—¿Quieres pasar? —mi voz es apenas un susurro.

Alexander no dice nada de inmediato, pero la chispa en sus ojos me quema.

—¿Estás segura? —su tono es bajo. Demasiado bajo.

Y llega esa tensión eléctrica. Ese espacio minúsculo entre nosotros que parece a punto de desaparecer. Trago saliva.

—Sí —mi voz suena firme y, por primera vez en toda la noche, sus labios se curvan en una sonrisa tan leve que apenas se nota—. Tengo café caliente.

Él suelta una risa suave, pero sus manos en el volante dicen otra cosa. Los nudillos se le marcan como si estuviera librando una guerra interna. Exhala y el sonido del seguro del auto destrabándose parece más fuerte de lo normal.

—Entonces llévame a beber de tu café —su voz suena peligrosa, pero no de la forma en que debería asustarme, sino de la forma en que quiero perderme en ella.

Abre la puerta y me ofrece su mano. Nuestros dedos se entrelazan y el mundo entero deja de existir. Subimos los escalones del porche, y mientras busco las llaves en mi bolsillo, una pregunta late en mi cabeza como un tambor: ¿será solo una taza de café... o el primer sorbo de un incendio imposible de apagar?

Capítulo 50

Punto y aparte

✿❀•.....••✦ ♡ ✦••.....•❀✿

El interior de la casa se impregna de su aroma en cuanto cruzamos la puerta. Eau de Alexander con maracuyá. Un perfume que no existe, pero que, sin querer, se ha convertido en mi fragancia favorita. Su esencia masculina se mezcla con el dulce toque del aromatizante nuevo, creando un ambiente extrañamente íntimo. Necesito espacio para respirar, así que me escabullo a la cocina antes de que mi cerebro empiece a fallar como un sistema sobrecargado.

—Siéntate, traeré el café —mi voz suena más nerviosa de lo que me gustaría.

Sirvo las dos tazas, agradeciendo que lo dejé listo por la mañana. Las manos me tiemblan un poco, pero lo ignoro. Alexander me espera en la sala, sentado en el sofá con una postura demasiado formal, como si estuviera deliberando entre quedarse o salir corriendo. Recibe su taza e inhala profundamente antes de mirarme con un brillo en los ojos que enciende todas mis alarmas internas.

—Tu café huele a ti, pero tú sigues siendo más dulce.

Mi cerebro entra en modo colapso.

—¿Quieres que le ponga más azúcar? —Mi intento de salir airosa es patético.

—No, así está perfecto. —Bebe un sorbo con calma exagerada—. El café es mejor amargo.

¿Está hablando del café o de algo más? Intento concentrarme en mi propia bebida, pero su mirada quema.

—Siempre estás tan preparada para todo. —Desliza los dedos por la manija de la taza, como si fuera el objeto más preciado del mundo —. Tienes café listo a pesar de que estuviste fuera todo el día.

—Es una costumbre. —Me encojo de hombros, buscando restarle importancia—. Siempre lo preparo por la mañana y lo guardo en un termo.

—¿Por qué no lo sabía?

—Porque cuando estabas aquí, insistías en hacerlo tú —sonrío. Los recuerdos de esas mañanas ahora parecen de otra vida—. Nunca iba a robarte tu momento de «barista sexi».

Alexander suelta una risa baja y la tensión se disipa, pero solo por un instante.

—A veces tus ojos tienen el mismo tono que este café.

Boom. Un simple comentario y mi piel se incendia.

—Es herencia de mi padre. —Desvío la mirada, tratando de recuperar el control.

Su expresión cambia y el aire en la habitación se vuelve más pesado.

—Nunca me contaste sobre él —su voz es suave, pero cargada de interés genuino—. ¿Te molesta si te pregunto qué pasó?

—No, no me molesta. —Dibujo una sonrisa tenue—. Nunca lo mencioné porque no lo conozco. Abandonó a mi madre cuando estaba embarazada.

Alexander se tensa.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte. —Doy un sorbo a mi café para no tener que mirarlo—. Mi mamá fue suficiente para mí.

—Creo que puedo entender eso —su tono es bajo y su expresión es una mezcla de tristeza y reconocimiento.

—Mi padre siempre estuvo presente físicamente, pero emocionalmente era como si no existiera. —Gira la taza en sus manos con lentitud, como si sus pensamientos estuvieran atrapados en ese pequeño círculo—. Jamás he tenido una conversación con él sobre nada que realmente importe. Todo es negocios, expectativas y, bueno, silencios incómodos.

El eco de las palabras de Choi-won resuena en mi cabeza. Alexander no es el único que creció en esa ausencia.

—Debe haber sido difícil.

—Más de lo que me gustaría admitir —su voz suena tensa, como si cada palabra pesara más de lo que debería—. Por eso no me sorprendió tanto cuando descubrí que engañó a mi madre.

Mi respiración se corta.

—Lo que me dolió fue que ella lo ocultara por tanto tiempo. —El dolor en su voz es real.

Y lo único que quiero hacer es acercarme.

—A veces las personas que amamos toman decisiones que nos duelen, pero puede que lo hagan por razones que no entendemos.

Él aparta la mirada, pero sé que lo entendió. Se pone de pie tan repentinamente que me sobresalto.

—Déjame lavar las tazas.

—No tienes que hacerlo.

—No es ninguna molestia, Abril —su tono es suave, pero hay algo más en su mirada. Algo que me hace estremecer.

Mi corazón late con demasiada fuerza al pasarle mi taza. Nuestros dedos se rozan y esa chispa, ese maldito roce efímero, es suficiente para hacerme perder el aliento. Él no dice nada, pero la forma en que sus pupilas se dilatan lo dice todo. Se da la vuelta y camina hacia la cocina. Lo sigo en silencio, intentando reacomodar mis pensamientos. Alexander se tambalea ligeramente al entrar.

—¿Estás bien? —pregunto, conteniendo una risa—. Lo juro, no le puse nada al café.

Él se detiene y me mira con una ceja arqueada.

—Es este aroma a maracuyá, es demasiado relajante. Me desconcentra.

No puedo evitar reírme.

—¿Me estás culpando a mí y a mi aromatizante?

Se acerca un paso. Demasiado cerca.

—No me malinterpretes —sonríe de lado—. Es el complemento perfecto para la escena. Tú, el café y este aroma.

Su voz baja un tono. Peligroso. Mi risa se convierte en un jadeo contenido. Está demasiado cerca. La luz de la cocina se refleja en sus ojos, haciéndolos parecer aún más oscuros, y todo deja de existir excepto él. Excepto nosotros. Mi piel hormiguea. Alexander no se mueve; no dice nada más, pero su mirada lo dice todo. El universo definitivamente tiene un sentido del humor retorcido. Porque si él no se aparta pronto... no estoy segura de que yo lo haga. Pero se aparta y se dirige al lavaplatos.

Ahora recuerdo cómo respirar. Me quedo quieta en el umbral de la puerta, contemplándolo en silencio. Se arremanga la camisa con calma, dejando al descubierto sus antebrazos, fuertes y cubiertos de pequeñas venas que parecen caminos invisibles, rutas que mis dedos ansían recorrer. El agua cae sobre las tazas y sus manos grandes pero cuidadosas las manejan con una delicadeza que no esperaba. Como si no estuviera lavando simples objetos de porcelana, sino algo frágil, digno de respeto. Algo como esto. Como nosotros. Me acerco despacio y tomo las tazas que él termina de enjuagar. Nos movemos en sincronía, como si este sencillo acto compartido bastara para comunicarnos todo lo que sentimos, pero no podemos decir.

Dejo la toalla en su lugar y me pongo de puntillas para guardar las tazas en el gabinete. Pero al cerrar la puerta del mueble, me

encuentro con su cuerpo más cerca de lo que creía. Su calor me envuelve. Su presencia es como una corriente eléctrica que danza entre nosotros. El tiempo se ralentiza. Mi corazón late con fuerza y estoy segura de que él puede escucharlo. Mi pecho sube y baja, sincronizándose con su respiración. Su mano fría se posa en mi espalda. Un ligero tirón y mi cuerpo choca con el suyo. La fricción despierta algo dentro de mí que apenas puedo controlar.

—Abril... —susurra mi nombre como si fuera una súplica, como si al decirlo estuviera rindiéndose.

La manga de mi camisa resbala por mi hombro y su mirada sigue el recorrido como si descubriera un secreto inesperado. Acaricia mi piel, dejando que sus dedos se deslicen suavemente, explorando con lentitud, como si quisiera memorizar la textura de cada centímetro expuesto. Sus labios aterrizan en mi frente y no es un beso cualquiera. Es una caricia. Una que quema. Su aliento, una mezcla de menta y fuego, acaricia mis labios entreabiertos. Pero, en lugar de besarme, me alza de un tirón y me sienta sobre el mesón frío de la cocina. El contraste entre la superficie helada y el calor abrasador dentro de mí me roba el aliento. Alexander se coloca entre mis piernas abiertas, pero no avanza de inmediato. Se queda quieto, sujetando mi cintura con firmeza; observándome con un deseo contenido, una duda que se debate en sus ojos. Él quiere esto. Y yo también.

Deslizo mis manos temblorosas por su pecho, topándome con la tensión de sus músculos bajo la tela de su camisa. Su respiración es errática, rápida, entrecortada. Como si luchara contra algo invisible. Pero no quiero que luche. Dibujo patrones sobre la tela, imaginando su piel desnuda bajo mis dedos y encontrándome con el latido acelerado de su corazón. El deseo se vuelve insoportable. Continúo explorándolo con caricias suaves, bajando hasta sus antebrazos, subiendo por su cuello. Provocándolo. Retándolo. Su agarre en mi cintura se intensifica. Sus manos, que antes se mantenían

contenidas, empiezan a deslizarse lentamente hacia arriba, por debajo de mi camisa. Sus dedos, fríos al principio, se calientan al contacto con mi piel ardiente. Su roce es un incendio que se expande en mi interior. En su mirada, permanece la lucha. El deseo incontrolable, pero también el miedo a perder el control. Sujeto sus muñecas con determinación y lo guío, llevándolo hasta el borde de mi sostén. No me detengo. Lo empujo suavemente, dejando que sus manos se cuelen por debajo. Alexander entiende. Rodea la parte inferior de mis pechos con una suavidad exquisita. Los aprieta con más firmeza y un jadeo escapa de mis labios. No hay vuelta atrás. El deseo me consume y me obliga a desprender los botones de mi camisa.

Sin apartar los ojos de mí, Alexander desliza sus manos hasta mi espalda y desabrocha mi sostén. La tela resbala por mi piel y cae al suelo. Sus pupilas se dilatan, enfocándose en mis pechos desnudos. Su respiración se entrecorta y abarca mis senos con sus manos grandes. Traza círculos suaves en mis pezones con la yema de sus dedos, endureciéndolos aún más. Gimo, arqueando la espalda y él me sujeta del cuello. Mi pecho roza su camisa y el contraste entre la suavidad de mi piel y la tela áspera enciende algo salvaje dentro de mí. Alexander jadea, atrapado en su propio deseo. Se inclina; su aliento caliente roza mi abdomen y deja un rastro de besos que escalan hasta mis pechos. Su lengua juega con mi piel, recorriéndome como si quisiera memorizar cada rincón. Cierra su boca alrededor de uno de mis pezones, succionándolo con una mezcla de ternura y hambre y me ahogo en el placer.



Alexander se endereza y acerca sus labios a mi boca, rozando apenas mis labios. Mis manos recorren su torso; cada músculo se tensa bajo mi tacto. Llego al borde de su pantalón y palpo la dureza de su erección. Su cuerpo tiembla ante el contacto. Una de sus manos sube por mi cintura, quemándome con cada roce. La otra se detiene en el borde de mi pantalón. Desata el broche, pero algo cambia; no en su cuerpo. En su mirada. Su mano sujeta la cremallera de mi pantalón, pero no se mueve. No avanza. Sus ojos me consumen. No solo con deseo, sino con algo más profundo, como si buscara algo en mí; una señal, una respuesta, un permiso que va más allá del físico. Mi respiración se vuelve más lenta.

—Alexander... —murmuro, con la voz entrecortada.

Mi corazón martillea, pero no por el deseo. Es por la verdad que se esconde detrás de su mirada. Él también tiene miedo. Mi pecho se oprime. Lo amo demasiado como para permitir que esto pase así. Lo empujo suavemente. Alexander parpadea.

—Abril —su voz sale ronca, confusa.

Duele. Dios, duele la sombra de incertidumbre en sus ojos. Bajo la mirada y ajusto mi camisa antes de mirarlo a los ojos.

—Vete.

Su rostro se tensa. Alexander se queda en silencio. No hay enojo, solo confusión. Y algo que se parece demasiado al dolor. Permanece inmóvil, como si esperara que cambiara de opinión, pero no lo hago, porque no quiero que esto sea solo un escape. Él exhala y algo en su postura cambia. Es una rendición. Se aleja de mí y el frío inunda el espacio donde antes estaba su cuerpo. Camina hacia la sala, toma su chaqueta del perchero y, antes de abrir la puerta, duda.

—A mí también me aterra. —Su mirada se encuentra con la mía y esta vez no hay máscaras, solo verdad—. Me aterra que, si me dejo llevar, esto no sea suficiente para arreglarnos. Me aterra que mañana despiertes y te arrepientas.

Sus palabras son un puñal, pero me acerco a él, acortando la distancia a unos cuantos metros.

—¿Crees que esto es un error más? —mi voz tiembla.

Él niega con la cabeza y se aleja un poco más, como si la distancia pudiera ayudarlo a ordenar sus pensamientos.

—No lo sé, Abril. No sé qué está bien o qué está mal cuando se trata de ti. Lo único que sé es que cada vez que me acerco, siento que me estoy hundiendo.

—¿Hundiendo? —repito. Mi garganta se cierra.

—Sí. Porque me haces quererlo todo. Me haces olvidar mis límites, mis miedos... y no sé si estoy listo para eso. Tengo tantos problemas y no quiero involucrarte en mi desastre emocional.

Las lágrimas amenazan con brotar, pero las contengo.

—Si tanto te asusta, ¿por qué te acercas tanto?

Alexander aprieta los puños.

—Porque no sé cómo alejarme de ti.

Su confesión me destruye y me llena de vida al mismo tiempo. Pero no es suficiente. Sé que espera que lo detenga. Sé que bastaría con una palabra para que se quede, pero no lo hago. Retrocedo un paso y agacho la mirada. Alexander no dice nada más, simplemente se da la vuelta, alejándose. El sonido de la puerta cerrándose resuena en la casa como un trueno sordo. El eco de su ausencia me golpea más fuerte que cualquier caricia. Me abrazo a mí misma, tratando de contener las dudas que comienzan a devorarme. ¿Hice lo correcto? ¿Debería haberlo dejado quedarse? No lo sé, pero me queda una certeza: lo que acabamos de interrumpir no desaparece solo porque él cruzó esa puerta. Lo que arde entre nosotros sigue ahí. No es un final. Es un punto y aparte.

Epílogo

★ ଘ⩾^•ω•^⩽ଓ ★

Corro bajo el cielo nocturno con el corazón latiendo en mis oídos. Mis pies apenas tocan el suelo, como si mi cuerpo intentara escapar del peso que oprime mi pecho. El aire frío golpea mis mejillas, pero ni siquiera lo siento. Solo quiero llegar a la única persona que puede ayudarme a entender cómo seguir adelante cuando todo dentro de mí grita que me quede. No sé cómo llego a la casa de Rachel sin perder el aliento, pero golpeo su puerta sin pensarlo dos veces. Mi mejor amiga no tarda en abrir, con su «pijama disfraz» de unicornio y el cabello enredado en un moño caótico. Sus ojos se agrandan.

—¡Abril! ¿Qué pasó? ¿Por qué tienes esa cara?

No respondo. Simplemente la rodeo con los brazos y me aferro a ella como si fuera mi salvavidas en medio de un naufragio. Rachel tarda un segundo en reaccionar, pero me abraza con la misma intensidad, sin preguntas, sin prisas.

—No me digas que hiciste algo ilegal... —bromea, tratando de aligerar el ambiente.

Suelto una risa temblorosa y me aparto, limpiándome las mejillas con el dorso de la mano.

—No, pero el universo acaba de partirse en dos.

Rachel me estudia con una mirada más suave y no necesita más explicaciones. Me toma de la mano y me arrastra hasta el porche. Nos sentamos en los escalones de madera, donde hemos pasado tantas noches hablando de la vida. El aire fresco me ayuda a respirar mejor, aunque el nudo en mi pecho sigue ahí. Por un rato, nos

quedamos en silencio, observando el cielo. Las estrellas brillan dispersas, como pequeños destellos de algo más grande que nosotras, pero no me es difícil encontrar aquel punto azul que él un día me mostró. Su estrella. He creído que le pertenece. Es la única que parece titilar con más intensidad, la única que se siente distinta a todas las demás. La he mirado tantas veces y me gusta pensar que, de alguna manera, es su reflejo en el universo porque tiene su esencia: lejana, hermosa, misteriosa, imposible de atrapar.

—Hablé con él —susurro, sin apartar la vista del cielo.

Rachel se queda en silencio antes de responder:

—¿Y cómo terminó?

Trago saliva, sin apartar la vista de la estrella.

—Lo dejé ir.

Decirlo en voz alta lo hace real. Rachel no me presiona con preguntas. Solo se acomoda mejor a mi lado, dándome el espacio para seguir.

—Casi... casi lo hicimos, Rachel —confieso con una sonrisa—. Pero en su mirada había algo más que deseo. Había miedo.

Ella frunce el ceño.

—¿Miedo de qué?

Aprieto mis rodillas contra el pecho.

—No miedo de estar conmigo, sino de perderse en mí, de perderse en lo que siente.

Cierro los ojos, con el recuerdo vivo de la forma en que Alexander me miró antes de irse.

—Me dijo que estar conmigo le hacía olvidar sus límites, sus miedos, todo. Y que eso lo aterraba.

Rachel exhala.

—Entonces lo amas lo suficiente como para dejarlo ir.

La frase cae entre nosotras como un golpe certero.

—Sí.

La palabra es pequeña, pero el peso que carga es enorme.

—Durante tanto tiempo pensé que amar significaba luchar, aferrarse con todas tus fuerzas, hacer que las cosas funcionen sin importar qué. Pero a veces el amor significa soltar.

Rachel me mira en silencio. Mis ojos siguen fijos en la estrella azul.

—Hace poco soñé con su estrella cayendo del cielo —confieso en un murmullo—. En mi sueño, mientras su estrella caía, un hueco se abría en su pecho y él desaparecía ante mis ojos.

Rachel me mira con el ceño fruncido.

—¿Crees que significa algo?

—Creo que su pasado todavía lo atrapa —respondo, abrazando mis rodillas—. Y hasta que no enfrente lo que lleva dentro, hasta que no entienda quién es sin la carga de su familia, de sus miedos... no podremos estar juntos de verdad.

Rachel asiente.

—Entonces, ¿qué sigue para ti?

Sonrío con tristeza, pero también con algo parecido a determinación.

—Seguir adelante. Aprender a estar bien por mí misma.

Nos quedamos en silencio, mientras la luna y la estrella de Alexander se acompañan en la inmensidad de la noche, brillando sobre nosotras.

—¿Crees que regresará? —pregunta Rachel en voz baja.

No aparto la vista del cielo.

—No lo sé. Pero pase lo que pase, lo que tuvimos no se borrará —suelto un suspiro—. Algunas personas dejan huellas en el alma, y él dejó un tatuaje en la mía.

Rachel apoya la cabeza en mi hombro.

—Eres más fuerte de lo que crees, Abril.

—Espero que tengas razón.

Nos sonreímos. Dos amigas bajo el cielo nocturno, con los corazones remendándose de maneras diferentes, mientras la brisa nos acaricia el rostro. Ahora entiendo que los sueños son deseos del

alma, pero también son un reflejo de las verdades que no queremos admitir. Y, aunque la realidad no siempre sigue el guion perfecto, aunque el amor no siempre significa quedarse al lado de alguien, siempre podemos construir nuestro propio universo. Y en el universo que inventamos él y yo, su estrella seguirá brillando. No importa cuán lejos esté ni cuánto tiempo pase; nosotros la seguiremos viendo. Porque algunas luces nunca se apagan. Solo esperan el momento adecuado para volver a iluminar el camino.

«El amor más bonito es aquel que encuentra su hogar en las ruinas de nuestros miedos y construye castillos de esperanza».

Playlist

Crush – Avril Lavigne
La maldita primavera – Yuri
Je Te Laisserai Des Mots – Patrick Watson
Kiss me – Ed Sheeran
One and Only – Adele
Hush hush – Avril Lavigne
Remember When – Avril Lavigne
When you're gone – Avril Lavigne
Wish you were here – Avril Lavigne

Únete a la comunidad de lectores de Katta Tocora

Gracias por abrir estas páginas y habitar esta historia conmigo. Por cada emoción que sentiste, por cada suspiro que regalaste a estos personajes, te abrazo con el alma.

Esta fue solo la primera parte del viaje… Aún quedan secretos por descubrir, corazones por sanar y universos por inventar.

Si quieres seguir recorriendo este camino a mi lado, escanea el código y únete a mi comunidad de lectores. Allí compartiré contigo cada paso hacia la segunda parte de *El universo que inventamos*, y muchas otras historias que ya están esperándote. Además, podrás enterarte de datos curiosos de las historias, participar en actividades exclusivas, conocernos más y seguir explorando juntos este universo.

Te espero con los brazos abiertos.

Katta Tocora

Agradecimientos

A mi familia, por ser raíces firmes en el suelo de mis sueños, por creer en mí incluso cuando yo dudaba y por celebrar conmigo cada pequeño logro. Gracias por cada palabra de aliento, por cada gesto de apoyo y por enseñarme que, con esfuerzo y fe, todo es posible. Sin ustedes, este camino no tendría el mismo sentido ni la misma belleza.

A mi hijo, Samuel, mi sol y mi constelación más brillante. Esto es por ti y para ti, porque en cada palabra escrita late un pedacito de mi corazón, que siempre será tuyo. Este libro es un testimonio de mi compromiso por ser cada día mejor, para que crezcas rodeado de amor, esperanza y la certeza de que siempre estaré para ti.

A mi sobrina, Michelle, que ha esperado con ansias esta historia, y se ha emocionado con cada detalle contado de ella. Que siempre encuentres en los libros, la misma alegría, el mismo refugio y la misma magia que yo encuentro en tu presencia.

A mis amigas, faros en las noches de tormenta y compañeras en los días de calma. En sus risas y abrazos he encontrado la certeza de que el amor verdadero no solo existe, sino que vive en cada rincón de sus corazones.

A mis lectoras y amigas de mi comunidad en WhatsApp, quienes han caminado conmigo desde mis primeros pasos como escritora. Ustedes son las estrellas que iluminan este viaje. Sin su apoyo, su cariño y sus palabras, este sueño no tendría alas.

Y a ti, lector o lectora, que llegaste a llenar estas páginas con tus emociones, que sonreíste, suspiraste y quizás lloraste mientras recorrías esta historia. Gracias por darle vida a este universo con tu

imaginación y tu alma. Te doy la bienvenida a mi corazón, donde siempre habrá un espacio reservado para ti.

Gracias por sus maravillosas reseñas, que son la brújula que guía el barco de mis sueños ❤️.

«Bella historia me ha encantado. En el mundo sé que existen todavía muchos Alexander y Abril».

«Preciosa historia la ame, me encanto; llena de amor y además bastante instructiva, muchas gracias».

«Gracias por compartir esta historia; me encantó, reí, lloré, sufrí, me enamore, disfrute mucho esta lectura... Mil gracias por hacernos disfrutar la historia de Alex y Abril».

«Muy hermosa historia. Gracias por tus escritos, los disfruto muchísimo».

«Me encantó. Esta, es una historia maravillosa, la disfruté de principio a fin. Gracias».

«Estuvo hermosa la historia, me gustó muchísimo gracias por esta historia, ojalá existiera en la vida real una pareja como Alexander y Abril».

«De verdad me gustan mucho tus historias son demasiados hermosas... Me gustan mucho, quisiera que las sacaras en películas o series. Gracias por hacerlas y regalarnos las mejores emociones en un solo libro... te admiro, eres sorprendente».

«Dios, te lo he dicho varias veces, pero lo repito, esta historia me da todo, tristeza, alegría, drama, pasión, acción, comedia, romance, ilusión, pero mucho más, el escape que necesito para subsistir día a día. Necesito tu dirección para ir a buscar tu factura, sin duda eso también quisiera leerlo. Deseo de todo corazón que jamás pares de escribir, que cada día lo hagas más y más, que tu escritura siga avanzando y que cumplas todas tus metas como escritora. Sin duda la releeré y me pelearé con la asiática esa roba maridos. Y gracias

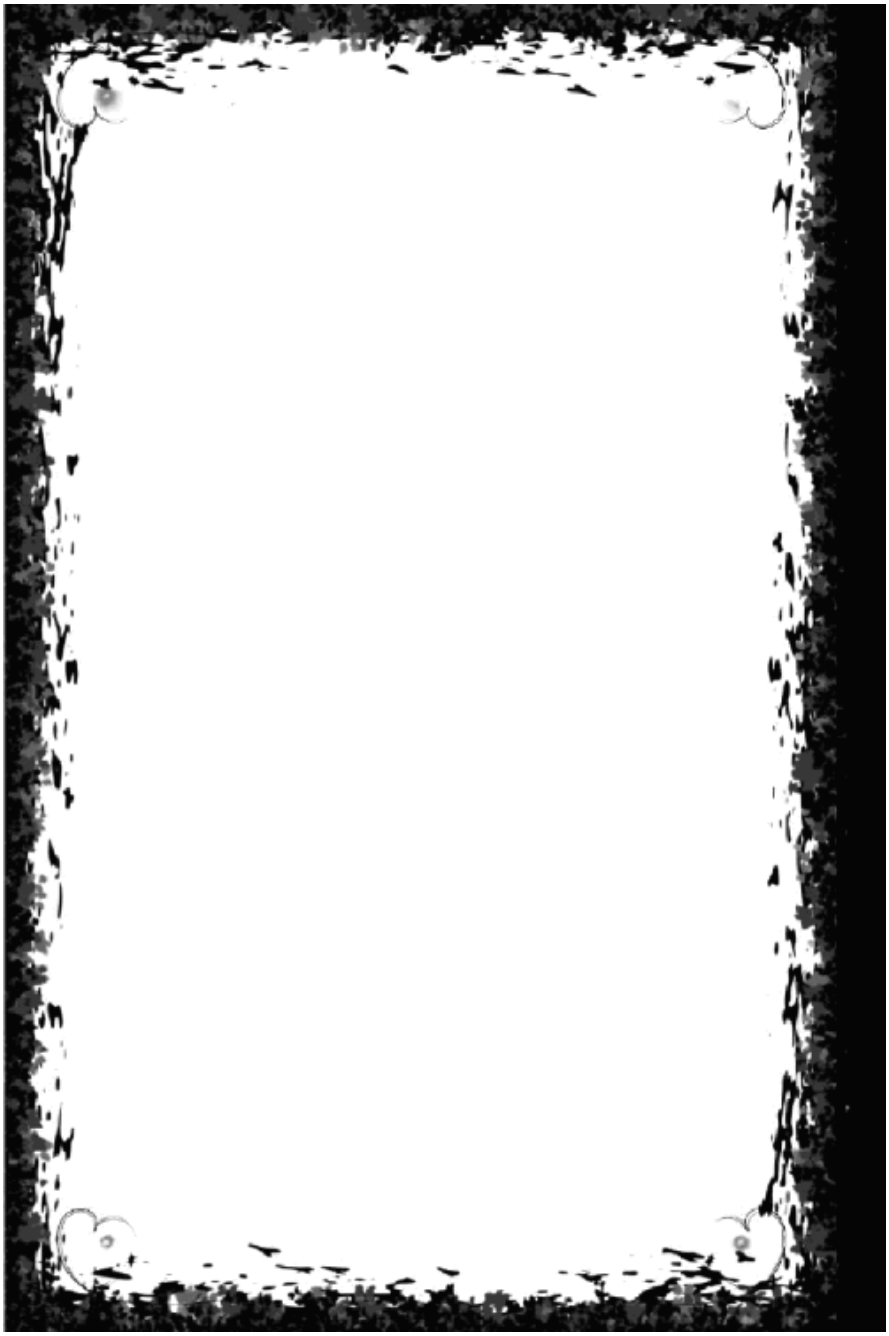
por crear al Alexander y a Abril, mi vara ahora está más alta, creo que toca buscar pareja en las olimpiadas».

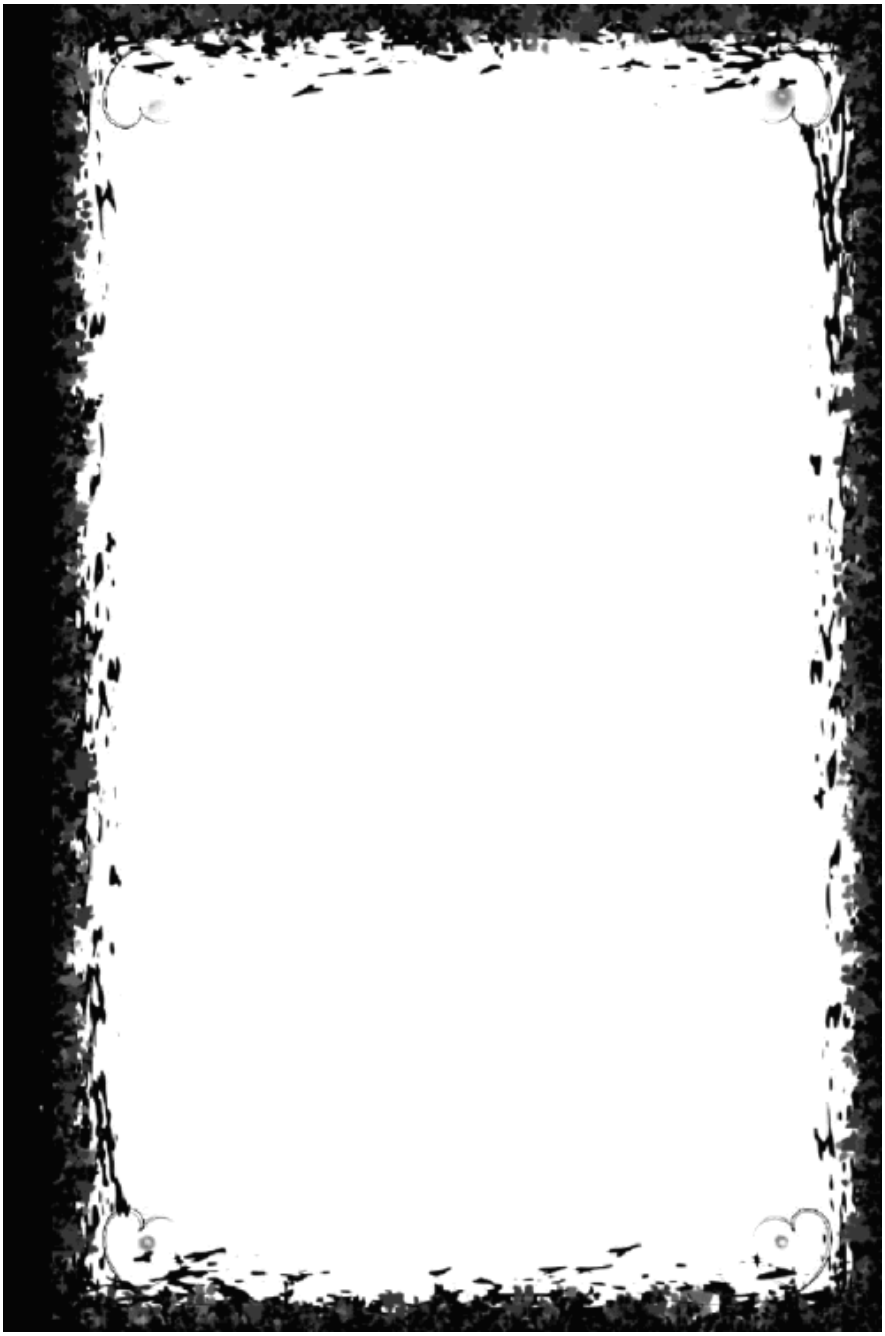
«Un libro que sin duda te hace vivir todo tipo de emociones. Ame cada capítulo de la historia, gracias por regalarnos estos momentos».

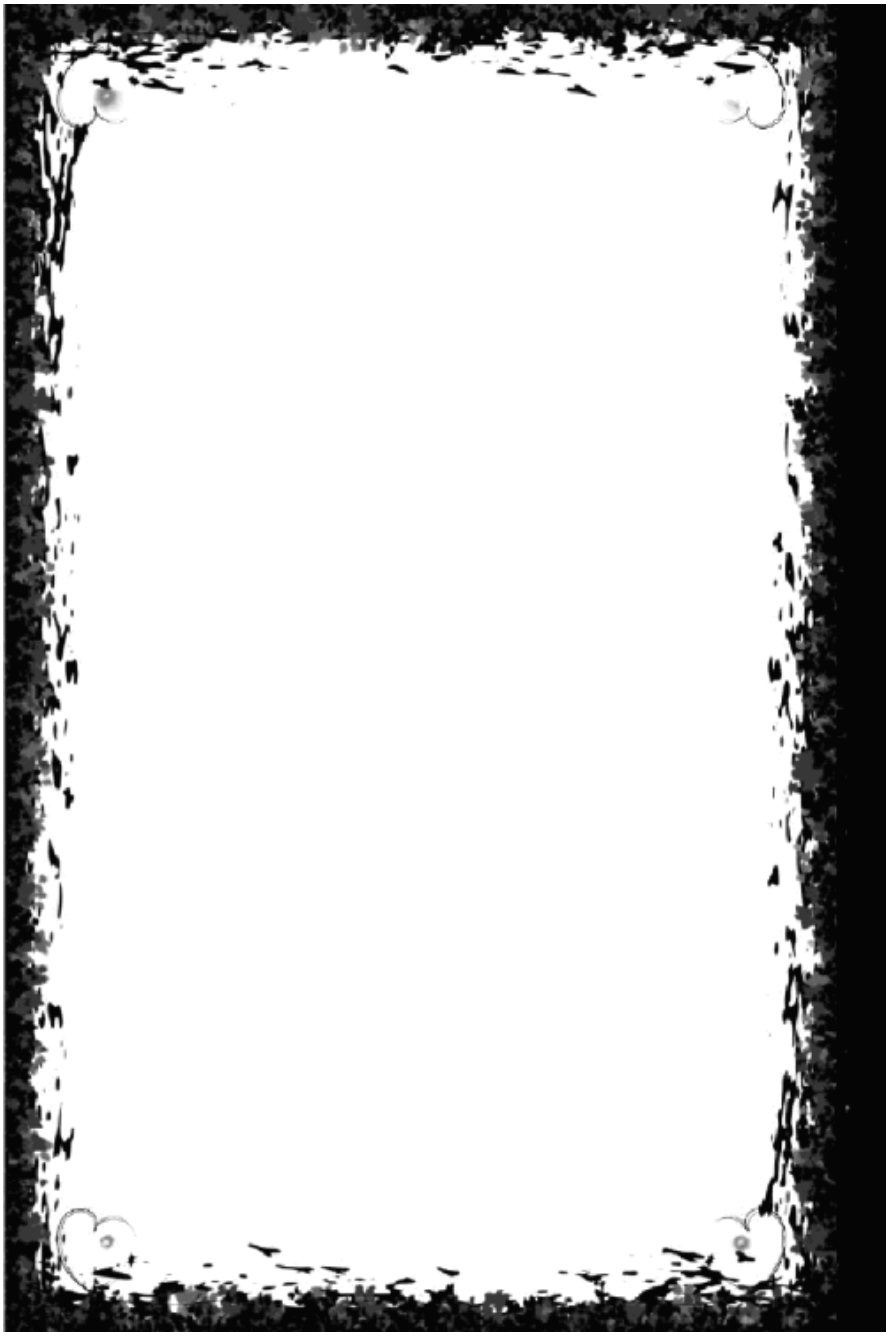
«Está historia la comencé a leer, gracias a una charla con vos y mil gracias por este regalo querida Katta. Sentí cada emoción de cada uno de los personajes. Amé a Christopher y Alex; me pido un novio con una mezcla de esos dos. Por esta historia soy adicta a hacer maratón. Sigue escribiendo y yo seguiré releyendo tus maravillosos escritos».

Gracias por leer la primera parte de esta historia, por sentirla conmigo y por hacerla tuya. Esto no es el final. Aún queda mucho por recorrer y emociones intensas por vivir. Esta historia apenas comienza.

Nos vemos muy pronto en la segunda parte.







Índice

Prólogo 7
Capítulo 1. El invierno tiene ojos azules 11
Capítulo 2. Entre libros y miradas 23
Capítulo 3. Guía rápida para hacer el ridículo 41
Capítulo 4. Sexy Ghost en carne y hueso 49
Capítulo 5. La suerte de ser torpe 59
Capítulo 6. Las coincidencias no existen..., pero él sí 71
Capítulo 7. Turno de leer, turno de sentir 79
Capítulo 8. El eco de un sueño perdido 91
Capítulo 9. Misión imposible: actuar normal 101
Capítulo 10. Ojos que ven, corazones que sienten 115
Capítulo 11. Corazón que recuerda, ojos que olvidan 127
Capítulo 12. El fuego no es mi causa de ebullición 137
Capítulo 13. La estrategia de Rachel y su efecto colateral 145
Capítulo 14. El amor, en el aire... y los nervios, también 155
Capítulo 15. Bajo la superficie, todo arde 163
Capítulo 16. Cayendo en sus brazos (literal y metafóricamente) 171
Capítulo 17. Un instante eterno 183
Capítulo 18. Los sueños se cumplen... y las pesadillas también 195
Capítulo 19. Lo supe cuando la miré 203
Capítulo 20. La sombra del pasado 213

Capítulo 21. Un enigma llamado Alexander 221
Capítulo 22. Lo que no dijo 229
Capítulo 23. El eco del rechazo 241
Capítulo 24. Sostenme en tus brazos 251
Capítulo 25. Un paso atrás 261
Capítulo 26. Recuerdos borrosos, realidad clara 273
Capítulo 27. Afinando el corazón 281
Capítulo 28. Un paso hacia la verdad 289
Capítulo 29. Una y única 299
Capítulo 30. La noche del impacto 307
Capítulo 31. El peso de un segundo 319
Capítulo 32. En el umbral de su piel 329
Capítulo 33. Despertar en el paraíso con un demonio 337
Capítulo 34. Te estuve esperando 347
Capítulo 35. Nosotros contra el caos 357
Capítulo 36. Un domingo lluvioso y un pollo valiente 371
Capítulo 37. Un «te amo» y un gallo en el porche 381
Capítulo 38. Tres contra una 393
Capítulo 39. En el borde del abismo 399
Capítulo 40. No me falles 411
Capítulo 41. La elección más difícil 423
Capítulo 42. Tan fuerte y tan roto 433
Capítulo 43. Un brindis por los que fingen
que no les importa 443
Capítulo 44. Bienvenidos al pub del destino 451
Capítulo 45. Palabras atoradas 461
Capítulo 46. Polvo de estrella 469
Capítulo 47. El ladrón de libros... y de mi cordura 479
Capítulo 48. Salvar vidas... y perder la cabeza 491

Capítulo 49. Tengo café caliente 501
Capítulo 50. Punto y aparte 513
Epílogo 523
Playlist 529
Únete a la comunidad de lectores de Katta Tocora 531
Agradecimientos 533